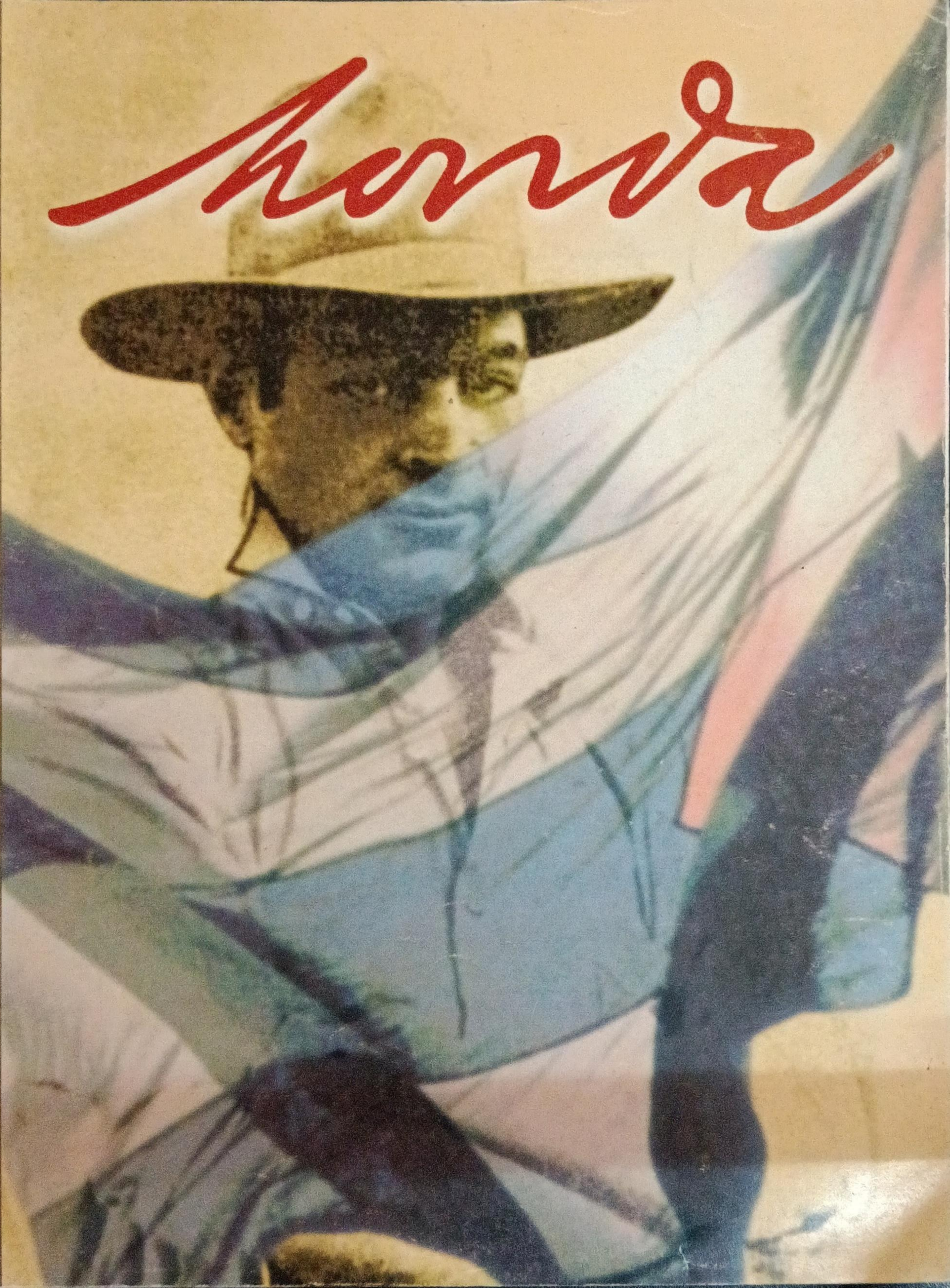
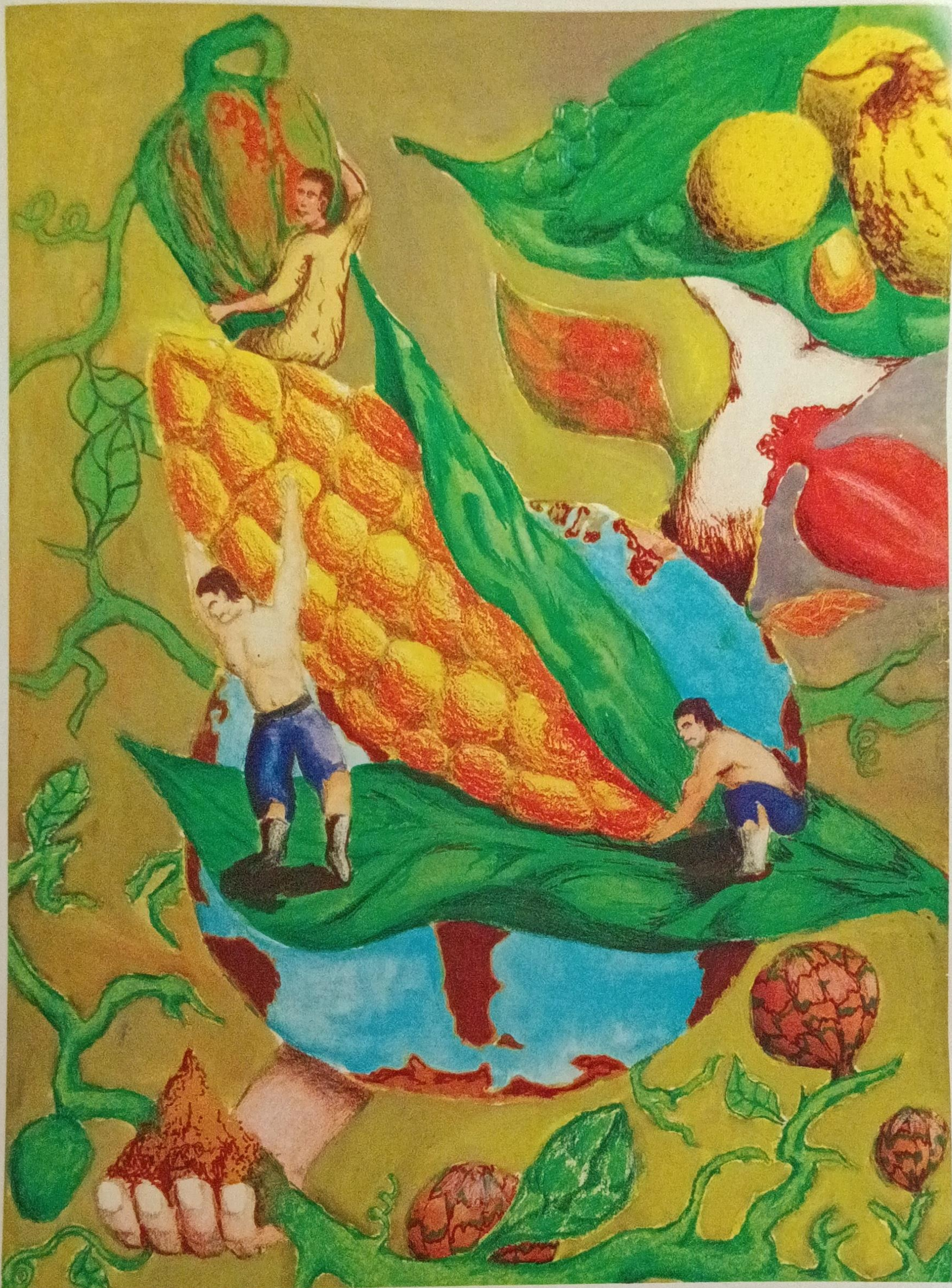


Martí





Emmys Hernández Pérez. 14 años / 9^{no} grado, Cienfuegos. Premiada en el V Concurso de Creación Plástica Infantil del 2002 del Programa Mundial de Alimentos (PMA) de Naciones Unidas.

honda

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

No. 7 del 2003 ISSN: 1605-7920

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Edición

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ

Director artístico

ERNESTO JOAN

Realización

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Mecacopistas

MERCEDES VILLADA VILLADA

DOLORES GARCÍA FERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

JOEL JAMES FIGAROLA

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

ARMANDO MÉNDEZ VILA

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALI

Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí:

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí

Calzada 801 entre 2 y 4, El Vedado,
La Habana, Cuba.

Tel.: 55 2298 y 830 4493

Fax: 833 4672

e-mail: jmarti@cubarte.cult.cu

Esta edición ha sido financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

S U M A R I O

EDITORIAL / 2

IDEAS / 3

De las memorias de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo

Roberto Fernández Retamar/ Martí en su siglo y en los siglos / 3

Iván A. Schulman/ Leyendo los Estados Unidos / 7

Atilio A. Borón/ Martí y el expansionismo estadounidense de ayer a hoy / 9

Arturo A. Roig/ Necesidad de una segunda independencia / 15

Rodolfo Sarracino/ América Latina y Europa en el equilibrio martiano / 22

ACONTECIMIENTOS / 30

A 100 años del natalicio de Julio Antonio Mella

Armando Hart Dávalos/ Bajar de la Colina, ascender al pueblo y tomar el cielo por asalto / 30

José Cantón Navarro/ Martí y Mella: La continuidad histórica / 35

Adys Cupull y Froilán González/ Mella y sus raíces inagotables / 40

Homenaje a Fina en sus 80

Jorge Luis Arcos/ Fina García Marruz, "como el más levantado misterio" / 44

En el 150 aniversario de la muerte de Félix Varela

Roberto F. Rodríguez/ El Padre Varela en José Martí / 47

PRESENCIA / 51

Félix Varela Morales/ Máscaras políticas / 51

ALA DE COLIBRÍ / 53

Julio Antonio Mella/ "Te quiero, serio, tempestuosamente..." / 53

Antonio Guerrero/ Un pedazo de cielo / 54

INTIMANDO / 55

Carlos Rodríguez Almaguer / 55 ■ Ernesto Joan / 56 ■ Ignacio Estrada Díaz / 57 ■

Carlos Manuel Marchante / 58 ■

PÁGINAS NUEVAS / 61

Carlos Rodríguez Almaguer/ Con sus lirios y sus cascotes, sus águilas y sus serpientes, el *Entorno martiano* / 61

Israel Escalona Cháidez/ José Martí y el alto Oriente cubano / 61

Caridad Atencio/ *Versos sencillos*: misión y misterio / 62

Luis Toledo Sande/ *Cesto de llamas* en China: gratitud de autor / 62

Ramiro Valdés Galarraga/ *José Martí, sus padres y las siete hermanas* / 65

Rafael Polanco/ Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo / 65

EN CASA / 66

Adigio Benítez: Un hombre dos veces joven / 66 ■ Expresión artístico-cultural de raíz martiana / 67 ■ Breve historia del Fondo "José Martí" / 67 ■ Voces de la República / 69 ■

Reunión del Comité Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí" / 71 ■

NUESTROS AUTORES / 72

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural José Martí a su contenido.

E d i t o r i a l

Han transcurrido dos años y cuatro meses del siglo XXI y dos guerras han sido ya desatadas contra países en "oscuros rincones" del planeta por la potencia imperial más poderosa que haya existido jamás en la historia de la humanidad. En su Santa Bárbara se acumulan armas que son el fruto de la tecnología más avanzada, puesta al servicio de un designio hegemónico de alcance planetario. Una cúpula ultraderechista, que se alzó con el poder de manera fraudulenta en Estados Unidos, pretende implantar, a partir de ese poderío militar, una dictadura fascista destruyendo el sistema jurídico y político internacional que tan trabajosamente fue edificado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Los principios éticos, jurídicos y políticos proclamados desde la Revolución Francesa como el fundamento del sistema capitalista, son pisoteados groseramente y se exalta a la categoría de designio divino castigar mediante acciones punitivas a decenas de países, liquidar los derechos soberanos de los estados, fomentar el caos y la anarquía para hacer prevalecer los intereses de esa camarilla gobernante y de hacer tabla rasa de la rica diversidad cultural que el hombre ha creado en su milenaria historia.

En la reunión del Comité Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), efectuada el pasado 12 de abril, la intelectualidad cubana, sus creadores más destacados, analizaron esas realidades de la presente coyuntura internacional y aprobaron una declaración llamando a forjar un frente contra el fascismo que ha tenido un profundo impacto nacional y que debe contribuir a sumar voluntades y a movilizar los más amplios sectores de la opinión pública mundial a ese propósito.

En la declaración dada a conocer en apoyo a esta iniciativa por la Sociedad Cultural "José Martí", se expresa lo siguiente:

Hace ya más de un siglo, en su visionario ensayo "Nuestra América", José Martí llamaba a poner todos los árboles en fila para cerrar el paso al gigante de las siete leguas y a andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes. Estos peligros denunciados por el Apóstol han cobrado una dimensión mucho más devastadora y peligrosa con la llegada al poder, en Estados Unidos, de la ultraderecha bárbara y recalcitrante que ha puesto la tecnología más sofisticada en el campo de los armamentos al servicio de una empresa

recolonizadora, de alcance planetario, quebrando principios éticos, políticos y jurídicos en los que se había fundamentado el sistema capitalista.

La Sociedad Cultural "José Martí", empeñada en promover los valores humanistas presentes en el pensamiento de nuestro Héroe Nacional y en la cultura cubana, expresa su más decidido respaldo a la Declaración del Comité Nacional de la UNEAC llamando a la creación de un frente antifascista a escala internacional, junto a la determinación de sumar nuestra contribución a ese propósito que se corresponde por entero con los principios y objetivos que animan el trabajo de la Sociedad Cultural.

Estamos conscientes de la importancia decisiva de esta batalla que iniciamos en la que está en juego la existencia misma del género humano y en ella, sembrando ideas, sembrando conciencia, el Apóstol continúa abriendo la marcha: "No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados".

En cuanto a Cuba, a la vieja política de agresión y hostilidad de nueve administraciones norteamericanas anteriores, se suman ahora nuevas amenazas y acciones subversivas dirigidas a la desestabilización interna, que han obligado a la dirección del país a la aplicación enérgica de medidas previstas por la ley y que, lógicamente, están dictadas por circunstancias excepcionales. Estamos preparados para resistir y derrotar, al igual que en el pasado, esa política torpe y agresiva.

Los pueblos, como siempre, han tomado las calles de las más importantes ciudades del orbe, incluyendo los Estados Unidos, para expresar su rechazo a la guerra y a los designios imperiales de dominio mundial. En esta batalla, el pueblo norteamericano está llamado a desempeñar un papel clave y contamos con él, con lo mejor de su intelectualidad, para atarle las manos a los guerreristas, a los fascistas, para derrotar esa política bárbara e irracional y hacer prevalecer la paz y la cooperación en igualdad de condiciones entre todos los pueblos que habitamos el planeta tierra.

Martí en su siglo y en los siglos'

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

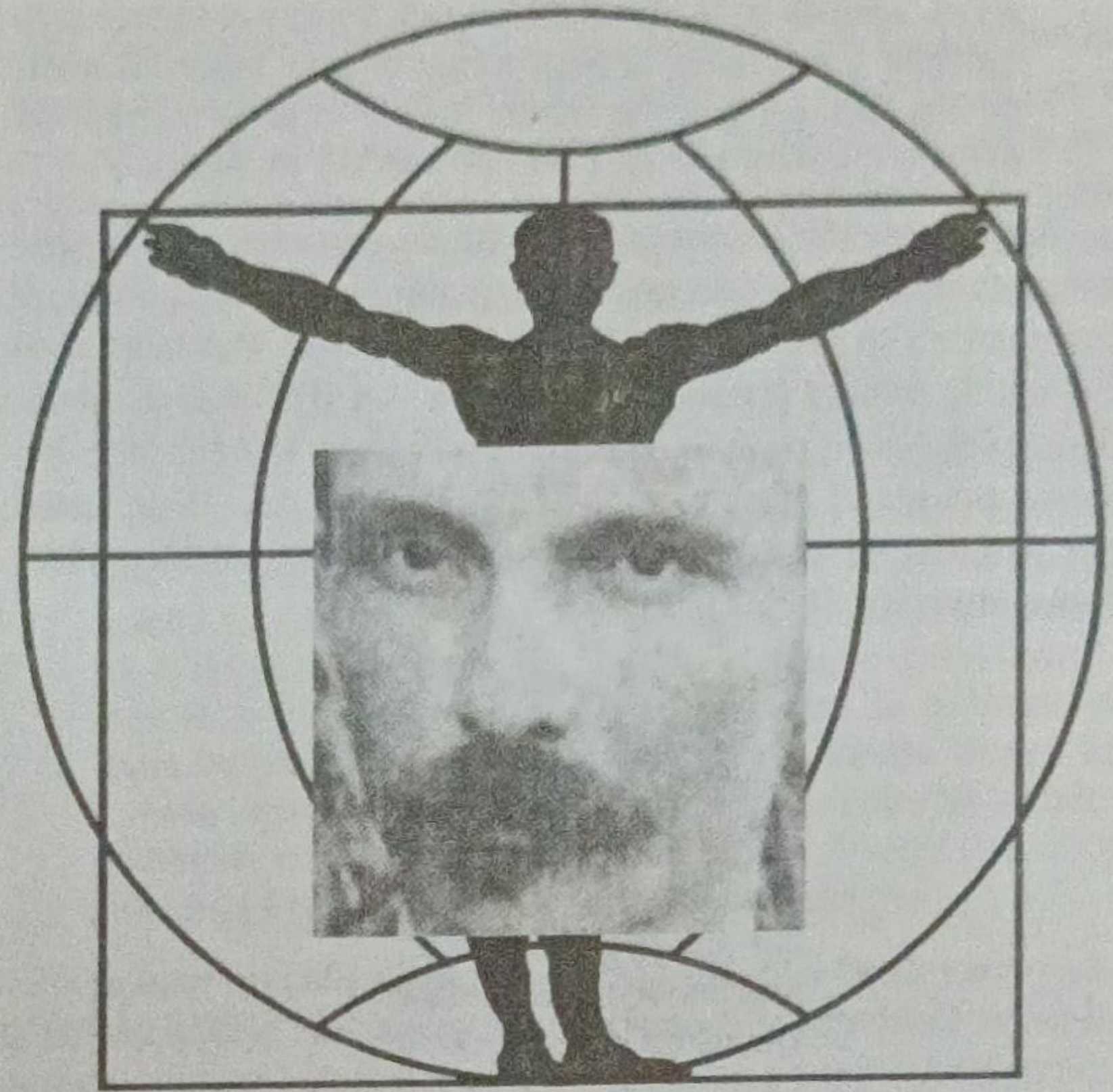
Con la autoridad moral que le daba ser una criatura de esa estirpe, Pablo de la Torriente Brau, refiriéndose a Antonio Guiteras y Carlos Aponte, escribió en 1936, un año después del asesinato de éstos y cerca de su propia caída al inicio de la Guerra Civil Española:

Ningún héroe es verdadero si no es más grande en la muerte que en la vida. Si no queda más vivo que nunca después de su muerte. Si no es capaz de engendrar alientos en los que no lo conocieron sino por la leyenda, que es la única historia de los héroes verdaderos.

Bien sé que a muchos de los pospensadores del día mediocre que vivimos tales palabras del original Pablo les parecerán descabelladas o, en el mejor de los casos, románticas. En cambio, estoy seguro de que hubieran satisfecho a Ezequiel Martínez Estrada —el momentáneo olvido de cuya obra es otra prueba de la mentada mediocridad. No en balde el tercer tomo de su libro *Martí revolucionario* lleva por título, precisamente, “Martí: el héroe y su acción revolucionaria” (México, 1966). Adelantándose a los críticos que preveía, escribió en el prefacio de dicho tomo:

Si hoy [es decir, casi cuarenta años atrás, ¡qué decir en este 2003!], mucho menos que hace un siglo, el dechado universal del grande hombre, o del Héroe que sirvió de modelo a Plutarco y a Carlyle, no se ajusta cabalmente al esquema ideal que de él tuvo la historia en sus épocas culminantes, débese a que la civilización capitalista deshumanizada ha impuesto en el mercado sus modelos del hombre de acción, que no son ya los del siglo de Pericles o del Humanismo y el Renacimiento [...] los Estados Unidos han provisto una gama numerosa y variada que va del hombre de empresa, del pionero y del inventor al pirata, al bandido y al contrabandista. Martí lo denunció en los albores de su dominio del mundo por las armas, el dinero y la corrupción, y por eso su figura se nos aparece como la de un héroe anacrónico.

Al abordar ahora de nuevo a Martí, sobre quien he pergeñado centenares de páginas —algunas de las cuales quizá volverán



aquí— con las finalidades de comprenderlo y darlo a conocer, lo haré remitiéndolo tanto a la circunstancia concreta en que le tocó vivir, como a esa condición heroica suya que para De la Torriente era legendaria y Martínez Estrada llamó anacrónica.

Su circunstancia concreta, como es natural, no comienza con su nacimiento, hace siglo y medio. Al igual que ocurre a todo ser humano, tal circunstancia, que contribuiría a formarlo, preexistía a su venida al mundo en 1853. Su país, Cuba, junto con Puerto Rico, eran los únicos que permanecían en calidad de colonias españolas veintinueve años después de la victoria de Ayacucho, que selló la independencia de la Hispanoamérica continental, y a treinta de la emisión de la política de la fruta madura y de la doctrina Monroe por los Estados Unidos: estas últimas miraban a la posesión de Cuba por el creciente país del norte. Al menos, un tercer elemento es necesario añadir: la condición antillana de Cuba y, en consecuencia, de Martí. La independencia de lo que éste iba a llamar “nuestra América” no comenzó en la Hispanoamérica continental, como a menudo se repite, sino en las Antillas, en la tierra tan cercana a Cuba que es el Saint Domingue francés, el cual, a partir del primero de enero de 1804, proclamó su libertad y asumió su nombre indígena de Haití. Los sucesos dramáticos que condujeron a ese hecho y los que les siguieron, de inmediato extinguieron la condición de azucarera del mundo que poseía Haití e iba a ser heredada por Cuba, cuyos gobernantes españoles, en connivencia con la oligarquía criolla, tomaron medidas que lo posibilitaron. Entre esas medidas, fue capital la masiva importación de esclavos africanos. En su libro de 1867 *The Slave Power* escribió el economista irlandés John Elliot Cairnes:

Precisamente en los cultivos tropicales, en que las ganancias a menudo igualan cada año al capital total de las plantaciones, es donde más inescrupulosamente se sacrifica la vida del negro. Es la agricultura de las Indias Occidentales, fuente durante siglos de riquezas fabulosas, la que ha sumido en el abismo a millones de hombres de la raza africana. Es hoy día en Cuba, cuyos réditos suman millones y cuyos plantadores son potentados, donde encontramos en la clase

servil, además de la alimentación más basta y el trabajo más agotador e incesante, la destrucción directa, todos los años, de una gran parte de sus miembros *por la tortura lenta del trabajo excesivo y la carencia de sueño y de reposo*.

Aunque en 1867 Martí era un niño de solo nueve años, vivió entonces una experiencia que iba a decidir el resto de su vida. Al acompañar a su padre, el cual había ido a trabajar a Matanzas, zona cubana de intensa producción azucarera —y por tanto de abundante presencia esclava—, una pavorosa escena lo sobrecoge. Dejemos que sea él mismo, cerca de tres décadas más tarde, quien nos describa tal escena en el poema XXX de sus autobiográficos *Versos sencillos* (1891):

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento fiero quebraba
Los almacigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
Y al pie del muerto juró
Lavar con su vida el crimen!

Aquel sensible y precoz niño había topado con el aspecto más sombrío de la sociedad en que naciera: la esclavitud *sans phrase*, espanto mayor del sistema de plantaciones que era la columna vertebral no solo de su patria, sino del área caribeña toda. Por supuesto, el niño que era entonces Martí ignoraba aún la complicada urdimbre de la cual él había descubierto, horrorizado, el eslabón más sangriento. Pero su reacción moral, que lo guiaría durante el resto de su breve y deslumbrante existencia, le hizo tomar ya la decisión fundacional de aquella existencia. Recordémosla: "Un niño lo vio: tembló/ De pasión por los que gimen:/ Y al pie del muerto, juró/ Lavar con su vida el crimen!". Ahora bien: sin comprender esa urdimbre, nada puede saberse a ciencia cierta ni sobre el Caribe ni sobre nuestra América ni sobre la renovada vigencia de los planteos martianos. Y Martí llegó a una comprensión cabal de aquella y de muchísimas otras.

De entrada, volvamos sobre la cita de Cairnes. Durante buena parte del siglo XIX, en las "Indias Occidentales" —nombre preferido por los ingleses para lo que hoy en español llamamos las Antillas—. "fuente durante siglos de riquezas fabulosas" y, especialmente, en Cuba, cuyos plantadores eran potentados sobre la base del más brutal trabajo esclavo, y que habían obtenido su riqueza al convertirse el país en la azucarera del mundo tras la extraordinaria hazaña haitiana, la revolución independentista que

hubiera sido equivalente de la hispanoamericana continental de 1810 no podía sino ser rechazada por aquellos plantadores, quienes temían que rebelarse contra las metrópolis llevaría a consecuencias similares a las de Haití. Uno de los más lúcidos y prudentes miembros de la oligarquía cubana observó que ellos pagaban el pecado de tener esclavos siéndolo ellos mismos.

En consecuencia, las otras Antillas quedaron retrasadas en el proceso de emancipación de lo que ahora suele denominarse la América Latina y el Caribe. Cuando, finalmente, en 1868 —inicio de la que Fidel ha llamado la única revolución de Cuba, continuada hasta hoy—, la fracción más radical y menos dependiente de la esclavitud entre los hacendados criollos desencadene en la parte oriental de la Isla la guerra de independencia contra España, no llegará a contar con el apoyo —sino con la hostilidad— de los más ricos y esclavistas hacendados del país, ubicados al occidente del mismo, y en medida apreciable ello contribuirá al fracaso momentáneo de la contienda, que se extenderá en esta etapa hasta 1878. Ese fracaso, sin embargo, no lo será del todo. Por una parte, los insurrectos habían decretado la abolición de la esclavitud: lo que entre otros factores espolearía a la metrópoli española a hacer otro tanto en 1886; por otra parte, en el transcurso de la contienda, mientras se apagaba el papel hegemónico de los hacendados, fueron destacándose dirigentes de extracción popular, como Máximo Gómez y Antonio Maceo, llamados a desempeñar un papel de primer orden en un futuro próximo.

Martí, quien sólo tenía quince años al estallar esa guerra, fue, sin embargo, marcado a fuego por ella. Su irreductible posición independentista lo llevaría, en plena adolescencia, primero al presidio político y luego al destierro. Y en otro orden de cosas, su humilde origen clasista facilitó su vinculación ulterior con aquellos grupos encarnados en figuras como Gómez y Maceo, en quienes iba a recaer la hegemonía de una próxima fase en la lucha de liberación nacional. Pues, según han destacado autores como el panameño Ricaurte Soler y el francés Paul Estrade, el carácter "atrasado" de las Antillas de lengua española en lo tocante a independizarse de España —por cuanto sus respectivas sacarcocracias se negaron a secundar un empeño hispanoamericano que ponía en evidente riesgo su privilegiada posición— las llevó a acometer más tarde esa tarea con un sentido más "avanzado", teniendo al frente de la lucha a clases y capas populares, de las que fueron portavoces puertorriqueños como Betances y Hostos, dominicanos como Luperón y Gómez, cubanos como Maceo y Martí.

José Martí es, pues, la figura mayor, pero no única ni extravagante, de una cohorte de combatientes y pensadores antillanos —a los que hay sumar haitianos del calibre de Antenor Firmin—, que, en el siglo XIX, debido a razones históricas concretas, sobrepasan el liberalismo por añadidura dependiente de casi todas las otras figuras coetáneas de aquella América nuestra y pasan a posiciones, para la coyuntura, de extremo radicalismo. Son voceros no ya de los hacendados ni de las vacilantes o inseguras —hay quienes dicen que inexistentes— burguesías nativas, sino de clases y capas más populares que van de la pequeña burguesía al campesinado mediano y pobre y el incipiente proletariado. Su arquetipo entre nosotros es Martí, cuyo democratismo radical, antirracista, abierto a la justicia social, que se mueve del anticolonialismo al antimperialismo, sigue teniendo vigencia batalladora.

Y mi honra es la de Martí

Su anticolonialismo vincula a Martí con quienes habían combatido contra la metrópoli española décadas antes de su nacimiento. Martí sintió viva devoción por ellos: héroes los consideró y, explícitamente, llamó así en *La Edad de Oro* a Bolívar, Hidalgo y San Martín. Pero su ámbito histórico lo llevó a afrontar, además, otra metrópoli, entonces naciente: los Estados Unidos. Tampoco en este caso se trató solo de un hecho atinente a su biografía. Ya ha sido recordado que no había nacido él cuando eran manifiestas las tensiones entre aquel país y el suyo. En su libro *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, cuya primera edición data de 1969, afirmó el brasileño Darcy Ribeiro:

Se deben [...] a Cuba las dos orientaciones sobresalientes de la política norteamericana respecto de los demás países del Continente. La primera fue la Doctrina Monroe, nacida como un esfuerzo tendiente a fundamentar jurídicamente la dominación de la isla. La segunda es la Alianza para el Progreso, formulada como una respuesta al desafío representado por la Revolución Cubana, tanto en su fisonomía inicial, reformista, como en su formulación definitiva, y que consiste simplemente en un mecanismo financiero de sostenimiento del *statu quo*, mediante la renovación del pacto con los aliados tradicionales de los vanquis, las viejas oligarquías latinoamericanas para las cuales el sistema vigente es también altamente rentable.

No es extraño que Ribeiro haya considerado, además, que “[n]inguna de las dos guerras mundiales, ningún acontecimiento internacional tuvo, por esto, mayor impacto sobre los Estados Unidos que la Revolución Cubana” reiniciada en 1959.

Por su parte, mucho más tarde, en el año 2000, el estadounidense Noam Chomsky dirá en su libro *Rogue States* —traducido al español con el nombre *Estados canallas*:

Cuba y los Estados Unidos tienen una situación curiosa —de hecho única— en las relaciones internacionales. No existe un caso similar de acoso tan sostenido de una potencia contra otra —en este caso la mayor superpotencia contra un pobre país del Tercer Mundo— durante cuarenta años [en 2003, como es obvio, son más los años] de terror y de guerra económica.// De hecho, el fanatismo de este ataque se remonta lejos, muy lejos en el tiempo. Desde los primeros días de la Revolución Norteamericana, los ojos de los padres fundadores estuvieron puestos en Cuba. Eran bastante claros al respecto. John Quincy Adams, entonces secretario de Estado, dijo que la ocupación de Cuba por parte de los Estados Unidos era “de importancia trascendental” desde el principio de la historia estadounidense; y sigue siendo así. La necesidad de poseer Cuba es el tema más antiguo de la política exterior estadounidense.

Ese “tema más antiguo” era natural que se le hiciese patente a Martí sobre todo durante los casi tres lustros últimos de su vida, que pasó desterrado en los Estados Unidos. En sus profundas, incisivas crónicas sobre ese país, además de muchos otros aspectos, positivos y negativos, describió cómo iban apareciendo allí los rasgos de lo que después sería llamado —él mismo lo hizo— el imperialismo. Y los análisis martianos sobre las primeras conferencias panamericanas, realizadas en Washington entre 1889 y 1891 —donde se hallan las raíces de lo que hoy es el sombrío proyecto del ALCA—, alertaron a nuestra América a propósito del inminente desbordamiento de ese imperialismo sobre nuestras tie-

rras. Hace algún tiempo, el carnaval semántico en boga pretendió que ya no había imperialismo. Tan peregrina y supuesta evaporación, que los hechos desmienten del todo, ha sido sólidamente objetada por pensadores serios. En 1993, en su artículo “What is the Meaning of Imperialism?”, el estadounidense Harry Magdoff, a quien tantas claridades debemos sobre la cuestión, planteó:

Es en verdad extraño encontrarse con propuestas de arrojar por la borda el término imperialismo cuando los clásicos rasgos del imperialismo son tan céntricos en los asuntos internacionales. Ciertamente el fin de la Guerra Fría no ha implicado mucha diferencia. La invasión de Panamá y la guerra masiva contra Iraq deben ser evidencia suficiente de que la naturaleza de la bestia no ha cambiado. Si acaso, el colapso de los regímenes de la Europa oriental ha abierto puertas de oportunidad para los países capitalistas avanzados, y al mismo tiempo ha creado espacio para maniobras competitivas entre las grandes potencias en cuanto a cuál de ellas tendrá el papel mayor en uno u otro de los “territorios nuevamente abiertos”.

No hace mucho, el argentino Atilio A. Borón, en su vasto y enjundioso trabajo “Imperio e imperialismo. Lectura crítica de un libro de Michael Hardt y Antonio Negri” —se trata del difundido *Imperio*—, postuló:

El imperialismo de hoy no es el mismo de hace treinta años. Ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde somos “interdependientes”. Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte. Pese a los cambios, conserva su identidad y su estructura, y sigue desempeñando su función histórica en la lógica de la acumulación mundial del capital [...] Digamos, a guisa de resumen, que los atributos fundamentales de aquél [...] siguen vigentes toda vez que el imperialismo no es un rasgo accesorio ni una política perseguida por algunos estados, sino una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo. Esta etapa está signada, hoy con mayor contundencia que en el pasado, por la concentración del capital, el abrumador predominio de los monopolios, el acrecentado papel del capital financiero, la exportación de capitales y el reparto del mundo en distintas “esferas de influencia”. La aceleración del proceso de mundialización acontecida en el último cuarto de siglo, lejos de atenuar o disolver las estructuras imperialistas de la economía mundial, no hizo sino potenciar extraordinariamente las asimetrías estructurales que definen la inserción de los distintos países en ella.

Las actitudes asumidas por el actual gobierno de los Estados Unidos tras los brutales y extraños atentados del 11 de septiembre de 2001 han acabado de disipar cualquier duda sobre el punto. El imperialismo de aquel país, que apenas en sus inicios Martí fue uno de los primeros en detectar y combatir, goza —si cabe la paradoja— de excelente salud, para consternación de la humanidad. Las previsiones martianas sobre el peligro, hechas en el siglo *xv*, fueron confirmadas en el siglo *xx* y están siéndolo en lo que se anuncia del siglo *xxi*. Y quienes auspician ese peligro ya no tienen embozo en proclamar su nombre verdadero. En su artículo reciente “El nuevo imperio americano”, el mexicano Víctor Flores Olea ha dicho:

Es sorprendente que en las últimas semanas revistas y periódicos de Estados Unidos publiquen abundantemente escritos en

Yemi Novita - la casa de los...

que se presenta como un hecho consumado el carácter *imperialista* de la potencia. Pero no, no se piense que tales escritos vienen de alguna izquierda radical y contestataria, sino que, al contrario, han sido elaborados por consistentes integrantes del *establishment* intelectual de Estados Unidos y son, por decirlo así, francamente apoloéticos y elogiosos del hecho.

Como ejemplo de ello, cita "un largo artículo reciente (*Nesweek*, 6 enero 2003)" donde el estadounidense Michael Ignatieff, profesor en Harvard, presenta al "Nuevo Imperialismo Americano" más como una "carga" que como una fortuna, sosteniendo que

[...] constituirse en Imperio es más que ser la más poderosa nación o la más odiada. Significa forzar el orden mundial para servir a los intereses americanos. Y eso significa imponer las reglas que desea Estados Unidos (en todo, desde el mercado hasta las armas de destrucción masiva), al mismo tiempo que se exceptúa a sí mismo de su sometimiento a otras normas (por ejemplo, el Protocolo de Kyoto sobre Medio Ambiente o la Corte Penal Internacional), por estar en contra de sus intereses [...]. El Imperio Americano no es como los imperios del pasado, formado por colonias, conquistas y demás cargas que tuvo que soportar el hombre blanco. Tampoco estamos en la era de la United Fruit Company, cuando las corporaciones estadounidenses necesitaban de los marinos para defender sus inversiones en ultramar. El imperialismo del siglo *xx* es una invención original en los anales de la ciencia política, un imperio "suave", una hegemonía global cuyas notas graciosas son los mercados libres, los derechos humanos y la democracia, reforzados por el más apabullante poder militar que haya conocido el mundo. Es el imperialismo de un pueblo que recuerda que logró su independencia rebelándose en contra de un imperio, y al que le gusta pensar en sí mismo como amigo de la libertad en todas partes. Es un imperio sin conciencia de sí mismo como tal, y afectado siempre por el hecho de que sus buenas intenciones suscitan resentimientos en otros lugares. Pero todo ello no lo hace menos Imperio, con la convicción de que él sólo, en palabras de Herman Melville, encarna "el Arca de las libertades en el mundo".

Flores Olea considera estas casi increíbles palabras nacidas de "una extraña mezcla de prepotencia pragmática y fundamentalismo bíblico". Es singular cómo ellas hacen buenas, solo que esta vez a escala planetaria, observaciones como la de Bolívar en 1829, según la cual "[l]os Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad"; o la de Martí en 1891: "Crean en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: 'esto será nuestro porque lo necesitamos'".

Así como no podemos dejarnos engañar por artilugios como el del presunto "imperio 'suave'", tampoco podemos hacerlo con otros como el del fin de la historia o el del choque de civilizaciones, esgrimidos por pensadores derechos y nada originales como los estadounidenses Francis Fukuyama y Samuel P. Huntington. Atendamos, en cambio, a advertencias como la que en ensayo reciente nos ha hecho Samir Amin a propósito de lo que llama "el capitalismo senil". Que el capitalismo ha entrado en su senilidad da razón de sus estremecimientos de dinosaurio herido, pero no quiere decir, panglosianamente, que vaya a desaparecer mañana. Nos esperan catástrofes. Pero también luchas, que serán victoriosas si sabemos darlas. José Martí, en una de sus "Escenas neoyorquinas", al parecer de 1884, vaticinó:

Las castas que oprimen, y vienen de la gente feudal, han heredado con el nombre y privilegio de sus mayores, sus ferocidades y odios; pero los hombres de abajo, que serán pronto, por ley de amor e inteligencia, los de arriba, del Ande al Cáucaso y del Caspio al Río Amarillo se dan las manos, y apretados pecho a pecho, andan. [...] Dónde pararán, no se sabe; pero se han decidido llegar a las puertas del cielo.

Martí estudió su América, Europa y los Estados Unidos; el mundo árabe y Vietnam y el resto del planeta. Si supo pelear y morir por su patria inmediata, poco antes de desaparecer físicamente había dejado dicho: "Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer", por lo que cada cual debe "cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca". Fue, para glosar otras palabras suyas, de los que ven y sienten con entrañas de humanidad. Va a hacer cuarenta años me propuse desenclavarlo de su ámbito inmediato —incluso el de nuestra América— y lo remití al orbe colonizado en su conjunto: lo que se daría en llamar el Tercer Mundo. Y luego vi con felicidad que Noël Salomón, de noble alma europea, exclamaba desde la UNESCO, en París: "Martí es nuestro". Sí: es patrimonio de cuantos aspiran de veras a un mundo mejor, a abolir finalmente la prehistoria. En una de sus muchas observaciones sagaces, Martínez Estrada escribió en el libro suyo que se ha mentado:

Martí no piensa ni trabaja únicamente para Cuba y las Antillas en el momento actual y para cambiar el régimen de vida y de gobierno en ellas, sino que su revolución, siendo revolución circunscrita al Caribe, está en la línea y en el proceso de la revolución mundial que en unas u otras formas viene coordinando sus fuerzas para el progreso y elevación de la humanidad. Existe, según Martí, una revolución mundial y eviterna, que se va realizando a través de la historia de las naciones, y existen otras parciales que contribuyen a la otra, a ésta que él intenta.

Pero si, efectivamente, no pensó ni trabajó sólo para Cuba y las Antillas, vio que en su momento les incumbían a ellas responsabilidades de dimensiones universales. Es harto conocido su criterio sobre el papel de aquéllas en el equilibrio del mundo. Durante un tiempo, pensé que tal criterio era de origen sansimoniano, pues en esa línea de pensamiento apareció, aunque no siempre con el mismo sentido, en Michel Chevalier. Pero al cabo comprendí que tuvo razón Julio Le Riverend, cuando en su trabajo de 1979 "El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo" lo remite a la herencia bolivariana, tan fundamental para Martí. Y bien: ha pasado más de un siglo y, henos aquí, en las Antillas, donde nació, comenzó a formarse y murió Martí, reunidos para abordar, con perspectivas que nacieron de él y en su estela hizo reverdecer la Revolución Cubana —como proclamó el propio Fidel—, los graves problemas del mundo actual.

Se lee mucho que este mundo requiere para ser entendido del conocimiento de distintos pensadores; por ejemplo, Marx, Freud y Nietzsche, para quienes, como el último repitió estruendosamente, Dios había muerto. Dostoyevski sacó conclusiones de ese hecho, e hizo exclamar a uno de sus personajes que si Dios había muerto, todo era posible. El siglo pasado y lo que va de éste parecen haber existido para que tuviera razón. Doy por sentado que los creyentes en alguna religión —entre quienes no me cuento— añadirán otros nombres. Por mi parte, soy de los que tienen el firme convencimien-

to de que no ya Cuba, sino el planeta en su conjunto requiere para salvarse del conocimiento, de la asunción de Martí, criatura moral que por cierto no fue deícida y sí uno de los escasos fundadores de creencias universales; y que estamos asistiendo al inicio apenas de su expansión, como se habla de la expansión de una galaxia. En alguna oportunidad me pusieron como un zapato, en uno de esos ejemplos de prensa supuestamente libre donde no se nos permite replicar, por decir cosas de esta cuerda. El argumento del erudito a la violeta —por añadidura, un renegado— a quien debo esa agresión, es que ando divinizando a Martí, hecho tanto más vitando por cuanto el hombrecito nació en un oscuro rincón del mundo. De ninguna manera incurro en el error de querer hacer de Martí un dios. Simplemente creo, como creyó él, en el carácter sagrado de la existencia. Y no puedo olvidar que Jesús nació no sólo en un oscuro rincón del mundo, sino en un pesebre. Los bibliógenos al servicio de los opresores, además, no pueden aceptar la relevancia excepcional de alguien a quien, en el fondo, tienden a tomar como un negro catedrático. A la riqueza copiosa y exacta de Martí consideran hojarasca los que confunden su propia escasez espiritual de letrados artificiales con el austero rigor que creen tener. No es extraño que en años recientes les haya dado por atacarlo abiertamente, valiéndose de ideas que en su fatuidad de colonizados estiman novedosas. Al parecer, a fin de que ellos le dieran entrada en su olimpo, sería necesario que Martí fuera un blanco catedrático. El sinsentido de esto es tanto mayor porque cuando tirios y troyanos, apoyados en supuestas ciencias, creían sin vacilar en la existencia de razas superiores e inferiores —absurdo que el descubrimiento del genoma humano acabó de echar por tierra—, el hombrecito se atrevió a decir que no hay odio de razas, porque no hay razas. Muchísimas otras cosas se atrevió a decir —y a hacer. Pero los escribas de los señores se niegan a oírlo, cuando no lo dan a citar aviesa y torpemente por los propios señores.

Para calibrar el riesgo que se corre, no está de más recordar que lo que está en juego es la sobrevivencia misma del *homo sapiens*. Y, para viabilizarla, es imprescindible compenetrarse con quien, desde el seno del que estaba en vías de ser el mayor imperio jamás existente, e identificado con los oprimidos, con los pobres de la Tierra —también Jesús vivió en el mayor imperio de su ámbito, identificado con los pobres—, proyectó otra modernidad, alternativa, fraternal y sororal, y anunció un universo nuevo, amasado por los trabajadores. Vivió y actuó para su patria y para el resto del mundo; para su momento y para el porvenir, hecho de innumerables siglos.

Malos tiempos son éstos, según suelen serlo los del ocaso de un imperio, los del fin no de la historia, pero sí de una era. De no ocurrir ese fin, ¿cómo podría nacer otra era? Pero por arduos que sean, estos tiempos no descorazarán a los auténticos seguidores de Martí, entre los que queremos contarnos. Hagamos nuestras las palabras que él citara al concluir su prodigiosa crónica sobre los mártires obreros de Chicago en 1887 —crónica que reveló un enérgico giro en su pensamiento—: “¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia; seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!”

¹ Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

Leyendo los Estados Unidos¹

IVÁN A. SCHULMAN

Vivió quince años en los Estados Unidos, trabajó como traductor y corresponsal en la ciudad de Nueva York, escribió unas trescientas crónicas sobre diversos temas para el *Sun*, publicó ensayos sobre arte y cultura en *The Hour* y en otros periódicos neoyorquinos, algunos perdidos hoy; escribió sus tres poemarios revolucionarios en la ciudad de Nueva York, desempeñó labores diplomáticas, comerciales, y educacionales en la ciudad; escribió *La Edad de Oro*; tradujo novelas del inglés al español, fundó y dirigió *Patria*; viajó por la costa este de los Estados Unidos, organizó clubes revolucionarios; escribió sus crónicas sobre la vida, la cultura, la política, la economía, la tecnología de los Estados Unidos, crónicas que envió a los periódicos de mayor prestigio en Hispanoamérica: *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México, *La Opinión Nacional* de Caracas. En Nueva York escribió su única novela, *Lucía Jerez*. En su época fue admirado por sus dotes intelectuales y su producción literaria por Charles Dana, el director del *Sun* de Nueva York, y fue una figura conocida y celebrada por obreros, tabaqueros, e intelectuales del exilio en las ciudades de la costa este de los Estados Unidos. Fue un escritor que entendió las manifestaciones y las raíces de la cultura y la política de los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo *xix*. Otras figuras latinoamericanas redactaron textos importantes sobre la vida del Norte —Rodó y Sarmiento, por ejemplo— pero ninguno con la perspicacia, la dedicación ni la inteligencia de Martí. La capacidad de asimilar e identificarse con la cultura de otros países donde vivió, a veces, durante períodos breves, le confirió una identificación nacional múltiple, y por lo tanto, se puede hablar de un Martí escritor no solo cubano, sino mexicano, guatemalteco y estadounidense.

El multinacionalismo martiano pertenece a la dolorida experiencia migratoria del exiliado, condición que “...él asume con un temperamento trágico pero al mismo tiempo esperanzador”. Refiriéndose a sus migraciones comentó: “Yo nací en Cuba y estaré en Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco. El alma de Bolívar nos alienta: el pensamiento americano me transporta”. Concebida la patria en esta forma, los textos que la narran son *interculturales*; incorporan geografía y gente en espacios poblados por culturas divergentes cuyas características a menudo se resisten y batallan entre sí. La patria de su ideario, en resumidas cuentas, viene a ser una construcción híbrida de alcance universal.

Así en el caso de los Estados Unidos. Es decir, los Estados Unidos marcó su imaginario de modo profundo. La narración de su cultura empezó temprano con las entregas escritas en inglés para

ya mi hora a la de Martí

The Hour, crónicas producidas poco después del comienzo de su residencia norteamericana y en las cuales revela un conocimiento mucho más penetrante y sagaz que las crónicas, por ejemplo, de Sarmiento. Su visión es múltiple —positiva y negativa. Su primera impresión es que está “en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente [...] Todos trabajan, todos leen.” El anverso de estas primeras impresiones también se manifiesta, o sea, los aspectos negativos de la vida diaria que observa:

Si este amor de riqueza no está temperado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales —si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza parejo desenvolvimiento al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿adónde irán? ¿dónde encontrarán suficiente razón par excusar esta difícil carga de vida y sentir alivio a su aflicción?

Se funden dos discursos en las crónicas que envía a los periódicos hispanoamericanos: el discurso del deseo con subtextos dirigidos al pueblo hispanoamericano y el informativo, el que recoge datos, acontecimientos, tragedias, celebraciones, en fin, visiones de la vida norteamericana. Digo visiones, porque el mismo Martí en su famosa carta a Bartolomé Mitre, al comentar el proceso de la producción de sus crónicas describió su “modo general de ver” en la construcción de sus cartas a *La Nación*: “Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver [...]”. La insistencia sobre el factor visual hace que los textos martianos sean paisajes que el cronista interioriza —*inscapes* en lugar de *landscapes*— como tenían que ser los escritos de un autor moderno que mira en sí y se reconstruye, según el perfil del creador elaborado en su manifiesto de la modernidad, *El prólogo al poema del Niágara*.

La lectura martiana de los Estados Unidos, si vamos a hablar de su trascendencia histórica, pertenece al siglo *xx*. Pero hay en sus lecturas una faceta futura que las convierte en textos que pertenecen a los siglos *xx* y *xxi*. Y pertenecen a nuestra época porque la visión martiana abarca dimensiones raigales y problemáticas profundas de la vida del Norte. Me refiero a las crónicas en que Martí capta la corrupción política de Tammany Hall, las prácticas inmorales de los miembros del gabinete del presidente, las luchas sindicales, los conflictos raciales, la violencia urbana, los excesos materialistas, las maniobras corruptas de las elecciones presidenciales, aspectos de la vida norteamericana que Martí entendió de raíz, y que describió con detalles que nos asombran todavía hoy, pues al iniciarse el siglo *xxi*, siguen afeando la vida de los Estados Unidos. ¿No podría, a modo de ejemplo, escribir las siguientes líneas martianas algún periodista norteamericano hoy?:

Se pudren las ciudades; se agrupan sus habitantes en castas endurecidas; se oponen con la continuación del tiempo masas de intereses al desenvolvimiento tranquilo y luminosos del hombre; en la morada misma de la libertad se amontonan de un lado los palacios de balcones de oro, con sus aéreas mujeres y sus caballeros moquetados y ahitos, y ruedan de otro en el albañal, como las sanguijuelas en su greda pegajosa, los hijos encenques y deformes de los trabajadores, en quienes por la prisa y el enojo de la hora violenta de la concepción, aparece sin dignidad ni hermosura la naturaleza.

De este modo capta Martí el proceso de la modernización *in media res* y como proyecto inconcluso —proyecto sin solución en Estados Unidos. En vista de estas visiones, la lectura de Martí debiera ser una lectura obligatoria, necesaria. Pero desgraciadamente no es así. Martí sigue siendo una figura poco conocida en los Estados Unidos. Donde más se le recuerda y donde se estudia su vida y obra en forma poco satisfactoria es en aquellos centros universitarios donde existen programas avanzados de literatura hispánica, o de estudios latinoamericanos. En los siglos *xx* y *xxi* de esos centros universitarios solo ha habido unas treinta tesis doctorales sobre su obra —pocas en comparación con muchísimas sobre Cortázar, García Márquez, Fuentes, Piglia o sobre temas de la literatura colonial. Mi teoría para explicar esta carencia es que la lectura de Martí, por su profundo sentido ético, molesta al lector norteamericano. Sin embargo, estamos tratando de difundir la obra martiana en inglés. Durante unos diez años lo hemos hecho a través de la Fundación Martí que funcionaba durante un período breve, con fondos de Manuel Pedro González. Después, varios académicos hemos organizado congresos y coloquios sobre la obra martiana. La Latin American Studies Association y la Ford Foundation ha subvencionado actividades en torno a la vida y la obra de Martí. Durante el verano de 2002 la National Endowment for the Humanities, dio dinero para organizar en los Estados Unidos y en Cuba un seminario sobre Las Américas de José Martí, un seminario que Michael Conniff y yo dirigimos para veinticinco profesores universitarios norteamericanos. Estos profesores, al volver a sus universidades se comprometieron a enseñar cursos sobre la obra de Martí —proyecto que esperamos tenga el efecto de crear una nueva generación de estudiosos de la obra martiana. En marzo de 2003, cuando se reunió la Latin American Studies Association en Tejas, hubo un panel que organicé, principalmente con investigadores cubanos. E, inmediatamente después, un minicongreso en Miami con investigadores cubanos, españoles, hispanoamericanos y norteamericanos. Las traducciones no han sido muy eficaces en difundir la obra martiana, pues hasta la fecha han sido mediocres. Pero el año pasado, por fin, apareció en la serie de Penguin Books, un libro grueso de traducciones de primera categoría, con una selección muy inteligente: las traducciones de Esther Allen.

En conclusión, me da pena decir que la huella martiana en la memoria colectiva, histórica, de los Estados Unidos desde su muerte, y hasta hoy, ha sido efímera. Hay, por supuesto, estatuas de Martí en algunas ciudades, pero las visiones y lecciones martianas sobre la sociedad moderna, sobre la sociedad norteamericana, no han circulado, no han llegado a las masas. Pero, seguimos trabajando en “la mina martiana”, y con optimismo vemos un futuro más halagador, sencillamente porque estamos convencidos que la lectura martiana es una lectura obligatoria tanto en los Estados Unidos como en otros rincones del mundo.

¹ Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

Martí y el expansionismo estadounidense de ayer a hoy¹

ATILIO A. BORON

A 150 años del natalicio de José Martí y a poco más de un siglo de formuladas sus apreciaciones sobre la realidad de las relaciones entre la América española y la anglosajona, sus sombríos pronósticos no podrían haber sido confirmados con mayor contundencia por el devenir histórico. Fue una voz calificada por muchos como pesimista, por otros como poseída por un radical resentimiento debido a los desencantos que le produjo el "haber vivido en las entrañas del monstruo". Lo cierto es que el mensaje martiano resuena en nuestra América con una claridad y una profundidad extraordinarias. Pocas veces, en el ámbito de la historia y las ciencias sociales, existió una predicción más certera que la que nos legara Martí en sus escritos. Hegel había predicho que, agotada la Europa de la ilusoria restauración decretada por el Congreso de Viena, la América Latina y los Estados Unidos se encontrarían frente a frente, dirimiendo en un pie de igualdad la supremacía sobre el orden internacional. Variantes menores de esta tesis se encuentran, también, en el pensamiento de Alexis de Tocqueville, todas ellas reposando sobre el supuesto, desmentido por la historia, de que las dos Américas seguirían un recorrido ascendente que las llevaría a su inexorable confrontación. La contradicción es —fue— inocultable: pero la idea de que ambas partes arribarían a dicho momento en condiciones razonablemente similares en cuanto a su desarrollo económico, político, social y cultural resultó ser equivocada. En todo caso, lo que queremos subrayar aquí es la precisión de la previsión martiana allí donde —es cierto que en un período histórico anterior— grandes cabezas del pensamiento social y político de Occidente fallaron por completo.

Cabría agregar, en honor a la verdad, que hubo, también, otro pronóstico de deslumbrante exactitud producido contemporáneamente al de Hegel. Se trata, claro está, del formulado por Simón Bolívar cuando escribiera que "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar a la América española de miserias en nombre de la libertad". La anticipación bolivariana, plasmada, al igual que la de Martí, en el fragor de las luchas por la independencia, fue notable, pero no avanzaba en los detalles. Habría de ser Martí quien expusiera, con inigualada claridad, los contornos pre-

cisos de las amenazas que se cernían sobre nuestros países a partir de la vocación imperial estadounidense. La excepcional penetración de la mirada martiana, su experiencia personal en la sociedad del país norteamericano y su ineludible lucha por la libertad de Cuba y las naciones hermanas de nuestra América, le permitieron captar con singular precisión los alcances de la amenaza que la potencia del Norte implicaba para los pueblos de América Latina.

Algunos podrían calificar nuestra ponderación sobre el significado de la reflexión martiana, afirmando que ella era la expresión del "espíritu de la época". El llamado "ariélismo" —movimiento cultural que reconocía en la pluma del uruguayo José E. Rodó su inspirador y fundador— había propagado por la América española el evangelio anti-estadounidense. En la Argentina, como lo retratan magníficamente las encendidas crónicas de Martí para el diario *La Nación* de Buenos Aires, este espíritu refractario a la cultura, la economía y la política de la América anglosajona había penetrado, inclusive, en el seno de las clases dominantes tradicionales y sus intelectuales. Más cerca de Cuba, en el México del porfiriato, el dicho atribuido al dictador: "Pobre México: tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos", refleja el clima ideológico del momento. Es indiscutible que Martí no podría haberse abstraído al mismo, máxime teniendo en cuenta su exquisita sensibilidad. Pero en su obra hay algo más que un lamento. Lo suyo cala mucho más hondo y va mucho más lejos. El antiamericanismo que recorrió América Latina hacia finales del siglo XIX era, en algunos casos, una tardía exaltación del hispanismo y poco más que eso. Podría hasta decirse que, en algunos casos, era reaccionario. Lo de Martí, en cambio, se inscribe en otro registro. No se trata de la queja abstracta o del lamento melancólico sino de un análisis concreto de las condiciones histórico-estructurales que dan lugar a una organización del sistema internacional, capaz de condenar a los pueblos latinoamericanos a la postración y el sometimiento. Lo que hallamos en Martí, a diferencia de sus contemporáneos, son lúcidas interpretaciones acerca de la naturaleza de la relación entre ambas Américas, el papel de la dirigencia política en ellas, los rasgos distintivos de las culturas contrapuestas, el papel de los intereses económicos y las estrategias que los gobiernos de la América Latina deberían seguir para ahorrarnos los pesares que habrían de abrumarnos a lo largo del siglo XX. En este sentido, es preciso recuperar la figura de Martí como la de un sutil analista de las relaciones internacionales, un sociólogo de amplia mirada que polemiza, ventajosamente, con Domingo F. Sarmiento y un economista que supo discernir, con agudeza, las complejidades de las relaciones económicas internacionales y el papel del imperialismo. Podríamos concluir, entonces, que el infortunio fatal latinoamericano, al menos hasta el momento en que nuestros pueblos decidan hacerse dueños de su destino, encuentra su origen, precisamente, en la negativa a escuchar las sabias advertencias del Apóstol.

El "destino manifiesto", el ALCA y la trascendencia del legado martiano

La propuesta de establecer el Área de Libre Comercio para las Américas se ha convertido, en nuestros días, en el tema de mayor importancia para el futuro de nuestros pueblos. Ideólogos y publicistas del neoliberalismo se han desvivido por presentar este proyecto como

yo m. honda - elab. de Boron

una gran iniciativa de carácter meramente comercial, que potenciaría las perspectivas de desarrollo económico de los países de la región y aseguraría —gracias a la liberalización de los flujos comerciales, el desmantelamiento de las interferencias estatales y la caída de las barreras proteccionistas— el advenimiento de una era de prosperidad sin precedentes en nuestra historia. El gobierno de los Estados Unidos no escatima esfuerzos para lograr su establecimiento lo antes posible, utilizando a tales efectos todo tipo de estrategias: desde la amenaza de sanciones comerciales y financieras a los que se oponen, hasta los sofismas economicistas según los cuales el ALCA derramaría sobre nuestros países ingentes beneficios. El argumento utilizado por la Casa Blanca y sus voceros, y reproducido servilmente por algunos gobiernos de la región y su corte de publicistas, afirma que el ALCA no es sino el demorado sinceramiento de nuestras economías con el venturoso primado, considerado ya irreversible, de los mercados mundiales y la necesaria —aunque transitoriamente dolorosa— reafirmación en el plano hemisférico de la adecuación de América Latina a las exigencias de la así llamada “nueva economía.”

Este es el “relato oficial” del ALCA que, por supuesto, poco tiene que ver con la realidad. Lo que ésta nos enseña, y lo que nos advertía Martí, en cambio, es que el ALCA es la culminación de un secular proyecto de dominación imperial cuyas raíces se hunden en la historia hemisférica. La expresión más clara al respecto, pero no por cierto la única, fue planteada tan tempranamente como 1823 por quien fuera, entre 1817 y 1825, el quinto presidente de los Estados Unidos, James Monroe. Fiel a su vocación expansionista, durante su mandato Monroe concretó la adquisición de la Florida y, pocos años más tarde, formuló la doctrina que lleva su nombre y que se sintetiza en su bien conocido aforismo: “América para los americanos”. El pretexto para tal pretensión era alejar a las potencias europeas de toda intromisión en los asuntos del hemisferio. Los móviles verdaderos eran, en cambio, asegurar el predominio absoluto en la región para ese fragmento del mundo anglosajón en tierras americanas, poniendo a los decrepitos imperios coloniales de España y Portugal en retirada y aconsejando a británicos y franceses abstenerse de inmiscuirse en un área que, para los estadounidenses, constituía su esfera natural de predominio. Su “destino manifiesto” no sería negociado con nadie y, mucho menos, con una potencia extra-regional. Como repetidamente lo señalarían los cultores de esta doctrina, no se trata tan solo de un derecho sino de una obligación que el pueblo estadounidense tiene: hacer que su civilización prevalezca sin contrapesos en las Américas.

No sorprende, entonces, comprobar cómo, desde los albores mismos de la independencia latinoamericana, se escuchaban voces de alerta motivadas por las vigorosas tendencias expansionistas e imperialistas que, ya desde sus primeros pasos, exhibían las trece colonias inglesas. Las palabras de Bolívar, mencionadas más arriba, constituyen un testimonio inapelable. La obra de Martí remite con sublime obsesión a lo mismo. A lo largo de muchas páginas de su voluminosa producción, el Apóstol se refirió *in extenso* a este tema. No es éste el lugar para realizar una exégesis minuciosa de sus argumentos, pero conviene, de todos modos, subrayar algunos de sus lineamientos principales. En una de sus magníficas notas publicadas en el diario *La Nación*, Martí advertía que

[...] en cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo [...] Los peligros no se han de ver

cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever.²

Aclarar y prever porque, según Martí, “en política lo real es lo que no se ve”.³ Y lo que no se ve, y no se deja ver gracias a la maraña creada por la industria cultural dominada por los imperialistas, son los intereses de los Estados Unidos en la promoción del ALCA. Se trata, entonces, de ver, y Martí nos ofrece unas guías para poder hacerlo. Por ejemplo, nos advierte que

[...] ningún pueblo hace nada contra su interés [...] Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse [...] Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado [...] podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria [...] ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado [...] y si es probable que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado [...] Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América.⁴

De su indagación extrajo Martí las siguientes conclusiones, cuya actualidad difícilmente podría ser mayor. Primero: los estadounidenses “creen en la necesidad, en el derecho bárbaro como único derecho: esto es nuestro, porque lo necesitamos”, sentencia ésta que prefigura, con un siglo de anticipación, la más reciente innovación doctrinaria de los Estados Unidos en materia de seguridad en pos de justificar las “guerras preventivas” contra todo aquél que, en un futuro incierto, pudiera llegar a ser una amenaza para su seguridad militar. Volveremos sobre este tema más adelante.

Segundo: de sus investigaciones histórico-culturales, Martí concluye que

[...] quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse a más de uno [...] El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político [...] Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios.⁵

La conclusión final no es menos actual que las anteriores observaciones. En efecto, Martí nos previene en contra de “la ligereza de un prestidigitador político” capaz de “ponerle colorines de república a una idea imperial”.⁶ Para nuestra desgracia, ya no es uno sino son muchos los prestidigitadores políticos que le ponen colorines de república a una idea imperial e imperialista, procurando invisibilizar aquello que salta a la vista: que el ALCA no es otra cosa que la tentativa de coronar exitosamente el proyecto imperialista del “destino manifiesto”, cuya continuidad se extiende a lo largo de dos siglos. Bertolt Brecht decía que la burguesía era una señora que no deseaba que se la llamase por su nombre. Parafraseando a Brecht podemos decir que el ALCA es un caballero imperialista que, también, pretende que no se le llame por su nombre.

Las premonitorias advertencias de Bolívar y Martí demostraron ser exactas. En un proceso que no tuvo pausas, y que siempre supo combinar la sistemática penetración económica en nuestros países con otros recursos signados por el engaño, el soborno a gobernantes corruptos y, casi siempre, la violencia más desenfrenada, los Estados Unidos asentaron un predominio sin contrapesos en esta parte del mundo. Tal como lo dijera Martí, el influjo económico se tradujo, inmediatamente, en influjo político; la dependencia económica dio paso a la dependencia política, la sumisión económica se tradujo en una humillante abdicación de la soberanía nacional. Al no ser libres en los negocios, nuestros países tampoco pudieron ser libres en lo político. Perdieron soberanía económica y, con ella, la soberanía política. Nuestros estados se convirtieron en guarniciones imperiales; nuestros gobiernos abandonaron toda pretensión de representar al pueblo y se rebajaron al rango de meros mandatarios de los poderes económicos dominantes, fieles transmisores y ejecutores de las órdenes del imperio y preocupados —ante todo y fundamentalmente— en preservar los derechos de la potencia hegemónica. De este modo, la democratización obtenida luego de prolongadas batallas y a un costo extraordinario en términos de vidas humanas, penurias y sacrificios de todo tipo dio lugar a impotentes simulacros toda vez que los gobiernos elegidos por sufragio universal prestaban oídos sordos a las voces de los pueblos mientras escuchaban con atención el tiránico vozarrón de los mercados. El ALCA no es sino la culminación de este proceso, la legalización e institucionalización de la dependencia y de la sumisión al imperialismo, el cumplimiento cabal del “destino manifiesto”, precozmente esbozado en la Doctrina Monroe.

Los imperativos estratégicos de la Casa Blanca en la fase actual, América Latina y el papel del ALCA

Para comprender los alcances del ALCA conviene situar esta iniciativa en el marco de la discusión existente en los Estados Unidos con relación a sus prioridades en materia estratégica, máxime teniendo en cuenta los nuevos acentos que aquélla ha adquirido luego de los atentados del 11 de septiembre del 2001. Digamos, para comenzar, que sería un error imperdonable suponer que un proyecto como el ALCA se promueve tomando en cuenta tan solo sus facetas económicas. Ninguna iniciativa de tal envergadura es impulsada por Washington sobre la base de exclusivas consideraciones de orden comercial o financiero. Esto es algo que nunca han hecho los estadounidenses. Pese a la penosa rusticidad que exhibe gran parte de la clase política de los Estados Unidos —y de la cual George W. Bush Jr. es uno de los ejemplos más patéticos—, no hay que olvidar que, por debajo del tinglado electoral y de la escena política formal, existe un sofisticado y complejo entramado de instituciones y agencias, que reclutan a algunos de los intelectuales y expertos más destacados de ese país y son ellos quienes producen las visiones de largo plazo encargadas de orientar la conducta de los ocasionales ocupantes de la Casa Blanca. A diferencia de Woodrow Wilson o Franklin Delano Roosevelt, George W. Bush carece por completo de ideas propias: su condición es la del mero vocero de los intereses que prevalecen en el centro imperial.

Precisamente, debido a esta orfandad política es que conviene examinar los términos de la discusión estratégica actual tal cual la plantean los expertos y *policy advisors* del gobierno. En un trabajo reciente, Robert Kagan —de la Hoover Institution y uno de los más influyentes asesores presidenciales— sostenía que los Estados Unidos, a diferencia de Europa, deben ejercer su poder

[...] en un mundo anárquico y hobbesiano, en el cual las leyes y normativas internacionales son inseguras e inciertas. En un escenario de ese tipo la verdadera seguridad, defensa y promoción de un orden liberal dependen de la posesión y uso de la fuerza militar.

Es por eso, continúa nuestro autor, que los Estados Unidos deben con frecuencia actuar como un verdadero “*sberiff* internacional”. Pese a su autoproclamada designación como gendarme mundial, su papel es ampliamente bienvenido porque los gobiernos responsables y la opinión pública sensata saben que Washington trata de imponer la paz y la justicia en un mundo sin leyes. Ante tal situación, los que están fuera de la ley deben ser neutralizados o destruidos, y la doctrina de la “guerra preventiva” contra cualquiera sospechoso de amenazar la seguridad militar estadounidense actual o futura es una simple consecuencia lógica de tan paranoico razonamiento. Siguiendo con esta alegoría del lejano Oeste, Kagan sostiene que Europa, en cambio, no desempeña el papel del *sberiff* sino el del cantinero, a quien sólo le importa que los malvados consuman, gasten el dinero obtenido con sus fechorías en su local.⁷ Nuestro autor remata su argumentación apelando a un trabajo de un experto británico, Robert Cooper, quien alega que, al tratar con el mundo exterior a Europa,

[...] debemos regresar a los métodos más brutales de antaño —la fuerza, el ataque preventivo, el engaño y cualquier cosa que sea necesaria [...] Entre nosotros mantenemos la ley, pero cuando operamos en la jungla debemos también utilizar las leyes de la jungla.

La jungla es, obviamente, todo el resto del planeta que se encuentra fuera del Atlántico norte y, muy especialmente, las regiones periféricas del imperio.⁸

La beligerante visión de Kagan y Cooper ya había sido anticipada, unos años antes, por un trabajo de otro notable intelectual orgánico del *establishment* estadounidense: Samuel P. Huntington, quien, a diferencia de algunos izquierdistas extraviados como Michael Hardt y Antonio Negri, no alberga la menor duda acerca del carácter imperialista del actual orden mundial. Su preocupación es, en cambio, la debilidad de los Estados Unidos en su condición de “*sberiff* solitario” en un mundo signado por lo que algunos teóricos denominan “el momento unipolar”. Según este autor, la especificidad de la actual coyuntura obliga a Washington a ejercer el poder internacional de forma despótica e inconsulta. El temor de Huntington es que la reiteración de esta conducta pueda precipitar la formación de una amplísima coalición anti-estadounidense en donde no solo se enrolen Rusia y China sino también, si bien en diversos grados, los estados europeos, lo cual pondría seriamente en crisis al actual orden mundial. En cuanto “*sberiff* solitario” los Estados Unidos fueron compelidos, por imperio de las circunstancias, a

[...] presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas en temas tales como derechos humanos y

ya mi hora a la de Martí

democracia: impedir que terceros países adquieran capacidades militares susceptibles de interferir con la superioridad militar norteamericana; hacer que la legislación norteamericana sea aplicada en otras sociedades; promover los intereses empresariales norteamericanos bajo los *slogans* del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses [...] forzar a otros países a adoptar políticas sociales y económicas que beneficien a los intereses económicos norteamericanos; promover la venta de armas norteamericanas e impedir que otros países hagan lo mismo [...] categorizar a ciertos países como "estados parias" o delincuentes y excluirlos de las instituciones globales porque rehusan a postrarse ante los deseos norteamericanos.⁹

A esta lista de odiosas iniciativas, que hemos presentado en forma resumida en este trabajo, podríamos agregar, sin dificultad alguna, la siguiente: "promover la creación del ALCA para favorecer los intereses de las grandes corporaciones norteamericanas", y la enumeración estaría completa. Las palabras del secretario de estado Colin Powell con relación a las expectativas que Washington tiene respecto al ALCA son bien contundentes:

[...] nuestro objetivo es garantizar para las empresas estadounidenses el control de un territorio que se extiende desde el Ártico hasta la Antártica y el libre acceso sin ninguna clase de obstáculo de nuestros productos, servicios, tecnologías y capitales por todo el hemisferio.

Así, mientras algunos sectores de la izquierda exhiben una enfermiza tendencia a olvidar la existencia de la lucha de clases y el imperialismo —probablemente por temor a ser sindicados por el prevaleciente consenso neoliberal como extravagantes y ridículos dinosaurios fugados del Parque Jurásico del socialismo—, los mandarines del imperio, preocupados como están por aconsejar con sus conocimientos a las clases dominantes, que se enfrentan a diario con los antagonismos clasistas y las luchas emancipadoras, no pueden darse el lujo de distraerse con elucubraciones metafísicas. Esta es una de las razones por las que Zbigniew Brzezinski, ex director del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, es tan claro en su diagnóstico, y en vez de hablar de un fantasmagórico "imperio sin imperialismo", como el que en su alucinación perciben Hardt y Negri, celebra sin tapujos la, a su juicio, irresistible ascensión de los Estados Unidos a la condición de "única superpotencia global". Pero, preocupado por asegurar la estabilidad a largo plazo de la fase imperialista abierta tras el derrumbe de la URSS, Brzezinski identifica los tres grandes principios orientadores de la estrategia geopolítica estadounidense, al interior del cual será preciso descifrar el significado del ALCA: primero, impedir la colusión entre —y preservar la dependencia de— los vasallos más poderosos de los Estados Unidos en cuestiones de seguridad —Europa Occidental y Japón—; segundo, mantener la sumisión y obediencia de las naciones tributarias, como las de América Latina y el Tercer Mundo en general; y tercero, prevenir la unificación, el desborde y un eventual ataque de los "bárbaros", denominación ésta que incluye desde China hasta Rusia, pasando por las naciones islámicas del Asia Central y Medio Oriente.¹⁰

Este es, en resumidas cuentas, el marco estratégico en el cual debemos comprender al ALCA. Cualquier otra consideración que

sea hecha al margen de estas directrices no alcanza a captar, en toda su dimensión, la magnitud y complejidad de la amenaza que se cierne sobre nuestra América. Téngase presente, por ejemplo, que, en el prolijo examen que Brzezinski realiza sobre cada una de las regiones que constituyen el tablero internacional, este autor excluye a América Latina. Si bien no explicita las razones por las cuales procede de esta manera, una atenta lectura de su texto no puede ocultar su motivación: para Brzezinski, al igual que para la gran mayoría de los expertos en estos temas, nuestros países configuran una suerte de gigantesca "provincia interior" del imperio. Atento a esta caracterización, lo que aquí ocurra no cae en el terreno de las relaciones internacionales sino que se define, más bien, en el marco de la política doméstica. Las dos veces secular tendencia hacia la anexión del vasto espacio geográfico que yace al sur del Río Bravo, hace que, en las especulaciones de los estrategas imperiales, lo que ocurre en nuestros países no merece un tratamiento demasiado distinto del que ameritaría una revuelta secesionista en Alabama o Texas. Y si no siempre la Casa Blanca recurre a la metodología violenta es por la conveniencia de mantener una cierta fachada de independencia entre sus posesiones neocoloniales del sur dado que, de lo contrario, su prédica como campeón de las libertades se vería seriamente erosionada en el contexto internacional.

Paradójicamente, el silencio sobre América Latina revela la importancia estratégica fundamental que ésta tiene para los Estados Unidos por ser la región que, a largo plazo, le plantea los mayores desafíos. Sobre esto hay un indicio inapelable: en los años ochenta, en el apogeo de la "guerra de las galaxias" lanzada por Ronald Reagan durante la Segunda Guerra Fría, el personal diplomático adscrito a la embajada de los Estados Unidos en México era superior al que se hallaba estacionado en todo el territorio de la Unión Soviética. La razón de fondo de esta sorprendente constatación radica en la convicción, silenciosamente compartida por la casi totalidad de los estrategas estadounidenses, de que la URSS era un problema transitorio de los Estados Unidos, un conflicto de naturaleza política y, por lo tanto, perecedero. En cambio, América Latina constituye un problema permanente, que tiene la densidad y persistencia de un accidente geográfico, algo que muy difícilmente la obra de los hombres puede revertir. México es, a consecuencia de lo anterior, la frontera entre el más poderoso imperio jamás construido sobre la faz de la tierra y su periferia subdesarrollada, la región del mundo que ostenta el triste título de ser la más injusta y desigual del planeta. Se comprende, pues, la fenomenal concentración de recursos de todo tipo destinados a monitorear y, de ser posible, controlar todas las circunstancias que acechan desde el sur.

Poco tiempo atrás, el economista cubano Osvaldo Martínez planteaba con claridad este problema al subrayar que nuestros países son la región

[...] donde el apetito del imperio se excita con los mercados por controlar, las esferas de inversión de capital por dominar, las empresas públicas por privatizar, los lucrativos sectores de servicios por someter la barata fuerza de trabajo por explotar. Es la región donde hay petróleo, agua, biodiversidad y espacio geoestratégico para ampliar su red de bases militares.¹¹

Abundando en detalles, Martínez señalaba que América Latina, pese a no ser la primera región petrolera del mundo, es, sin la menor duda, aquella que puede ofrecer un suministro más cercano y seguro a mediano plazo. Este es un dato harto significativo si se tiene en cuenta que las reservas petrolíferas de la superpotencia no alcanzan para más de diez años y la inestabilidad creciente de la región que cuenta con las mayores reservas del mundo, el Medio Oriente, puede muy rápidamente desembocar en la constitución de regímenes fuertemente opuestos a los Estados Unidos. Esto nos permite entender, asimismo, la excepcional importancia que tiene Venezuela y la desesperación de la Casa Blanca por "normalizar" la situación política en ese país, es decir, por imponer un gobierno dócil a sus directivas lo antes posible. Por otra parte, nuestros países albergan nada menos que la tercera parte del potencial mundial de agua del planeta, y la cuenca acuífera localizada en la Chiapas zapatista es una de las más importantes de la región. Téngase en cuenta que, mientras América Latina posee en su conjunto los ríos más caudalosos del mundo, el suroeste estadounidense se enfrenta ante su inexorable desertificación, y el suministro del líquido para la ciudad de Los Ángeles será un desafío formidable en pocas décadas más. Ya existen proyectos que, ante la negativa canadiense, planean construir un gigantesco acueducto desde el sureste mexicano hasta el sur de California, a los efectos garantizar la provisión de agua a esa región. En términos de biodiversidad, Martínez señala que América Latina cuenta con el 40 % de las especies animales y vegetales existentes, lo que constituye un imán poderosísimo para las grandes transnacionales estadounidenses dispuestas a imprimir el sello de su *copyright* a todas las formas de vida animal o vegetal existentes. Por último, desde el punto de vista territorial, América Latina es una retaguardia militar de crucial importancia. El bombardeo aéreo masivo e indiscriminado puede destruir a un ejército, pero hasta que no se ocupe el territorio la guerra no ha terminado. Esta es la lección de Vietnam y, en menor medida, también la de la Guerra del Golfo. La importancia de controlar el territorio sigue siendo un tema fundamental en el arte de la guerra, desde Tzung-Tsu hasta nuestros días, pasando por Maquiavelo. Y ese territorio, tan crucial para los Estados Unidos, es América Latina y el Caribe. En fin, el inventario de recursos y situaciones que hacen que esta parte del planeta sea de excepcional importancia para los Estados Unidos sería interminable.

No obstante, el Departamento de Estado y la Casa Blanca insisten, rutinariamente, en declarar que América Latina tiene escasa importancia en la agenda de la política exterior estadounidense, tesis ésta que muchas veces es reiterada por analistas en apariencia progresistas y políticos y gobernantes resignados de nuestros países. En realidad, la doctrina de la "negligencia benigna", que así se llama esta impostura, no es otra cosa que una burda mentira, una actitud hipócrita que busca por medio de este artificio desalentar cualquier tentativa de cuestionar las relaciones de subordinación establecidas entre la potencia hegemónica y nuestros países. El argumento es que América Latina no pesa en el escenario internacional, sus países no son "jugadores centrales" en la arena mundial y sus economías no gravitan en los mercados globales.

Sin embargo, si así fuera, si nuestra región y nuestros países fuesen tan irrelevantes, ¿por qué Washington persiste durante más de cuarenta años con su criminal bloqueo a Cuba? ¿Por qué ha

intervenido en los países latinoamericanos, por todos los medios a su alcance y sin ninguna clase de escrúpulos morales, con la finalidad de abortar procesos reformistas, sin hablar del sistemático ataque lanzado contra cualquier gobierno revolucionario? ¿Por qué esa secuencia interminable de injerencias militares, invasiones, golpes de mercado, asesinatos políticos, sobornos, campañas de manipulación de la opinión pública y desquiciamiento de procesos democráticos perpetrados contra una región carente por completo de importancia? La tesis de la "negligencia benigna" se derrumba, pues, como producto de sus propias contradicciones.

El ALCA como la cristalización de la hegemonía actual de los Estados Unidos en el sistema internacional

Para resumir: el ALCA no es otra cosa que una tentativa de coagular, en el hemisferio americano, las relaciones de fuerza predominantes en la actual coyuntura internacional. Esta se caracteriza por la profundización de los desequilibrios dentro de la tríada dominante, en donde la prolongada recesión económica que afecta al Japón y las dificultades que obstaculizan la recuperación económica europea le han conferido a los Estados Unidos una situación extraordinariamente privilegiada. Por otra parte, para nadie es un secreto que tanto Japón como la Unión Europea son gigantes económicos en problemas pero, antes que nada, entidades que carecen de voluntad política para desempeñar un papel relevante en el concierto internacional y, sobre todo, verdaderos pigmeos en cuestiones militares. Mientras que los Estados Unidos poseen cerca de ochocientas bases y emplazamientos militares repartidos por todo el mundo y su presupuesto militar equivale a la mitad de la totalidad del gasto militar del planeta, la Unión Europea y Japón no tienen siquiera la capacidad para garantizar la seguridad militar de sus propios territorios.

La debilidad político-militar de los "principales vasallos" de Washington, para utilizar la expresión de Brzezinski, unido al suicidio de la ex Unión Soviética y la cautelosa aparición de China en el escenario privilegiado de la política internacional, le otorgan a los Estados Unidos un margen de maniobra jamás alcanzado antes. De ahí que se hable de "unilateralismo", "momento unipolar" y otras expresiones por el estilo que dan cuenta de esta nueva realidad. Esta coyuntura está, asimismo, signada por el inédito retroceso experimentado por las fuerzas progresistas y de izquierda de todo el planeta en las décadas finales del siglo xx, lo que no está desmentido por el reciente reverdecimiento de muy promisorias tendencias, precisamente, en América Latina. Los procesos en marcha en Venezuela, Brasil y Ecuador, la tenaz resistencia de la revolución cubana y las perspectivas que se abren en un conjunto de países en donde el neoliberalismo ha fracasado rotundamente —como Argentina, Uruguay y Bolivia, para mencionar apenas unos pocos casos en Suramérica— atestiguan lo que venimos diciendo, pero aún así la correlación internacional de fuerzas sigue siendo sumamente desfavorable para el campo popular y, por otro lado, favorable en grado extremo a los intereses imperialistas. El peso de ciertos proce-

Yuri Horváth

esos objetivos, tales como los avances de la mundialización neoliberal, la creciente vulnerabilidad y dependencia externas de nuestras economías y el férreo control que la gran burguesía transnacional ejerce sobre nuestros países mediante la labor del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio, reproduce a su vez las condiciones que facilitan los planes del gobierno estadounidense y el conglomerado de oligopolios que lo controlan. Dadas estas condiciones, la creación del ALCA equivaldría al otorgamiento de un estatuto legal a una situación de transitoria pero abrumadora hegemonía del capital imperialista, estableciendo, por eso mismo, una serie de mecanismos institucionales y legales que consagrarían la irreversibilidad de tal situación. Le asiste toda la razón al comandante Fidel Castro cuando, en su discurso del 1^o de Mayo de 2001 dijera que "el ALCA, en las condiciones, plazo, estrategia, objetivos y procedimientos impuestos por Estados Unidos conducen inexorablemente a la anexión de América Latina a Estados Unidos".¹²

De todo lo anterior se desprende que es necesario y urgente impedir la creación del ALCA. En palabras de Martí, la puesta en marcha de un proyecto de ese tipo "le hará mal a América" pues se trata de un proyecto que pretende institucionalizar nuestra subordinación al imperialismo, forzando la capitulación de los pueblos latinoamericanos ante una potencia hegemónica. Lo que se pretende es lograr la silenciosa anexión de nuestros países a los Estados Unidos, liquidando, definitivamente, cualquier pretensión de soberanía y autonomía nacionales. Eliminando, también, cualquier sueño de justicia y cancelando, definitivamente, nuestras aspiraciones democráticas. En suma, el ALCA es incompatible con la libertad, la democracia y el bienestar de nuestros pueblos. Por eso tiene que ser negociado en secreto, a espaldas del pueblo, dado que es indefendible ante los ojos de la opinión pública: sólo favorece a las grandes empresas y a sus aliados, a sus representantes políticos e ideológicos y a los pequeños grupos y sectores integrados a la hegemonía del capital. Por eso existe una oposición completamente intransigente a abrir el tema a la discusión pública, o de someterlo a un referéndum popular. Para la abrumadora mayoría de la población latinoamericana, el ALCA vendría a concretizar la sombría profecía de Simón Bolívar a la cual nos refiriéramos al principio, sembrando de miserias nuestro continente en nombre de la libertad. Por ello hemos de rechazar al ALCA. No debemos cejar en nuestro empeño. La heroica resistencia de Cuba demuestra lo que puede una firme voluntad revolucionaria. Con la misma tenacidad tenemos que resistir esta nueva tentativa anexionista del gobierno de los Estados Unidos. Y pese a la intensa campaña publicitaria y a la incansable labor de la industria cultural del gran capital imperialista internacional, debemos insistir con nuestro "no". Cabe recordar, una vez más, las palabras de Martí: "el pueblo que quiera ser libre, que sea libre en negocios." Y asimismo aquellas otras que decían que "ser cultos es el único modo de ser libres". La batalla de las ideas, el combate por los sentidos, adquiere un carácter fundamental en el mundo de hoy. El ALCA es el caballo de Troya mediante el cual se introduce en los pueblos latinoamericanos la conciencia resignada de nuestro inexorable destino como colonias de los Estados Unidos. Para ello se le ponen "colorines de república a una idea imperial", y se difunden toda clase de mentiras y patrañas a los efectos de engañar a nuestros pueblos y convencerlos de

que con el ingreso al ALCA habremos de alcanzar la prosperidad que, de lejos, parece adornar a la "Roma americana". Por ello es preciso salir con energía y resolución a librar el gran combate de las ideas, la madre de todas las batallas. El gran revolucionario italiano y fundador del Partido Comunista de Italia, Antonio Gramsci, expresó en reiteradas ocasiones que las clases y capas subalternas deben ser dirigentes si es que alguna vez quieren ser dominantes. Y ser dirigentes significaba tener la capacidad de derrotar al "sentido común" y a las ideas dominantes sobre las cuales la burguesía y sus aliados asentaban su dominio. No se va a derrotar al ALCA con la crítica de las armas, terreno al cual nos pretende conducir el imperialismo pues es precisamente allí donde la desproporción entre su gigantesca potencia militar y la nuestra es insuperable y origen de una segura derrota. Martí dijo, en su momento, que "de pensamiento es la guerra mayor que se nos hace; ganémosla a pensamiento".¹³ Lo derrotaremos, como lo hizo Martí, con las armas de la crítica, librando el combate en el terreno de las ideas, concientizando a las grandes masas de nuestras sociedades y preparándolas intelectual y moralmente para resistir a la anexión imperial.¹⁴

¹ Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

² José Martí: *América para la humanidad*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, p. 4.

³ *Ibidem*, p. 49.

⁴ *Ibidem*, pp. 49-50.

⁵ *Ibidem*, pp. 53-54.

⁶ *Ibidem*, pp. 57-58.

⁷ Robert Kagan: "Power and Weakness", *Hoover Institution Papers*, Stanford, California, 2002, pp. 1, 10-11.

⁸ Dejamos sentado que cuando, a lo largo de este trabajo, utilizamos la voz "imperio" de ninguna manera lo hacemos en el sentido en que Michael Hardt y Antonio Negri le adjudican a dicho término. Una crítica sistemática a las erróneas tesis de Michael Hardt y Antonio Negri desarrolladas en su libro *Imperio* se encuentra en nuestro *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO, 2002; reproducido en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, Cuba, 2002.

⁹ Samuel P. Huntington: "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, vol. 78, no. 2, 1999, p. 48.

¹⁰ Zbigniew Brzezinski: *El gran tablero mundial*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 40.

¹¹ Osvaldo Martínez: "ALCA: el convite de la 'Roma Americana'", Ponencia inaugural del II Encuentro Hemisférico de Lucha contra el ALCA, La Habana, Cuba, 25 al 28 de noviembre de 2002.

¹² Fidel Castro Ruz: "Discurso del Primero de Mayo de 2001", en José Martí: *América para la Humanidad*, op. cit., p. 81.

¹³ En José Martí: *Obras completas*, tomo 4, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 121.

¹⁴ Este texto retoma y desarrolla algunas de las ideas expuestas en la ponencia "El ALCA y la consolidación de la hegemonía norteamericana", presentada ante el II Encuentro Hemisférico de Lucha contra el ALCA, que sesionara en La Habana, Cuba, en noviembre de 2002.

Necesidad de una segunda independencia¹

ARTURO A. ROIG

En el año de 1889 publicaba José Martí un largo comentario enviado al diario *La Nación*, de Buenos Aires —del que era corresponsal—, fechado en Nueva York el 2 de noviembre de ese mismo año.

¿De qué nos hablaba? Pues, nada menos que de la necesidad de una “segunda independencia”. Por cierto que no se refería a Cuba, pues, su patria aún no había logrado la “primera independencia”; tampoco hablaba exclusivamente de Argentina: se refería a toda la América Hispánica, la que él llamó “Nuestra América”.

Lo que había despertado en él tal alarma, al grado de llegar a pensar en la necesidad de una nueva declaración de independencia —teniendo, además, conocimiento vivo del enorme costo de la primera por lo mismo que la estaba viviendo en su propia patria—, eran las maniobras diplomáticas del gobierno de los Estados Unidos puestas claramente al descubierto, para su ojo avizor, en el Congreso Internacional de Washington de aquel mismo año.

Jamás hubo en América, de la independencia acá [decía] asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.²

La necesidad de completar nuestra independencia, o de rescatarla mediante una segunda independencia, es una cuestión que ha estado viva en las naciones hispanoamericanas desde sus albores. Aun cuando resulte paradójico, el tema fue ya planteado por Francisco Miranda antes de las guerras de independencia, y por Simón Bolívar ya triunfantes las mismas. El primero hacía la diferencia entre “independencia política” y “emancipación mental” como dos hechos que debían ser alcanzados simultáneamente, por lo mismo que podían darse divorciados; el segundo, lograda la independencia, entendió que faltaba, precisamente, aquella emancipación: “Nuestras manos están libres [decía] y todavía nuestros corazones padecen las dolencias de la servidumbre”.³ Los escrito-

res y políticos posteriores retomaron el tema, el que se prolongó hasta llegar a Martí, quien vino a dar, justamente, la razón a los temores de Bolívar.

En efecto, el Libertador había dicho que “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad”.⁴ ¿Y cuál es la actual situación de la casi mayoría absoluta de los estados latinoamericanos, sometidos a las políticas del neoliberalismo dentro de los marcos de la llamada “globalización”? En el número de octubre del año 2002, en la edición francesa de *Le Monde Diplomatique*, en un artículo titulado “Vasallaje”, el articulista decía:

Un imperio no tiene aliados, no tiene más que vasallos. La mayor parte de los pueblos de la Unión Europea parecen haber olvidado esta realidad histórica. Ante nuestros ojos y bajo las presiones de Washington, que los obliga a enrolarse en la guerra contra Irak, países en principio soberanos se dejan reducir a la triste condición de satélites.⁵

En Alemania, el conocido escritor Günter Grass, convertido en conciencia acusadora de su propia patria, no deja de hacer declaraciones en contra de actitudes dudosas y hasta vergonzosas del gobierno alemán, respecto de la política imperial norteamericana.

¿Y qué sucede en los países que están lejos de la posición económica de naciones como Francia y Alemania, a la cabeza, actualmente, del capitalismo mundial? Pues, fácil es suponerlo: son, sin más, vasallos del imperio.

A más de lo que acabamos de decir, los países de nuestra América participan de una realidad contradictoria. Vivimos en un continente riquísimamente dotado de recursos naturales, de los más espectaculares del planeta, con fuentes de energía abundantes, con posibilidades de producción agropecuaria en expansión, con poblaciones humanas poseedoras de indiscutible capacidad de crecimiento espiritual y material, que no han padecido, en sus casi dos siglos de vida, conflagraciones del tipo de las guerras mundiales y en las cuales, sin embargo, el 50 % de su población está por debajo de la línea de pobreza.

El contrasentido llega a sus límites extremos en algunos sectores de nuestro continente. En Argentina, país llamado ostentosa-mente “granero del mundo” y que, además, podríamos decir que sigue siéndolo —en el 2002 batió el récord mundial de producción de soja— los pobres llegan, según el informe oficial del propio Estado, al 58 % en todo el país y, en ciertas regiones como el norte, oscila, según los lugares, entre el 63 % y el 69 %; en el llamado “segundo cinturón” del Gran Buenos Aires alcanza el 74,4%.⁶ El neoliberalismo, aceptado y promovido por las clases dominantes articuladas con la economía mundial en una condición colonizada abiertamente aceptada y promovida, subyugada al capital financiero y con un sentimiento nacional tan bajo como el de las peores épocas de gobiernos oligárquicos, ha derrumbado todas las defensas de los sectores populares y de la clase media. No vamos a extendernos en un cuadro ciertamente desolador que muestra de modo patético una situación de dependencia moral y material humillante. Diremos, sí, que la “teoría de la dependencia” de la década de los sesenta, sistemáticamente ignorada, ha reafiorado y su reformulación es, sin duda alguna, una de las tareas urgentes a las que deben entregarse nuestros científicos sociales.

Vivimos en un mundo paradójico, pero con una agravante, nuestra paradoja se desarrolla en la dependencia. La paradoja de la mi-

yo mi honda es la de David

sería en medio de la abundancia, también se da en el seno del Imperio por la simple razón de que es parte constitutiva del régimen capitalista. Pero, frente a un capitalismo salvaje, que ha hundido a millones de seres humanos en la miseria, son posibles formas de capitalismo con un rostro distinto. Siempre son posibles fórmulas de integración social y siempre son posibles actitudes de enfrentamiento ante los procesos de dependencia. No debemos perder la esperanza de poner en marcha formas de humanización aun en las peores condiciones históricas.

Muchos son los caminos de la reconquista. Y uno de ellos es el de adueñarnos de nuestra palabra, restablecer discursos borrados, mediante un programa de rescate de categorías impugnadas por los sectores de poder y sus colaboradores intelectuales. Mostrarlas con la nueva fuerza que surge de esta experiencia que nos ha tocado vivir. De una vez por todas, dicho de modo breve y apretado, regresar a una razón impugnada en lo que tiene de emergencia y de riesgo, refutar entre otros, a los ideólogos posmodernos, quienes, en su proyecto de desarme de conciencias, ahora nos quieren presentar una imagen "blanda" del imperio y salir, en contra de ellos y de otros, por los fueros de lo universal.

Hacia un rearme categorial: el imperialismo

Durante la década que se abrió a partir de la "caída" del Muro de Berlín, se profundizó en Occidente y en los países que estamos de un modo u otro insertos en el "mundo occidental", por parte de muchos, la pérdida de fe en la razón como principio ordenador de las cosas humanas, descreimiento y escepticismo, que ya había tenido sus inicios con las experiencias de la Segunda Guerra Mundial y entre ellas, muy particularmente, con el conocimiento de los campos de exterminio de la Alemania nazi. El derrumbe del socialismo real que acabó con la Guerra Fría, se presentó como una prueba más del error y desacierto de la intervención en la marcha de los procesos económicos y sociales y, paralelamente, de la verdad de las doctrinas liberales del mundo capitalista occidental, las que se impusieron como única alternativa. Además, y con la caída del muro, cayeron los referentes del discurso socialista, conjuntamente con el desplome de un estado autoritario, que había concluido siendo la negación de un socialismo con rostro humano. Así, pues, ante la única alternativa, tesis aceptada al margen de actitudes críticas, surgió una posición doctrinaria caracterizada por aconsejar un discurso "blando" y de "renuncia" de aquella "razón", en algunos con no malas intenciones, tal vez, pero en otros, los de más peso, con la difícilmente disimulada intención de asegurar un desarme de conciencias en concordancia con las políticas de fragmentación y de desregulación promovidas por los gobiernos neoliberales de las potencias capitalistas detentadoras únicas del poder mundial. Poniendo en juego argumentos retóricos más que propiamente filosóficos, organizaron un discurso de renunciamiento que bordeaba la inmoralidad en cuanto proponía como conveniente un ablandamiento ético, así como un rechazo de lo que calificaron como "morales duras"; que predicaba un hedonismo afín al consumismo promovido por las multinacionales y que hablaba de lo oportuno de renunciar a posiciones "fuertes" y de entregarse, paralelamente, a un pensamiento "débil" fundado todo en una

"pérdida de certidumbres" imprecisa y, las más de las veces, sin fundamento; que practicaba el abandono de toda crítica y, en fin, por no extendernos, que aconsejaba sin más la aceptación de lo vigente, la conciliación y la resignación.

Lo que causaba temor a estas gentes era la razón a la que acusaban, repitiendo una vez más un discurso ajeno, de contener un "funesto espíritu de dominación", que había signado toda una época, desde Descartes en adelante, y que ahora, gracias a este pensar "ligero", "sutil", "leve", "tenue", "delicado" y hasta "gayo", y sin caer en un irracionalismo, se había logrado encontrar el modo de sujetar al indómito *logos*.

Pues bien, este conformismo moral con tan poca sustancia humana no podía sino promover un quiebre de conciencias paralelo y no casual con las políticas promovidas por el neoliberalismo al nivel mundial. Fue, además, una filosofía, si se la puede llamar tal, pensada para la vida de consumo de sociedades de alto nivel económico y planteada en términos de un hedonismo vulgar y cuyo símbolo, como hemos dicho alguna vez, ha sido el carrito de supermercado.

El avance de los resultados devastadores del neoliberalismo en el mundo ha dejado sin discurso, al fin, a estos doctrinarios y otro tanto han hecho las interminables guerras que se han sucedido sin respiro desde la "caída" de aquel muro y que fue el detonante de ensayistas como Vattimo y Lipovetsky quienes pronto, en particular el segundo, habrán pasado al olvido.

Hemos hablado de la necesidad de un rearme categorial. La acción de la que estamos hablando es seria. Se trata de alcanzar una posición de compromiso y responsabilidad moral, no con lo establecido, sino con lo que lealmente entendemos que es la verdad. Mas, no será a partir de la deplorable propuesta que hemos comentado desde donde vamos a plantear el rearme, ni de otras de parecido talante. Rescatar categorías —trabajadas ya antes entre nosotros a niveles respetables— dentro del cauce de una tradición elaborada a lo largo de toda la historia de nuestro mundo iberoamericano y como lo hemos sabido hacer tantas veces, abiertos al resto del mundo, desde nuestro mundo. Rescatar todos los conceptos axiales relativos a nuestras ciencias humanas, recuperar junto con ellos a estas mismas ciencias en el campo de la moral, de la política, de la economía y de las relaciones y diferencias sociales y de género. Con ello estamos diciendo que vamos a botar al desván de los trastos inútiles la malhadada preposición "post", así como la banal moda "postista" con la que se ha acompañado el discurso de las ciencias humanas.

Pues bien, en nuestros días es, justamente —polemizando con las últimas manifestaciones de autores que militan dentro de la tendencia que hemos caracterizado—, cuando se ha sentido la necesidad, ya impostergable, de poner en movimiento el rearme categorial al que nos hemos referido.

Lo que vamos a comentar se relaciona con la aparición del libro *Imperio* de Michael Hardt y Toni Negri, en el mes de marzo del 2000. Pues bien, estos autores, ambos de Massachusetts, desde una típica posición "posmoderna", entienden que se habría producido el paso desde un "imperialismo clásico" hacia una fase superior a la que denominan simplemente del "imperio" y afirman para justificar la tesis, que mientras el primero —a saber, el "imperialismo clásico"— todavía corresponde a la "modernidad", el siguiente, el «imperio», sería sin más un fenómeno "posmoderno".

Horacio

Se intenta, pues, poner nuevamente en circulación una palabra —“imperio”— que estaba dentro de las categorías “duras” impugnadas, por eso mismo, desde un “posmodernismo”, dando de ella una versión “posmoderna”. Y cómo se logra? Pues, “ablandándola”, incorporándola en el seno de un “pensamiento débil”: la globalización que, al parecer, es también para ellos un fenómeno “posmoderno”, ha tenido la virtud de limar las aristas duras de la vieja categoría, al haber descentrado el poder, diseminándolo.

Esto se habría producido como consecuencia de la inevitable declinación de los estados nacionales, por su incapacidad de gobierno y control sobre sus propios territorios, así como la ubicación de los centros de decisión en esferas supranacionales “difusas”.

La principal categoría con la que se pretende caracterizar tal imperio es la de “poder difuso”: los intereses dominantes no tendrían un centro único, ni habría un país en particular desde el que se ejercería el poder mundial, ni siquiera los Estados Unidos.

La categoría de “pueblo”, que ya ofrecía dificultades y que habían llevado a su abandono, vuelve, en manos de estos autores, a ser expulsada. La contraparte de aquel “poder difuso” no la integran los “pueblos” —articulados en un estado-nacional—, sino otra categoría “difusa”: la de “multitud”.

Y así, pues, nos enteramos de que, en la medida en que está expandida por todo el planeta, la “multitud” lo cubre; uno de los motivos de la fuerza que se le supone radica en la diversidad y la heterogeneidad; se le atribuye la capacidad de “golpear” al poder del “imperio” el que, por lo demás, también es difuso. Del cuadro de ciencia ficción en el que aparece pintada la imposible definición de “imperio”, de la “difuminación” que se practica tanto con el “poder” como con la “multitud” se pasa a la confusión. Lo difuso se vuelve confuso.

El juicio de Jaime Petras es lapidario:

Imperio, el libro así titulado [dice] es una síntesis generalizada de banalidades intelectuales sobre la globalización, el posmodernismo, el posmarxismo, unidos todos por una serie de argumentos y suposiciones no fundamentados que violan seriamente las realidades económicas. La tesis sobre un “posimperialismo” del libro *Imperio* no es novedosa, no es una gran teoría y explica poco el mundo real. Mas bien es [concluye afirmando] un ejercicio vacío de inteligencia crítica.⁷

No menos acertadas y fuertes son las observaciones que ha hecho al libro de Hardt y Negri, Atilio Borón en su libro escrito como respuesta, titulado *Imperio & imperialismo*. Las refutaciones que expone, todas pertinentes y fundadas, son:

a) La idea de que el viejo imperialismo fue superado por la construcción “posmoderna” de otra estructura a la que se denomina “imperio”, sin más, no está probada. La supuesta “nueva” lógica global del “imperio”, sus actores fundamentales, sus instituciones, normas, reglas y procedimientos son los mismos que existían en la etapa anterior del “imperialismo” moderno. Las empresas transnacionales de base nacional, los gobiernos industrializados y las instituciones decisivas —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Comercio— son idénticas. Las reglas del sistema internacional siguen siendo las que se dictan principal y férreamente desde los centros de poder de los Estados Unidos.

b) La “fuerza imperial difusa y omnicompreensiva”, que ejerce su poder sin apelar a las viejas prácticas coloniales y en nombre de un derecho universal, es, simplemente, una fantasía creada por estos “posmodernos” y “posmarxistas”. Lo que hay es una renovada presencia imperialista de la primera potencia del mundo, que no vacila en anteponer y exhibir sin escrúpulos sus intereses nacionales por sobre cualquier otra consideración. Lo que es evidente es la naturaleza fuertemente estado-céntrica del imperialismo vigente, que tiene nombre propio y su colonialismo no se aleja de las formas colonialistas conocidas, vale decir, de la relación entre un estado dominado y un estado sometido, con la presencia más o menos explícita del poder militar.

c) El “imperio” tal como es caracterizado, como un ente difuso, sin núcleos de poder perfilados, tiene otros problemas no resueltos: carece de contradicciones estructurales sobre cuya base se debería intentar comprender el desarrollo de los procesos del mencionado “imperio”, a más de ejercer el poder de un modo difuso y confuso, muestra una especie de homogeneidad sin posibles alteraciones. La única amenaza que pesa sobre el fantasma al que denominan “imperio” es, a su vez, otro fantasma: la “multitud”. ¿Cómo una categoría difusa como la de “imperio” podrá ser afectada por otra no menos borrosa, la de “multitud”? La protesta, así como la rebeldía, se resuelven en conductas difusas y el imperio, el imperio real y no el fantasmagórico, sigue gozando de buena salud. Y tiene nombre propio.

d) La protesta y las luchas sociales, dentro y fuera del estado no pueden ser entendidas cabalmente desde la categoría de “multitud”. Cualquier forma de oposición al régimen ha de tener una base social y una organización política; de lo contrario estaremos ante una oposición abstracta, sin eficacia alguna.⁸ La tesis acerca del papel de la “multitud” supone un regreso ciertamente vulgar a las doctrinas de un libro hace ya mucho tiempo superado en nuestra tradición de pensamiento social: *Las multitudes argentinas* (1899) de José María Ramos Mejía.

El economista inglés Alan Freeman afirma que estamos abiertamente ante un caso de colonialismo, muy próximo al colonialismo clásico de los años 1893 a 1914. Para él, el discurso del Fondo Monetario Internacional y de otros organismos que dependen del control norteamericano “Es un regreso al período del imperialismo clásico” de los años mencionados. Se trata —dice— “del mismo discurso, los mismos métodos, el intento de dominar regiones utilizando acciones de guerra e instrumentos financieros”.⁹

Los términos “imperio” e “imperialismo” que habían sido borrados del discurso por demasiado “duros”, han comenzado a circular por la necesidad misma de los procesos mundiales y no como lo pretenden los últimos supervivientes del posmodernismo.

La necesaria defensa de la universalidad

Dentro del urgente programa de rearme categorial, nos ocuparemos ahora de los conceptos de “independencia” y “emancipación”. Lo haremos sobre la base de la crítica a la modernidad hecha por el

Jaime Petras

filósofo francés Jean-François Lyotard, para ocuparnos luego de otros posmodernos.

Conocido es el papel desempeñado por Lyotard dentro del panorama de la filosofía europea actual. Es importante, para una mejor comprensión de algunas de sus posiciones teóricas, tener en cuenta las motivaciones profundas que se ejercieron sobre él, las que tienen raíces anteriores a la "caída del Muro de Berlín" que tanto ha impactado a otros. Nos referimos a los acontecimientos de la década de los cuarenta del mismo siglo. Dos hechos atroces debemos mencionar: los horrores de los campos de la muerte de los nazis —el más pavoroso y espectacular de los cuales parece haber sido el de Auschwitz— de los que se tuvo amplio conocimiento a partir de 1945 y las explosiones nucleares que arrasaron las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, uno de los actos de terrorismo más grande de la historia humana, que tuvieron lugar en el año ya citado. Pues bien, en particular fue la experiencia de Auschwitz la que movió a Lyotard a la pregunta sobre la cultura occidental moderna y a la teoría acerca del fin de un largo período histórico, la modernidad, y del surgimiento de una nueva etapa: la "posmodernidad".

Pues bien, para Lyotard, el pensamiento y la acción de la modernidad occidental euro-americana, desde sus inicios, pero marcadamente ya a partir del siglo XVIII con la Ilustración y, luego, en los siglos XIX y XX, han estado regidos por la idea de "emancipación". Nos aclara que esa "idea" tenía los caracteres de las "ideas reguladoras", tal como Kant caracterizó a ésta y otras que estuvieron acompañadas, algunas de ellas particularmente y tal como el mismo Kant lo plantea, de una filosofía de la historia. El papel que desempeñaba esa filosofía era, ciertamente, importante en cuanto cumplía la función de validación de la idea y su proceso. Estuvo, además, y está, acompañada dicha idea de "emancipación", siempre, de una exigencia de "universalidad", a tal extremo que la emancipación misma deja de serlo si no es pensada como universal. Los ideales que puso en movimiento la modernidad apelaban, pues, necesariamente, a la razón.¹⁰ Ahora bien, ¿qué se ha perseguido con la idea reguladora de "emancipación"? ¿Cuál es su contenido o su objeto? Pues la extensión de las libertades políticas, de las ciencias, de las artes y de las técnicas, que permitan, precisamente, a la humanidad emanciparse del despotismo, la ignorancia, la barbarie y la miseria. Sobre esa idea incorporada en una filosofía de la historia —la "Filosofía de la Historia Universal de la Emancipación", que tuvo su más impresionante "relato" en los textos de Hegel—, se nos ha enseñado a legitimar todas esas libertades y posibles progresos ansiados.

Así, la modernidad ha sido impulsada en su desarrollo por una serie de ideales de carácter práctico racional y, por eso mismo, universales a los que hemos aprendido a legitimar desde grandes "relatos" adecuados a las épocas y según los acontecimientos.

Pero, ¿qué ha sucedido? Los primeros escritos de Lyotard contemporáneos al movimiento del "posmodernismo", a fines de la década de los cuarenta, están todos movidos por la misma cruel experiencia vivida por los integrantes de la Escuela de Frankfurt, en particular Adorno y Horkheimer. "Mi argumento [decía por su parte Lyotard] es que el proyecto moderno no ha sido abandonado, ni olvidado, sino destruido, liquidado". "Hay muchos modos de destrucción [agregaba] y muchos nombres les sirven de símbolo de ello: Auschwitz puede ser tomado como nombre paradigmático de

la 'realización trágica' de la modernidad". Entonces, pues, lo que abre una época y hace concluir otra es —nos dice— "un crimen", un hecho atroz y aberrante.¹¹

Y si la modernidad cifró todo en el valor y peso de lo universal —sin lo cual no podemos entender ni realizar un proyecto de "emancipación"— nada más evidente que la falsedad del aforismo hegeliano: "Todo lo real es racional y todo lo racional es real", cuya pretensión de verdad ha sido brutalmente desmentida por los campos de concentración. Otra prueba no menos evidente del embuste de la "universalidad" de aquella "emancipación" la tenemos, según nos lo dice asimismo Lyotard, "en el empobrecimiento de los pueblos del Sur" y "el enriquecimiento de los del Norte".¹² De manera que la posición final de Lyotard será de rechazo:

Ya hemos pagado suficientemente [dice] la nostalgia del todo y de lo uno, de la reconciliación del concepto, de la experiencia de lo transparente y comunicable [...] La respuesta es: guerra al todo, demos testimonio de lo impresentable, active-mos los diferendos [...]

Con lo que nos quería decir que debíamos estar abiertos a la realidad como "acontecimiento". El "diferendo" al que se refiere es el que se da —según él entiende— entre el discurso de la modernidad que se organiza "sobre categorías conocidas" y "totalidades" y el que entiende que está emergiendo —en el que no se trabaja "con reglas establecidas" y "totalidades", sino con "acontecimientos", es decir, "realidades que tienen valor de iniciación en sí mismas".¹³

Así, pues, Lyotard caracteriza a la modernidad como una época —en particular desde el siglo XVIII y luego, muy especialmente, en los siglos XIX y XX— de emancipación de los pueblos, principio que, como es lógico, no podía ni puede entenderse sino como universal.

Mas, he aquí que todo ese gigantesco y complejo movimiento lo considera fracasado en cuanto a que ha sido obra de la razón con su ímpetu inevitable de universalidad y ésta —en la medida en que borra o ignora al "acontecimiento": lo particular, lo fragmentario, lo otro— esconde el terror. Esa razón que impulsó a la emancipación universal es la misma que se ha puesto al descubierto en Auschwitz, en donde lo que verdaderamente fue "universal" fue la muerte.

Toda intención totalizante, aun cuando se presente arropada de buenas intenciones, es, pues, para Lyotard, una forma de terror y la única manera de evitar que la tragedia de los siglos XVIII, XIX y XX se prolongue, se encuentra en el desplazamiento del "lazo social" que ha de ser reconocido y puesto en ejercicio en los "juegos de lenguaje", tal como él los entiende.¹⁴

Mala suerte la de la razón. El nazifascismo llevó adelante lo que Lukács llamó "el asalto a la razón"; como respuesta a esta acometida que, paradójicamente sería obra de la razón, Lyotard la declara, pues, terrorista y, de paso, arroja por la borda, con toda la modernidad, la rebelión romántica de los siglos XVIII y XIX de la cual de alguna manera deriva. Ante el mal en el mundo y sobre las lecturas contemporáneas de Nietzsche, atribuirá a la razón y con ella, al concepto, una voluntad de poder, un ansia de avasallar a los otros, expresado todo esto brutalmente en los campos de concentración, espíritu destructivo al que tampoco escapa la "emancipación" en cuanto establecida como idea reguladora.

¿Cuál es el resultado de todo esto? Pues, denunciadas las pretensiones de la razón, no queda sino refugiarse en lo particular, en lo fragmentario, atomizada la sociedad, además, en redes flexibles e incommensurables de “juegos de lenguaje” y desconocida la conflictividad social manifiesta, entre otras formas, en la lucha de clases. De esta propuesta y de otras equivalentes han derivado cantidad de posmodernos, quienes se dedicaron con fervor, ignaro o no, a colaborar con el proyecto neoliberal y sus esquemas de fragmentación de las estructuras sociales y sin que la denuncia del “terrorismo” de la razón les impidiera aceptar la imposición de aquellos universales sobre los que se monta el mercado financiero. Y, para colmo, a denunciar toda razón emancipatoria o frenarla con discursos camuflados de “liberación”.

¿A qué conduce esta disfrazada misología que está llegando a término? Según Platón (Fedón, 89d-90b) ese odio a la razón tiene el mismo origen que la misantropía. Así como esta es consecuencia de haber tenido fe sin discernimiento en los seres humanos —esperábamos de ellos ángeles y resultaron, también, demonios—, de la misma manera la misología nace de haber creído en la verdad de universales que luego se nos presentaron en su uso ideológico. Pero, en el caso de los posmodernos la situación es más grave, pues, el juicio, que lleva al rechazo de la razón y sus universales, se pone en juego habiendo previamente desechado, sin fundamentos sólidos ni convincentes, una teoría crítica.

Sea como sea, la verdad es que de hecho se han generado formas discursivas no ajenas a una indiferencia —el *logos amelés* de los antiguos— propia de un escepticismo práctico o una despreocupación por el mundo —insistiendo con los clásicos, un *logos afróntistos*—, como expresión de pretendidas conductas no agresivas, pero siempre compatibles, como ya lo dijimos, con las prácticas de fragmentación y, a la vez, de “globalización” del neoliberalismo.

Veamos dos ejemplos lamentables. En uno de ellos se dice que

En términos generales, la posmodernidad se ha ido configurando en nuestro discurso por los siguientes rasgos: mentalidad pragmático-operacional, visión fragmentada de la realidad, antropocentrismo relativizador, atomismo social, hedonismo, renuncia al compromiso y desenganche institucional a todos los niveles: político-ideológico, religioso, familiar, etc. Todo ello es [se concluye diciendo] en alguna medida, consecuencia de la derrota del ideal del racionalismo iluminista o científico-positivista unificadores del proyecto moderno.¹⁵

¿No es esta la “racionalidad” que le conviene al poder financiero del Primer Mundo para saquear a los pueblos del Tercer Mundo y concluir por destruir la naturaleza?

El otro ejemplo donde lo que Beatriz Sarlo denomina “el dogma del estallido de las totalidades” llega hasta el absurdo radical, es un texto de Gilles Lipovetsky en el cual campea, no un inmoralismo como oposición a las morales vigentes, sino como actitud de radical indiferencia y, en tal sentido, de inmoralidad. Este servidor de los poderes mundiales dice:

En la era de lo especular, las antinomias duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido se esfuman, los antagonismos se vuelven flotantes, se empieza a comprender, mal que le pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin obje-

tivo, sin sentido [...] la propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente, puede desplegarse sin patetismo ni abismo [...]”¹⁶

Lógicamente, si desconocemos el lugar de la conflictividad que se da en el complejo mundo de las relaciones sociales y lo desplazamos al lenguaje y, en particular, en juegos de lenguaje incommensurables ejecutados por una humanidad atomizada, y si luego, todavía más allá, nos desprendemos del sentido y nos quedamos en un puro significado, lo primero que se nos hace imposible es la crítica por lo mismo que su motor está dado en la conflictividad social y su posibilidad de acceso a un horizonte de verdad depende del sentido.¹⁷

La teoría de la dependencia y su urgente reformulación

Tres cuestiones filosóficas de importancia hemos visto. La primera surgió a propósito de las categorías de “imperio” e “imperialismo” en cuyo tratamiento se mantiene la recurrencia a enfoques de tipo estructuralista, sobre cuya base se introducen formas de desocialización de los hechos o de deformación de su realidad social y desde lo cual se puede mantener la tesis de la “muerte del sujeto” y, junto con ello, de la responsabilidad moral y política. Sobre análisis de este tipo, tan propios de los planteos de Michel Foucault y de Jean Baudrillard, todos somos criminales o represores, lo cual significa que no lo es ninguno y no nos queda otra, sino aceptar los hechos. Y de aquí surge otra de las tareas urgentes en cuanto que el análisis de estructura es siempre importante —como lo es la obra de Foucault— pero también es importante su decodificación ideológica, tal como lo ha hecho Atilio Borón. No es cierto que vivamos siempre de noche y que todos los gatos sean pardos.

La segunda se nos hizo presente ante otra falacia que afirma una equivalencia absurda entre “universalidad” y “terror”, lo que invalida toda categoría por lo mismo que, en cuanto concepto, mientras siempre lo universal. Rebatir esta tesis nos permite justificar las luchas por la emancipación, aun cuando históricamente hayan estado condicionadas e impedidas y hasta desvirtuadas. Lo importante es poner en claro que no es la categoría de “emancipación” en sí misma la que generaría “terror”: éste se produce como una de las consecuencias del uso encubridor ideológico de los universales, cuestión de la que son responsables los seres humanos, no las categorías.

La tercera surge de la atribución a la razón en sí misma, como responsable de los errores y, de igual modo, de los horrores de la modernidad, o mejor, de los hombres “modernos”. La conflictividad entre formas de racionalidad —como es por ejemplo, la que se da entre una “razón emancipadora” ejercida desde sectores emergentes y la “razón del capital”— es un hecho social y plantea el rescate de la categoría de “clase”, así como de otros colectivos.

Y ahora tendríamos que ocuparnos de otra categoría que ha sido, asimismo, manipulada falazmente hasta haber logrado borrarla del lenguaje social y político: la de “dependencia”. Por lo pronto y en primer lugar, nos vemos obligados a señalar la distinción entre “independencia” y “emancipación”. Ateniéndonos a los usos de ambas en nuestra literatura política, en general se ha entendido la primera como “independencia política” y es afín, en tal sentido, a la expresión “guerras de independencia”, “naciones in-

José Martí

dependientes", etc.; y la otra ha sido, por lo general, referida —y en particular en el siglo XIX— a "emancipación mental" o de hábitos heredados de servidumbre, opresión, etc., como lo veremos más adelante.

Pero, veamos la categoría que ahora nos interesa: la de "dependencia", de la cual, según decía Halperin Donghi, se había dejado de hablar. Mónica Peralta Ramos señaló con acierto que la "dependencia" no es "un concepto que se diferencie nominalmente del concepto más general de imperialismo" y que "su valor reside en el hecho de que apunta a la manifestación concreta de dicho fenómeno en el país, o en países sometidos a la relación de dominación".¹⁸ Ateniéndonos a esta observación, cabría ahora preguntarnos sobre la presencia real de manifestaciones imperialistas y proimperialistas en nuestra región, para lo cual, y ateniéndonos a los hechos, deberemos reconocer una relación de dependencia general que no solo es el fruto de las políticas de un imperio, sino de varios a lo largo de nuestra historia —por lo menos de cuatro: el español y el portugués, el británico y, actualmente, el norteamericano— y, en relación con ella, formas abiertamente institucionalizadas de dependencia con muchos matices intermedios, pero dentro de los cuales se destacan las "colonias" y los "protectorados" —que supuestamente habían pasado a la historia vergonzosa del colonialismo europeo. No vamos a hablar de nuestra etapa colonial española y portuguesa, que muestran rasgos diferenciadores entre sí, pero sí debiéramos ocuparnos de los actuales proyectos de "protectorado" y aun de "colonias", generados desde los Estados Unidos, con el apoyo de sectores nacionales y de otras potencias integrantes del llamado G7, según ha sido denunciado en nuestros días.

Pero regresemos a la cuestión de la "dependencia". A propósito de la misma y en cuanto realidad vivida y sufrida por nuestros pueblos, se formó una escuela en Santiago de Chile entre los años de 1969 y 1974, que elaboró una "Teoría de la dependencia" y que estaba integrada por un número calificado de investigadores sociales. Esta teoría, más allá de las polémicas que suscitó, todas altamente fecundas, corrió la misma suerte de las categorías que hemos comentado y su rescate y actualización, sumada la experiencia de los años que han pasado así como su incorporación al ámbito académico universitario, es tarea perentoria e insoslayable. A propósito de lo que acabamos de enunciar, debemos celebrar la aparición del libro de Theotonio dos Santos, uno de los miembros destacados del equipo al que nos referimos antes, *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*, editado en 2002 en México y que es un *aggiornamento* teórico e histórico de la célebre obra anterior del mismo Theotonio *Dependencia económica y cambio revolucionario en América Latina* (1970).¹⁹

Mas, antes de referirnos a la Argentina "dependiente" que es tema largo y denso y cuyos planteos iniciales se remontan a la primera década del siglo XIX, debemos hacer todavía algunas consideraciones terminológicas a propósito del concepto de "dependencia". Provisionalmente, es necesario aceptar que hay formas de dependencia que, reconocidas y admitidas en su justo sentido, no afectan por obligación a la soberanía de una nación, así como hay una relación recíproca de inter-dependencia de igual sentido. Para esta compleja problemática —que supone la cuestión de la definición y práctica de una soberanía— será necesario alcanzar un claro nivel de doctrina, así como adoptar actitudes que nos ayuden a percibir y superar las formas de dependencia interna, relacionadas con po-

líticas de marginación y exclusión. Diremos que únicamente desde programas políticos nacionales y continentales —nos referimos, en particular, a nuestra necesaria integración con el Mercosur y, en general, con América Latina y el Caribe— que signifiquen la realidad desde formas libres y creadoras de inclusión en sus más diversos sentidos —y que, decididamente, enfrenten las de marginación y exclusión—, podremos desafiar con la frente bien alta las pretensiones imperiales de dependencia.

Necesidad de una segunda independencia: la palabra de Manuel Ugarte

Para concluir, nos referiremos a las luchas de Manuel Ugarte durante las primeras décadas del siglo XX, destacando que la temática de independencia y emancipación se aproximó en su ideario a la de José Martí. En efecto, vuelven ambos objetivos a reunificarse tal como inicialmente aparecen en los escritos pre-independentistas de Francisco Miranda. ¿Por qué? Pues porque para Ugarte el continente, así como el Caribe, se encontraban amenazados de perder la independencia lograda a inicios del siglo XIX debido a los avances del imperialismo norteamericano y su expansión mercantil y militar, tal como lo mostraban las entonces recientes agresiones a México, Nicaragua, Panamá y Santo Domingo, a más de los permanentes ataques sufridos a lo largo de todo el siglo XIX. Así, pues, si la tarea de emancipación mental se había justificado siempre, pensada como lucha a favor de una democracia de repúblicas que tenían asegurada su independencia política, ahora volvíamos al planteo inicial, dada la actividad desplegada por el nuevo imperialismo. A esta denuncia de Ugarte se sumó, más tarde, la de Raúl Scalabrini Ortiz, a partir de su lucha contra la injerencia británica en el Río de la Plata.

Otra cuestión se relaciona con los alcances que se han dado, y que se habrían de dar, al concepto de "emancipación mental" tal como surge en los planteos del mismo Ugarte. Desde un punto de vista teórico podríamos caracterizarla como la exigencia —y también la necesidad— de darle forma a una eticidad que fuera adecuada a un contrato social según el cual se asegurara la igualdad y la justicia —por cierto, no la igualdad meramente jurídica del liberalismo clásico. En efecto, cuando Bolívar afirmaba que seguíamos, a pesar de habernos independizado, con hábitos que derivaban de un régimen de servidumbre, esto puede ser entendido como el reclamo de un cambio imprescindible de ética —en el sentido de la construcción de un nuevo *ethos*—, sin lo cual una vida republicana y democrática era imposible.

Pero la "emancipación mental" ha tenido otras connotaciones, las que precisamente nos llevaron, hace unos años, a hablar de la necesidad de una relectura de la cuestión. Decíamos, desde luego, que, si bien ese programa de emancipación seguía vigente, debía ser sometido "a un proceso de revisión y crítica, que habrá de ser en gran medida, de autocrítica", y agregábamos que esa tarea, a la cual la historia de las ideas podía contribuir, excedía, sin embargo, las aulas universitarias "e incluso la tarea intelectual, por ineludible que esta sea".²⁰

Efectivamente, si pensamos que el programa educativo impuesto por Sarmiento y su generación y difundido por el normalismo, más allá de todas sus contradicciones, no fue ajeno a formas autoritarias —así como el programa de "psicología de los pueblos", que-

hacer típico del mismo siglo XIX, que intentaba ser la herramienta indispensable para señalar la conformación de las mentalidades que habían de ser repudiadas y en lo posible extirpadas, fue en sus principales autores un saber fuertemente racista—, no cabe duda que la emancipación mental resultó, en muchos casos, una forma de violencia ejercida claramente contra ciertos sectores de la población.²¹

Si retomamos la problemática de la emancipación mental desde el punto de vista de una reforma de la eticidad heredada, el proyecto republicano-democrático —por el cual se decidieron las minorías que llevaron adelante nuestra organización nacional— no hubiera alcanzado un cierto nivel de ciudadanía, con todas las limitaciones e imperfecciones que inevitablemente se dieron. Y si pensamos que, en nuestros días, la crisis generalizada y profunda por la cual estamos pasando, ha alcanzado lógicamente no solo al estado, sino también a la sociedad civil, se tendrá una conciencia de la importancia que tiene esta vieja cuestión de la “emancipación mental”. La democracia y, particularmente, los ideales de una democracia participativa de claro sentido social, dependen de la emancipación de la que estamos hablando, con la agravante de que, además, estamos al borde de perder lo poco que nos queda de independencia. La tarea, tal como lo vio Ugarte en su momento, muestra dos frentes y de alguna manera hemos regresado al punto desde el cual partió Francisco Miranda: un mundo colonial y una mentalidad colonial.

Concluiremos leyendo un manifiesto lanzado por Manuel Ugarte en 1927, desde Valparaíso, contemporáneamente a la lucha de Sandino en Nicaragua. Está dirigido a la “juventud latinoamericana”, pero, también, al “pueblo” y “a las masas anónimas eternamente sacrificadas”, a la vez que denuncia a “los tiranos infecundos”, a las “oligarquías estériles” y “a la plutocracia, que más de una vez entrelazó sus intereses con el invasor”, categorías sociales no claramente definibles en su totalidad pero que expresan con energía por dónde pasaban las líneas de conflicto de la sociedad de la época. Debemos aprender nuevamente a leerlas, atendiendo a que existían entonces sectores sociales en actitud de emergencia y de dignidad humana, enfrentados a minorías venales instaladas en democracias, que montaban el discurso del poder sobre valores contaminados —según la expresión de Castoriadis— por las formas más groseras de racionalidad capitalista. En otras palabras, Ugarte se dirigía a grupos, sectores y clases que, más allá de toda venalidad, aún mostraban virtudes ciudadanas. ¿Y qué les pedía? Pues solidaridad con las hermanas y hermanos de nuestra América, sometidos al saqueo, la agresión y la muerte, como deberíamos pedirla actualmente, cuando inmensas masas de población padecen desocupación y hambre por obra de una plutocracia que “ha entrelazado sus intereses” con los centros mundiales de dominación económica y para cuyos organismos lo nacional no es, de ningún modo, prioritario. Frente a esta situación de dependencia acompañada de impunidad y corrupción, la tarea es doble: se hace urgente abrir un frente de lucha por el rescate de la independencia perdida y poner en marcha una segunda independencia, así como es necesario y urgente promover una emancipación mental, no solo ante los modos de pensar y obrar de las minorías comprometidas con el capital transnacional y las políticas imperiales, enfrentados a los intereses de la nación, sino ante la contaminación ideológica generada por las prácticas de una cultura de mercado según la cual se subordinan las necesidades (*needs*) a las satisfacciones (*wants*). Una vez más debemos hablar

aquí de “contaminación” y definir la emancipación mental como lucha contra ella, hasta reducirla, de ser posible, a una mínima burbuja. Entonces, ya no se habla de un “pueblo ignorante” que ha de ser educado a efectos de que los países pudieran ingresar en el torrente del progreso —objeto en el que fijaron la emancipación mental las minorías del siglo XIX y buena parte del XX—, sino se habla de limpiarnos todos de aquella “contaminación”, que en algunos ha alcanzado grados de inmoralidad profunda. Y ese era ya el fenómeno que señalaba Ugarte. Veamos, pues, su olvidado mensaje.

Manifiesto a la juventud latinoamericana

Tres nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México, el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua, el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá, impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: “La América Latina para los latinoamericanos”. Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades. Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota del sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia que, en más de una ocasión, entrelazó intereses con los del invasor. Contra la politiquería que hizo reverencias ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición que, en nuestra propia casa, facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre. La salvación exige energías nuevas y será obra sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer, al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibles que, mientras todo cambia, siguieran nuestras repúblicas atadas a tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda remora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Al dirigirme hoy a la juventud y al pueblo, no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; las únicas que valen son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política aunque la hagan sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer y háganla porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. HAY QUE REALIZAR LA SEGUNDA INDEPENDENCIA, renovando el continente. Basta de concesiones abusivas, de emprés-

que mi hora

titos aventurados, de contratos dolorosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos. Remontémonos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso, solo podemos confiar en el porvenir.²²

¹ Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

² José Martí: "Congreso Internacional de Washington", *Obras completas*, t. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 46.

³ Simón Bolívar: *Discurso de Angostura*, 1819.

⁴ Simón Bolívar: Carta a Patricio Campbell, Guayaquil, 5 de agosto de 1829.

⁵ I. Ramonet: "Vassalité", *Le Monde Diplomatique*, París, no. 583, octubre de 2002.

⁶ "Ya son 21 millones de pobres en la Argentina", *Clarín*, Buenos Aires, 5 de enero de 2003, información oficial dada por el INDEC.

⁷ Mabel Thwaites Rey: "El imperialismo que vos matáis goza de buena salud", *Clarín*, Buenos Aires, 19 de mayo de 2002.

⁸ Michael Hart y Antonio Negri: *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2000; y Atilio Borón: *Imperio e imperialismo*, Buenos Aires, 2002.

⁹ Alan Freeman: "Para los Estados Unidos la dominación es más importante que la paz", *Los Andes*, Mendoza, 12 de mayo de 2002.

¹⁰ J.-F. Lyotard: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa, 1987, p. 111.

¹¹ *Ibidem*, pp. 30-31.

¹² *Ibidem*, pp. 40 y 98-110.

¹³ *Ibidem*, pp. 105-108.

¹⁴ J.-F. Lyotard: *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989, cap. 4 y 5; y Ricardo Maliandi: *Dejar la posmodernidad*, Buenos Aires, Almagedo, 1993.

¹⁵ Manuel Fernández del Riesgo, en G. Vattimo (comp.): *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 63.

¹⁶ J. Lipovetsky: *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 38.

¹⁷ Arturo A. Roig: *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, EDIUNC, 1993, pp. 107-111; Carlos Pérez Zavala y Arturo A. Roig: *La filosofía latinoamericana como compromiso*, Río Cuarto, Ediciones Icala, s.f., pp. 162-163.

¹⁸ Mónica Peralta Ramos: *Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina (1930-1970)*, México, Siglo XXI, 1972, p. 15.

¹⁹ Theotonio dos Santos: *Teoría de la dependencia: balance y perspectiva*, México, Siglo XXI, 2002.

²⁰ Arturo A. Roig: "El valor actual de la llamada Emancipación mental", en nuestro libro *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*, México, Universidad Autónoma de México, 1981, p. 72. Una visión de la problemática de independencia y emancipación, que supone una comparación del proceso continental sudamericano con el proceso antillano, se encuentra en los escritos de José María de Hostos, cfr. Adriana Arpini: *Eugenio María de Hostos, un hacedor de la libertad*, Mendoza, EDIUNC, 2002, pp. 117 *et passim*.

²¹ Arturo A. Roig: "Introducción" al libro de Alfredo Espinosa Tamayo: *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Quito, Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, 1979, párrafo titulado "Los antecedentes hispanoamericanos y europeos de la psicología de los pueblos", pp. 79-96.

²² Texto de Norberto Galasso: *Manuel Ugarte*, tomo II, pp. 137-138.

América Latina y Europa en el equilibrio martiano¹

RODOLFO SARRACINO

El tema que a continuación presentaremos es el resultado de una investigación que iniciamos en 1991, dada a conocer en su fase embrionaria en la conferencia Martí, Hombre Universal (1992), titulada "José Martí y Brasil", cuya versión para la publicación apareció en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos* en 1993 y en el *Anuario Brasileño de Cultura Hispánica* del propio año. Le siguió una ponencia, en 1995, para la conferencia Martí y el Siglo XXI, sobre el tema "El concepto martiano del equilibrio en las relaciones internacionales".

Advertiremos, en las escasas referencias de Martí sobre este tema, no el verbo inspirado y fulgido de su poesía o la acabada expresión de su prosa crítica, sino un estilo sobrio y racional —si bien característicamente intrincado— y una avanzada cultura y visión globales de las relaciones políticas internacionales de su tiempo.

Nos proponemos explorar la aplicación del principio del equilibrio que, en algún momento, Martí calificó de "perpetuo", en la coyuntura internacional entre 1889 y 1895, con énfasis especial respecto a algunos países latinoamericanos y a los intereses imperiales del Reino Unido y de Alemania en el Pacífico y el Caribe: ellos sustentaron la decisión martiana de tratar de equilibrar el poder de los Estados Unidos en las Antillas y evitar —antes y después de la Guerra de Independencia, sin otro recurso que su brillante intelecto y lo más avanzado de la ciencia política de su tiempo— la anexión estadounidense de Cuba.

Entre 1886 —cuando los Estados Unidos estuvieron a punto de agredir nuevamente a México— y 1889, ya era obvio para Martí el curso que tomaría el expansionismo estadounidense. En medio de la Conferencia Internacional Americana, en carta fechada el 16 de noviembre de 1889, le dice a Serafín Bello:²

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros.³

Para la Cuba independiente que Martí preveía, esa conclusión tenía una enorme importancia: una nueva nación pequeña, con una población poco numerosa, pobre y debilitada por una revolución tardía —que después del desastre de la *Fernandina* podía anticiparse prolongada⁴ y sangrienta— tendría la misión casi in-

posible de mantener su soberanía a corta distancia del poder militar y económico de los Estados Unidos, en época en que el norteno país consolidaba su control sobre el mercado cubano, había hundido sus garras en la mitad del territorio de México y amenazaba con anexarlo completamente, así como a Canadá, las islas del Pacífico y el Caribe. Se preguntaba Martí, sin que ello infortunadamente trascendiera de manera pormenorizada a sus escritos privados o públicos, cómo podrían sobrevivir los cubanos, dueños de su propio destino, en esas adversas circunstancias. Sobrecargado por las complejas tareas inmediatas de la unificación política de la emigración y de Cuba, y los preparativos cada vez más apremiantes para la guerra, el problema de la supervivencia posbélica ocupó espacio creciente en sus preocupaciones.

Lo ayudaba el hecho cierto de ser un estadista —aún sin estado, pero de pensamiento esencialmente realista. Confianza en los gobiernos latinoamericanos, algunos de los cuales había conocido de cerca, le restaba poca.⁵ La propia carta de Martí a Serafín Bello, basada en sus experiencias en la Conferencia Internacional Americana, se refiere, precisamente, a los rumores en torno a que podría producirse una mediación de las naciones americanas ante España para conseguir la independencia de Cuba, que en realidad encubrían una acción, alentada por los Estados Unidos, para intentar anexar Cuba al naciente imperio estadounidense. Martí le dice:

Tiene métodos muy sutiles la ambición poderosa, y sería preciso que estuviese usted aquí, y aún estando no lo vería acaso bien, para entender cuanto estrago hace, hasta en los más fieles, la esperanza funesta [...] de que a Cuba le ha de venir algún bien de un Congreso de naciones americanas, donde por grande e increíble desventura, son tal vez más los que se disponen a ayudar al gobierno de Estados Unidos a apoderarse de Cuba, que los que comprenden que les va su tranquilidad y acaso lo real de su independencia, en consentir que se quede la llave de la otra América en estas manos extrañas.⁶

No obstante esta experiencia, a partir de 1889 Martí percibió la posibilidad de unidad en algunos países de Hispanoamérica que antes no parecía tan clara. En el Cono Sur emergía, desde 1880, una potencia regional asociada al Reino Unido y, en definitiva, a Europa. Al menos en los círculos internacionales, Argentina, sustentada por sus tasas de crecimiento económico sin paralelo en el resto de América Latina, parecía políticamente capaz de ofrecer resistencia a los Estados Unidos. Su independencia la respaldaban las elevadas inversiones británicas, el poder de su imperio y su escasa dependencia del mercado estadounidense. Baste decir que hasta 1890 el Reino Unido había invertido unos quinientos millones de pesos oro en ese país —cifra realmente notable en la época: en frigoríficos, ferrocarriles, bancos y otros sectores. Y los préstamos británicos al gobierno argentino estaban siempre disponibles y, por cierto, ya se habían constituido en una deuda considerable. El Reino Unido se aferraba a sus enclaves latinoamericanos y entre ellos, en el plano económico, Argentina era tal vez el máspreciado.

Los Estados Unidos se oponían a estos designios, mientras construían aceleradamente una moderna marina de guerra, con el ánimo alterar a su favor la correlación de fuerzas militares en América y de desalojar al Reino Unido, no solo de este continente, sino sobre todo del Océano Pacífico. Existían, pues, ciertos presupuestos para un equilibrio político, militar y económico en América potencialmente favorable a Cuba.

No era, en verdad, tan fácil como las líneas precedentes sugieren. A la Argentina le hacía compañía, en el Cono Sur, Brasil, poseedor de más de la mitad del territorio y de la población de Suramérica. Historiadores de ambos países coinciden en que la historia de esa región podría reducirse a la rivalidad entre la Argentina y el Brasil por el liderazgo regional. Brasil temía que Argentina articulara una alianza hispanoamericana antibrasileña. Por ello, Jose Maria da Silva Paranhos, Barón de Rio Branco,⁷ hábil estratega asesor de Pedro II,⁸ y desde 1902 ministro de Relaciones Exteriores de la república brasileña hasta 1912, entendió que el mejor equilibrio para sus intereses debía resultar de una alianza estratégica de Brasil con los Estados Unidos, frente a la de Argentina con el Reino Unido. En efecto, el notable historiador brasileño, Hélio Jaguaribe, aclara:

El vertiginoso desarrollo de la Argentina desde 1880 hasta la primera guerra mundial, llevó a Brasil a recelar que aquel país pudiese articular exitosamente un gran frente antibrasileño en la América del Sur. Tal situación condujo a Brasil a buscar una relación especial con los Estados Unidos, que neutralizase los riesgos de una coligación antibrasileña en este continente. Para los Estados Unidos, esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la potencial unidad latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo la hegemonía norteamericana.⁹

Esta realidad obstaculizaba los objetivos de Martí, quien se enfrentaba, cuando más necesitaba una América Latina unida, a la fragmentación del continente, en momentos en que se proponía llamar la atención de Argentina y el Reino Unido hacia la posición estratégica de Cuba y a su futura apertura económica hacia Europa y América Latina. Que lograra su objetivo sin contrariar a Brasil es un crédito indudable a su habilidad diplomática, desplegada a partir de su designación como cónsul de Uruguay en Nueva York, en 1887.

Por lo general, no se valora en toda su importancia política ese nombramiento de Martí, seguido de iguales designaciones autorizadas por los gobiernos de Argentina y Paraguay, en julio de 1890. Representar, en la ciudad más importante de los Estados Unidos, a tres estados suramericanos, sin ser ciudadano natural de ninguno de esos países, es, incluso para aquellos días, claramente excepcional. Se comprende, también, por qué esos gobiernos confiaban en Martí, no sólo como cónsul, sino como amigo cercano, y, en el caso de Uruguay, delegado a la Conferencia Internacional Monetaria Americana, uno de los eventos hemisféricos más importantes del período: porque los gobernantes argentinos, paraguayos y uruguayos compartían las ideas políticas de Martí, y su visión de una América independiente de los Estados Unidos. Y así, el cubano se encontró trabajando intensamente en Nueva York, a partir de 1887, en la compleja comunidad consular de Nueva York, lo que le permitió penetrar en el pensamiento de sus iguales, representantes de las oligarquías latinoamericanas, cuya dura faz se ocultaba bajo las piadosas corrientes liberales del período. Esto se percibe, claramente, en la respuesta de Martí al entonces ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Roque Sáenz Peña, a quien le escribe:

De ningún modo desmayo, en el pensamiento de poner en claro, con toda la viveza con que Ud. y yo lo sentimos el problema de nuestra América, de modo que confirmemos nuestra independencia antes que se creen, como pudieran crearse,

José Martí

las condiciones que nos la podía arrebatarse. Y luego, el corazón me sangra por mi tierra y yo quiero que ella vaya, salvándose y salvando por nuestra América. Este no es interés mío, sino americano, y *no tengo el derecho de rechazar la ayuda que me ofrece*, si con ella podemos sacar de confusiones un estado político, que gracias a la Argentina, y a ciertos discursos que yo sé [se refiere a los discursos de Sáenz Peña en la Conferencia Internacional Americana] ha comenzado a ser *menos amenazante*.¹⁰

Se desprende de las líneas anteriores que Martí se refería a la acción discutida en los corredores de la Conferencia Internacional Americana sobre lo que él llamó la "posibilidad y conveniencia de anexar a Cuba a los Estados Unidos", y a la posición bonaerense de no permitir que esta acción progresara —como en definitiva sucediera—, para lo cual Roque Sáenz Peña le ofreció su concurso. La convergencia política de ambos frente a los Estados Unidos y la opinión favorable de Martí a la posición internacional de Argentina, son igualmente obvias. Martí llega incluso a reconocer que las condiciones políticas del momento comenzaban a ser menos amenazadoras para Cuba gracias a la activa gestión de Sáenz Peña. Por eso, en relación con los rumores de anexión de Cuba, le escribe a Gonzalo de Quesada: "para todo hay ciegos, y cada empleo tiene en el mundo su hombre. Pero el señor Sáenz Peña sabe pensar por sí, y es de tierra independiente y decorosa. Él verá, y sabrá lo que hace".¹¹ Tal era, en ese momento, la confianza que le merecía la posición de principios del gobierno argentino. Roque Sáenz Peña se le había revelado como un hombre de ideas y acción antimperialistas, lo que para Martí revestía excepcional importancia, tratándose de un joven político, quien avanzaba hacia la presidencia de su país.

Martí contaba, justificadamente, con la entonces influyente Argentina, a la que, sumados Uruguay y Paraguay, podrían, con el tiempo, incorporarse otros países dispuestos a apoyar la causa cubana. De Brasil sólo podría obtener, en el mejor de los casos, su distanciamiento. Por eso se esforzó por mantener las mejores relaciones con sus colegas brasileños, de cuyo importante país poco escribía, salvo lo que pudiera contribuir a la unidad de las dos grandes naciones suramericanas. De este modo, en la América del Sur se evidenciaba cierto potencial de solidaridad e interés económico en la revolución cubana favorable al equilibrio que el Apóstol se proponía.

En este amplio contexto latinoamericano, Porfirio Díaz,¹² presidente mexicano, merece atención particular. Olvidando sus divergencias políticas entre 1875 y 1877 con Díaz, 17 años más tarde Martí decide viajar a México para entrevistarse con el presidente mexicano afin de solicitar recursos para la revolución. Es evidente que Martí puso, por encima de sus diferencias con Díaz, los intereses de la causa cubana. Cuba requería del apoyo vital de México y éste prefería una Cuba amiga e independiente en su flanco oriental ante la amenaza común de los Estados Unidos. Gracias a la intervención de varios amigos leales, entre los que es preciso destacar a Manuel Mercado, bien situado en el gobierno porfirista, Martí logró su objetivo. Más maduro y experimentado en política exterior, Porfirio Díaz había comprendido que, a pesar de sus enormes concesiones a los Estados Unidos, éstos continuaban siendo un enemigo latente de México.¹³ Según el historiador mexicano Ramón Prida Santacercilia,¹⁴ Porfirio Díaz le habría dado a Martí muestras de su simpatía personal hacia la causa cubana y entregado \$20,000, pero no le habría asegurado el reconocimiento de México a la beligerancia

de su revolución. Hacia 1895, pues, Martí podía contar, no sin reservas, con el apoyo de México para el período posterior al triunfo.

Detengámonos, al llegar a este punto, en torno a la posibilidad de un acercamiento táctico directo de Cuba revolucionaria con Europa, principalmente con el Reino Unido y Alemania. Desde que, en su galopante expansión, los Estados Unidos llegaron al Pacífico, evidenciaron la voluntad de continuar anexando territorios del área para llegar a los ricos mercados de China, Japón, el Sudeste Asiático, India y otros, casi todos bajo control europeo —en buena cuenta británico y en Indochina francés. Pero otra potencia evidenciaba similar voluntad, además del Reino Unido y Francia: la advenediza Alemania imperial del canciller Otto von Bismarck,¹⁵ empeñada en consolidar los intereses alemanes en el gran océano para lo cual debía frenar la expansión de la emergente potencia estadounidense.

El primer incidente diplomático serio entre Alemania y los Estados Unidos data de 1884 y fue objeto del penetrante escrutinio de José Martí. La reseña de lo que amenazó con convertirse en un conflicto armado, se encuentra en una crónica recientemente hallada durante las investigaciones para la edición crítica de las obras martianas,¹⁶ en un microfilm no incluido anteriormente en las *Obras completas*.¹⁷ Que Martí dedicara una crónica extensa y circunstanciada a este incidente, indica el interés con que seguía la política europea y, particularmente, la alemana. Escribe que Bismarck mantenía profundas reservas hacia los Estados Unidos por los inusitados estímulos que el gobierno estadounidense concedía, en su selectiva política de migraciones, a los jóvenes emigrantes alemanes y la manera como, valiéndose del fallecimiento fortuito en los Estados Unidos del líder opositor alemán, Eduard Lasker,¹⁸ el canciller imperial lo transformó en un incidente diplomático que se reflejó en la reducción consiguiente del flujo de emigrantes alemanes a Norteamérica.

Otra consecuencia del choque de las políticas expansivas de ambos países, fue un nuevo incidente que se escenificó en el archipiélago de Samoa, al este de Australia. En 1889 ocurrieron varios altercados en esa isla donde quedó involucrada la marinería de ambos países. La prensa estadounidense hizo todo lo posible por provocar una guerra contra Alemania para mantener el "derecho" a la expansión territorial norteamericana. El senador George Franklin Edmunds,¹⁹ citado por Martí, refleja esta posición guerrerrista:

Para Edmunds, el convenio abandona la estación naval de Pagopago y trueca el derecho exclusivo y superior de los Estados Unidos sobre Samoa en manos de la mayoría de los poderes contratantes, cuando es notorio que de estos tres, será lo natural que Inglaterra y Alemania se unan siempre en el propósito común de impedir el adelanto de los Estados Unidos, cuando en la alta diplomacia se tiene hoy por seguro que Inglaterra y Alemania se han dado de mano en la sombra para repartirse las comarcas nuevas que vayan apareciendo por el mundo e impedir que Italia, que Francia, que España, que los Estados Unidos extiendan por África y por el Pacífico sus posesiones coloniales. Para Edmunds, Alemania habrá cedido, o cederá, alguna pretensión suya a Inglaterra, a cambio de que ésta le deje el camino libre para dominar, con el consentimiento de los Estados Unidos burlados e impotentes, en la isla de Samoa [...] ¿Estamos para complacer a las monarquías, o para evitarnos guerras previsoras y necesarias, o para fundar con una guerra a tiempo, aunque sea con Alemania, el derecho de los Estados Unidos a extender sus dominios?²⁰

En esos términos vio el congreso de los Estados Unidos la firma del convenio tripartito que alivió, momentáneamente, las fricciones germano-estadounidenses en el Pacífico. Pero tal aquiescencia se debió a que el gobierno estadounidense sabía que la marina de guerra alemana era, en ese momento, superior a la suya y que cualquier prueba de fuerza le sería costosa y, probablemente, adversa. En su crónica a *La Nación* de 5 de marzo de 1889, Martí cita su traducción de las declaraciones del presidente Grover Cleveland sobre un posible enfrentamiento entre las marinas de guerra de Alemania y los Estados Unidos en torno al incidente de Samoa y su posible desenlace:

La bravura y habilidad de nuestros marinos ha dado muchas veces en nuestra historia extraordinario poder a barcos flojos y piezas de poco alcance; que se lo volverían a dar eso no lo dudo, pero no es justo exponerlos, por impremeditación o negligencia, a desigual combate.²¹

Y lo que era aún más importante, bajo el influjo diplomático de Bismarck, el Reino Unido, hasta entonces negado a suscribir convenios de seguridad con potencias continentales europeas, había firmado dos tratados mediterráneos con Alemania, Austria-Hungría e Italia, a fin de proteger sus intereses en el Oriente Medio de la expansión del gigante ruso. De manera que Alemania actuaba, en ese momento, asociada a tres potencias europeas, incluyendo al propio Reino Unido, por aquellos días adversaria de los Estados Unidos también en América Latina. Por eso no les quedó otro remedio que negociar a regañadientes con Alemania. En definitiva, predominaron los intereses y poder alemanes en ese momento y se firmó un tratado en Berlín, bajo la mediación del astuto Reino Unido. Al fin de las negociaciones, formalmente Samoa no sería ni alemana, ni estadounidense, sino "independiente", pero bajo tutela británica. De este incidente nos interesa destacar lo que para Martí superaba la importancia geoestratégica del archipiélago: Alemania amenazaba el derecho que los Estados Unidos se arrogaban a la expansión territorial, no ya en su hemisferio, sino en todo el mundo, y así reportó con reservado regocijo en *La Nación* cómo el Reino Unido y Alemania se habían unido para equilibrar y de hecho detener —si bien momentáneamente— a los Estados Unidos en el Pacífico. En *La Nación* del 13 de junio de 1889, había previsto:

No sería lo de Samoa de tanto interés si el principio sentado en la Conferencia [de Berlín] pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América y sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis.²²

A medida que el tiempo transcurría, Martí se convencía de que los intereses estadounidenses y alemanes colisionarían, asimismo, en América Latina. Ciertamente, la política de Bismarck —poco tratada por nuestros historiadores en su vertiente caribeña—, que en el pasado había desempeñado la influyente misión de mediar entre España y los Estados Unidos sobre el tema cubano, suponía una gradual aproximación a nuestro país, que incluía un proyecto de emigración alemana, el abastecimiento de suministros al ejército español y hasta la creación de una base para la flota de guerra imperial. Esto evidenciaba planes de envergadura hacia Cuba. Y para los estadounidenses habría significado un peligro tendiente a impedir la anexión de nuestro archipiélago y de toda la región del Caribe.

Ninguno de estos planes prosperó, salvo la venta de armas a España, en tanto que machetes *Solingen*, de buen acero alemán,

llegaban a los combatientes revolucionarios. Por otra parte, la población alemana en Cuba, hacia 1898, no pasaba de cuatrocientos individuos, principalmente empresarios, técnicos y trabajadores calificados. El promedio anual de emigrantes alemanes a Cuba era de poco más de ochenta al año, considerada una cifra insignificante, comparada con la de los isleños y otros ciudadanos españoles que arribaban.²³

A este pobre resultado contribuyó, además, la renuncia del "Canciller de Hierro", aceptada en 1890 por Guillermo II. Con su partida desaparecerían su talento diplomático, su cautela, su probada habilidad para asegurar los objetivos estratégicos germanos y, sobre todo, su comprensión de las limitaciones del poder de Alemania. Pero nos interesa subrayar que, a partir de 1890, la política exterior germana, bajo Guillermo II, se tornó, en lo relativo al Pacífico, más agresiva y ambiciosa, por lo que otros incidentes siguieron a los de Samoa. Alemania había consolidado su presencia en varias de las Islas Marshall, las Islas Salomón del Norte, las Marianas, Nueva Guinea y Micronesia.²⁴ Aún sin Bismarck, Alemania, con una política errática resultado de las posiciones antiestadounidenses de Guillermo II y la excesiva cautela de Bernhard von Bülow, secretario de estado para Asuntos Exteriores, desarrollaba una política de doble rasero en las Antillas, que suscitó graves preocupaciones en el gobierno estadounidense. La documentación consultada indica que Alemania apoyaba a España frente a los Estados Unidos, pero se preparaba para negociar con un gobierno revolucionario cubano si ganaba la guerra, sin perder su fuerte posición en el mercado estadounidense —segundo socio comercial después del Reino Unido. Y de estos designios los Estados Unidos estaban enterados. En *Patria* del 27 de agosto de 1892, a solo tres años del inicio de la Guerra de Independencia, Martí citaba un artículo titulado "Cuba libre", publicado el 18 de agosto en el diario *Public Ledger*:

Hay una política de naciones, como hay una política de barrio, y ha venido a ser pesadilla constante de los que piensan en estas cosas la idea de que Cuba cayera en manos de Inglaterra o de Alemania. Los Estados Unidos no pueden tomar a Cuba bajo su protección; pero tampoco pueden ver esta rica y adelantada isla en manos de un poder extranjero, y tal vez enemigo. El daño a nuestro comercio sería muy grande, y mayor el de nuestro prestigio.²⁵

La sombra imperial de Alemania se proyectaba sobre Cuba. En 1895 Alemania tenía un consulado general en La Habana, un consulado en Santiago de Cuba, y otros en Trinidad, Matanzas y Cienfuegos, presencia algo menor que la del Reino Unido, cuya importancia histórica en Cuba, en el plano económico y político, es bien conocida. Un consulado en Santiago de Cuba, uno de los principales puertos del este del país, demostraba interés, no solo en las ya considerables inversiones germanas, sino en las futuras exportaciones cubanas de café y tabaco —para las cuales ya estaban comprometidos H. Upmann y Gustav Bock, importador de la hoja cubana en Bremen—,²⁶ posiblemente, en la ampliación de la producción de sus minas de hierro y cobre, y, también, en otras exportaciones atractivas para los mercados internacionales, tales como el cacao, las maderas industriales, el carey, las frutas y la ganadería, según informaban los cónsules alemanes a su gobierno. Respecto al azúcar de caña —a diferencia del Reino Unido, que ya había invertido en ingenios—, Alemania estaba interesada en que el de-

José Martí

sarrollo y la recuperación de este renglón económico después de la Guerra de Independencia no fuesen, en lo posible, estimulados: la política del imperio germano sería fomentar, con subsidios, la producción de azúcar de remolacha. Le importaba colocar en Cuba solo aquellos productos sin competencia estadounidense, tales como vajillas, lozas, porcelanas, espejos, cristales planos, joyería de plata, zinc, máquinas de coser, papel de traza, instrumentos musicales, juguetes, artículos de cuero, relojes, y ferrocarriles y telégrafos, estos últimos de mayor complejidad en la política comercial alemana porque eran producidos por los Estados Unidos. La mayor parte de los productos suntuarios encontraban clientes seguros en la oligarquía azucarera cubana.²⁷

Martí se preguntaba —partiendo de la realidad de que el verdadero y más formidable enemigo de Cuba era, en ese momento, el vecino del norte y no Europa— si pudieran ser creados intereses de tal magnitud que moviesen a uno o ambos países europeos a interesarse, en primer término, por la posición estratégica de Cuba —interés de Europa desde épocas muy tempranas— y, en segundo lugar, por el mercado potencial que significaba nuestro país para sus inversiones de capitales ociosos y el comercio de productos del agro y materias primas, hasta el punto de contribuir a detener la prevista expansión territorial y económica de los Estados Unidos en las Antillas, después de alcanzada la independencia. Es evidente que Martí estuvo dispuesto a intentarlo.

Lograr este propósito, por las razones expuestas, era, sin embargo, en extremo difícil. La lectura de varios de sus textos publicados entre 1894 y 1895, indica que creía posible una aproximación táctica. Con la independencia de Puerto Rico y Cuba, unidas a la República Dominicana, y el apoyo al menos de algunos países importantes de América Latina y Europa, el Caribe podría llegar a ser el “fiel de la balanza” entre los dos hemisferios, o “el crucero del mundo” —anticipando la construcción del canal interoceánico— y, conjuntamente con América Hispana, hasta “una tercera fuerza equilibradora del mundo”. Tal era la importancia que Martí otorgaba al empeño estadounidense de anexarse el Caribe y a la necesidad de impedir que lograra su objetivo.

Algunos críticos han dudado del realismo de esta proposición. Por lo pronto, la posibilidad de la aproximación a Europa para coadyuvar a equilibrar la penetración estadounidense en América Latina la había previsto hacía tiempo. Veamos como describía la naturaleza de esa aproximación, en el comentario tantas veces citado —fragmento escrito para sí, alrededor de 1882— que dedicara al vicecónsul francés en Guayaquil, quien fuera descubridor de un “paso transcontinental” capaz de permitir el cruce del continente suramericano con inversiones relativamente modestas:

[...] lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastantes fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales [...] de ahí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.²⁸

No era el caso de trocar un imperialismo por otro, sino de ganar tiempo para que Cuba independiente y América Latina acumularan fuerzas dirigidas a su propia defensa. Martí se alejaba de la definición europea del equilibrio internacional. No era éste, para él, mera cuestión de alianzas entre poderosos para distribuirse el mundo —según las ideas de algunos grandes juristas europeos de su época, o de los que conociera durante el estudio de su licenciatura en Derecho Civil y Canónico—; o, exclusivamente, de alianza entre los débiles contra sus opresores, como aprendió de Simón Bolívar, sino más bien una inteligente combinación de algunos de los factores. Del sistema de coaliciones entre potencias tenía una pésima opinión. En la riquísima “Sección Constante” de *La Opinión Nacional* de Caracas, el 9 de diciembre de 1881 Martí daba a conocer a sus ávidos lectores estadísticas curiosas, provenientes de un diario italiano, según las cuales desde el año 1700 hasta 1859, se formaron entre las naciones de Europa 75 alianzas:

El Reino Unido ajustó 36, Rusia 25, Francia 24, Austria 23, Prusia 16, España 10, Suecia 9. Algunas de estas alianzas tuvieron por objeto la independencia, la libertad y la protección de pueblos oprimidos. En cambio, muchas se propusieron asegurar el equilibrio europeo, el dominio de una dinastía, la conquista y el afán de glorias militares. Gran parte de ellas encerraban un objeto aparente y otro real. Todas se encaminaban al mantenimiento de la paz: pero casi siempre fueron origen de revolución y de guerra.²⁹

En cuanto a Cuba, Martí se proponía, en primer término, una victoria revolucionaria indispensable y fulminante sobre la metrópoli, tras la cual seguiría la apertura del mercado cubano al comercio y las inversiones de varias de las potencias europeas, España y los Estados Unidos incluidos, y de otros países latinoamericanos, como México y Argentina. Comprobaremos inmediatamente la coherencia de este pensamiento con las ideas que manejara al final de su vida. En 1894, por ejemplo, Martí declaraba su admiración por el talento de William Thomas Stead, un británico “liberal, humanitario y fundador” de su época, y aprovechaba para proyectar la imagen de un Reino Unido democrático, opuesto a unos Estados Unidos soberbios y retrógrados. Decía Martí, citando a Stead: “más fácil convertirse al republicanismo en Rusia que en Estados Unidos [...] No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia”.³⁰ Y, en 1895, encontrándose ya en tierras orientales, próximo a dar su vida por la causa revolucionaria, es informado de la muerte accidental de un marino británico de la goleta *Honor*, que traía la expedición de Maceo. Martí entiende conveniente dirigirse por carta al “agente consular” del gobierno británico en Guantánamo para transmitirle una explicación oficial de los hechos, que trasciende, a nuestro juicio, el propósito original que la motivó. Después de aclarar que había ordenado una investigación sobre el accidente, añade:

Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, completamente abierta a la industria del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar [...] la menor trasgresión de las leyes morales y el respeto internacional.³¹

Dirigida a un funcionario cuyo nombre al parecer Martí desconocía, la carta llegó al poder de James F. MacKinlay, agente consular

en Guantánamo, que la remitió a Frederick Wollaston Ramsdem, vicecónsul en Santiago de Cuba. Y éste la hizo llegar, rápidamente, a Alexander Gollan, cónsul general británico en La Habana. Con fecha 7 de mayo de 1895, a pocos días de la muerte de Martí, Gollan la despachó a Londres dirigida al secretario del *Foreign Office*, que por aquellos días era Earl Kimberley —John Wodehouse. Este expediente, hallado recientemente por el historiador británico Christopher Hull en los archivos nacionales del Reino Unido —*The Public Record Office*—, evidencia la importancia que Gollan atribuyó a la misiva de José Martí y la consideración —cuyo alcance por estos días se investiga— que se le concedió a su contenido en un nivel rector de la política exterior británica. Al propio tiempo sugiere que la apreciación martiana sobre la importancia del Reino Unido en sus planes para Cuba y el Caribe estaban fundamentados en la realidad. Hasta qué punto esto era así, lo veremos posteriormente.

En ese mismo día redacta otra misiva en inglés —hallada hace relativamente poco en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania— dirigida a Herr Schumann, cónsul alemán en Santiago de Cuba, muy similar a la que escribiera al funcionario británico pero quizás más significativa, pues carece de la justificación que tuviera la de este último. Schumann era, por cierto, además de cónsul, copropietario de la empresa alemana Schumann y Michaelsen, dueña de importantes minas de hierro y cobre en Oriente. El texto de la misiva corresponde a la decisión militar revolucionaria de respetar la propiedad privada que no ayudase al enemigo. En este caso, la advertencia surtió efecto, pues la producción de minerales se suspendió entre 1895 y 1898.³² En esa misiva Martí aprovecha para expresar al gobierno alemán que Cuba es “un pueblo de hombres dispuestos a trabajar en paz y desarrollar [su economía], en una república libre de aceptar la asistencia del capital ocioso del mundo. Así es la revolución cubana, dispuesta a aceptar a todos los que la respetan”.³³

Era, en efecto, una invitación a participar en el desarrollo de Cuba, en los términos en que escribiera para sí el fragmento referido al “paso transcontinental” antes citado. Durante más de una década la idea había permanecido fija en su mente. La visión de una Cuba abierta al mundo la reitera días después a Eugene Bryson, corresponsal del *New York Herald*, quien recibe una carta de sus manos en plena manigua, para ser publicada en el diario: “Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo”.³⁴ En estos tres ofrecimientos, de los que no puede excluirse a México, a la Argentina, a los países de América Latina que pudieran sumarse, y a España, con su espacio económico asegurado; y de los que tampoco quiere ni le es posible marginar a los Estados Unidos, con cuyo gobierno había hecho todo lo posible por conseguir relaciones estables para la guerra contra la metrópoli y una Cuba independiente, está la clave de lo que habría sido la política exterior de un gobierno revolucionario cubano bajo la determinación de José Martí y su brillante empleo del concepto del equilibrio en las relaciones políticas internacionales para el Caribe y América Latina.

Las informaciones sobre Alemania correspondientes a ese período, por otra parte, dan la razón a Martí, al tiempo que evidencian cierto deterioro en la conducción de una política exterior de doble rasero, que con el retiro de Bismarck y la decisión del Káiser de

asumir personalmente sus responsabilidades, se tornó vaga, y, en lo relativo al Caribe, carente de objetivos precisos. Pero algunos sectores del gobierno alemán se mostraban previsores cuando admitían la posibilidad del triunfo de las armas revolucionarias. La Diputación de Hamburgo para Comercio y Navegación recogía un plan de Herr Versmann, burgomaestre de Hamburgo para Comercio y Navegación, quien el 27 de enero de 1896 indicaba:

La Diputación sugiere que, en caso de que los insurrectos logren separar la isla de España, el reconocimiento del nuevo gobierno por parte del *Reich* se haga depender de las negociaciones de un tratado comercial.³⁵

No obstante cierto aire imperial del documento, esta condición se correspondía perfectamente con la lógica del equilibrio y habría sido empleada por Martí. La celeridad con que el gobierno alemán se movió para resolver su acceso al mercado cubano —sin afectar su privilegiada posición en el comercio estadounidense, una vez terminadas las hostilidades entre los Estados Unidos y España—, se evidencia en las cifras de estadía de los barcos alemanes en puertos cubanos en los años 1898 y 1899. Exactamente 72 barcos alemanes tocaron puertos cubanos en 1898, en tanto que al año siguiente lo hicieron 102,³⁶ y la cifra continuó en ascenso. Esa habría sido, también, la tónica de haber estado un gobierno revolucionario en el poder.

En cuanto al Reino Unido, continuó insistiendo durante todo el período de la neocolonia en mantener su posición privilegiada en Cuba, que finalmente se estabilizó con inversiones en algunos centrales, ferrocarriles, explotación de yacimientos de cobre y, en especial, un virtual predominio en el mercado cubano de las compañías británicas de seguros.

A partir de la discusión con el gobierno cubano de un proyecto de acuerdo que incluía el comercio, en 1905, que fuera rechazado vehementemente por los Estados Unidos, el Reino Unido insistió, a lo largo de las primeras cuatro décadas del siglo *xx* y a pesar de las protestas estadounidenses, en exigir un trato justo por parte de los sucesivos gobiernos cubanos que equilibrara la balanza comercial siempre favorable a Cuba por las compras británicas de azúcar, como evidenciaran las acciones diplomáticas británicas en 1937 para la firma de un acuerdo comercial, rechazado por el gobierno de los Estados Unidos, pero, en definitiva, ratificado por el congreso cubano poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial.³⁷ Esta excepcional tolerancia del gobierno de Franklin Delano Roosevelt hacia su aliado en la lucha contra el fascismo, puede explicarla la cercanía de la intervención de su país en la conflagración.

Lo expuesto hasta aquí esclarece el carácter objetivo de la visión martiana sobre el equilibrio de las relaciones internacionales y su potencial para la defensa de una Cuba independiente. Esas opciones existieron, e inteligentemente articuladas habrían podido contribuir a la verdadera independencia de Cuba. Que haya sido o no posible utilizarlas en el momento en que emergían los Estados Unidos como potencia mundial e imponían a Cuba un régimen neocolonial, habría dependido de varios factores, entre los que subrayamos un triunfo decisivo y rápido de una revolución que, desde los campos de batalla, fue frustrada tras la irreparable desaparición de José Martí y Antonio Maceo. A esta catástrofe siguió la intervención estadounidense, la ocupación militar de Cuba y la definitiva consolidación de un gobierno civil integrado predominantemente

Y. M. Novia

temente por viejos autonomistas, aliados estratégicos, primero de España y después de los Estados Unidos. Con todo ello se deshizo la posibilidad del equilibrio político³⁸ que Martí entendía vital para lograr la unidad nacional y la verdadera independencia de Cuba.

³⁸ Disertación ofrecida en el marco de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, celebrada entre el 27 y el 29 de enero del 2003, en el Palacio de las Convenciones de La Habana.

³⁹ Serafín Bello era un leal patriota cubano, quien se estableció, inicialmente, en Cayo Hueso. Allí, en 1884, fue uno de los fundadores de la Convención Cubana, institución creada para la lucha por nuestra independencia. Dos años más tarde, se mudó a Nueva York, donde conoció a José Martí, con lo que se inicia una fraternal amistad que duró toda la vida. En 1889 regresa a Thomasville, Cayo Hueso, donde organiza a los emigrados revolucionarios, a las órdenes de Martí. Fue un activista permanente al servicio de la revolución cubana y fundador del Partido Revolucionario Cubano (V. Luis García Pascual, Destinatario José Martí, La Habana, Casa Editora Abril, 1999, p. 263).

⁴⁰ José Martí, "Carta a Serafín Bello", New York, 16 de noviembre de 1889, *Obras completas*, t. 1, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 253.

⁴¹ Es cierto que Martí insistió siempre, a lo largo de los preparativos y luego de iniciada la Guerra de Independencia, en una guerra "tan rápida como un rayo". Pero una cosa es lo que el jefe civil de una guerra entiende necesario y otra la que las realidades militares imponen, incluyendo un nutrido ejército, experimentado y bien armado y un gobierno colonial dispuesto a gastar "hasta la última peseta" en la guerra. Algunos de nuestros historiadores militares entienden que la guerra, si se pretendía rápida, tenía que librarse por sorpresa, con suministros suficientes de armas y municiones para alcanzar sus objetivos en el tiempo requerido. No atribuimos a Martí la idea de una contienda prolongada, pero nos atrevemos a opinar que es difícil que no haya pensado en una guerra tan rápida como las circunstancias permitiesen, después del desastre de la Fernandina, cuando se perdió la sorpresa y la relativa e inmediata suficiencia de suministros bélicos.

⁴² Juan Gualberto Gómez: "La revolución del 95", La Habana, El Figaro, 20 de mayo de 1902, cit. por Rolando González Patricio: *La diplomacia del delegado*, La Habana, Editora Política, 1998. Es cierto que Juan Gualberto Gómez escribió acerca de una posible acción colectiva latinoamericana a favor de la independencia de Cuba, en la que, afirma, Martí creyera. Juan Gualberto Gómez decía que "Martí confiaba en que [...] podría producirse una mediación amistosa de todas las repúblicas sudamericanas, que interponiéndose entre Cuba y España, invocando los grandes intereses de la raza, de la civilización y de la humanidad, pusiese término a la guerra, reconociéndose la independencia de Cuba con ventajosas concesiones hechas a España". Mas de ello no aparece constancia escrita de la mano de Martí. En cambio, se cita la carta a Serafín Bello en el cuerpo principal de esta investigación donde Martí, fundamentándose en su experiencia negativa en la Conferencia Internacional Americana, dice lo contrario.

⁴³ José Martí, *op. cit.*, p. 253.

⁴⁴ José María da Silva Paranhos, Barón de Rio Branco (1845-1912). Político, diplomático e historiador brasileño. Fue en su juventud, durante el imperio, diputado, y después diplomático. Desde 1876 fue cónsul general en Liverpool, y ministro en Alemania en 1900. Ya era uno de los asesores de política exterior de Pedro II cuando fue derrocado. A partir de 1902 y hasta 1912, durante la primera república, fue ministro de Relaciones Exteriores de Brasil. Representó a su país en las negociaciones de límites con Argentina (territorio de Misiones), cuyo laudo arbitral, dado a conocer en 1895, bajo la responsabilidad de Grover Cleveland,

presidente de los Estados Unidos, sujeto a negociaciones desde el período del imperio, favoreció a Brasil. En 1903 firmó con Bolivia el Tratado de Petrópolis, sobre el territorio en disputa de Acre, que pasó a ser un estado más de Brasil. Orientó a los cuatro gobiernos republicanos bajo los cuales fungió como ministro de Relaciones Exteriores hacia una política de coincidencia estratégica con Estados Unidos, convirtiéndose en abanderado del panamericanismo bajo hegemonía norteamericana. Sus éxitos en negociaciones territoriales se atribuyen a sus profundos conocimientos de la historia y la geografía de su país. Hoy se le considera paradigma de la diplomacia republicana brasileña. Fue presidente del Instituto Histórico y Geográfico de Brasil. Escribió obras de historia diplomática y militar.

⁴⁵ Pedro II, (1825-1891). Emperador de Brasil (1832-1889), a quien Martí llamó "el magnánimo", ascendió al trono a los cinco años, después que su padre abdicara. En 1843 contrajo nupcias con Teresa Cristina, hija del Rey Francisco I de las Dos Sicilias. Se interesó más por la promoción de las ciencias y las artes que por gobernar a Brasil. En 1850 prohibió la trata, en 1871 proclamó la Ley de Vientres Libres y en 1888 declaró abolida la esclavitud. Su más relevante acción internacional fue la participación de Brasil en la infame Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, con la que engrosó los ya extensos territorios de Brasil. En 1889 el ejército bajo el Mariscal Manuel Deodoro de Fonseca y sus aliados republicanos lo derrocaron y obligaron al exilio en Europa. Falleció en París.

⁴⁶ Hélio Jaguaribe: "Presente e futuro das Relacoes Brasil-Estados Unidos", *Estados Unidos en la transición democrática*, San Pablo, Editora Paz e Terra, 1985.

⁴⁷ José Martí, "Carta a Roque Sáenz Peña, Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina", Nueva York, 10 de abril de 1890, *op. cit.*, t. 7, pp. 397-398. El destaque es del autor.

⁴⁸ José Martí, "Carta a Gonzalo de Quesada", Nueva York, noviembre 12 de 1889, *op. cit.*, t. 6, p. 121.

⁴⁹ Porfirio Díaz (1830-1915). Militar y político mexicano, presidente de la república (1876, 1877-1880-1911) no conocía personalmente a Martí, pero sí había leído sus valiosas informaciones y valoraciones sobre el peligro de una agresión norteamericana a México en 1886 —que importantes intereses políticos norteamericanos intentaban justificar con el "caso Cutting"— y, también, probablemente, las referencias y caracterizaciones de Manuel Mercado, y de Pablo Macedo, otro mexicano, amigo cercano, que se relacionó con José Martí en Nueva York, y quien lo conocía desde el período entre 1875 y 1877. A diferencia de Mercado, Pablo Macedo, quien viajaba frecuentemente a Nueva York, pudo aconsejar directamente a Martí en sus iniciativas y proyectos más caros e influyó, quizá decisivamente, para que le fuera concedido, en el peor momento de su vida en Nueva York, una corresponsalía del diario mexicano *El Partido Liberal*, capaz de aliviar su menesterosa existencia y continuar ayudando a su familia en Cuba. Macedo tenía que ser de la mayor confianza e intimidad del presidente Porfirio Díaz, dadas sus importantes responsabilidades en el gobierno. Sus frecuentes viajes a Nueva York tenían que ver con su presidencia del consorcio *La Bolea de Baja California*, donde llegó a controlar más de tres millones, seiscientos mil hectáreas de tierras, extenso territorio en el que se encontraban y explotaban las minas de cobre de esa región, además de las negociaciones derivadas de su asesoría del Banco Nacional de México y otros bancos estatales. Es lamentable que no haya aparecido alguna de las tantas cartas que Martí le enviara por conducto de Manuel Mercado. Casi ineludiblemente Macedo debió hablarle a Porfirio Díaz de la vida Martí en la urbe neoyorquina, sobre todo después que éste demostrara su profunda capacidad analítica en el caso *Cutting*, sobre cuyas posibles consecuencias aconsejó con criterio certero al gobierno mexicano, y su creciente autoridad política en la emigración cubana para la organización de una revolución en Cuba, tal vez, después de los Estados Unidos, el flanco más importante de México, por su íntima relación con la perpetua amenaza de expansión norteamericana hacia el sur.

honda

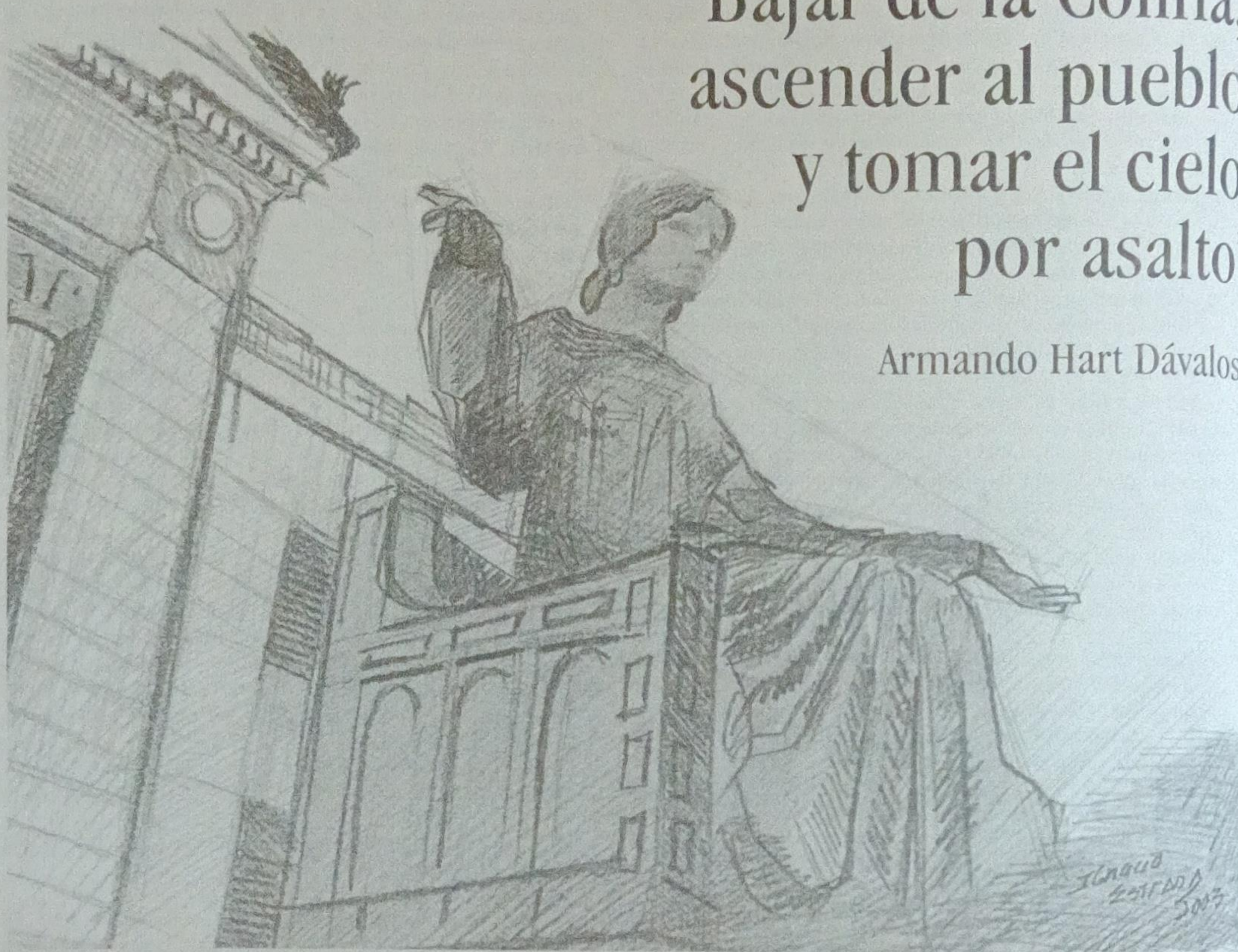
- ¹³ No es un mero recurso retórico de Martí el hecho de que, en la carta de 23 de julio de 1894, en que solicita su entrevista a Porfirio Díaz, le refrescara la memoria al ejecutivo mexicano en el sentido que no era un cubano cualquiera quien solicitaba la reunión, sino un "un cubano prudente [...] que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México". Es igualmente interesante la manera de argumentar en esa misiva (*Epistolario*, t. IV, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. 228), en consonancia con el concepto del equilibrio en las relaciones internacionales, al decirle a Díaz, en frase que debió emocionar al presidente mexicano, que no venía a dirigirse "al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy", sino "al hombre cauto y de fuerte corazón que padeció por la libertad del continente, que la mantiene hoy con la dignidad y unidad que da a su pueblo, y que no puede desoír, ni ver como extraños, a los que a las puertas de su patria, en *el crucero futuro y cercano del mundo* [frase cargada de contenido geopolítico que avizora el canal interoceánico], y frente a una nación ajena y necesitada, van a batallar por el decoro y bienestar de sus compatriotas, y el equilibrio y seguridad de nuestra América".
- ¹⁴ Ramón Prida Santacecilia, cit. por Alfonso Herrera Franyutti: *Martí en México*, México, DF, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 329.
- ¹⁵ Otto Eduard von Bismarck-Schönhausen (1815-1898). Político prusiano, creador y primer canciller del Segundo Imperio Alemán (1871-1890). Su principal realización fue la unificación de los estados alemanes, lo que logró, según previera, no con resoluciones parlamentarias o negociaciones, sino a base de "sangre y hierro", afirmación que le ganara el sobrenombre de "El Canciller de Hierro". En 1864 anexó las provincias de Schleswig y Holstein, entonces bajo control de Dinamarca. En 1866 derrotó a Austria y se anexó a Hannover. En 1870 declaró la guerra a Francia y la derrotó, privándola de Alsace-Lorraine. En 1871 declaró el Segundo Imperio Alemán, con Guillermo como rey y él, Bismarck, como primer ministro. Fue cauto y astuto en política exterior y en política interna estableció el seguro social, médico y de accidente de trabajo, además de programas para la jubilación.
- ¹⁶ El autor se refiere a las *Obras completas. Edición crítica*, actualmente en proceso de edición por parte del Centro de Estudios Martianos (nota de la ed.).
- ¹⁷ José Martí: "Cartas de Martí, *La Nación*", Nueva York, marzo 3 de 1884, en: *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 21, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1998, p. 8.
- ¹⁸ Eduard Lasker (1829-1884). Político alemán de descendencia judía, educado en las universidades de Breslau y Berlín. En 1865 fue elegido a la Cámara Baja de Prusia. Era activo en el partido de los "progresistas", y en 1866 participó en la fundación del Partido Nacional Liberal, del que eventualmente renunció en oposición a la política económica de Bismarck, de quien se convirtió en principal adversario político. No obstante, contribuyó a la consolidación civil del Segundo Imperio Alemán. Su muerte durante una visita a Nueva York fue objeto de un grave incidente diplomático entre Alemania y los Estados Unidos, reseñado por José Martí en una de sus crónicas para *La Nación* de Buenos Aires, a la que aludimos en el cuerpo principal de este trabajo.
- ¹⁹ George Franklin Edmunds (1829-1919). Abogado y político estadounidense. Admitido a la profesión en 1849. Fue miembro de ambas cámaras legislativas del estado de Vermont, entre 1854 y 1862. Ocupó una vacante en el senado de Estados Unidos, en 1866, donde se desempeñó hasta 1891. Fue coautor de la Ley Sherman anti trusts. Aspiró sin éxito, por el Partido Republicano, en 1880 y 1884, a la nominación a la presidencia de Estados Unidos.
- ²⁰ José Martí: *La Nación*, Nueva York, 13 de junio de 1889, *Obras completas*, t. 12, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 384.
- ²¹ José Martí: *La Nación*, Nueva York, 5 de marzo de 1889, *op. cit.*, t. 12, p. 176.
- ²² José Martí: *La Nación*, Buenos Aires, *op. cit.*, t. 12, p. 239.
- ²³ Martin Franzbach: "La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes", separata de *Iberoamericana*, Frankfurt, 22 enero de 1998, p. 24. Franzbach ha realizado un estudio acucioso de la política alemana hacia Cuba durante la Guerra de Independencia, sus antecedentes históricos y, posteriormente, de la guerra imperialista de los Estados Unidos contra España, cuyas valiosas informaciones reconocemos en este trabajo.
- ²⁴ La expansión imperial de los Estados Unidos en el Pacífico había comenzado bien temprano: en 1819, con la colonización de Hawái por 11 grupos de misioneros protestantes, consagrados a convertir a los indígenas al cristianismo. Aunque fueron recibidos pacíficamente, pronto la población local comprendió la naturaleza de su creciente presencia. Nobleza y súbditos hawaianos iniciaron una prolongada oposición. La anexión fue contemplada por varios gobiernos estadounidenses y con seriedad planteada durante la administración de Grover Cleveland, quien se negó a llevarla a vías de hecho, hasta que el presidente McKinley, prácticamente al final de la Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana, anexó el archipiélago a los Estados Unidos.
- ²⁵ José Martí: "La independencia de Cuba y la prensa de los Estados Unidos", *Patria*, Nueva York, 27 de agosto de 1892, *op. cit.*, t. 2, p. 141.
- ²⁶ En 1899, Gustav Bock proyectaba comprar tierras en Isla de Pinos, a lo que los norteamericanos se negaron firmemente, en tanto ellos se distribuían, a precios simbólicos, las mejores tierras del país para dedicarlas a la producción azucarera. Y, finalmente, se negarían a abandonar la Isla de Pinos.
- ²⁷ Martin Franzbach, *op. cit.*
- ²⁸ José Martí: "Fragmentos", *op. cit.*, t. 22, p. 116.
- ²⁹ José Martí: "Sección Constante", *La Opinión Nacional*, *op. cit.*, t. 23, p. 111.
- ³⁰ José Martí: "La Revolución", *Patria*, Nueva York, 16 de marzo de 1894, *op. cit.*, t. 3, p. 79.
- ³¹ José Martí: "Carta al agente consular del gobierno británico", Guantánamo, abril 27 de 1895, *op. cit.*, t. 4, p. 138. El destaque es del autor.
- ³² Martin Franzbach, *op. cit.*, p. 26. El investigador alemán aclara que Schumann era a la vez cónsul alemán y austriaco y sus informes minuciosos sobre el curso de la guerra se enviaban a Berlín y a Viena. Las dos potencias constituían el núcleo más sólido de la alianza cuatripartita, que, en 1887, incluía también al Reino Unido e Italia.
- ³³ José Martí: "Carta al cónsul alemán en Santiago de Cuba", *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 22, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1999, p. 7.
- ³⁴ José Martí: "Carta al *New York Herald*", Guantánamo, 2 de mayo 1895, *Obras completas*, t. 4, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 151.
- ³⁵ Archivo del Estado de Hamburgo, Asuntos Exteriores, PII-2/96, cit. por Martín Franzbach, *op. cit.*
- ³⁶ *Ibidem*.
- ³⁷ Ese tratado se mantuvo vigente hasta el 18 de setiembre de 1973. Su longevidad evidencia su efectividad, hasta que, a causa de la política británica de alineamiento con Estados Unidos en el bloqueo a Cuba, su gobierno decidió suspenderlo. Para un estudio más detallado del proceso de negociación de este tratado y la historia de la persistencia británica por obtener su parte del mercado cubano, puede consultarse del propio autor: *El Grupo Rockefeller actúa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.
- ³⁸ Un estudio cabal de la Guerra de Independencia requiere, imprescindiblemente, la consulta del ensayo de Ramón de Armas: *La Revolución pospuesta*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

revisión por la revista

Julio Antonio Mella

Bajar de la Colina,
ascender al pueblo
y tomar el cielo
por asalto'

Armando Hart Dávalos



Las ciencias naturales han creado símbolos para adentrarse en el conocimiento de una realidad que abarca tanto los espacios infinitos del Universo como el hasta ahora inagotable micromundo. Sin ellos no se hubieran alcanzado las cumbres del saber que el hombre ha conquistado.

Las de carácter social necesitan, también, sus propios símbolos. Ellos están presentes en los grandes procesos sociales, económicos, culturales y políticos, y sus actores: los pueblos y los hombres que los representan y promueven. Nos permiten encontrar y extraer conclusiones acerca del "hilo invisible [que, según Martí] une a los hombres en la historia" y que recorre la larga evolución social. Así se puede comprender la trama que viene del pasado y tratar de

visualizar un futuro que solo se logra con las acciones de millones de personas.

Quiso el azar que dos símbolos claves de la historia de Cuba emergieran en la misma fecha con diferencia de ocho años: el *Manifiesto de Montecristi*, suscrito por José Martí y Máximo Gómez, el 25 de marzo de 1895, y el nacimiento de Julio Antonio Mella, en igual día, pero de 1903. Conmemoramos, por tanto, 108 años del célebre documento mediante el cual se exponían para Cuba y el mundo los objetivos de la última guerra de liberación contra el colonialismo español en América, la que sirvió de antecedente inmediato a las luchas antimperialistas del siglo xx. Asimismo, rendimos sentido homenaje, en el centenario de su natalicio, a Julio Antonio

Armando Hart Dávalos

Mella, quien se convirtió en el más trascendental actor y pensador cubano de la primera mitad de la vigésima centuria, y lo fue porque, sobre el fundamento de la cultura del Maestro, supo articular la tradición revolucionaria del siglo *xx* con el pensamiento socialista europeo de Marx, Engels y Lenin. En esa articulación se halla la raíz del Moncada en 1953, y de la revolución triunfante el 1º de enero de 1959, la cual, el 16 de abril de 1961, proclamó su carácter socialista. Julio Antonio Mella es la expresión más concreta e inmediata de la continuidad histórica de la revolución de Martí en el siglo *xx*, que luego se proyectaría hasta nuestros días. He ahí su valor imperecedero.

La generación del centenario, en los años cincuenta, recogió como herencia ese ensamble original del ideario patriótico, la tradición antimperialista de Martí y lo más depurado del ideal socialista. Quien no entienda esto no logrará nunca comprender la historia de Cuba y de nuestra Revolución.

Para cualquier joven cubano de mediados del pasado siglo que asumiera el ideal de justicia al modo que lo caracterizó José de la Luz y Caballero —es decir, como el “sol del mundo moral”—, que poseyera una cosmovisión universal recibida de Martí y se interesara por conocer el pensamiento más radical de la modernidad europea —el socialismo— no habría otra fuente nacional para mover sus ansias de liberación que la inspirada en la tradición bolchevique representada por Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena y la radicalmente antimperialista de Antonio Guiteras Holmes. Ellos fueron maestros fundamentales de la generación del centenario.

En Cuba no existía otra referencia política de carácter histórico para entender el socialismo. Aquí no tuvimos, con fuerza, una concepción social democrática como, por ejemplo, la representada en Chile por Salvador Allende y en el Caribe por Manley y Bishop. Tampoco teníamos, por suerte, una corriente anarquista que hubiera podido obstaculizar la marcha del ideal socialista en la conciencia de los mejores cubanos. En Cuba, el socialismo fue heredero de lo que representaba Mella, fundador de la Federación Estudiantil Universitaria, de la Universidad Popular “José Martí”, la Liga Antimperialista y el Partido Comunista de Cuba.

Ya en 1924, con poco más de veinte años, nos presenta una visión lúcida y autóctona del socialismo en Cuba como la expresada en estos párrafos de su artículo dedicado a Lenin en ocasión de su fallecimiento:

En su tiempo y en su medio, fue un avanzado, y un super-hombre que supo con el poder de su genio dar impulso poderoso a la transformación de una civilización.

No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de la liberación.

Ahí estaba el centro de la idea socialista de América. También lo dijo Mariátegui cuando habló de la necesidad de que “el socialismo en América no podía ser calco y copia, sino creación heroica”.

Conmueve repasar las palabras de Mella referidas al Apóstol en las glosas a su pensamiento, publicadas en 1927:

[...] estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario.

Una de las claves necesarias al objetivo de promover el pensamiento socialista para el siglo que comienza está, precisamente, en estudiar ese *misterio*.

A modo de homenaje al centenario del fundador del socialismo en Cuba estamos en el deber de descubrir el fundamento de ese misterio. No voy a señalar cuáles son, a nuestro juicio, algunos caminos que nos pueden conducir a esclarecerlo; sólo apunto que en el siglo comprendido entre 1815 y 1914, los principales acontecimientos y las fundamentales corrientes de la civilización occidental en el orden económico, político y social tuvieron en Cuba una repercusión original, sobre la cual es indispensable reflexionar.

La composición social descrita por Fidel en *La historia me absolverá*, en su definición de pueblo, es un elemento clave para entender el misterio. La misma estuvo presente —con diversas variantes según el momento histórico— en nuestra evolución durante el nacimiento y desarrollo de la nación hasta el triunfo de la Revolución. Ella expresaba nuestra condición de pueblo explotado tanto en lo social como en lo internacional. En aquel texto nuestro Comandante en Jefe no menciona a la burguesía nacional —pienso porque nunca llegó a cuajar como clase social portadora de un ideal patriótico. La torpeza y la maldad del colonialismo español en el siglo *xx* y las del imperialismo yanqui después, impidieron que en Cuba se generara un capitalismo con fundamentos históricos nacionales.

Cualquier formulación sobre la historia de Cuba que ignore este hecho no resultará eficaz. En cambio, si se asumen estas conclusiones, podrán revelarse claves del pensamiento filosófico, político y social cubano y de sus consecuencias universales.

Para encontrar todas las conclusiones acerca de las ideas de Martí, tal como se expresaron en Mella, debemos partir del significado que encierra la conocida idea del Maestro “Ser culto es el único modo de ser libre”.

Se ha convertido en una apremiante necesidad definir qué es la cultura, porque es tal la fragmentación y dispersión creada por la larga evolución intelectual de la civilización occidental sobre la expresión *cultura*, que, para descubrir su verdadera naturaleza, es indispensable ir a la génesis antropológica, al análisis de su evolución histórica, y exaltar el concepto que la define como una segunda naturaleza: la creada por el hombre.

Las más importantes investigaciones de las disciplinas psicológicas, de la antropología y las ciencias del hombre, han subrayado que el valor primigenio esencial de la cultura es la justicia. Esta verdad se puede comprobar con el rigor del método científico más elevado que la civilización moderna ha exaltado a primer plano. La historia del mundo viene a confirmar, también, que allí donde avanzó la cultura, progresó la justicia y, a la inversa, donde retrocedió aquélla se limitó la cultura.

De manera sintética —porque no hay tiempo ni es ocasión para este análisis, el cual, desde luego, estamos en el deber de reali-

Yemi Honda a la de Martí

zar—, apunto los siguientes elementos de los que pueden extraerse conclusiones filosóficas y políticas de enorme interés inmediato:

1. La importancia del factor subjetivo en la historia, el cual es decisivo para determinar su rumbo. Resulta muy esclarecedor el pensamiento de Marx y el de Engels sobre la relación de causa y efecto entre las condiciones económicas, en última instancia prevalecientes, y lo que se ha llamado valores de la superestructura. Estúdiese también la significación filosófica de lo subjetivo en los primeros párrafos de la *Crítica a Feuerbach* y al materialismo anterior, y se comprenderá que es, precisamente, la negación de lo subjetivo lo que se combate.
2. De las conclusiones que al respecto se lleguen no está excluida la economía política. Esclarecer el peso de la cultura y, por tanto, lo subjetivo en la economía resulta decisivo para entender las ideas cubanas. Es, además, un mandato moral que nos viene del Che y de sus ideas económicas.
3. La importancia de la educación y la cultura política en la edificación de una sociedad fundamentada en la justicia y la solidaridad humana. Las implicaciones prácticas de lo que estamos diciendo se relacionan con el gran aporte que el pensamiento de Martí —actualizado y enriquecido por Fidel— le ha hecho a lo que hemos llamado la cultura de hacer política. Consiste en saber diferenciar y relacionar lo que se llamó ideología con la política práctica. Sin esa diferenciación, y, a la vez, sin los vínculos que ambas tienen, no hay posibilidad de entender a Martí. Esto viene dado en una definición clave: “La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reveses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada”.

Hoy en día es mucho más actual esta necesidad y se concreta en el objetivo de superar, definitivamente, el *divide y vencerás* de la tradición política conservadora y sustituirlo por *unir para vencer*, como una política que rebase toda la vieja concepción maquiavélica.

Hagamos, ahora, una referencia a la historia concreta del gigante cuyo centenario estamos recordando. Desde la adolescencia mostró un gran interés por acontecimientos internacionales como la Primera Guerra Mundial, la Revolución de Octubre, la Revolución Mexicana, entre los más significativos, y ellos marcaron su despertar a la vida política. Viajó a México a la edad de diecisiete años con la aspiración de iniciar estudios militares, porque era un apasionado de las ciencias militares y, aunque ello no fue posible, permaneció en ese hermano país coincidentemente con el inicio de un movimiento rebelde que depuso, finalmente, al presidente Carranza. Tuvo ocasión de conocer, de primera mano, la posición injerencista y agresiva de Estados Unidos hacia México durante esos acontecimientos y reaccionó indignado ante los atropellos de lo que él denominó “águila enemiga”. Se ha estudiado y hay que continuar ampliando, lo que México significó en esos años tempranos de nuestro héroe. En ese viaje recorrió, también, las regiones fronterizas entre Estados Unidos y la nación azteca, y durante su paso

por ese país se fortalecieron sus sentimientos antimperialistas. Se consideró —y así lo expresó en una de sus crónicas— en tierra bárbara, oyendo una lengua bárbara y viviendo costumbres bárbaras. Todo esto formaba parte del corazón de Mella. Hay que adentrarse en la tradición que él representó desde muy temprana edad. Hablaba de crear una internacional americana capaz de aunar todas las fuerzas antimperialistas y revolucionarias del continente para formar un frente único y poder contrarrestar la influencia del enemigo, para lo cual tenía conciencia que era necesario crear, urgentemente, la célula inicial que iría creciendo.

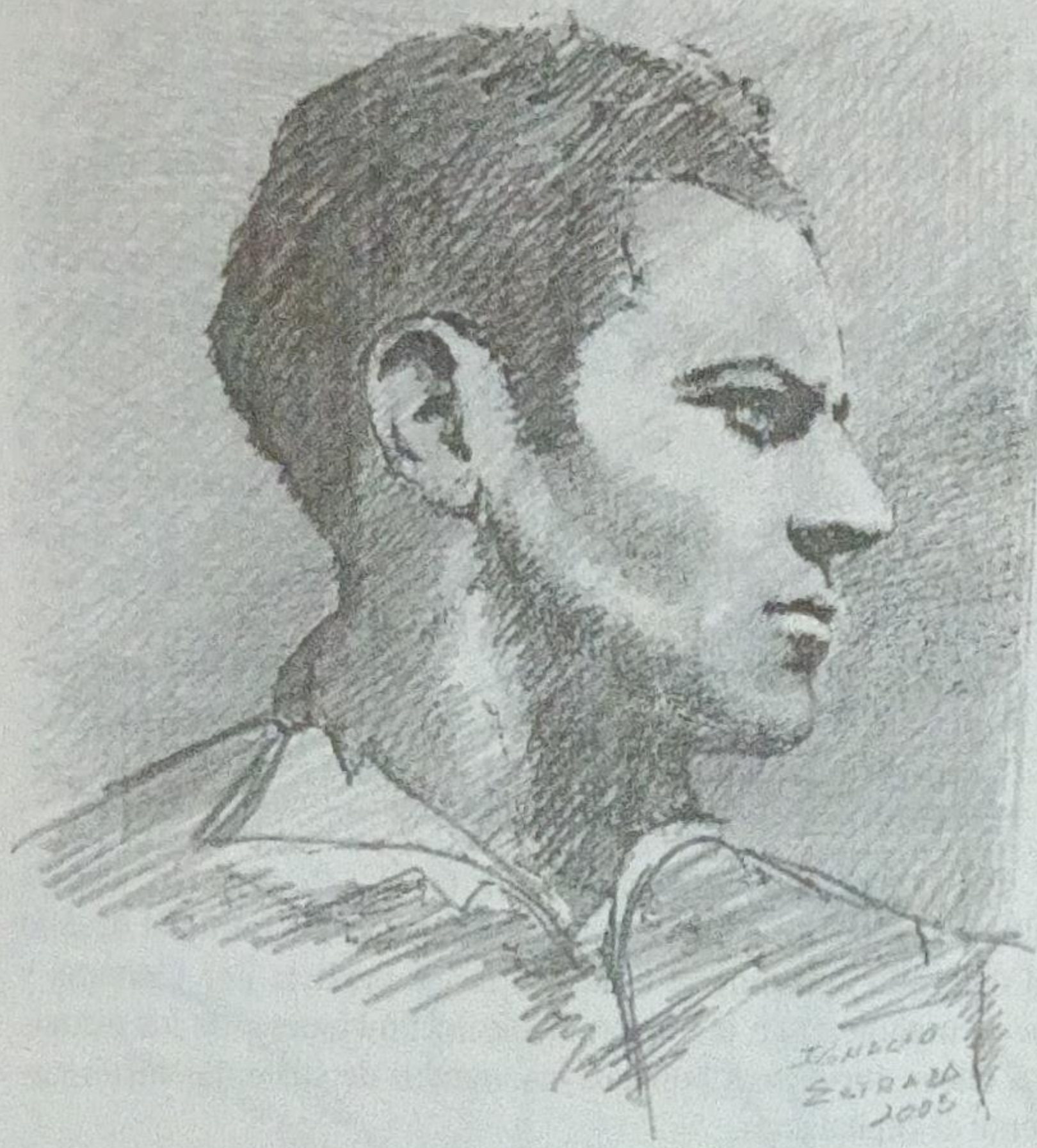
Llamaba, asimismo, a este combate al pueblo estadounidense. Decía, dirigiéndose a los obreros de ese país:

Que tu muerte alevosa por manos de agentes de las compañías imperialistas —agentes que pueden ser lo mismo soldados nacionales que guardias jurados de las compañías— despierte la nación de Lincoln, que ella comprenda que la oligarquía financiera que domina al mundo desde Wall Street es la mayor enemiga del pueblo de los Estados Unidos.

En la formación martiana de Mella estuvo presente, en primer lugar, la influencia de su padre Nicanor Mella, y su recuerdo estuvo siempre ligado a su abuelo, el héroe nacional dominicano, Ramón Matías Mella, uno de los tres grandes próceres de la patria dominicana. De igual modo, influyeron en él Emilio Roig de Leuchsenring, quien ya había iniciado la publicación de sus escritos antimperialistas, y Carlos Baliño, marxista quien con Martí, organizó, en el Cayo Hueso de 1892, el Partido Revolucionario Cubano, y fue capaz de transmitirle, de manera directa, el mensaje del Maestro. El propio Mella cita las palabras del Apóstol dichas a Baliño en el sentido de que revolución no era la que iban a hacer en la manigua, sino la que iban a realizar en la república. De su madre, Cecilia Mac Partland, de origen irlandés, recibió culturalmente el idioma inglés que pudo hablar correctamente desde muy pequeño. Ella fue, según el juicio de Adys Cupull y Froilán González, “una mujer de temperamento fuerte, sensibilidad politizada y maternalmente amorosa”.

Ese análisis requiere, desde luego, tomar muy en cuenta las singularidades de nuestro proceso histórico y, de manera especial, la relación entre el movimiento universitario, las masas trabajadoras y el pueblo en general.

Este joven, asesinado sin cumplir todavía los veintiséis años y convertido en intelectual radicalmente revolucionario, poseedor de una sabiduría y de un talento sobresaliente como expositor de ideas, fue, también, experimentado pedagogo. Se convirtió en el iniciador y animador de la Universidad Popular “José Martí”, desde donde impartió clases extendiendo sus actividades a varios sindicatos. Había, en su lenguaje, claridad expresiva y profundidad en el análisis, fundamentadas en un altísimo saber político y social, y en una cultura —como hemos dicho— volcada hacia la acción. Martí proclamó que “Hacer es la mejor manera de decir” y, siguiendo esa línea martiana de pensamiento, Mella consideró “todo el tiempo corto para hacer”. En su mensaje a los jóvenes del Directorio Estudiantil Universitario en 1927, afirmó: “El estudiante es algo más que un universitario; es un ciudadano y un miembro de la sociedad. Es nulo lo que se aprende en los libros si no se realiza en los hechos”.



Cuando se le acusó de ejercer una dictadura en la organización estudiantil universitaria, decidió presentar la renuncia para evitar que las maniobras que se llevaban a cabo en su contra repercutieran negativamente contra aquellos compañeros suyos que también defendían las banderas de la reforma universitaria. Entre los méritos del movimiento comunista promovido por Mella a partir de 1925, está el hecho de que siempre se mantuvo la unidad del movimiento sindical y de que fueron los comunistas quienes dirigieron los sindicatos cubanos desde la constitución de la CTC —bajo la dirección de Lázaro Peña (1939) hasta el triunfo de la Revolución, y desde luego, para siempre.

Otro mérito especial transmitido por Mella a las generaciones marxistas del futuro, fue que nunca se divorció la tradición cultural cubana, dados sus fundamentos martianos del ideal socialista. En nuestro país, el socialismo siempre se entendió articulado a la historia cubana del siglo *XX* y, en particular, a Martí. No ocurrió así en otros países donde la ruptura entre la aspiración socialista y la tradición cultural anterior constituyeron el error de fondo de las izquierdas del siglo *XX*.

En Martí y en la tradición cubana están las raíces de las ideas socialistas y métodos políticos de Mella. Se nutrió, a la vez, del pensamiento bolivariano y latinoamericano en general, de las enseñanzas de la Revolución Mexicana; de sus vivencias en Estados Unidos y de la inmensa cultura que lo llevó a Carlos Marx. Es preciso estudiar con más profundidad los vínculos entre el pensamiento de Martí y la cultura de Marx. Algunos intentos se han hecho, pero falta mucho por describir e investigar en ese sentido. Quiero subrayar sintéticamente algo: las preocupaciones del Apóstol acerca de las ideas socialistas, tal como se manifestaban en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo *XX*, se corresponden con críticas que Engels hacía, entonces, a los marxistas norteamericanos, que,

además, después la historia confirmó. Los peligros de la idea socialista, como tantas otras —dijo Martí—, se referían a acciones provenientes de la incultura, de la maldad humana, por parte de los oportunistas que, en pos de alcanzar nombradía, se alzan en nombre de los desposeídos para después traicionarlos o desvirtuarlos. Respecto a esto el Apóstol fue profético. En hora como esta, hay que decir que es preciso estudiar con profundidad las ideas martianas a la luz del pensamiento original de Marx y Engels.

Los jóvenes cubanos, decididos a hacer transformaciones radicales, sin excepción, teníamos a Julio Antonio Mella como una figura fundamental de nuestra historia universitaria.

Cuando tuve el doloroso privilegio de pronunciar el panegírico de Raúl Roa, expresé que el Canciller de la Dignidad, a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, era muy admirado por una generación universitaria, que aspiraba a bajar de la Colina, ascender al pueblo y tomar el cielo por asalto. Esta era la propuesta de Mella y la única posible para enfrentar una tarea como la nuestra. Por eso, Fidel dijo que esta es una revolución de obreros, campesinos y estudiantes. Ahí está la clave maestra de lo que representa. En Mella se halla una de las líneas sustantivas de la cultura nacional, su toma de partido por los pobres y su vocación de no quedarse en el discurso y volcarse, en cambio, hacia la acción. Marx y Engels afirmaron que la filosofía hasta ellos se había encargado de describir el mundo y de lo que se trataba era de transformarlo. En Julio Antonio Mella, Martí, desde luego, Varela y otros muchos próceres y pensadores cubanos, se halla presente esa cultura volcada hacia la acción.

A fines de 1925, Mella protagoniza, desde la cárcel, una huelga de hambre que conmovió al país y obligó, finalmente, al tirano Gerardo Machado a permitirle salir bajo fianza. La misma fue realizada con la oposición de sus compañeros de la dirección del Partido Comunista, quienes, posteriormente, lo separaron por dichas razones de la organización. Tenían el argumento de que la Internacional Comunista prohibía esa forma de lucha; no pudieron comprender que Julio Antonio Mella estaba dando un ejemplo de enorme significado político y social. Muchas veces ocurre que los grandes hombres en la historia no son entendidos; parte de sus contemporáneos no llegan a valorar la dimensión excepcional de estos gigantes.

Es admirable la actitud mantenida por Mella con posterioridad, despojada de todo resentimiento, que le lleva a pedir, tan pronto logra escapar de Cuba y llegar a México, el ingreso en el partido comunista de ese país, de cuyo comité central llegó a ser miembro. Por cierto, la Internacional Comunista orientó anular aquella equivocada decisión.

Y Mella tenía vocación para el estudio de las ciencias militares —como habíamos mencionado— y aspiraba, incluso, a ingresar en las fuerzas armadas de México, lo que no pudo hacer porque era necesario ser nacido en el país. Pero, además, era capaz de valorar obras artísticas de forma que llegaba a impresionar a los grandes críticos del tema. Y este hombre de acción política y social, estudioso de la historia y de la literatura; sensible a las relaciones humanas, buscaba la unidad entre los estudiantes, los trabajadores y el pueblo en general. Esta es la clave de la cultura cubana que Mella representó en un grado superior. Por eso, lo recordamos y lo tendremos siempre presente. Él encarnó, en su época, la necesidad más importante del socialismo de ayer, de hoy y de mañana: vincular la cultura con la actuación política y social.

Julio Antonio Mella

La más importante lección de Mella está, pues, en que, partiendo de la tradición anterior, la enriqueció y la orientó hacia el ejercicio político y social. Este es el deber que tienen los estudiantes, los intelectuales y su responsabilidad con todo el pueblo. Desde luego, el escenario de Mella comenzó siendo la Universidad de La Habana, una institución situada en la vanguardia de nuestros procesos históricos.

Cuando el 10 de enero de 1929 resultaba mortalmente herido en Ciudad México, a manos de agentes enviados desde Cuba por el dictador Machado, Mella alcanzó a decir a la luchadora antifascista Tina Modotti, quien lo acompañaba: "Muerdo por la Revolución". Pocas horas después, en la madrugada del 11, fallecía este combatiente excepcional por la liberación nacional y social de nuestra patria, de América y del mundo. Su muerte tuvo honda repercusión no solo en Cuba, sino en México y en otros países de América Latina. Martí en el poemario *Ismaelillo*, dedicado a su hijo, proclamó su convicción en la utilidad de la virtud, en la vida futura y en el mejoramiento humano. Desde esa visión, Julio Antonio Mella afirmó que todo tiempo futuro tiene que ser mejor, como una premonición de los tiempos que abriría para Cuba la revolución de Fidel.

Julio Antonio Mella asumió las ideas socialistas en los tiempos en que todavía no habían tomado cuerpo las serias desviaciones que, más adelante, acabaron desvirtuando el pensamiento de Lenin y los fundamentos de la gloriosa Revolución de Octubre. Fue un comunista radical y consecuente, a partir de las fuentes martianas, de la revolución latinoamericana ant imperialista y de su vocación universal.

Hoy, con los amplios planes culturales y educacionales, la Universidad para Todos y la extensión de la enseñanza universitaria hasta el último rincón del país, Cuba puede alcanzar, siguiendo la tradición de Mella, la noble aspiración de convertir a nuestro país en *universidad del continente*, sueño de basamento martiano.

Varela, Heredia, Luz y Caballero, Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo, Martí, Mella constituyen eslabones principales de una pléyade de próceres, pensadores y actores revolucionarios, cuyas ideas condujeron al Moncada, la Sierra, el llano, el triunfo de la revolución cubana el 1° de enero de 1959, Girón y la proclamación de su carácter socialista: ahí está la simiente histórica de nuestra lucha victoriosa de 45 años en defensa de nuestra independencia y del socialismo. Ella se expresa hoy en el ejemplo de heroísmo insuperable de Ramón, Gerardo, René, Antonio y Fernando.

Es sobre estas raíces que Cuba asume sus responsabilidades en un mundo donde —como decíamos al principio— se observa, aunque sea germinalmente, el proceso de decadencia del imperio yanqui.

Si Lenin describió al imperialismo como la fase superior del capitalismo, las oligarquías estadounidenses han retrocedido a la condición del imperio al modo antiguo, es decir, lo que hoy llaman capitalismo salvaje. La utilización irracional del enorme poderío militar y tecnológico muestra que carecen de medios económicos, políticos y, sobre todo, culturales para sus ambiciosos planes de hegemonía.

La reacción brutal, ajena al más elemental sentido común, con la cual se presentan, no es muestra de poderío, sino todo lo contrario. En el ejercicio arbitrario de ese poder están demostrando su

incapacidad de gobernar al mundo que es, por demás, como ha dicho Fidel Castro, ingobernable. Nadie puede predecir todas las consecuencias de la bestialidad que están cometiendo, pero en el plano político y moral, que es siempre el más trascendente, ya tienen perdida la guerra y marchan por un camino de acentuado retroceso histórico.

Se está cumpliendo el vaticinio de Salvador Cisneros Betancourt. Hace un siglo, el ilustre patricio cubano, quien fuera presidente de la República en Armas y miembro de la Asamblea Constituyente, expresó:

[...] su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aun como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e independencia absoluta [...] Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo xx concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las naciones de primer orden.

Ese es el momento histórico que nos ha tocado vivir. Con la cultura de Martí y de Mella, los cubanos hacemos frente al desafío del deterioro del imperio estadounidense previsto por Cisneros y que se manifiesta en la quiebra de las instituciones y de los principios éticos, jurídicos y políticos encargados de sustentar históricamente el capitalismo.

Cuando un sistema social, por maldad y estupidez —que andan siempre mezcladas en los grandes dramas históricos—, ha perdido toda capacidad para engañar, es que está planteada como exigencia práctica la necesidad de cambios. Por esto, le decimos al "señor W.": ¡Cuidado, que Dios ciega a quien quiere perder!

Desde luego, las dificultades y tragedias y peligros de toda gran transformación son enormes, y lo serán en este caso. Sin embargo, como ha dicho Fidel, las grandes crisis pueden favorecer las grandes soluciones. Recordemos otra vieja sentencia: "nunca es más oscura la noche que cuando va a amanecer".

Concluimos nuestras palabras con aquel pensamiento de Julio Antonio Mella, puente entre Martí y el siglo xx, que inspira nuestra confianza en el porvenir: "Todo tiempo futuro tiene que ser mejor".

¹ Palabras pronunciadas en el encuentro-homenaje "Dos siglos de pensamiento de liberación (de Félix Varela a *La historia me absolverá*)" en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 24 de marzo del 2003.

Martí y Mella: La continuidad histórica

JOSÉ CANTÓN NAVARRO

ACONTECIMIENTOS



Este año es pródigo en conmemoraciones históricas, y todas ellas se vinculan, en mayor o menor medida, a la figura de José Martí. Eso ocurre, particularmente, con los cien años del nacimiento de Julio Antonio Mella, aniversario que coincide con el sesquicentenario de nuestro Héroe Nacional. Aprovechamos esa coincidencia para analizar, brevemente, la influencia decisiva del Maestro en el joven líder estudiantil y comunista de los años veinte, la comunidad esencial de pensamiento y de conducta entre ambos genios revolucionarios.

Durante los primeros lustros de la república neocolonial cubana, la gran mayoría de la población solo veía en el Apóstol su legado de patriotismo y sacrificio ilimitado, sin percatarse cabalmente de la trascendencia y el radicalismo de su ideario.

Apenas dos sectores de cubanos se hallaban conscientes de esas proyecciones: de un lado, los patriotas que, habiendo vivido y luchado con él en la emigración, lograron sobrevivir a la guerra y regresar a Cuba; y del otro, los enemigos de la causa independentista, quienes sintieron, directamente, el látigo de las acusaciones y razonamientos martianos, y resultaron derrotados en sus intentos de impedir la guerra liberadora y desacreditar la idea de la independencia.

Ya en la república, estos enemigos, muchos de ellos procedentes del ala más reaccionaria del autonomismo, trataban por todos los medios de ocultar al pueblo el pensamiento radical de Martí, y envolvían su figura en un halo místico, romántico, irreal. Tanta era la autoridad y el prestigio del Maestro, que solo por

REVISTA DE LA SOCIEDAD CULTURAL JOSÉ MARTÍ

35

Agustín Horta

excepción mostraban abiertamente la enemistad que por él sentían. Entre esas excepciones se hallaban, por ejemplo, Eliseo Giberga y José Ignacio Rodríguez, que trataron de ofrecer una imagen distorsionada de Martí. Pero, como dijimos antes, la casi totalidad de los reaccionarios y demagogos decidieron rendirle una pleitesía hipócrita, y utilizarlo en provecho de sus ambiciones personales y de sus intereses oligárquicos.

Por el contrario, los patriotas más consecuentes —proletarios e intelectuales en su mayoría— se mantenían fieles a los proyectos y objetivos martianos y reclamaban, decididamente, su cumplimiento. Diego Vicente Tejera organizó el primer partido obrero de Cuba y libró intensas batallas basándose en las ideas patrióticas, socialmente avanzadas, democráticas, antirracistas y antimperialistas de Martí. Otros, como Fermín Valdés Domínguez, Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Eusebio Hernández, Enrique Collazo o Carlos Baliño, así como los principales dirigentes obreros procedentes de la emigración, solían apelar a Martí para combatir la dominación yanqui, el robo de nuestras tierras, la opresión política y social, la corrupción y otros males republicanos. El Apóstol fue para ellos la principal bandera contra la frustración de la república.

Pero, al finalizar la segunda década de aquel siglo, no se trataba solamente de la vieja generación patriótica. Una nueva hornada de cubanos, nacidos durante la transición de la colonia a la república, tomaban conciencia de que la oligarquía sometida al imperialismo y sus representantes políticos —los nuevos dueños del país— habían traicionado la causa de lo más honesto y radical del mambisado, particularmente el mandato liberador, democrático y revolucionario de Martí.

Los más honestos y decididos jóvenes de esa generación —entre otros, Villena, Marinello, Roig de Leuchsenring, Guillén, Pablo, Roa, Aldereguía—, encuentran en el ideario martiano una preciosa bandera de lucha. Y ése es, también, el caso de Julio Antonio Mella.

De compleciones físicas muy diferentes, se producen, sin embargo, entre José Martí y Julio Antonio Mella sorprendentes convergencias, tanto respecto a experiencias vitales como a ideas.

Ambos eran jóvenes cuando viajan por primera vez a México: Martí a los 22 años, Mella a los 17. Aunque Martí viene de España, ambos siguen el mismo itinerario a partir de Cuba: La Habana-Progreso-Campeche-Veracruz-México. Utilizan los mismos medios de comunicación: barco hasta Veracruz y ferrocarril hasta la capital azteca. Los dos se sienten fuertemente impresionados durante el viaje por la majestuosidad de la naturaleza, valoran la grandeza de aquel país y su papel preponderante en América; se identifican con el pueblo mexicano, consideran a esa nación como hermana de Cuba y se sienten como hijos suyos.

Se encoge el corazón de tanta hermosura —había dicho Martí en 1875— [...] México crece. Ha de crecer para su defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo [...] ¡Oh, México querido! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti!

Mella exclama, 45 años después:

[...] un país montañoso, de panoramas grandiosamente bellos, y que me probaron que jamás un invasor podrá dominar este bravo pueblo, al que pertenezco desde hoy, al pueblo hermano del cubano, con quien espero ver estrechamente unido muy pronto.²

Esa similitud de ideas se manifiesta en relación con todos los problemas fundamentales de nuestra América: en primer lugar, la imprescindible unión de nuestros pueblos ante la amenaza del imperialismo norteamericano, que es advertencia en tiempos de Martí y realidad brutal en tiempos de Mella. Desde 1875, el autor de "Abdala" se pregunta: "¿Qué va a ser de América: Roma o América, César o Espartaco? [...]". Y proclama: "¡Abajo el cesarismo americano!"³ Años después, en el prólogo a sus *Versos sencillos*, insistirá: "¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras a los pabellones todos de América?"⁴

Y el joven Mella, en el México de 1920, sustenta un pensamiento similar en el contenido, y hasta en la forma.

Los pueblos hermanos que un loco tenaz descubriera, cachorros de un caduco león, son presas de un águila estrellada [...] ¿Por qué razón? ¿Por qué justicia nos domina Estados Unidos? Por ninguna. Por esa sinrazón, por esa injusticia, es que un odio furioso como un vendaval guarda el pecho mío contra la nueva Cartago [...] Ese amor a los cachorros de mi sangre, y ese odio santo al águila enemiga, son los que engendraron mi ideal de unir a los cachorros [...]

Al pasar de México a Estados Unidos, Mella sufre prisión durante veinte días en una cárcel estadounidense y, desde allí, escribe que se halla "en tierra bárbara, oyendo lengua bárbara, y viviendo costumbres bárbaras".⁶

Pero la lucha de Julio A. Mella contra el imperialismo y demás formas de opresión nacional, al igual que la solidaridad internacionalista que practicó Martí, no se dirigieron únicamente contra la rapacidad de los EE.UU. ni en defensa exclusiva de los pueblos de nuestra América. Dondequiera que una potencia imperial agredía, expoliaba o subyugaba a otros pueblos —Haití o Marruecos, Panamá o la India, Venezuela o Argelia, Nicaragua o Irlanda— se alzó la denuncia y la condena de aquellos dos gigantes revolucionarios.

Los pocos años que habría de vivir Mella estarían consagrados a la lucha contra las tiranías sangrientas —amamantados por el imperialismo yanqui—; al empeño de unir en un haz a los pueblos latinoamericanos; a la causa de la emancipación de todos los oprimidos y explotados. Se enfrentará a los procónsules estadounidenses y al servilismo de los presidentes Zayas y Machado; fundará y guiará la Liga Antimperialista de Cuba y será, también, líder de la organización correspondiente al nivel continental; se solidarizará con la insurrección de Sandino por la libertad de Nicaragua y con la lucha de los panameños por la soberanía sobre el canal. Utilizará la prensa, la tribuna y todos

honda

los medios a su alcance para denunciar la dominación semicolonial sobre los pueblos de nuestra América.

La presencia de nuestro Héroe Nacional en la acción y el pensamiento de Mella, se constata continuamente. A fines de 1923, se halla en la capital cubana Víctor Raúl Haya de la Torre, joven peruano quien, en aquellos días, se presentaba como un destacado líder estudiantil y antimperialista. Tan impresionado quedó Mella con la demagogia del visitante, que lo comparó con nuestro apóstol: "Como Haya debió ser Martí: el mismo amor, la misma consagración al ideal, el mismo espíritu de combatividad serena, pero agresiva y enérgica; igual desprecio a los placeres, a las comodidades, a la vida misma."⁷ Mas, bastaron solamente dos años para que Mella comprendiera que la palabrería y las poses revolucionarias de Haya de la Torre constituían un verdadero fraude. No obstante, seguiría intacta en su mente la imagen que había trazado de nuestro Héroe Nacional.

En una oportunidad, con motivo de la gran manifestación de estudiantes y obreros para protestar por el servilismo proimperialista del Presidente Zayas, en el caso de la devolución de Isla de Pinos a Cuba, escribió Mella: "Nos detuvimos frente a la estatua de Martí, donde mis compañeros pronunciaron algunos discursos inflamados. Queríamos hacer testigo al Maestro, de tanta ignominia."⁸

En diciembre de 1925, cuando, gracias a una gigantesca movilización popular, es puesto en libertad después de 19 días de peligrosa huelga de hambre, Mella sostiene que el pueblo de Cuba ha comprendido, con Domingo Faustino Sarmiento, que "las ideas no se matan", y agrega: "No es posible que en la Cuba de Martí, el pensar libremente sea un delito."⁹

En 1926, al visitar en México la muy frecuentada Biblioteca Hispanoamericana —que dedica una galería a los próceres de la independencia de América— nota la falta del retrato de Martí, cuya remisión había prometido y no cumplido el ultrarreaccionario periódico habanero *Diario de la Marina*. En carta a su amigo y compañero Emilio Roig de Leuchsenring, Mella se queja de esa ausencia, y además, le pide que done a dicha biblioteca libros suyos y de otros autores cubanos.

Ya desde 1922 Mella se incluyó entre los que "están inspirados en los principios de Martí"; educa a la juventud en esos postulados y afirma que el movimiento estudiantil demuestra cómo la nueva generación, futura dueña de los destinos de la patria, es digna sucesora de las virtudes e ideales de Martí, Maceo y Gómez.¹⁰

Advierte, sin embargo, que existen jóvenes que no comprenden la necesidad del heroísmo en nuestro tiempo, pues piensan que la historia cubana terminó con la muerte del Maestro, y que todas las epopeyas gloriosas se agotaron en el siglo XIX con las revoluciones emancipadoras. Mella convoca a esos jóvenes a la lucha, mostrándoles que se vive una hora decisiva en la historia de la humanidad y la necesidad de ser dignos de esa etapa sublime. Y al observar cómo las tiranías sangrientas y otros males insondables asolan a nuestra América, reitera la necesidad de "crear nuevos Bolívar, nuevos Sucre, y nuevos Martí, porque los pueblos de la América necesitan otra vez de sus

Carabobo, de sus Ayacucho, y de la obra gigantesca, aunque anónima, de las emigraciones revolucionarias".¹¹

Al luchar tesoneramente por los derechos de los estudiantes, Mella los educa en el cumplimiento de sus deberes patrióticos, latinoamericanistas, internacionalistas y antimperialistas; en la formación de su personalidad dentro de los más altos valores ético-morales. Una de sus primeras obligaciones es la de difundir sus conocimientos en el pueblo, sobre todo entre los obreros. Mella se inspira en uno de los principios fundamentales sentados por Martí para la educación popular: "Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás."¹²

Partiendo de ese postulado, el Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes (1923), a propuesta de Mella, adopta por unanimidad la "Declaración de derechos y deberes del estudiante", que plasma una serie de normas afines a la ética martiana. Además, también a iniciativa de Mella, el Directorio de la FEU crea, en el mismo año, una Comisión de Instrucción Pública encargada de organizar escuelas nocturnas para adultos con carácter gratuito.

Mella imparte clases en la llamada Escuela Racionalista, a la que asisten hijos de obreros, y logra que el congreso estudiantil acuerde instituir la Universidad Popular "José Martí", cuyo solo nombre es exponente de su raíz martiana. Esta peculiar universidad contó con el apoyo entusiasta de decenas de profesores y otros intelectuales de izquierda, y desempeñó un importante papel educativo durante cuatro años, hasta que fue clausurada por el tirano Machado en 1927.

Otra concepción martiana que se plasma en el quehacer de Mella, tiene que ver con la acción unida de estudiantes y obreros. Ambos parten del mismo principio. Para Martí, "los estudiantes son obreros; unos trabajan la industria, otros trabajan la razón";¹³ para Mella, el trabajador es "hermano verdadero del estudiante (futuro trabajador) y del profesional",¹⁴ y sostiene que "intelectual es el trabajador del pensamiento".¹⁵ De ahí el vigoroso impulso que el fundador de la FEU dio al movimiento de unidad obrero-estudiantil, de la misma manera en que Martí había estimulado la acción común de ambos sectores sociales en el México de 1875-1876.

Ambos luchadores revolucionarios sustentan, igualmente, criterios idénticos sobre infinidad de problemas de la más diversa naturaleza. Así, coinciden en cuanto a la relación entre arte y lucha social, entre política y cultura. Martí sostenía: "La justicia primero, y el arte después [...] Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir, es ponerse al servicio de ella".¹⁶ Mella proclamaba: "Ni en el nombre del arte, ni de la ciencia, ni del derecho, ni de la libertad individual, se puede ser ajeno a esta lucha [...] Solo así puede ser útil nuestra cultura".¹⁷ Para Martí, "ser culto es el único modo de ser libre";¹⁸ para Mella "la cultura es la única emancipación verdadera y definitiva".¹⁹

Ahora bien, Julio Antonio Mella es, a nuestro juicio, el primer representante de la generación nacida con el siglo XX que realiza y nos deja un estudio profundo y acertado, aunque muy breve, de

yo me honro

la significación revolucionaria que tiene José Martí, no ya para la lucha contra el colonialismo español, sino para la conquista de nuestra segunda independencia, de la democracia verdadera y de la justicia social. O sea, pensamos que es Mella el primer joven cubano de aquella centuria que, aparte de reconocer en Martí al héroe, al Apóstol y al precursor, descubre en él a un "contemporáneo y compañero", como justamente lo valorara más tarde Carlos Rafael Rodríguez.

Ese corto ensayo de Mella, de apenas ocho páginas, fue escrito en 1926 y lleva por título "Glosas al pensamiento de José Martí". Constituye el esbozo de un libro que el joven líder acariciaba en su imaginación y que no pudo escribir por dos razones: primera, la falta de tiempo para las cosas del pensamiento, en una época en que todo el tiempo era corto para *hacer*; y, segunda, el temor de no lograr lo que la memoria del Apóstol y la necesidad del momento exigían. Mella temía que ese libro no estuviera a la altura de aquel hombre que le inspiraba la misma emoción y el mismo sobrecogimiento que se siente ante las cosas sobrenaturales.

Pero Mella consideraba apremiante que esa tarea se acometiera.

Es imprescindible [decía] que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con las clases revolucionarias de hoy, escriba ese libro. Es necesario dar un alto, y si no quieren obedecer, un bofetón, a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adúlón, tanto hipócrita [...] que escribe o habla sobre José Martí [...] Martí —su obra— necesita un crítico severo, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir [...] ²⁰

El libro debe hacer una acertada interpretación histórica, consistente en

[...] ver el interés económico-social que *creó* el Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria; estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario Cubano, el milagro —así parece hoy—, de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc., etc. ²¹

Para Mella, el estudio debía terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios del Maestro, a la luz de los hechos del siglo xx. Ese análisis demostraría la vigencia permanente de Martí:

Él, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado.

Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento. ²²

Mella hace referencia a la república que soñó Martí: independiente, sin tiranías, con democracia pura e igualdad de todas las clases sociales; una república *con todos y para todos*. Enumera, además, una serie de rasgos económicos, políticos y éticos que debían salvaguardar a esa república de los vicios que corroían a la sociedad estadounidense.

Mella analiza el patriotismo revolucionario de Martí y su latinoamericanismo liberador —ajenos a todo chovinismo y regionalismo— y advierte, justamente, que el eximio prócer "jamás ignoró el carácter internacional de la lucha revolucionaria", que "tuvo, sin duda alguna, el concepto del internacionalismo". Y ofrece Mella una definición de vital importancia político-ideológica:

No es necesario para ser internacionalista odiar el suelo en que se nace, olvidarlo, despreciarlo y atacarlo. Así afirman estúpidamente las plumas reaccionarias y mercenarias que somos los internacionalistas de hoy, los revolucionarios del proletariado. No. Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista, y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones. ²³

Una de las más importantes facetas de la vida de Martí que Mella pensaba abordar en su libro, es la de su vinculación con el proletariado. Para ilustrar la existencia de esos vínculos, el joven líder comunista apela a significativas expresiones del pensamiento social del Apóstol, y asevera:

Comprendió las grandes fuerzas revolucionarias y constructivas que el proletariado tiene en sí. Por esta razón, durante su estancia en la Florida, entre los tabaqueros de Tampa, no solo sació su hambre física con el óbolo que orgullosos daban los proletarios de la *chaveta*, sino que su espíritu se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional. ²⁴

Y llega a esta conclusión:

Si la envidia de los roedores del genio no lo hubiese llevado a inmolarse prematuramente en Dos Ríos, él habría estado al lado de Diego Vicente Tejera en 1899, cuando fundó el Partido Socialista de Cuba [...], como Baliño y Eusebio Hernández están hoy con nosotros. ²⁵

Cuando Mella abrazó la causa del marxismo-leninismo contaba apenas 20 años de edad. Pero, interpretando con singular acierto la ideología más avanzada de todos los tiempos, supo adaptarla a las condiciones concretas de Cuba, vincularla a sus tradiciones históricas, darle un profundo contenido nacional. De ahí que en su pensamiento radical y en su programa revolucionario se encontraran indisolublemente unidas las concepciones martianas y marxistas. Representante de la revolución social, democrática, antimperialista y nacional-liberadora del siglo xx, se unió a Carlos Baliño, símbolo

de la revolución independentista del siglo XIX, para fundar, en 1925, el primer partido marxista-leninista de Cuba y, juntos, inscribieron en las banderas del nuevo partido, el mismo día de su constitución, esta significativa divisa: "Con la enseñanza de Lenin, haremos una realidad el postulado ideológico de José Martí adaptado al momento histórico: *con todos y para el bien de todos*".²⁶

A la afinidad de ideas político-sociales entre Martí y Mella, ha de sumarse el hecho de que respondían a la misma escala de valores. El humanismo revolucionario guía sus actos: el amor al hombre, a la patria y a la humanidad, al trabajo y a los trabajadores. En la médula del pensamiento y la acción de Mella y Martí está el hombre: la igualdad de derechos de todos los seres humanos, la solidaridad entre ellos, la generosidad, la lealtad; la fe en el hombre y en el pueblo, en el futuro de la humanidad.

Los dos resuelven de la misma forma la dicotomía patria-familia, conjugando todos los deberes —para con la una y para con la otra—, pero de tal modo que nada se anteponga al supremo deber de humanidad. Mella es fiel al principio martiano de que el hombre es tal en la medida que sea consecuente con la tarea de redimir a sus semejantes.

El amor es principio esencial para Martí, como para Mella. El amor al hombre, como se ha dicho, y, también, a la naturaleza, a todo lo noble, lo bello, lo elevado. Pero con la misma fuerza que predicaban ese amor justo y necesario, promueven y encauzan la rebeldía contra todo tipo de injusticia, contra la explotación y la opresión de unos hombres o pueblos por otros, contra las desigualdades sociales, contra la tiranía y el despotismo.

Predican y cultivan, asimismo, las más elevadas virtudes personales: honradez, austeridad y modestia; valentía, audacia, heroísmo, espíritu de lucha y sacrificio, así como el rechazo tajante a la vanidad, la soberbia, el egoísmo, los privilegios injustos, la hipocresía y la mentira. Fomentan, con el propio ejemplo, el espíritu creador y el pensamiento propio, la fe ilimitada en la ciencia, en el ejercicio de la razón contra el fanatismo y el dogma.

Esa identificación no expresa, solamente, la grandeza de esos cubanos ejemplares. Constituye, además, una prueba irrefutable de la continuidad histórica, de que las ideas y principios justos no mueren nunca. Por ello, el mismo ideario, la misma conducta de Martí y de Mella se continúan en los más honestos y decididos combatientes de toda la república oligárquica y neocolonial; se proyectan en lo mejor y más radical de la Revolución del 33 —Villena, Guiteras...—; en los héroes y mártires del Moncada, de la guerra en las montañas y de la lucha clandestina —alcanzando su grado más alto en la figura de Fidel—; y sustentan la obra de la revolución cubana victoriosa.

Por eso, hombres como Mella y Martí no son solo revolucionarios de las épocas en que actuaron, sino que viven y batallan, asimismo, junto a nosotros, ellos enfrentan, con todo nuestro pueblo, las bárbaras agresiones y pérfidas amenazas

del imperio; pelean por la preservación de nuestra independencia y libertad, por la supervivencia de la nación cubana, por la conquista de un mundo mejor y más justo.

¹ José Martí: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 19, pp. 21-22.

² Adys Cupull y Froilán González: *Hasta que llegue el tiempo*, Editora Política, La Habana, 1999, p. 16.

³ José Martí, *op. cit.*, t. 19, pp. 21-22.

⁴ *Ibidem*, t. 16, p. 21.

⁵ Adys Cupull y Froilán González, *op. cit.*, p. 137.

⁶ *Ibidem*, p. 132.

⁷ Instituto de Historia del CC-PCC: Mella. *Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 76.

⁸ *Ibidem*, p. 160.

⁹ *Ibidem*, p. 210.

¹⁰ *Ibidem*, p. 39.

¹¹ *Ibidem*, pp. 77-78 y 188.

¹² José Martí, *op. cit.*, t. 19, p. 375.

¹³ *Ibidem*, t. 6, p. 196.

¹⁴ Instituto de Historia, *op. cit.*, p. 104.

¹⁵ *Ibidem*, p. 89.

¹⁶ José Martí, *op. cit.*, t. 15, p. 433.

¹⁷ Instituto de Historia, *op. cit.*, pp. 451 y 454.

¹⁸ José Martí, *op. cit.*, t. 8, p. 289.

¹⁹ Instituto de Historia, *op. cit.*, p. 101.

²⁰ *Ibidem*, pp. 267-268.

²¹ *Ibidem*, p. 269.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*, pp. 271-272.

²⁴ *Ibidem*, p. 272.

²⁵ *Ibidem*, pp. 272-273.

²⁶ *Lucha de clases*, La Habana, 16 de agosto 1925, p. 3.

yo me honra a la vez

Mella

y sus raíces inagotables

ADYS CUPULL Y FROILÁN GONZÁLEZ

En agosto de 1926 Julio Antonio Mella escribió "Glosas al pensamiento de José Martí". Él quería hacer una biografía; lo deseaba y la creía necesaria. Desde hacía mucho tiempo la llevaba en el pensamiento. Afirmó que podía decir que ya estaba en su memoria, de tanto que la había pensado y amado, y que le parecía un viejo libro leído en la adolescencia, pero que dos cosas le habían impedido realizarla.

En primer lugar, señaló la falta de tiempo para las cosas del pensamiento, porque se vivía una época que hacía considerar todo el tiempo corto para *hacer* y todos los días le parecían que el siguiente sería el día ansiado de las transformaciones sociales.

Como segunda razón, indicó que tenía temores de no hacer lo que la memoria del Apóstol y la necesidad imponían y afirmó:

Bien lejos de todo patriotismo, cuando hablo de José Martí, siento la misma emoción, el mismo temor, que se siente ante las cosas sobrenaturales. Bien lejos de todo patriotismo, digo, porque es la misma emoción que siento ante otras grandes figuras de otros pueblos [...]

Pero, de todas maneras, ese libro se hará. Es una necesidad, no ya un deber para con la época. Lo hará esta pluma en una prisión, sobre el puente de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convaleciente de cualquier enfermedad. Son los momentos de descanso que más incitan a trabajar con el pensamiento. U otro hará el libro, cualquiera de mis compañeros, hermanos en ideales, más hecho para el estudio que para la acción. Pero, hay que afirmarlo definitivamente, el libro se hará [...] Es necesario que se haga. Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro. Es necesario dar un alto, y si no quieren obedecer, un bofetón a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adúltero, tanto hipócrita [...] que escribe o habla sobre José Martí.

Julio Antonio Mella no pudo dejar la obra escrita que deseaba, pero ella vibra en la acción que desplegó, para mantener vivo el pensamiento martiano. En la introducción que hizo a las *Glosas* analizó tres tendencias que consideraba existían en aquellos momentos para valorar los acontecimientos históricos y escribió:

[...] la de aquellos que sienten sobre sí el peso de todas las generaciones pasadas. Para éstos, el acontecimiento de ayer, es el acontecimiento supremo. Son los que en política aman, como única panacea, la Revolución Francesa del 89. Las tumbas de las generaciones pasadas pesan sobre sus espaldas

como el cadáver del equilibrista sobre los de Zaratustra. Estos son los conservadores, los patriotas oficiales, los reaccionarios, los estériles emuladores de la mujer de Lot [...]

Hay otra tendencia. Es fantástica y ridícula. Gusta de militar en las extremas izquierdas de las izquierdas revolucionarias. Estos pedazos de lava ambulantes no nacieron de madre alguna. Ellos son toda la historia. Su acción —que rara vez sobresale de su cuarto de soñar— es la definitiva. Estos ignoran, o pretenden ignorar todo el pasado. No hay valores de ayer. Son los disolventes, los inútiles, los egoístas, los antisociales.

Y al referirse a la tercera forma de interpretación histórica dice:

Debe ser la cierta. Lo es, sin duda alguna. Consiste, en el caso de Martí y de la Revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico social que creó al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultra-democrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario. Etc., etc.

Aquí no estaría terminada la obra. Habría que ver los antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer. La lucha de clases de hoy. El fracaso del programa del Partido Revolucionario y del Manifiesto de Montecristi, en la Cuba republicana, que "vuelve —al decir de Varona, y todos lo vemos— con firme empuje hacia la colonia".

Julio Antonio Mella tuvo prácticamente estructurado el libro pensado, sus partes, sus objetivos, el enfoque marxista y revolucionario sobre la existencia de la vida y obra de Martí. Aseguraba:

El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. El orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento. ¿Cuál es esta necesidad social? Preguntas tontas no se contestan, a menos de hacernos tontos. Martí comprendió bien el papel de la República cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha —Baliño— que era entonces socialista y que murió militando magníficamente en el Partido Comunista: "¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República".

Martí expresó más de una vez, sus ideas sobre la desigualdad social, sobre el peligro del imperialismo y tópicos similares y en su lenguaje poético de siempre dijo: "El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y mujeres venales y egoístas".

"Si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y rico".

En su análisis Mella planteó que no conocía otra manera mejor de llamarle a los ricos, hijos del azúcar, lo que eran: ladrones e ignorantes. Y enfatizó en la necesidad de tratar el pensamiento internacionalista de José Martí:

Se decía que era un hijo de la América. Cierto. Sólo hay que leer "Madre América" y entonces podremos afirmar: No ha

horita

habido otro revolucionario de los finales del siglo pasado que amase más al continente y que lo sirviese mejor con la pluma, la palabra y la espada. Siempre es la América lo que le obsesiona. Aún más, así como Cuba no es más que un pedazo del continente amado, éste no es más que un laboratorio de la futura sociedad universal [...]

En el libro soñado por Mella no podía faltar la relación y el pensamiento de José Martí acerca del proletariado; consideró que era una de las más importantes facetas de la vida de nuestro Héroe Nacional y expresó:

Debe ser el más curioso capítulo del libro que sobre él ha de escribirse. Como enemigo del feudalismo, José Martí fue amigo del negro ¡cuántas cosas grandes y nobles dijo de él! y como amigo de la Revolución Nacional contra el yugo del Imperio Español y contra todos los otros yugos imperialistas, amigo fue también del proletariado. Comprendió las grandes fuerzas revolucionarias y constructivas que el proletariado tiene en sí. Por esta razón, durante su estancia en la Florida entre los tabaqueros de Tampa, no sólo sació su hambre física con el óbolo que orgullosos daban los proletarios de la "chaveta", sino que su espíritu se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional [...]

"Los pueblos son como los obreros a la salida del trabajo: por fuera cal y lodo, pero en el corazón las virtudes respetables". Aquí reconoce poéticamente —como siempre— que es la clase obrera quien más moral atesora por las mismas condiciones de la vida que lleva.

"La verdad se revela mejor a los pobres a los que padecen".

Si la envidia de los roedores del genio no lo hubiese llevado a inmolarsse prematuramente en Dos Ríos, él habría estado al lado de Diego Vicente Tejera en 1899 cuando fundó el Partido Socialista de Cuba, el primer partido que se fundó en Cuba, después de la dominación española, como Baliño y Eusebio Hernández están hoy con nosotros. Pero quede todo esto, y mucho más para el futuro narrador, crítico y divulgador de la personalidad de José Martí. Basta para un artículo fugaz esta insinuación y esta prueba de la necesidad de ese libro. Terminemos tomando unos cuantos pensamientos del Apóstol y haciéndole una rápida glosa a manera de "letanía revolucionaria".

Julio Antonio hizo una selección de pensamientos martianos y terminó con los siguientes:

Juntarse: esta es la palabra del mundo. Hoy siguiendo tu orden, decimos concretamente: ¡Proletarios de todos los países, uníos! Trincheras de ideas valen tanto como trincheras de piedras. ¡Que tus palabras se cumplan!

¡Aunque serían mejor ambas trincheras a la vez!

José Martí en Mella: orígenes

Al leer sobre la vida y obra del joven cubano, sus orígenes, el pensamiento político de sus padres y de las personalidades que le rodearon, aparece con nitidez la fundamentación de su temprano antimperialismo de profunda raíz martiana.

Su padre, Nicanor Mella Brea fue uno de los cuatro hijos del General Ramón Matías Mella y Castillo, quien, junto a los generales Francisco del Rosario Sánchez y Juan Pablo Duarte, forma la trilogía

de fundadores de la República Dominicana y los proclamadores de la independencia de su país.

Nicanor estudió en Francia y adquirió una amplia cultura que influyó mucho en su vida; alrededor de 1875 emigró a Cuba y se estableció en la ciudad de Colón, provincia de Matanzas, donde cultivó una gran amistad con el patriota cubano doctor y general Eusebio Hernández. Vivió allí la etapa final de la Guerra de los Diez Años.

A principio de la década del 1890, se trasladó para La Habana y estableció una próspera sastrería. Se unió extramatrimonialmente con la joven irlandesa Cecilia Mac Partland Reilly, quien fuera emigrante radicada en Nueva Orleans, de familia humilde y cuyo padre profesaba ideas nacionalistas e independentistas. Entonces, ella había venido a residir a La Habana.

La pareja tuvo dos hijos: Julio Antonio, nacido el 25 de marzo de 1903 y Cecilio, dos años después. Cecilia les enseñó el idioma inglés y Nicanor les transmitió el amor y admiración que sentía por su padre, héroe de hazañas, de batallas victoriosas y otras acciones políticas y militares, a quien José Martí se refirió en el artículo: "Las Antillas y Baldorioty Castro", publicado en el periódico *Patria*, el 14 de mayo de 1892.

Nicanor Mella fue un ferviente admirador de José Martí, Simón Bolívar y de los libertadores dominicanos. Hay referencias de que prestó ayuda a los independentistas cubanos de la guerra iniciada en 1895 y formó parte de una red clandestina de apoyo a esa gesta junto al concertista de origen holandés Hubert de Blanck y al sacerdote Francisco Díaz Vólero. Resulta necesario destacar la impronta dejada en los Mella por este primer canónigo cubano, a quien el muy reverendo Juan Ramón Paz Cerezo calificó como intelectual orgánico del pueblo. Las ideas de Díaz Vólero lo llevaron a un enfrentamiento frontal con los males de la pseudo-república. Fue patriota y martiano radical. Sus libros y folletos alcanzaron gran difusión en toda la Isla y sus amigos y relaciones de trabajo siempre fueron con el sector más honesto y comprometido. Entre sus obras se encuentra "Los Pinos Nuevos" donde expresó sus ideas más radicales.

El sacerdote citaba con frecuencia a José Martí y divulgaba su pensamiento. Poseía un alto sentimiento patriótico, mantenía una firma posición contra la corrupción clerical. Precisó el muy reverendo Paz Cerezo que, en ese contexto, se desarrolló la amistad del venerable Díaz Vólero con Nicanor Mella y, posteriormente, con el joven Julio.

Concluida la guerra Nicanor Mella estableció estrechas relaciones con su compatriota, el Generalísimo Máximo Gómez: lo visitaba frecuentemente y le confeccionó varios trajes, entre ellos el de gala que se encuentra expuesto en el Museo Nacional de la Masonería, en la avenida Salvador Allende, esquina a Belascoaín de la ciudad de La Habana. Lo acompañó en más de una ocasión hasta la tumba donde estaba enterrado su hijo Panchito Gómez Toro y cuando el general murió, asistió a su sepelio.

Así, Julio Antonio escuchó de su padre los relatos históricos donde primaban los nombres de Máximo Gómez, Antonio Maceo, José Martí, y percibió el aprecio que sentía por los grandes hombres de la lucha independentista de Santo Domingo, Cuba y otros países de América Latina. La sastrería de Nicanor era un centro de cultura, distinción y elevada educación. Los aspectos más importantes del acontecer internacional eran comentados allí. Nicanor hablaba de la libertad y el derecho de los pueblos a la independencia total de cualquier yugo extranjero. Criticaba las intervenciones constantes de Estados Unidos en los asuntos internos de los países latinoamericanos. Era aficionado a la lectura y poseía una importante biblioteca.

Yuri Horváth

Cuando los padres de Mella se separaron definitivamente, él y su hermano, quedaron al amparo del padre y se creó una estrecha relación afectiva. Nicanor fue amigo de Emilio Roig de Leuchsenring, uno de los primeros en estudiar y hablar acerca del imperialismo norteamericano y su intromisión y expansión en América y quien escribió la notable obra antimperialista publicada en Cuba en 1912, titulada *Los Estados Unidos y la América Latina*.

Relató Sarah Pascual, amiga y compañera de Julio Antonio Mella, que en aquellos tiempos no se hacía énfasis en la postura vertical del Apóstol y solo se alzaba alguna que otra voz aislada, entre éstas la de Emilio, el veraz e íntegro patriota historiador, cuyas obras contribuyeron a la profundización del pensamiento martiano del joven Mella y de otros contemporáneos.

Cuando Julio Antonio estudiaba el nivel secundario en la Academia Newton, uno de sus profesores fue el poeta y político mexicano Salvador Díaz Mirón, precursor del modernismo y de ideas antimperialistas. Salvador también había conocido personalmente a José Martí, el 26 de julio de 1894, cuando fue a visitarlo para consultarle la edición de un tomo antológico de su poesía que preparaba para ser publicada en la ciudad de Nueva York.

El apasionado poeta mexicano narraría a sus alumnos la indignación que sintió ante la invasión de Estados Unidos a México en 1914 por el puerto de Veracruz, su detención por las fuerzas de intervención, a lo que respondió soberbio contra los ocupantes. A mediados de 1914 salió para España y luego viajó a La Habana. Muchos de sus poemas se hicieron muy populares. Mella memorizaba algunos de ellos.

Díaz Mirón observó la actitud descollante del joven cubano y expresó, a uno de sus discípulos, que de no pasar a la posteridad por sus versos, le gustaría hacerlo por contribuir a la formación del carácter de Mella. No es de extrañar la identificación entre el profesor que hablaba del encuentro con José Martí y de las acciones de la Revolución Mexicana y contra el imperialismo, y aquel adolescente apasionado y romántico que lo escuchaba.

Sarah Pascual, describió a Julio Antonio como un gran lector de buenos libros. Entre ellos, los clásicos griegos, pero, sobre todo, leyó al Martí antimperialista y amordazado por un sistema educacional que respondía a una república mediatizada. Ese Martí oculto fue descubierto por el casi adolescente joven.

Expresó Sarah que Mella debía a Martí su acendrada cubanía, su americanismo, su visión de la América Latina como la "América Nuestra", como la patria grande, de angustias, luchas y destinos comunes. Gracias a ello, desde los quince años interpretó y se interesó por los acontecimientos internacionales. En ese período se produjo la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, que irradió la luz del marxismo por el mundo.

En 1919 hay un auge del accionar comunista en Cuba. Las ideas del socialismo se esparcen en el continente americano. En ese mismo año, Emilio Roig de Leuchsenring publicó otra obra antimperialista: "La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América", en la que denunció la rapacidad del imperialismo yanqui. De acuerdo a algunos testimonios, este material fue leído por Nicanor Mella, a quien le interesó de manera directa y se lo recomendó a su hijo. El patriota y filósofo cubano Enrique José Varona, al comentar el libro, afirmó que no se podía ser buen cubano sin ser antimperialista. El joven Mella sentía admiración por el viejo profesor.

Al terminar sus estudios en la Academia Newton, Julio Antonio viajó a México, en abril de 1920, con el propósito de estudiar en la Escuela Militar de San Jacinto. Quería ser militar como su abuelo paterno para realizar el ideal de Bolívar y Martí de unir a los pueblos de América e independizarlos del "Águila estrellada". De ese viaje hablan sus 47 crónicas. El joven no pudo ingresar a esa institución porque la constitución mexicana de 1917, en su artículo 32, lo impedía a los extranjeros.

Mella se autoanalizó en una de sus crónicas y señaló que su ideal era ver unidas a las repúblicas hispanoamericanas para que fueran fuertes, respetadas y servidoras de la libertad. En México conoció el repudio del pueblo a los intentos de los Estados Unidos para intervenir en los asuntos internos de ese país.

En otra de sus crónicas, dejó escrito lo que sintió al pasar la frontera y llegar al territorio norteamericano como inmigrante. Observó, nuevamente, los males del sistema social imperante —que ya conocía, porque había residido allí junto a su madre, en 1915. Se lamentó y escribió: "[...] me encuentro en tierra bárbara, oyendo lengua bárbara y viviendo costumbres bárbaras". Calificó de muy triste todo eso y afirmó que la nostalgia de la patria lo invadía con sus amores, sus amigos, sus fiestas, su suelo; en fin, todo lo que es patria. Aunque en estas crónicas no menciona directamente a José Martí, en muchas de ellas se aprecian los ideales del Apóstol.

En 1921, cuando ingresa en la Universidad de La Habana lleva consigo el tiempo anhelado —su tiempo de lucha— y entra asistido por los principios de José Martí. Él escribió que su generación era digna sucesora de las virtudes e ideales de los Martí, Maceo y Gómez.

En el primer artículo de *Alma Mater*, titulado "Nuestro Credo", señaló:

No podemos cambiar aquellos que inspirados en los principios de Martí, supimos rebelarnos contra algunos elementos inconscientes, cuando, éstos pretendieron manchar la dignidad de un título universitario otorgándole "honoris causa" a un sujeto que podía ser muy honorable en tierra extranjera pero aquí, en territorio nacional, simbolizaba la tiranía [...]

Se refería a Enoch Crowder y Leonardo Wood, dos representantes del intervencionismo norteamericano en Cuba.

El 5 de mayo de 1923 fundó el Ateneo Universitario "Ariel", para estudiar la obra martiana, y profundizar en su pensamiento antimperialista; y, también, el Grupo Renovación para estudiar el marxismo.

El 12 de agosto de 1923, Julio Antonio Mella, mientras preparaba el Congreso Estudiantil, asistió como representante de la Federación Estudiantil Universitaria a la Asamblea Magna de la Asociación Nacional de Veteranos, la que dio origen al Movimiento de Veteranos y Patriotas. Mella fue designado entre los presidentes de honor y conoció a héroes de la guerra, quienes mantenían una posición antimperialista. El quehacer del movimiento reformador lo lleva al encuentro de personalidades que fueron verdaderos martianos como Carlos Baliño y otros que, en la práctica, se comportaban como tales, entre ellos el líder de la clase obrera Alfredo López.

La amistad de Mella con el marxista Carlos Baliño fue de especial significación, porque el viejo comunista, amigo de José Martí y quien participó en la fundación del Partido Revolucionario Cubano, sostenía largas conversaciones con el joven.

Varios de los acuerdos tomados en el Primer Congreso de Estudiantes Universitarios, efectuado entre el 15 al 24 de octubre de

En memoria de Nicanor Mella

1923, demuestran el fundamento martiano de los planteamientos de los jóvenes reformadores, específicamente de Mella, referidos a la educación de las masas de obreros, a la formación de una conciencia y cultura revolucionaria, a la defensa de la soberanía de los pueblos de América y los pronunciamientos contra el capitalismo internacional, el panamericanismo, la Enmienda Platt, y otras formas de injerencia imperialista. También los referidos a la unión entre estudiantes y obreros en Cuba, como con los estudiantes y obreros de América Latina.

En los acuerdos de mayor connotación donde aparece su nombre, están los referidos específicamente al pensamiento martiano, como fueron la resolución que propiciaba la creación de la Universidad Popular "José Martí" y la del escudo universitario, en el cual se destacó el pensamiento martiano "Con todos y para todos".

Mella apoyó la propuesta de la delegación de Manzanillo de invitar a todos los centros estudiantiles para que juntos fueran en manifestación el día 25 de octubre al Parque Central, a depositar una ofrenda floral al pie de la estatua de José Martí.

El congreso concluyó el 25 de octubre de 1923 y la participación de Mella fue descrita por Juan Marinello, cuando dijo que quien lo vio de cerca tuvo la oportunidad de conocer una de las personalidades más sugestivas y atrayentes que hayan alentado en nuestra tierra. La estampa física convenía a maravilla con su naturaleza y su misión. Lo retrata como un joven muy alto, atlético, de cabeza hermosa, fuerte y erguida, de ademanes enérgicos y serenos a un tiempo, su presencia respondía en medida exacta a su tarea de comunicación inmediata y múltiple. Expresó que era cubano hasta la médula; fue, como Martí, un caso sorprendente de superación de lo nuestro; era meditador y audaz, sonriente y contenido, alegre y responsable, imaginativo y práctico. Que conocerlo era creer en él, porque unía la mente ancha y universal a la cercanía familiar y captadora.

Por otra parte, Alfonso Bernal del Riesgo señaló que a Mella, como a Martí, se le podía tomar de ejemplo pues no conoció el cansancio ni la falta de tiempo; que fue un revolucionario superdinámico, un estudioso incansable, fue como un relámpago.

El 3 de noviembre de 1923, dando cumplimiento al acuerdo del Primer Congreso de Estudiantes, se efectuó la apertura de la Universidad Popular "José Martí", en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Mella explicó los fines y objetivos de ésta.

Sarah Pascual afirmó que en el año 1923 el Movimiento de Reforma Universitario llegó a su momento más alto, que fue, también, el de la toma de conciencia definitiva de Julio Antonio Mella. Añadió que pronto comprendería el líder de la juventud cubana que la Reforma Universitaria no sería posible mientras la estructura económica, política y social de Cuba no se cambiara. El sometimiento a los Estados Unidos, la corrupción gubernamental y administrativa, no permitían que los principios de José Martí se cumplieran.

En 1924 Mella fundó la revista *Juventud* y la Confederación de Estudiantes, la cual en su "Declaración de Principios" dejó clara su ideología martiana; además, fundó la Liga Antimperialista, la Liga Anticlerical e integró la Agrupación Comunista de La Habana.

Su acción salió del recinto universitario y, unido a los obreros, estudiantes progresistas e intelectuales de ideas revolucionarias, se enfrentó al más grande enemigo de los pueblos de América, el imperialismo norteamericano.

Una de las luchas de Julio Antonio Mella y la Federación Estudiantil Universitaria fue recuperar la casa natal de José Martí para que se convirtiera en un museo. A principio de 1924 el presidente

Alfredo Zayas ordenó que se trasladaran los objetos artísticos e históricos del Museo de Bellas Artes para un barracón de la fortaleza de La Cabaña; entre estos, varios pertenecientes a José Martí.

Ante esta medida el director del museo, Antonio Rodríguez Morey, notable pintor y profesor de la Escuela de Bellas Artes de San Alejandro, se opuso tenazmente. Rodríguez Morey tuvo el total apoyo de Julio Antonio Mella y de la Federación Estudiantil Universitaria. Para tratar de resolver esta grave situación, el 23 de junio de 1924 se creó un patronato con representantes de todos los municipios del país.

La Junta Patronal determinó designar como director técnico del museo a Arturo R. de Carricarte y éste contó que cierto número de estudiantes universitarios, sobre todo dirigentes de la recién constituida Federación de Estudiantes Universitarios, FEU y obreros-estudiantes de la Universidad Popular "José Martí", ofrecieron su valioso concurso para recaudar fondos, y no pocos de ellos dieron su aporte de trabajo voluntario para la definitiva reparación del inmueble y el montaje del museo.

El investigador Armando Caballero tuvo acceso a los documentos de Carricarte donde se especifica que la FEU brindaría funciones teatrales, fiestas y verbenas con tal objetivo, y que la lista de los firmantes estaba encabezada por Julio Antonio Mella.

El 28 de enero de 1925 se inauguró el Museo Casa Natal dedicado a José Martí. Caballero pudo revisar el "Acta de Juramento de Defensa" del mismo, en donde un grupo de estudiantes universitarios, con representación de la FEU, y una delegación de obreros de la Universidad Popular "José Martí", asistentes al acto, se comprometían a colaborar en lo que fuera necesario.

En 1925, junto al compañero y amigo de José Martí, Carlos Baliño, Mella participó en la fundación del Primer Partido Comunista de Cuba. Durante la prisión decretada por la dictadura de Gerardo Machado, Mella organizó desde la cárcel una extensión de la Universidad Popular "José Martí" y escribió el artículo "La unidad de la América", donde criticó el proyecto de unidad del imperialismo yanqui, señalando que era la internacional del futuro imperio político que tendría por capital Wall Street.

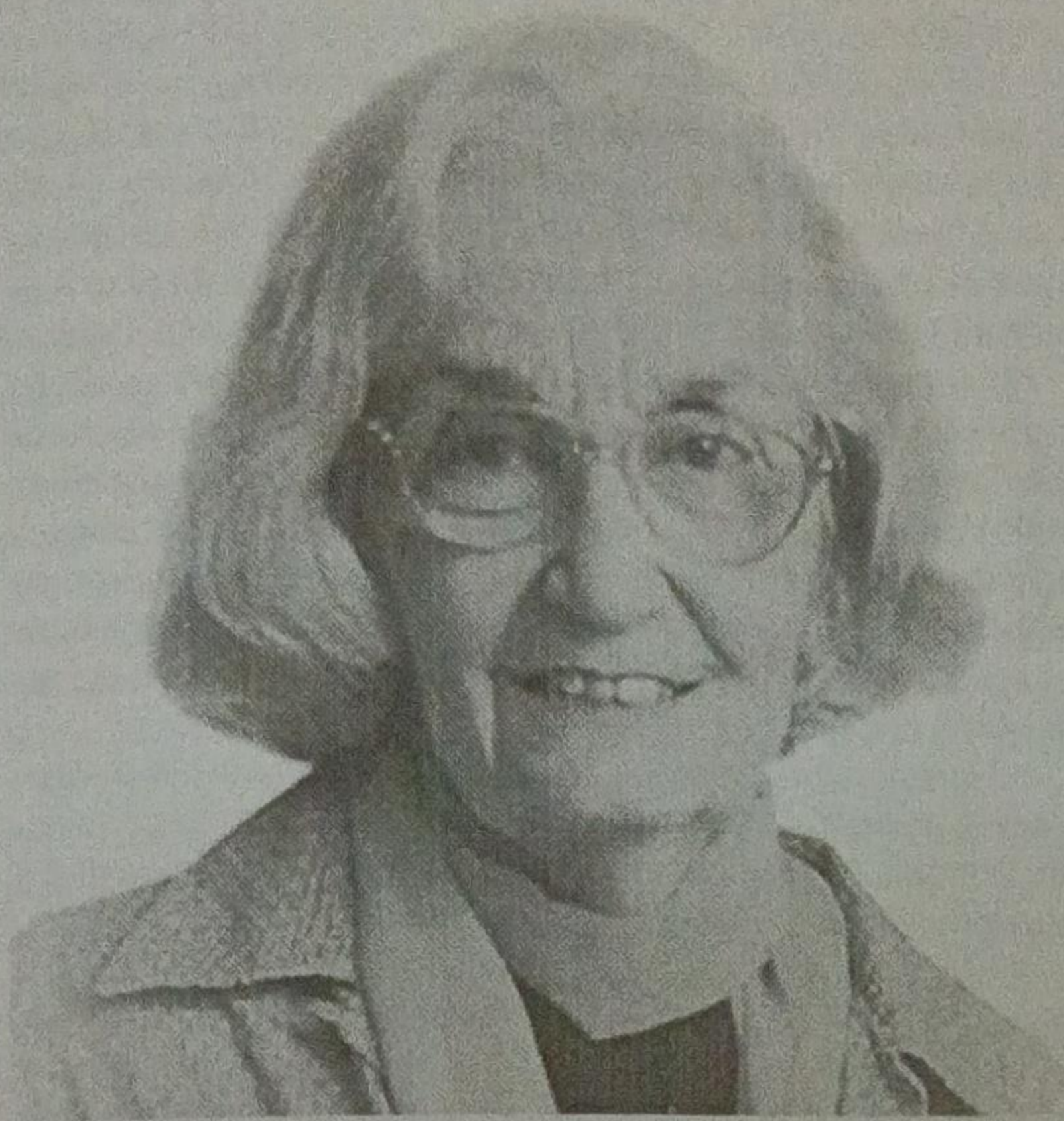
Tras la huelga de hambre y su salida clandestina del país, desde México, le escribió a Emilio Roig de Leuchsenring para solicitarle dos ejemplares de sus trabajos antimperialistas, uno para la Biblioteca Latinoamericana que se estaba organizando en Moscú y el otro para la Iberoamericana de México. Critica de que en ésta no se encontrara el retrato de José Martí entre los patriotas latinoamericanos, señalando que el *Diario de la Marina* se había comprometido a enviarlo, pero que no era necesario decir lo que era ese diario.

Mella fue un profundo estudioso de la historia de Cuba y de América, un fervoroso lector de buenos libros. Profundizó, específicamente, en los del uruguayo José Enrique Rodó, uno de los maestros de la intelectualidad hispanoamericana, gran pensador humanista y autor de "Ariel", ensayo en torno a la naturaleza de la democracia. También en Mella influyó José Ingenieros, escritor, sociólogo y psiquiatra argentino, autor de *Las fuerzas morales* y *Ciencia y educación*.

Sarah Pascual precisó que, transitando por Martí, Mella encontró a Lenin y que "Madre América", "Nuestra América" y la carta inconclusa de José Martí a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado fueron como brevarios para su formación.

Estas son sus raíces inagotables, que lejos de extinguirse, como afirma el general de ejército Raúl Castro, penetran más hondo en la conciencia de los cubanos ■

Yonhonda



Nuestra Fina García Marruz cumple sus ochenta años. En ocasión de tan trascendente celebración, Honda quiere contribuir a su homenaje reproduciendo el texto con el cual el ensayista, poeta e investigador Jorge Luis Arcos introduce su más reciente Antología poética.¹

Fina García Marruz, “como el más levantado misterio”

JORGE LUIS ARCOS

Confieso lo difícil que me resulta escribir un prólogo a la poesía de Fina García Marruz. Porque luego de escribir un extenso libro sobre su obra poética,² otros prólogos, y alguna reseña, siento que el venero de la poesía que ella sustenta continúa en cierto modo intacto. Más que escribir sobre su poesía, prefiero leerla, sentirla, acaso porque he establecido con ella una relación poco literaria. Sus versos ya no son vistos por mí como una determinada serie de palabras de mayor o menor belleza, o de determinada eficacia verbal, sino como franjas carnales, materias extrañas o alusivas, como son,

en definitiva, todas las apariencias. La intensa, avasalladora, aura simbólica que emana de su verbo es la misma que podemos sentir en torno a un árbol, una persona, en esos momentos, eso sí, excepcionales, en que sobreviene esa *otra* manera de mirar, de sentir, de conocer —o reconocer— que se ha nombrado siempre con la palabra poesía. Cuando leo sus poemas aguardo siempre esa revelación. En ellos acaece esa suerte de entrevisión mediante la cual accedemos a un exceso de realidad, a una sobreabundancia de sentimiento, y de sentido incluso. Su poesía, que acepta como pocas la noción de un límite; que parte, como tampoco es frecuente, de una dolorosa sensación de insuficiencia; que parece lacerar un silencio sagrado —“quiero escribir con el silencio vivo”, dice en un verso—, atrae, desde su cada vez más desnuda y sencilla materialidad, “el viejo oscuro son” del Universo. Decir, desde lo poco, lo pequeño, lo pobre o, sencillamente, lo natural, ese “más” enorme que atraviesa toda la realidad. “A manera de nota de órgano”, dice también. Poesía simbólica, pues, pero no con ese causalismo literario tan atrayente de cierta poesía que gusta de envolverse en una atmósfera mágica, rara, sino poesía que puede sugerir la cualidad simbólica de lo real: esa que nos arroja a un espacio vacío, a un silencio, desde donde sentimos como una antigua nostalgia o una inaudita esperanza. Es el instante puro —“el fiel instante”—, el único tiempo o punto reminiscente donde todo confluye, donde el pasado o el porvenir se entreveran en un suspendido presente. Sensación semejante a la de cierta percepción de la música. Intuición de una oculta armonía. Misterio que se muestra y se vela, como en una transfiguración de lo real. Toda su poesía alude a ese dichoso desgarramiento, a esa aurora que rompe el alba, a ese vasto crepúsculo que se hunde, *en nosotros*, cuando parece que podemos morir para volver a nacer, cegarnos para mejor ver, silenciarnos para escuchar la más arrebatadora música. Eso es lo trascendente de su verbo poético. Como ella diría: “no en lo que permanece siempre huyendo, /sino entre lo que, huyendo, permanece”. Simultaneidad jubilosa y agónica. Relación exultante y dolorosa de todos los órdenes de lo real. Porque lo real es, sencillamente, todo: lo visible y lo invisible, lo que se oculta y lo que se manifiesta. A menudo es exactamente la apertura de la mirada hacia la manifestación sustantiva, carnal de lo invisible, de lo desconocido. Hay, pues, en su poesía como un realismo de lo desconocido; apertura, acaso, hacia esa religión natural que apetecía José Martí. De ahí que ella pueda convocar las apariencias más humildes, las realidades más sencillas o escuetas, y éstas, de repente, adquirir un legendario prestigio, una antigua realeza, un señorío natural, inmune a todo artificio literario.

En una ocasión intenté describir el secreto de su estilo, a ratos “deslavazado”, dice ella misma, o poco cuidado, como en Santa Teresa, aludiendo a su despegue, esto es, a esa corriente que parece emanar de las cosas mismas —de las grie-

tas de sus palabras, de sus silencios, de sus limitadas cristalizaciones verbales, de sus opacidades o hurañeces— para poder mirarlas a la luz de su verdadera sustancia o trascendencia; es decir, un lenguaje que parece quebrarse para propiciar la apertura hacia la más misteriosa naturalidad.³ Es, entonces, un realismo simbólico o incluso visionario, a través de un estilo que no se agota en sí mismo, sino que se abre hacia otra dimensión de lo conocido. Un estilo de piedad o de misericordia, un estilo que se mueve en el orden de la caridad. Mas al final no accedemos a un orden que desfigure, niegue o suplante la visualización o corporeidad de las cosas, porque estas nunca pierden su naturalidad. Solo que vislumbramos su indefinible alusión, su oculta llama, el alimento que las sustenta, la promesa que guardan; en otras palabras, el indecible sentido que les (nos) permite existir.

Fina García Marruz fue la única mujer de un grupo de diez poetas ya mundialmente conocido como grupo Orígenes, acaso uno de los movimientos poéticos más singulares del idioma. Junto a su esposo, Cintio Vitier, ella se integró a una familia poética donde concurren José Lezama Lima, Eliseo Diego, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, Octavio Smith, Lorenzo García Vega, Ángel Gaztelu y Justo Rodríguez Santos. Fueron calificados por Roberto Fernández Retamar como *trascendentalistas*, a partir de la acepción de Heidegger: “trascendente es lo que realiza el traspaso, esto es, lo que traspasando, permanece”.⁴ Aquella afortunada caracterización sirve para sustentar, igualmente, el valor religioso que le confieren —con la excepción de Piñera, Rodríguez Santos y García Vega— la mayoría de estos poetas al menester poético, a la luz, sobre todo, del misterio cristiano de la encarnación, del Verbo que se hace carne. Pero es en la poesía de Fina donde ese misterio adquiere su mayor visibilidad. Acaso por ello María Zambrano escribió en su esencial ensayo “La Cuba secreta”:

Es en Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith y Fina García Marruz donde de modo en cada uno diferente, vemos a la poesía cumplir una función que diríamos de “salvar el alma”. No parece ninguno de ellos detenerse en la poesía como en su modo de ser, quiere decir, que siendo poetas, no parecen decididos o determinados en serlo. Y en Fina García Marruz, yo diría que “por añadidura”. Ella es quien testimonia de modo más nítido esta actitud, no frente a la poesía, sino frente a la vida. Y como todo lo que se obtiene “por añadidura”, puede en un instante cesar o desplegarse en una verdadera grandeza sin mácula. Aun el hacer más inocente que es la poesía lleva consigo una inevitable mácula, un cierto pecado. Fina García Marruz, recogida, envuelta en su propia alma, realiza esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser. Por donde cabe esperar de ella algo que ya ha hecho en la “Transfiguración de Jesús en el Monte”, pero también más: una palabra sola, única.⁵

Desde su primer poemario importante, *Las miradas perdidas* (1951), recrea Fina los misterios de la fe. En este sentido, no conocemos otro poeta que haya abordado estas difíciles y delicadas materias con tanta naturalidad poética. A menudo ella trasmite una profunda sentimentalidad religiosa, que nos conmueve y nos hace participar de un orbe tan íntimo y a la vez tan discursivo. Pero su testimonio es tan singular, tan profundo, que se confunde con el testimonio de la Poesía. De esta aparentemente contradictoria o no usual confusión proviene una de las cualidades más sobresalientes de su pensamiento poético y una de las singularidades de su voz lírica, acentuada acaso esa contradicción por un tiempo histórico en cierta forma indiferente cuando no hostil a concurrencias de esta naturaleza. Digo esto último porque lo que ella hace no es sino llamar la atención sobre la naturaleza religadora —en este sentido también religiosa— de la Poesía. Repárese en que ésta, su proyección religiosa, a menudo explícita, no impide o estorba una lectura desde presupuestos no religiosos, aunque el no tomarlos en cuenta pueda, en determinados textos, limitar o empobrecer su recepción. En última instancia, ella convoca una religiosidad esencial o ancestral, del mismo modo que un Keats, un José Martí, un Antonio Machado, un César Vallejo, un Juan Ramón Jiménez, no por casualidad poetas por los que siente una especial predilección. La afinidad es profunda, de raíz. Y una misma fuente: la Poesía. Desde esta perspectiva, muchos de sus versos pueden soportar una lectura filosófica, aunque no sea esta instancia una apetencia suya. Acaso sí la de una metafísica poética, como añoraba Machado. Pero no pueden obviarse sus afinidades con el pensamiento de, por ejemplo, Simone Weil o María Zambrano, ambas filósofas detentadoras de una filosofía de raíz poética.

Poesía de la memoria creadora, que parece habitar un tiempo reminiscente, donde se despliega, al decir de Vitier, “la imaginación del sentimiento”. Nostalgia o, mejor, anhelo. Evocación de la propia Poesía, como esencia mediadora entre el ojo y lo mirado; y como testimonio de un saber antiguo o por venir. Recreación simbólica de realidades inmanentes. Despliegue, en una zona de su obra, de una suerte de poética de lo cubano, como fue común al grupo Orígenes. O testimonio, sencilla pero profundamente, de lo Exterior,⁶ ya sean escenas de filmes de Chaplin, o de libros o poemas amados; o lienzos de Rembrandt; o músicas que evocan alegrías o anhelos pasados; o paisajes, colores, personas, en fin, toda una vasta realidad que trata de salvar de su caducidad —incluso a través de un humor cariñoso e inteligente—, o rescatar su esencia intacta a la luz de una mirada trascendente. Poesía de lo pequeño, lo cotidiano, lo sencillito, lo inmanente, donde pretende revelar lo desconocido por lo conocido —aunque, también, o sobre todo, como ella misma dice, una dimensión desconocida de lo evidente...

horita

Poesía que posee, como pocas, el don de la entrevisión. Esa que permite mirar las cosas de la realidad desde una radical extrañeza. Pero extrañeza que no aleja simplemente a las cosas, porque nos las devuelve siempre en su irrepetible y, de esta forma, nunca traicionada intimidad. “Estaba a la vez cerca y lejos”, dice del mar. O “La Alegría es solemne como el mar”. Esto es, apresa, detiene, suspende o sorprende a las cosas en sus simultáneos, confundidos, sagrados cenit y nadir. Ese es el don de su mirada, el cual, como ya advertía en otro texto, nos remite a una sabiduría ancestral, la de los orígenes, y a la intuición de una legalidad o armonía cósmicas, como diciéndonos que no por oculta su esencia, o por estar fragmentada en sus numerosas y sucesivas apariencias, es menos poderosa y omnipresente. En este sentido su pensamiento poético —porque de esto se trata— se adueña de una muy dinámica y vital potencia de conocimiento. Algo, esto último, común, en sus diferentes modos de expresión, al pensamiento poético origenista, y aporte muy sustantivo de Orígenes a la poesía de la lengua.

Esa piedad por las apariencias implica, también, una moral, un *ethos* poético, como gustaba Lezama precisar. Una ética, una religión, un conocimiento, una metafísica o cosmovisión, todas de raíz poética. No es su mirada una percepción que se nutra de o se proyecte hacia los siempre atractivos confines de la imaginación, ya subconscientes o culturales. Su mirada está siempre más apegada a la “rugosa realidad”, como dijera Rimbaud; a las cosas mismas. Más le interesa, por ejemplo, mostrar la esencia de un árbol en su indefinible materialidad —“Toda apariencia es una misteriosa aparición”, dice, con la certidumbre de que “el rostro es más misterioso que la entraña”, o de que “lo que se oculta es lo que se manifiesta”— que hacer su melancólica disección o añadirle un inútil ornamento o un caprichoso o turbio significado. Su poesía apetece una verdad poética. De la revelación de esa verdad, como en Rilke, depende su belleza posible; esto es, su perdurabilidad. Pero lo perdurable en poesía no es lo que no muere sino lo que se salva por participar de una esencia mayor. Estar más cerca de lo real, de la materialidad genésica de la creación ¿no es estar más cerca de Dios? Y para ser consecuente con esta pregunta primordial, no hay, en última instancia, jerarquías en la realidad. Todo proviene de un mismo manantial. Todo clama por una participación mayor. “Es el amor quien ve”. Esta sentencia martiana pudiera presidir toda su poesía. El amor como conocimiento. El amor como participación. El amor como impulso, energía religadora y unitiva. Pero para amar hay que hacer un vacío para que lo otro nos colme y se confunda con nosotros.

Estas y otras muchas lecciones nos ofrece su poesía. Esa poesía de quien “ama su vida ordinaria, su participación en lo común, como el más levantado misterio”, como dice ella mis-

ma en un verso. Es a lo que le ha llamado “el servicio misterioso”. Muchas de estas lecciones pueden apreciarse en su ensayo confesional “Hablar de la poesía”, como señala Vitier: “la mejor introducción a sus poemas”, que hemos querido que acompañe a esta extensa muestra de sus versos,⁷ para que el lector pueda disfrutar también de la prosa y la singular percepción cognitiva de una de las ensayistas más espléndidas del idioma.

Ni su poesía ni su ensayística han gozado, hasta el presente, de la difusión que ella misma nunca ha perseguido pero que, sin duda, merecen. Quisiéramos que, a partir de ahora, pudiera el privilegiado lector de estas páginas apreciar el inusitado don que portan y que acaso como un oculto e íntimo tesoro lo acompañarán siempre; páginas en donde, al decir de Eliseo Diego, se encuentran “algunos de los poemas de más apasionada belleza que se hayan compuesto en lengua española desde que asomó el mil novecientos”.

¹ Fina García Marruz: *Antología poética*, sel. y pról. Jorge Luis Arcos, México, Fondo de Cultura Económica, col. Tierra Firme, 2002.

² Jorge Luis Arcos: *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*, La Habana, Ediciones Unión, 1990.

³ La cita textual dice: “[...] creemos que es acaso en esa contradictoria ‘cristalización’ poética, donde se debate entre una forma que parece ser superada por una intensa plenitud expresiva, por un pensamiento que la rebasa, donde el lenguaje parece ‘quebrarse’ para acoger el despegue del pensamiento, donde radica su más peculiar originalidad estilística, muy ligada a su concepto religioso de la trascendencia de la poesía [...]”. V. Jorge Luis Arcos: “Obra y pensamiento poético en Fina García Marruz”, pról. a Fina García Marruz: *Antología poética*, La Habana, Letras Cubanas, 1997, p. 12.

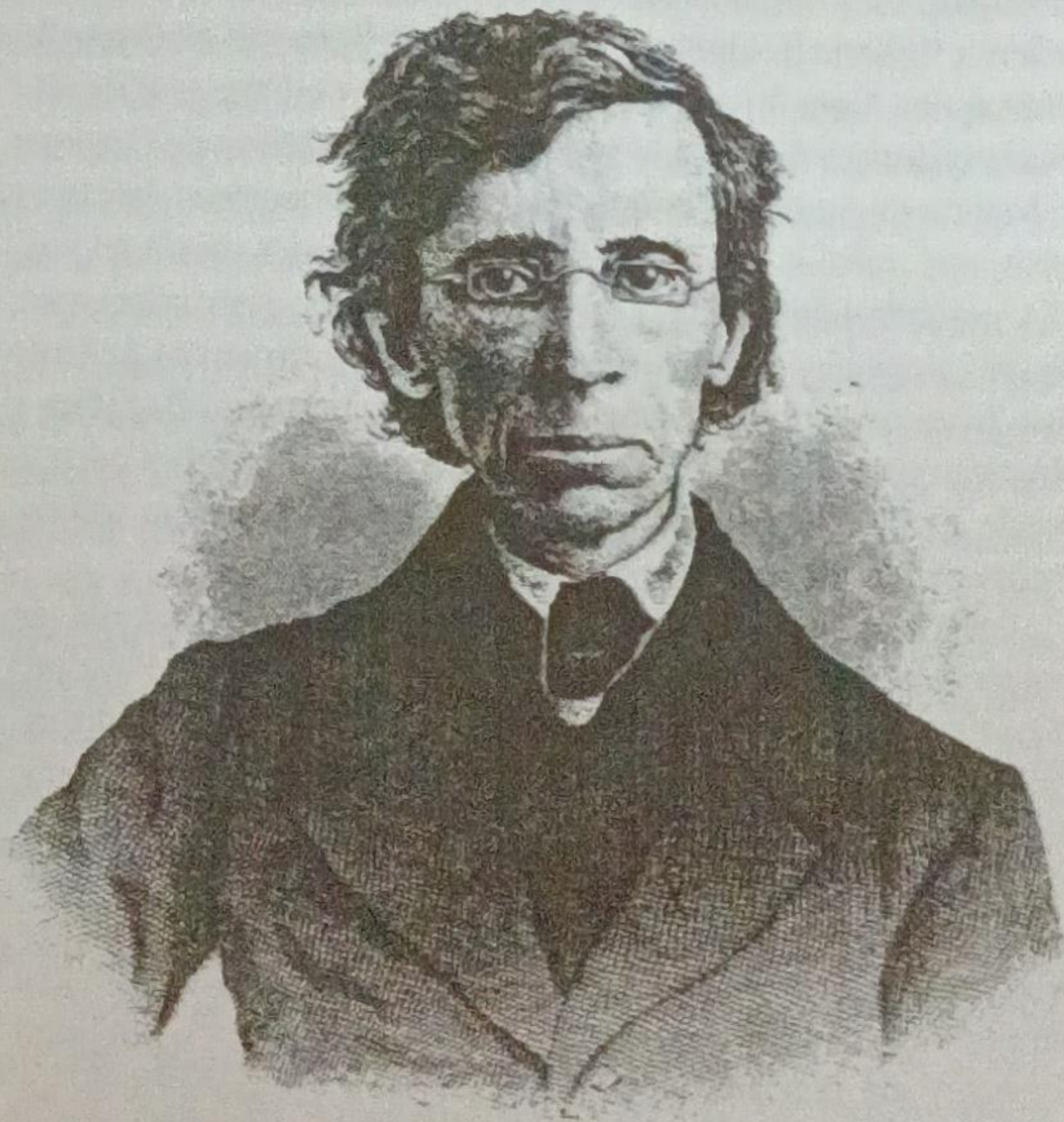
⁴ Roberto Fernández Retamar: *La poesía contemporánea en Cuba. (1929-1953)*, La Habana, Ediciones Orígenes, 1954.

⁵ María Zambrano: “La Cuba secreta”, *Orígenes*, La Habana, a. V (20), 3-9, invierno, y en María Zambrano: *La Cuba secreta y otros ensayos*, comp. y pról. de Jorge Luis Arcos, Madrid, Endymión, 1996.

⁶ En un ensayo fundamental para comprender su pensamiento poético, dice la autora: “Reparemos en que solo hay dos realidades absolutamente exteriores a la imagen que de ella tenemos o nos hacemos: nosotros mismos y Dios. He aquí dos imprevisibles poéticos, dos desconocidos [...] Si el sentir clásico fue ante todo un sentir de lo externo, en tal grado, que para el poeta aun su propio sentimiento es sustancia, cosa (así Lope, por ejemplo, tan fino poeta del sentimiento, no es en modo alguno por ello un poeta sentimental), es claro que se trató siempre de lo exterior-conocido, pero no de aquello que ahora nos ocupa, lo exterior-desconocido, dentro y fuera de nosotros”. V. Fina García Marruz: “Lo Exterior en la Poesía”, *Orígenes*, La Habana, a. IV (16): 16-21, invierno, 1947.

Esta antología tiene el valor adicional de que fue consultada por mí con la propia autora.

Fina García Marruz



El Padre Varela en José Martí

ROBERTO F. RODRÍGUEZ

*El que no sabe honrar a los grandes,
no es digno de descender de ellos.*

José Martí

La invocación de José Martí al Padre Varela, se encuentra entrelazada en urdimbre con la mención de otros intelectuales y creadores de Latinoamérica. Sin embargo, el Apóstol nos presenta su obra, en firmes y breves trazos, con sentido literario y penetrante visión.

En el año de 1892, cuando el delegado del Partido Revolucionario Cubano viaja al estado de la Florida en gestión organizadora e imantadora de voluntades, realiza su proyectada visita a la ciudad primada de San Agustín. Los residentes cubanos que lo recibieron le preguntaron qué lugares desearía visitar y respondió: "Antes que todo, a la tumba del Padre Varela". Y ya había anotado: "[...] allí están en la capilla a medio caerse, los restos de aquel patriota entero [...] que con nuestro esfuerzo y nuestra calidad probada podemos llegar a poseer: los restos del Padre Varela [...]."¹

La comisión encargada de recolectar fondos con destino a la reconstrucción de la capilla "[...] donde reposan los restos del filósofo² que despertó la mente cubana [...]"³ y que fue construida en 1853 por sus discípulos, ya en el año de 1892 presentaba deterioro. Esta junta de residentes, al hablar con Martí y sus acompañantes, recibió del Apóstol el plan de procurar más fondos para el monumento y perfeccionar el proyecto. Posteriormente, se procedió a fundar el Club "Padre Varela".

Volvamos a la mencionada expresión. "Antes que todo a la tumba del Padre Varela". Tiene su antecedente en otra, de íntimo y supremo respeto, dirigida al Libertador, Simón Bolívar, cuando Martí llega a Caracas en el año de 1881: "[...] y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar."⁴

Este homenaje reiterado a los grandes, lo veremos surgir en natural y sencillo reconocimiento, cargado de justa ejemplaridad, en todo el transcurso de su corta y fructífera vida. En su cuaderno de apuntes no. 7, la semblanza comparativa que José Martí nos hace del abogado y teólogo colombiano Francisco Moreno y Escandón,⁵ lo pone en relación con Félix Varela.

Ecléctico y desembarazado, y no apegado a escuelas, sino temeroso de las trabas que ellas ponen, y dejan disputas de que de ellas nacen [...] Parece haber en Moreno, ya en 1760, un pujante y desembarazado enciclopedista. Fue como un Varela.—⁶

Entre sus fragmentos (no. 279) Martí nos hace, además, un paralelo biográfico múltiple de los intelectuales de apellido Varela.

Y este nombre de Varela, nombre de un mártir: Florencio; de un gran orador: Héctor; de un buen poeta: Juan; de un fecundo escritor: Juan Cruz; de un dramaturgo: Luis; de un gran patriota: Pedro; de un gran economista: Rufino, y de un hombre que fue casi todo eso y mucho más; el Padre Félix.⁷

Dejemos que el mismo Martí nos describa a dos de los intelectuales citados. Abordando el Congreso de Americanistas, el Maestro escribió respecto al gran orador Héctor Varela:

[...] habló Héctor Varela, con su palabra rica, coloreada y animosa, y con su pujante y atrevido estilo como Sevilla en que vive, matizado y cálido como el Plata en que nació, rebelde y rico; y habló el rey. De América y España dijo Varela cosas elocuentes; y quiso que se unieran en fecundo abrazo y prolífico cariño la tierra árabe y la tierra guaraní, vascos y aztecas; catalanes y caraqueños: fogosísimamente abogó por la unión espiritual de América y España.⁸

Al comentar en un artículo en la *Revista Universal*, de México, el 7 de marzo de 1876, el libro *La democracia práctica* del dramaturgo Luis Varela, anota: "En otros libros, leer es distraerse; en *La democracia práctica*, leer es saber".⁹

En los análisis comparativos precedentes, el Maestro engarza los aspectos coincidentes del pensamiento latinoamericano con la obra del Padre Varela y establece diferencias de carácter general. Diferencias que, en nuestro tiempo, la percibimos en la conceptualización filosófica, y su accionar al servicio de la

y mi honra es de Martí

independencia patria, por medios propios sin intervenciones de tropas foráneas y la abolición de la inhumana esclavitud.

Estas dos originales propuestas distan de los empeños libertarios desarrollados en el continente.

En otros apuntes de la obra martiana, se relacionan nombres de cubanos ejemplares como Romay, Zequeira, P. Caballero, Pbro. Ruiz, Varela, D. J. de Luz, Govantes, Escobedo, Francisco Arango, José de Arango.¹⁰

En el trabajo publicado en el *Avisador Hispano Americano* de Nueva York, en 1889, y con motivo del deceso de Antonio Bachiller y Morales, el Apóstol continúa acercando cubanos de valores reconocidos a Varela.

Cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía [...] cuando salidos de sus manos fuertes para fundar, descubría Varela, y tundía Saco [...] y la Luz arrebató [...] en sus biografías de hombres ilustres, de Arangos y Peñalveres, de Heredia y Varela, de los Castillos y la Luz [...]. Está tan cerca el día en que hombres como Saco y Varela, como Luz y Delmonte, como Carrillo y Osés, agradecían con una locución que parece de hijos, la Academia Cubana de Literatura.¹¹

Como se advierte, en esta cita el Padre Varela es presentado como un descubridor, hombre ilustre e hijo de la Academia Cubana de Literatura. Esta apreciación final nos obliga a la introducción del fragmento no. 28.

Los cubanos en las novelas españolas:

El cubano de *Riverita*.

La cubana de *Un viaje de novios*.

La cubana de *El amigo Manso*.

ni en los que en el decoro de la derrota asombraron sus aulas y conquistaron sus premios; ni en los que en las cátedras de derecho lucen los más elocuentes, y en las de medicina los ayudantes preferidos. —ni Alveares, ni Portuondos, ni Delmontes y Azcárates, ni Lebredos. Si el novelista quiso tipos, ¿por qué buscarlos entre las excepciones? A nosotros que tenemos a América por nuestra, no nos da mucho que Pérez Galdós, tan glorioso y nuevo en aquello que conocemos, se muestre de aquella ignorancia de n/cosas que es menester para decir, como si se tratase de M., ¿no creía que era cubano cosa tan buena? ¿Qué sabe él, ni España qué sabe, de lo que los cubanos son y escriben? —(aquí la esencia de la literatura cubana, aquí lo de Howe y Varela).

Para él quien no tenía mérito, como se deleitaba recordando el valer de éste, la chispa de aquél. Cano, y en eso se conocía su valer: sabía del género de literatura como el elemento literario en quien lo extraía sin estudio de la naturaleza.¹²

En el fragmento que acabamos de transcribir, se reitera el homenaje a figuras cubanas relevantes, utilizando, con elegancia no usual, plurales personales: Alveares, Portuondos, Delmontes, Azcárates y Lebredos.¹³

Más adelante, Martí escribe: "aquí la esencia de la literatura cubana, aquí lo de Howe y Varela". La esencia de la literatura se nos muestra coincidente con la función social propuesta en las obras de los autores mencionados. Sobre la mención de Martí a Howe, después de haber estudiado varias biografías de literatos y

personalidades relevantes de la época, me inclino a pensar que se refiere a Huberto Howe Bancroft (1852-1918), nacido en Granville, Ohio, quien fuera un apasionado historiador y editor: publicó *The Works of Hubert Howe Bancroft*, en 1874, con temas dedicados a la historia de América Central, México, el oeste norteamericano y otros; sus trabajos están muy bien documentados, con una amplia y selecta bibliografía, manuscritos, mapas, transcripciones, copias y originales de los pioneros en los descubrimientos de América. Justamente, refiriéndose a sus tratados, Antonio Bachiller y Morales expresó en 1882: "La belleza material de la obra corresponde a su indudable mérito en la parte literaria: es un monumento para la Historia Americana"¹⁴

En la biblioteca personal martiana, Patrimonio Nacional, se conserva el libro *Historia de México* de Huberto Howe Bancroft (San Francisco, California, The History Company, Publicadores, 1887, 620 páginas, ilustrado). Está dedicado a Martí, con anotaciones manuscritas en la contraportada.¹⁵

Volviendo a Varela, podemos afirmar que está estrechamente vinculado con la literatura cubana, ya que fue el primero de los profesores en el mundo hispánico que adoptó la lengua nacional para escribir sus libros de filosofía. Esta audaz decisión personal del padre del pensamiento cubano¹⁶ se nos presenta como un temprano antecedente de los acuerdos del Concilio Vaticano II (1962), que estableció promover la participación comunitaria en los oficios de la misa, sustituyendo el latín por lenguas nativas.

El reconocido crítico y ensayista José Antonio Portuondo presenta al presbítero del modo siguiente: "Fue nuestro primer, nuestro mejor ensayista [...] Varela inicia la serie de los literatos cubanos"¹⁷. Sus trabajos abarcan un amplio espectro: libros, ensayos, revistas, semanarios, discursos, polémicas, proyectos a las Cortes Constitucionales españolas, obras ético-sociales, traducciones y otras.

Su creación literaria está redactada en prosa transparente, con originalidad de argumentos e independencia de juicios. Algunos de sus textos y ensayos trascendieron los límites de la patria y fueron reimpresos en varios países de América y también en España.

Resulta oportuno recordar que, por más de cientocincuenta años, los críticos literarios de Hispanoamérica han tratado de identificar al autor de la novela *Jicoténcal*, primera narración histórica del Nuevo Mundo y, posiblemente, de la lengua catalana. La autoría le es asignada a Félix Varela y Morales por los autores del libro *Jicoténcal Félix Varela*.¹⁸ Los análisis comparativos de las características ortográficas y lexicográficas, así como los términos y preferencias semánticas lo corroboran.

En esta importante novela, el autor utiliza la literatura como complemento histórico y ésta le sirve para enriquecer la comunicación expresiva. El tema sobre la conquista de México, es tratado con la racionalidad y el humanismo del enciclopedismo francés y el posterior inicio de la ilustración liberal española.

La relación de referencias que se han mostrado sobre el primer intelectual revolucionario cubano,¹⁹ de reconocido valimiento en Latinoamérica y los Estados Unidos, no son numéricamente significativas; nos presentan al autor de *Car-*

Howe

tas a Elpidio²⁰ (Etim. del gr. "elpis", esperanza) en la preclara perspectiva de su más brillante destinatario.

José de la Luz y Caballero, al saludar críticamente las *Cartas a Elpidio*, expresó: "Este libro, que el autor tiene la modestia de dirigir a la juventud de su patria, va encaminado a cuantos blasonan de pensadores y patriotas".

Antes de concluir quisiera destacar lo escrito por Martí en sus "Cuadernos de apuntes": "1821 s/la Constitución política de la monarquía española por Varela."²¹ Esta obra, la primera respecto al tema constitucional en nuestro continente, fue redactada como complemento para la Cátedra de Constitución creada en 1821, y que él llamó "Cátedra de la libertad de los derechos del hombre". En el tratado, Varela reflexiona sobre los aspectos jurídicos y su relación con la libertad, que nos es presentada como un atributo jurídico esencial de la personalidad. Respecto a la filosofía, las leyes y la soberanía, apreciamos cómo las leyes se concilian con los aspectos filosóficos y la soberanía reside en la sociedad, en el pueblo como primer poder y génesis de los demás.

Sirva esta observación para estimular el estudio del libro mencionado, *Observaciones sobre la Constitución política de la monarquía española*,²² y, de igual modo, del artículo "La democracia práctica". Ambos tratados nos presentan experiencias de siglos de desarrollo, perfeccionamiento y ejercicio de la democracia, principal aporte de la civilización griega a la humanidad.

En 1825 exilado en Norteamérica, en plena madurez intelectual y política, el Padre Varela escribió en *El Habanero*: "[...] yo espero descender al sepulcro como americano". Esta aspiración fue cumplida dignamente. Cuando muere en abril de 1853, en San Agustín, ya La Habana, donde había nacido, se iluminaba desde el 28 de enero con la luz genial de otro habanero de obra universal.

En el año de 1911 los restos del "santo cubano" fueron trasladados a su patria. Tuvieron lugar actos oficiales y solemnes con amplia participación del pueblo. Fueron depositados en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en un sencillo pedestal de mármol, rematado por una urna funeraria. En la lápida fue grabada una leyenda en latín,²³ que, paradójicamente, nos recuerda la determinación del filósofo formador de intelectuales revolucionarios de publicar sus ensayos de *Filosofía electiva* en la lengua de Cervantes.

José Martí, en el periódico *Patria* del 6 de agosto de 1892, describió con certera apreciación los últimos años del patriota entero, quien mantenía muy firmes sus principios independentistas frente a los intentos de una solución anexionista o autonomista:

[...] y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca como pudo, sin alocarse o apresurarse, ni confundir el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificable de agregarse al pueblo extraño y distinto que no posee lo mismo que con nuestro esfuerzo y nuestra calidad probada podemos llegar a poseer: los restos del Padre Varela.²⁴

El reclamo del pueblo cubano, expresado por sus discípulos y continuadores, de acoger en su suelo al prócer fundacional de la nacionalidad se materializó por la gestión de una comisión nacional integrada por los sectores de la cultura y la política, que comprendieron "[...] la necesidad de agrupar alrededor del nombre del presbítero los ideales patrióticos que ayudaron a fundar la República cubana."²⁵

¹ José Martí: "Ante la tumba del Padre Varela", *Obras completas*, t. 2, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 96-97.

² "Cuba sabe, porque lo ha dicho el filósofo, que la libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente[...]" Carlos Manuel de Céspedes: Manifiesto del 7-2-1870, en Rolando Rodríguez: *Cuba la forja de una nación*, t. 1, p. 235.

³ José Martí: *Patria*, no. 31, 8 oct., 1892.

⁴ José Martí: "La Edad de Oro", *Obras completas*, t. 18, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 305.

⁵ "Francisco Antonio Moreno y Escandón, (1736-1792). Abogado y teólogo colombiano. Propuso una importante reforma educacional, promoviendo el estudio de ciencias físico-naturales para corregir fútiles cuestiones de la teología escolástica. Decía: debe prevalecer el eclecticismo [...] experiencia y observación". Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura Hispanoamericana*, vol. 1, Ed. Fondo de Cultura Económica, pp. 172-178.

⁶ José Martí, *op. cit.*, t. 21, pp. 204-205.

⁷ José Martí, *op. cit.*, t. 22, pp. 174-175. Con el propósito de facilitar la presentación de los intelectuales mencionados, añadimos breves datos de los mismos:

- Nombre de mártir: *Florencio Varela*. Poeta y escritor argentino. Fue asesinado por la espalda, combatió a la tiranía de Juan Manuel Rosas.
- De un gran orador: *Héctor Varela*. Político argentino; defensor de la libertad y la democracia.
- De un buen poeta: *Juan Varela*. Diplomático y novelista español.
- De un fecundo escritor: *Juan Cruz Varela*. Poeta y creador de obras teatrales. Argentino.
- De un dramaturgo: *Luis Varela*. Escritor argentino.
- De un gran patriota: *Pedro Varela*. Pedagogo y escritor Uruguayo.
- De un gran economista: *Rufino Varela*. Ingeniero y legislador honrado. Uruguayo.

⁸ José Martí, *op. cit.*, t. 14, p. 121.

⁹ José Martí, *op. cit.*, t. 7, p. 347-348.

¹⁰ José Martí, *op. cit.*, t. 22, p. 44. Continuamos con algunos datos de las figuras mencionadas:

- *Tomas Romay y Chacón* (1764-1849). La Habana. Doctor en medicina. Son notables sus trabajos sobre la vacuna antivariólica.
- *Manuel de Zequeira y Arango* (1764-1846). Escritor y poeta neoclásico cubano, autor de la oda *A la pinya*.
- *José Agustín Caballero* (1762-1835). La Habana, sacerdote, filósofo humanista y orador sagrado. Profesor de filosofía.
- *Pbro. Francisco Ruiz* (1797-1858). La Habana, prof. de filosofía, escribió y publicó *La enseñanza gratuita*.
- *José de la Luz y Caballero* (1800-1862). La Habana, filósofo, discípulo del Padre Varela, creador de la frase: "quien nos enseñó primero en pensar". Referida al plano gnoseológico.
- *José Joaquín Govantes* (i-1881). Poeta y escritor. En 1876 fundó, en Nueva York, el periódico *La Voz de la Patria*.
- *Félix Varela y Morales*. Ver cronología.
- *Nicolás Manuel Escovedo* (1795-1840). La Habana. Discípulo de Félix Varela, pasó a sustituirlo en la Cátedra de Constitución. Orador y juriconsulto.
- *Francisco de Arango y Parreño* (1765-1837). Orador, jurista, economista y figura destacada de su época. El barón Alejandro de Humboldt lo caracterizó como "el estadista más eminente de la Patria".

que en honda

• *José de Arango Nuñez del Castillo* (1765-1851). Nacido en Bejucal. En unión de su primo Francisco de Arango y Parreño, fue uno de los fundadores de la Sociedad Económica de Amigos del País, así como su primer bibliotecario.

¹¹ José Martí, *op. cit.*, t. 5, p. 145. A continuación, algunos datos de las figuras mencionadas:

• *José Antonio Saco* (1797-1874). Discípulo y colaborador del Padre Varela, escritor y patriota, polemista destacado contra la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Autor de la documentada obra *Historia de la esclavitud*.

• *Isaac Carrillo y O'Farril* (1844-1901). Nacido en La Habana. Bachiller en Artes, licenciado en Derecho Civil y Canónico.

• *Blas Osés*. Desde 1830 miembro de la real Sociedad Patriótica, colaboró en el *Recreo de las Damas*, de Heredia y en la *Revista Bimestre*.

• *Rafael del Castillo y Sucre* (1741-1783). Venezuela. Realizó sus estudios en La Habana, sacerdote, director del Seminario San Carlos.

• *Luis Peñalver y de Cárdenas* (1749-1810). Nacido en La Habana, Obispo de La Habana y, posteriormente, nombrado arzobispo de Guatemala, doctor en Teología y principal impulsor de la Real Sociedad Patriótica de Cuba.

• *José María Heredia y Heredia* (1803-1839). Natural de Santiago de Cuba. Al decir de José Martí: "El primer poeta de América es Heredia". Creador de una obra plena de poesía profética y sincera, iniciadora de nuestra identidad. Entre sus cantos patrióticos, "La estrella de Cuba" y el "Himno del desterrado".

¹² José Martí, *op. cit.*, t. 22, pp. 21 y 22.

¹³ Se refiere a:

• *Francisco de Albear y Lara* (1816-1887). Nacido en La Habana. Ingeniero constructor de puentes y obras hidráulicas. Su obra más reconocida y laureada internacionalmente, es el acueducto de Albear en la ciudad de La Habana.

• *Rafael Portuondo Tamayo* (1887-1902). Natural de Santiago de Cuba. Conspirador patriota, general de división del Ejército Libertador. Delegado del Partido Revolucionario Cubano en la provincia de Oriente.

• *Domingo del Monte* (1804-1854). Venezolano. Los padres vinieron para Cuba cuando apenas tenía 6 años. Discípulo del Padre Varela, sobresalió como escritor, literato y humanista, figura relevante del movimiento intelectual de su época. Amigo y compañero de José María Heredia. El maestro de José Martí, Rafael María Mendive llamó a Del Monte: "El Félix Varela de la literatura cubana". Las tertulias en su casa fueron centro de cultura, de apoyo a los jóvenes valores y de promoción de la nacionalidad.

• *Nicolás Azcárate Escobedo* (1829-1894). Colaboró en la *Revista Jurisprudencia* y en la *Revista del Pueblo*. Orador destacado, fundó el periódico el *Siglo XIX*.

• *Joaquín Lebreo y Llandó* (i-1895). Nacido en La Habana. Licenciado en medicina, catedrático de filosofía; colaboró en diversas revistas científicas. Obtuvo premio de la Academia de Madrid, en 1870.

¹⁴ V. *Revista Cubana* (1882). Antonio Bachiller y Morales presenta un estudio biográfico de Huberto Howe Bancroft.

¹⁵ La valoración que hace el Maestro sobre este libro se puede apreciar en la carta testamento literario, dirigida a Gonzalo de Quesada, el 1ro de abril de 1895, donde le dice: "De mis libros no le he hablado. Consérvelos [...] salvo los de historia de América, o cosas de América —geografía, letras— que usted dará a Carmita a guardar, por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo a ganar el pan."

¹⁶ Yoel Padro Rodríguez. *Palabra Nueva*, año XI, jun., no. 109, p. 18.

¹⁷ José Antonio Portuondo. "Significación literaria de Varela", *Vida y pensamiento de F. Varela II*. Cuaderno de Historia Habanera, pp. 8 y 27.

¹⁸ Rodolfo J. Cortina y Luis Leal, eds., Houston, Texas, Arte Público Press, 1995.

¹⁹ "El primer cubano intelectual que pone su talento y su pluma al servicio de la causa liberadora de su país...", en Emilio Roig de Leuchsering.

Algunas características del pensamiento de Varela, La Habana, Ed. Universidad, 1963.

"Mas si Vd. llama revolucionario a todo el que trabaja por alterar un orden de cosas contrarias al bien del pueblo, yo me glorio de ser revolucionario", citado de *El Habanero*, en Félix Varela, *Obras*, comp. Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra y Mercedes García, t. 2, p. 207.

²⁰ "[...] las *Cartas a Elpidio*, que son su testamento más importante y más trascendental en toda la historia del pensamiento cubano" Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal. *Palabra Nueva*.

"*Las Cartas a Elpidio*, cuya teórica constituye quizás el único y más genuino trabajo de antropología social escrito en español" Antonio Hernández Travieso. *El Padre Varela*, biografía (Premio Emilio Bacardí) 1948, pp. 401-420.

²¹ José Martí. "Fragmentos", *op. cit.*, t. 22, p. 44.

²² Félix Varela. *Obras*, comp. Eduardo Torres-Cuevas, Jorge Ibarra y Mercedes García Rodríguez, t. 2, p. 347.

²³ La inscripción de la lápida reza "HIS REQVIESCIT/FELIX VARELA/INMACVLATVS SACERDOS/EXIMIS PHILOSOPHUS/EBREBIVS IVVENTVTIS INSTITVTOR/CUBANAE LIBERTATIS/PARENS PATRIAN EXORNAVIT/MORTVVN CONCIVES HONORANT/IN HAC ALMA VNIVERSITATE/A DIE XIX NOVEMBRIS ANNI MCMXI/STVDIOSA IVVENTVS/TANTI VIRI MEMOR ESTO." G. Giraudi Favole. "El latín lapidario en La Habana", *Bimestre Cubana*, vol. XLVIII, no. 2, sept., 1941.

²⁴ José Martí. "Ante la tumba del Padre Varela", *op. cit.*, t. 2, pp. 96-97.

²⁵ Heriberto Hernández González. *Félix Varela, retorno y presencia*. Ed. Imagen Contemporánea, 1997, p. 10.

MÁSCARAS POLÍTICAS¹

FÉLIX VARELA MORALES

Es tan frecuente entre los hombres encubrir cada uno de sus verdaderas intenciones y carácter, que la persuasión general de que esto sucede, parece que debía ser un preservativo para evitar muchos engaños en el trato humano; pero desgraciadamente hay ciertos medios que sin embargo deben ser bien conocidos, producen siempre su efecto, cuando se saben emplear, y la juventud, que por ser generosa, siempre es incauta, cae con frecuencia en los lazos de la más negra perfidia. Yo llamo a estos medios *máscaras políticas*, porque efectivamente encubren al hombre en la sociedad, y le presentan con un semblante político muy distinto del que realmente tendría si se manifestase abiertamente. Son muchas estas máscaras, pero yo me contraeré a considerar las principales, que son *el patriotismo y la religión*; objetos respetables, que profanados, sirven de velo para encubrir las intenciones más bajas, y aún los crímenes más vergonzosos.

Los que ya otra vez he llamado *traficantes de patriotismo* tienen tanta práctica en expender su mercancía, que por más defectuosa que sea, consiguen su venta con gran ganancia, porque siempre hay compradores incautos. La venta se hace siempre por empleos o por dinero, quiero decir, por cosa que lo valga; pues nadie es tan simple que pida una cantidad por ser patriota. Es cierto que algunas veces sólo se aspira a la opinión, mas es por lo que ella puede producir; pues tal especie de gente no aprecia sino lo que da autoridad, o dinero.

Hay muchos signos para conocer estos traficantes. Se observa un hombre que siempre habla de patriotismo, y para quien nadie es patriota, o solamente lo son los de cierta clase, o por cierto partido. Recelemos de él, pues nadie afecta más la fide-

dad, ni habla más contra los robos que los ladrones. Si promete sin venir al caso derramar su sangre por la Patria, es más que probable que en ofreciéndose no sacrificará ni un cabello. Si recorre varias sociedades secretas (como las que en España fueron sucesivamente masones, comuneros, etc.) *enmascarado* tenemos, y mucho más si el cambio es por el influjo que adquiere la sociedad a donde pasa, bien que jamás deserta uno de éstos de la sociedad preponderante, a menos que en la otra no encuentre algunas utilidades individuales, que acaso son contrarias al bien general, mas no importa.

Sin embargo, debe tenerse alguna indulgencia respecto de ciertos pretendientes, que siendo buenos patriotas, tienen la debilidad de arder en el deseo de un empleo, y entran en la sociedad que creen tener más influjo, y sucesivamente las recorren todas (como me consta por experiencia) para ver dónde consiguen. He dicho que debe tener alguna indulgencia, porque a pesar de que su conducta no es laudable, suelen tener un verdadero amor patrio, ni por el empleo que solicitan ni por otra utilidad alguna serían infieles a su Patria. Pero éstos no son muy comunes, y su principal defecto consiste en confundirse con los *enmascarados circulantes*; pues al fin un ambicioso es más sufrible que un infame hipócrita político. Aún en algunos casos no podrá graduarse de ambición el esfuerzo imprudente de algunos por colocarse en la sociedad, y a veces por huir de la miseria.

Otro de los signos para conocer estos especuladores es que siempre *están quejosos*, porque saben que el *sistema de conseguir es llorar*. Pero ellos lo hacen con una dignidad afectada, que da a entender que el honor de la Patria se interesa en su premio, más que su interés particular.

Suele oírseles referir las ventajas que hubieran sacado no siendo fieles a su Patria, las tentativas que han hecho los enemigos para ganárselos, la legalidad con que han servido sus empleos, cosas que también hacen, y deben hacer los verdaderos patriotas, pero cuando la necesidad y el honor lo exigen, y con cierta modestia tan distante de la hipocresía como del descaro y atrevimiento. La Patria a nadie debe, todos sus hijos la deben sus servicios. Cuando se presentan méritos patrióticos es para hacer ver que se han cumplido unas obligaciones. Esta debe ser la máxima de un patriota. Un especulador viene por su paga; pídale *en efectivo* como un mercenario, désele, y vaya en paz. ¡Cuántas veces se les oye decir que están arrepentidos de haber hecho servicios a la Patria, y que si hubieran consultado mejor sus intereses hubieran sido sus enemigos! Estos viles confunden siempre la Patria con el gobierno, y si éste no les premia (merezcan o no el premio) aquélla nada vale.

Para conseguir su venta con más ventaja, suelen hacer algunos sacrificios, y distinguirse por algunas acciones verdaderamente patrióticas; pero muy pronto van por la paga, y procuran que ésta sea cuantiosa, y valga más que el bien que han hecho a la Patria. Ellos comprenden una *especulación política* lo mismo que una especulación mercantil; arriesgan cierta cantidad para sacar toda la ganancia posible. Nada hay en ellos de verdadero patriotismo; si el enemigo de la Patria les paga mejor, le servirán gustosos, y si pueden recibirán de ambas partes. Sobre todo, el medio más seguro para conocer estos enmascarados es observar

su conducta. Yo jamás he creído en el patriotismo de ningún pícaro. Por más que se diga que la vida pública es una cosa y la privada es otra, prueba la experiencia que éstos son teorías y vanas reflexiones, sobre lo que pueden ser los hombres, y no sobre lo que son. Hay sus fenómenos en esta materia, quiero decir, hay uno u otro hombre inmoral en su conducta privada, y de excelente conducta como hombre público, o cuando se trata del bien de la Patria, aunque hablando con toda franqueza yo no he conocido ningún hombre de esta especie, y creo que sería muy difícil demostrar uno. He oído hablar mucho sobre esta materia, pero nunca se ha pasado de ratiocinios. Sobre todo, los casos extraordinarios no forman regla en ninguna materia.

Debe tenerse presente que los pícaros son los que más pretenden pasar por patriotas, pues convencidos de su poca entrada en la sociedad, y aún del desprecio que merecen en la vida privada, procuran por todos los medios conseguir algo que les haga apreciables, y aún necesarios. Ellos siempre son temibles, y es desgraciada toda sociedad, grande o pequeña, donde tienen influjo y aprecio hombres inmorales.

Muchos aspiran a este título de patriotas entre la gente incauta e ignorante, para hacerse temer aún de los que los conocen, y saben lo que valen. Hablan, escriben, intrigan, arrostran a todo el mundo, todo lo agitan, no para un momento, arde en su pecho el sagrado fuego del amor patrio, se difunde esta opinión, y está conseguido el intento. Si se les persigue, está en ellos perseguido el patriotismo; si se les castiga, son víctimas del amor patrio; en una palabra, consiguen ser temidos. Piden entonces premio por no hacer daño, y como siempre hay hombres débiles, ellos logran su proyectada ganancia.

También debe contarse entre estos enmascarados cierta clase de tranquilizadores que tienen la particular gracia de producir los males y curarlos. Todo lo componen y tranquilizan, porque no hacen más que dejar de descomponer y atizar, y las cosas por su misma naturaleza vuelven al estado que tenían. ¡Cuántas disensiones y trastornos populares se han producido sin otro objeto que el de componerlos después, ameritarse sus autores! Si no consiguen remediar el mal, por lo menos hacen ver sus esfuerzos para impedirlo y esto les adquiere el título de buenos patriotas. Sacrifican mil víctimas, pero esto no importan si hacen su ganancia.

Hay aún otra clase de tranquilizadores más hábiles, que son los que saben fingir males que no existen, y abultar los verdaderos en términos que la multitud se persuade que está en gran peligro; y después mire como a sus libertadores a los que han sido sus verdugos. Todos fingen que se debe a su celo, actividad y prudencia; si no hubiera sido por ellos, el pueblo hubiera sufrido horribles males. Hacen como algunos médicos ignorantes que para ameritarse ponderan la gravedad del enfermo, aunque sea poco más de nada lo que tenga. ¡Qué partido saca de la sencillez de muchos la sagacidad de algunos!

Otra de las máscaras que mejor encubren a los pícaros es la religión. Estos enmascarados agregan a su perfidia el más execrable sacrilegio. Se constituyen defensores natos de una religión que no observan, y que a veces detestan. La suponen siempre perseguida y abatida. Se dan el aire de confesores, y a veces el de

mártires de la fe (¡bien merecen ser mártires del diablo!) atribuyendo a las personas más honradas, y aún a las más piadosas, las ideas e intenciones más impías y abominables. En una palabra, ellos conocen el influjo de las ideas religiosas, y saben manejarlas en su favor. Mas esta especie de máscara ya casi no merece el nombre de tal, pues sólo produce su efecto entre personas muy ignorantes.

Hay otro medio de cubrirse con la religión, o mejor dicho con el fantasma, aún más especioso, y consiste en presentar los males que efectivamente produce este monstruo, y causar otros tantos y acaso más, que incluidos en el mismo número, se les atribuye el mismo origen, y quedan sus autores jugando a dos caras. No hay otra cosa mejor para el que tiene que dar cuentas que la quema de un archivo, porque luego se dice que todos los papeles estaban en él. Así en el orden político suelen atizar el fanatismo los que quieren que produzca estragos, para declamar contra él, y atribuirle todos los males. Hay otros menos perversos que no fomentan ni incitan directamente el fanatismo, pero sí aprovechan la ocasión que él les ofrece. Suelen también constituirse entonces en sus perseguidores, pero es o para inflamarlo, o para sacar algún partido ventajoso en otro respecto. En todos estos manejos infernales aparece la religión como objeto principal, cuando sólo está sacrílegamente convertida en una verdadera máscara.

Siempre abundan estos enmascarados, porque siempre hay hombres infames, para quienes las voces Patria y virtud nada significan, pero en los cambios políticos es cuando más se presentan, porque entonces hay más proporción para sus especulaciones. Nada hay más fácil que conocerlos si se tiene alguna práctica en observar a los hombres. Esta es la que yo recomiendo a la juventud para quien principalmente escribo.

¹ Félix Varela y Morales: *El Habanero*. Biblioteca de Autores Cubanos, vol. IX, Editorial de la Universidad de La Habana, 1949, pp. 5-9.

ALA DE COLIBRÍ

Veracruz, 11 de septiembre

Mia cara Tinissima:

*El amor es
manifestación única
de los seres humanos
los identifica, los purifica
y los fortalece.
Ala de Colibrí
quiso traer a ustedes apenas
dos ejemplos, separados
en el tiempo, unidos
por un mismo ideal.*

**“Te quiero,
serio,
tempestuosamente...”**

JULIO ANTONIO MELLA

Mella preparaba su divorcio y Tina Modotti —fotógrafa italiana y militante política de vanguardia— estaba por separarse de Xavier Guerrero, comunista mexicano. Pero ya el romance con el joven cubano se iniciaba incontenible. Apenas a cuatro meses de su muerte, Julio Antonio le dedica esta conmovedora misiva a la mujer que fue su último amor.

Puede ser que para ti fuera una imprudencia el telegrama, pues estás acostumbrada a llenarte de asombro por todo lo que hay entre nosotros. Como si fuera el crimen más grande el que cometemos al amarnos. Sin embargo, nada más justo, natural y necesario para nuestras vidas. Tu figura no se me ha borrado en todo el trayecto. Todavía te veo de luto, traje y espíritu, dándome el último saludo y como queriendo venir hacia mí. Tus palabras también las tengo acariciándome el oído. Y cuando llegué al trópico, y comenzó el festín del calor, con la selva y el cielo azul, ya sabes que me parecía ver en cada espesura su complemento: aquella espalda con aquel pelo negro, suelto como una bandera, que era mi consuelo al no poder verte. Bien, Tina, perdona que no sea tan largo, estoy agotado. Creo que voy a perder la razón. He pensado con demasiado dolor en estos días y hoy tengo todavía abiertas las heridas que me ha producido esta separación, la más dolorosa de mi vida. Si ya te has serenado, escribe. Pon un poco de paz en mi espíritu. Cada vez que pienso en mi situación, me parece que estoy en la entrada de un cementerio. Te quiero, serio, tempestuosamente. Como algo definitivo. Tú dices que me quieres igual a mí. Si solucionamos esto, tengo la convicción de que nuestra vida va a ser algo fecundo y grande. Pero me repites lo de antes, que no estás dispuesta a soluciones. Por mí, Tina, he tomado con mis propias manos mi vida la he be arrojado a tu balcón, cómplice de nuestros amores. Algunas veces he creído que soy un niño y me tienes lástima. Si no, explícame qué amor es este que me lleva a la desesperación. Dime cuál es la esperanza Si no deseas estar en México, nos vamos juntos a Cuba o a la Argentina. Tina, no está en mí suplicarte, pero a nombre de lo que nos amamos, dame algo cierto, algo que no sea un humo. Conmigo no hay que temer. Allí va, no un beso, porque ya no tengo alma, pero sí un recuerdo muy cariñoso para mi madrecita. También esta lágrima que saltó sobre los tipos de la dactilográfica que tú has socializado con tu arte.

Salud camarada.

ya mi honda a la de Tina



A Antonio Guerrero Rodríguez, junto a cinco de sus hermanos, le ha sido negado el sol. Él nos conmovió con su alegato en la vista de sentencia, transido de patriotismo y también de amor a la paz y a la vida. Tal, asimismo, su libro *Desde mi altura, desde donde entresacamos, apenas, una muestra. A la cárcel estadounidense donde ha sido sentenciado a permanecer hasta el fin de sus días llegué, pues, como testimonio de nuestra admiración la reproducción en nuestras páginas de uno de sus poemas.*

Un pedazo de cielo

ANTONIO GUERRERO

Por el amor más viejo de la tierra,
por la sangre de vasos generosos,
son inmensas las rocas y frondosos
los árboles donde mi paz se aferra.
A veces muere el hombre porque yerra.
A otros matan, dicen, por peligrosos.
Inaceptables son los ojerosos
designios de la muerte y de la guerra.

Frente al crimen mis ojos en la sombra
tratan de abrir un pedazo de cielo
donde poner la paz que el hombre nombra.
Junto mis manos, levanto del suelo
mi corazón, mi palabra y mi rabia
bendiciendo al amor que nos irradia.

16 de agosto de 1999

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

En vísperas de celebrarse el trigésimo Seminario Nacional del Movimiento Juvenil Martiano —y a sabiendas de que, para la Sociedad Cultural "José Martí", la labor de esa organización tiene un notable valor estratégico—, Honda quiso entrevistarse con su coordinador nacional, el compañero Carlos Rodríguez Almaguer.

Carlos, nos gustaría que pusieras a nuestros lectores al tanto del proceso de preparación para el próximo seminario, que, seguramente, está ya en marcha.

Me parece útil referirme, en primer término, a cómo hemos llegado nosotros a esta etapa de los seminarios, porque, como se conoce, esa es la actividad más importante del Movimiento Juvenil Martiano, pero no la única. Realizamos otras, como talleres de reflexión y debate, vídeo-debates, cine-debates, con temas muy actuales, temas que preocupan mucho a la juventud —los vicios, las relaciones de pareja, las relaciones familiares, la convivencia—, desde la óptica de José Martí. Muchas de estas tareas se han venido haciendo y gran parte de las experiencias reunidas se han llevado a los Seminarios de Estudios Martianos en la base... desde la base hasta la provincia.

Este año, el Movimiento Juvenil Martiano ha tenido un nivel de participación en sus seminarios muy superior al de años anteriores, no solamente en cantidad sino, también, en calidad. Hemos visto, con alegría para nosotros, el incremento de la presencia de trabajos provenientes de jóvenes de otros sectores, que no son solamente los de aquellos participantes tradicionales, mantenidos a lo largo de treinta años. Durante mucho tiempo el seminario se nutría, fundamentalmente, de los trabajos provenientes de alumnos

de los distintos niveles de enseñanza del Ministerio de Educación, pero este año, por ejemplo, hemos visto un incremento de los provenientes del sector campesino, del sector obrero, una presencia notable de los combatientes de las FAR y el MININT, y la participación de jóvenes del sector de la salud, que en años anteriores concurrían, pero no en la cantidad en que lo han hecho este año. Hay que mencionar entre los seminarios provinciales algunos destacados, como el de Cienfuegos, que fue de mucha calidad; y, asimismo, el de Camagüey, en el cual se reunieron más de 180 trabajos con más de 500 participantes. Resultó, por su magnitud, prácticamente, un seminario nacional. Evidenció la presencia cada vez mayor de jóvenes trabajadores, quienes han venido enfocando, también, la labor martiana de una forma novedosa —refiriendo en sus trabajos, por ejemplo, los vínculos de Martí con el pensamiento latinoamericano, con el pensamiento de Mella; registrando la vigencia del influjo martiano en los años cincuenta del siglo xx, en Cuba; estudiando el pensamiento agrícola de Martí o la vinculación de Martí y la medicina. Son textos que han aportado mucho.

Al mismo tiempo, desde la parte artística del seminario, hemos de igual modo encontrado perspectivas renovadoras. Es decir, ya nuestros pintores, nuestros plásticos, no se limitan a reproducir la imagen acostumbrada de Martí, sino que van a buscar esencias en las ideas martianas, para reproducirlas gráficamente. Y en ese simbolismo radica uno de los enfoques más originales que tiene el seminario. Ya han concluido todos los eventos provinciales y estamos recepcionando los trabajos avalados por sus jurados, con vistas a ser entregados al jurado del seminario nacional —conformado en los primeros días del mes de mayo. Este jurado de la treinta edición de nuestro seminario nacional —a celebrarse en junio, aquí, en Ciudad de La Habana— estará compuesto por intelectuales de todo el país, destacados en el estudio de la vida y la obra de Martí. Según los cálculos que hemos hecho a partir de los trabajos que han obtenido premios, reconocimientos y recomendaciones en los diferentes seminarios provinciales, tendre-

mos una recepción final de más de 600 trabajos, aunque, posiblemente puedan ser muchos más, por la calidad hasta hoy demostrada. Fundamentalmente, se han ajustado a los tres grandes temas que convocamos al final de la cita anterior: "Martí, su pensamiento y la Batalla de Ideas", "Martí en Julio Antonio Mella" —en homenaje al centenario de este último— y "Martí y la Generación del Centenario", en homenaje al 50 aniversario del asalto al cuartel Moncada y de *La historia me absolverá*.

En esta ocasión hemos tenido que incrementar en seis el número de comisiones, a partir del impacto que han en tenido los nuevos programas de la Revolución. Por ejemplo, los maestros emergentes, los profesores de pre-pedagógico, y, entonces, la comisión de Experiencias Pedagógicas tenemos que subdividirla; no podemos evaluar con el mismo rasero a profesionales de la enseñanza, que llevan años ya en las aulas y que tienen determinada experiencia acumulada, y a los jóvenes que acaban de enfrentarse a un aula. Ellos, aunque estudiantes con corta vida laboral, tienen, no obstante, experiencias pedagógicas importantes para ser expuestas, en tanto resultados novísimos de estos programas recientes. También estarán presentes las experiencias comunitarias que realizan los trabajadores sociales, los instructores de arte. Es decir, que nuestro seminario este año se va a convertir en toda una gran fiesta espiritual martiana para los pioneros, los adolescentes y los jóvenes cubanos.

Y después del seminario, ¿qué va a pasar?

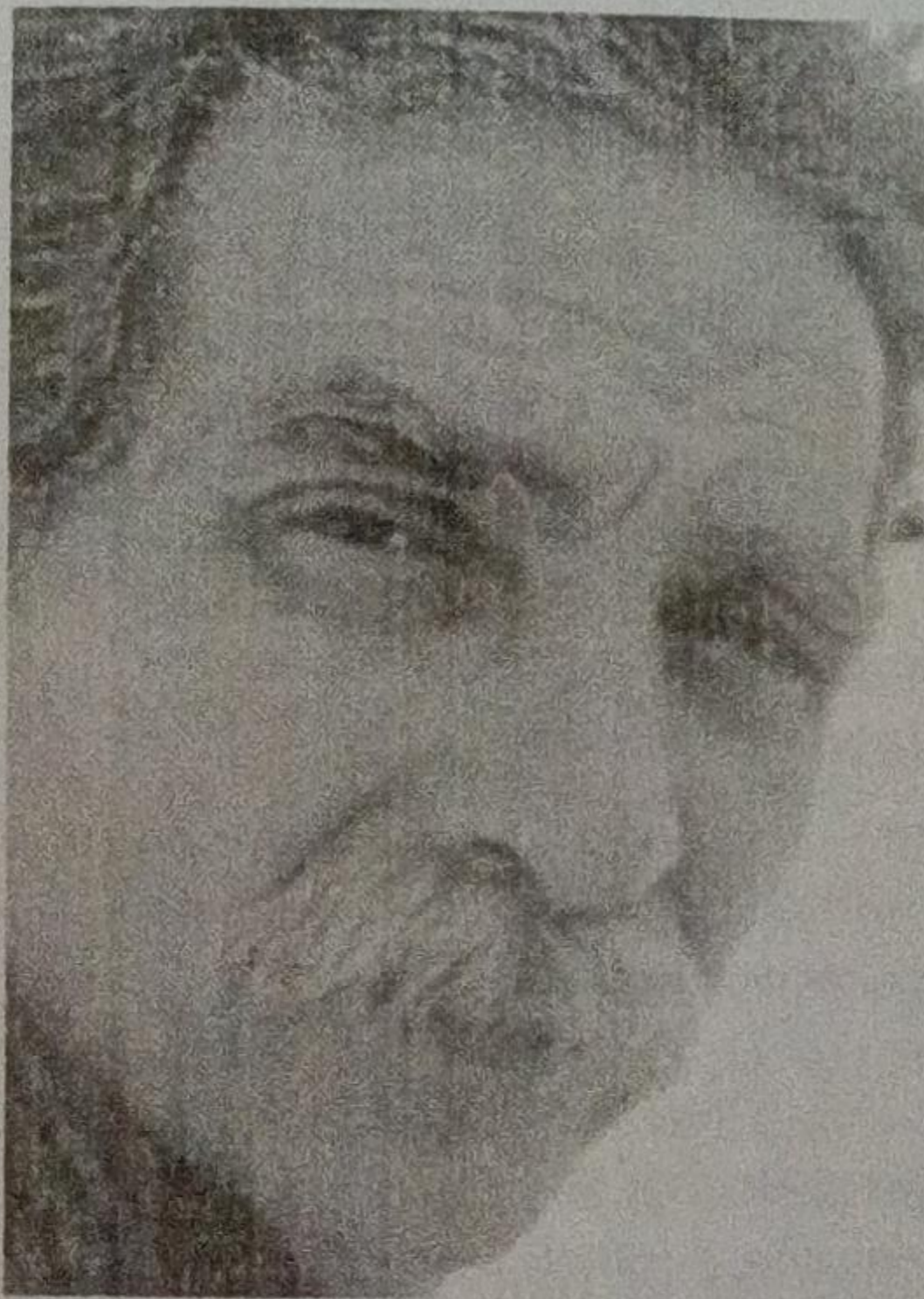
El seminario va a ser un momento en el que nosotros, la dirección nacional del Movimiento Juvenil Martiano, conjuntamente con la Unión de Jóvenes Comunistas, haremos una evaluación de cuáles han sido los pasos más importantes dados durante este año, de dónde tenemos que rectificar y con qué fuerza contamos para lanzarnos por nuevos rumbos. La búsqueda constante que nos proponemos va dirigida a contribuir, en la medida de las posibilidades, al desarrollo de una cultura general integral en los niños, adolescentes, y jóvenes; a tratar de que, además de despertar en

ellos un interés por la lectura, por el estudio constante, lograr que esas lecturas, que esos estudios, sean debatidos, sean reflexionados. Si bien es cierto que leer es bueno, no basta solamente con leer: es necesario repasar, meditar en torno a las lecturas, tratar de integrar conocimientos, de discutir, porque el conocimiento es muy vasto y es preciso realizar un intercambio de opiniones que permita la síntesis y fijar los elementos esenciales. Estamos logrando ese tipo de incursiones a través de los Clubes Juveniles Martianos y de los Clubes Patrióticos Amigos de Martí, y hemos venido dando pasos, desde hace más de un año ya, en el fortalecimiento de esas estructuras. Pienso que el próximo seminario será

un buen momento para nosotros evaluar cuánto hemos hecho este año y, a partir de ahí, proponernos las nuevas metas en un nivel cualitativamente superior. Después, nosotros continuaremos con la celebración de estos talleres de reflexión en torno a asuntos tan importantes como el alcoholismo o las drogas, siempre desde la eticidad martiana. Debemos meditar acerca del interés que muestra la juventud por prepararse a sí misma, por hacerse a sí misma; en torno al interés de la juventud por la convivencia social, por el respeto al derecho ajeno, como señalaba Juárez. Hemos de tratar de que nuestros instructores de arte, de que nuestros profesores, de que nuestros egresados de las escuelas de

arte, tengan una cosmovisión martiana capaz de permitirles hacer la obra de su vida desde una profunda eticidad, desde un profundo humanismo. Al mismo tiempo, trabajar con los demás sectores: con nuestros campesinos, mostrándoles la utilidad que Martí le ve al hecho de trabajar directamente la tierra, seguir formando en nuestros jóvenes una plena conciencia ecológica, una verdadera cultura de la naturaleza. Son estas algunas de las búsquedas que nosotros llevamos adelante, junto al estudio constante de nuestras raíces históricas como fuente inagotable de conocimiento y de patriotismo, como la guía que nos va a mostrar, de manera certera, el camino que debemos seguir ■

Honda conversa ahora con alguien de casa: con nuestro diseñador, Ernesto Joan, artista de una larga experiencia en el mundo editorial, quien hace muy poco ha realizado aportes significativos a la preservación del legado martiano, especialmente en el terreno de la imagen.



Nuestros lectores esperan que expliques la peculiaridad que distinguió el trabajo que acabas de hacer para la última edición de *La Edad de Oro*, auspiciada por el Centro de Estudios Martianos.

Fue una suerte que esa gran oportunidad se me diera en medio de la conmemoración del 150 aniversario del natalicio de José Martí: me encargaron diseñar la revista martiana para niños. Consulté en la biblioteca del Centro de Estudios Martianos una edición príncipe que fue el punto de partida para la tarea dividida en dos aspectos: diseño e ilustración. El primero consistió en el intento de lograr algo moderno y que a la vez mantuviera elementos epocales, por lo que estudié el concepto de diseño empleado en esa edición, así como sus lógicas limitaciones de carácter tecnológico y de recursos que conspiraron contra su mejor función, claro está, visto desde la óptica actual. Así fue necesario resolver la elección del formato, la tipografía, el tratamiento personalizado de cada trabajo, entre otros asuntos. Luego de analizar el aspecto ilustrativo de la revista, que originalmente fue solucionado mediante la utilización de excelentes grabados de diferentes autores, allí resultaron en mayoría, sacrificados por la excesiva reducción a que fueron sometidos. Pero los grabados originales tienen la importancia de testimoniar el trabajo de edición y dirección que también Martí hizo en *La Edad de Oro*: no sólo fue escribir, también seleccionó las imágenes adecuadas para ilustrar el mensaje que deseaba comunicar, y yo no quiero que esta edición sea mutilada en ese sentido. Comencé el trabajo de restauración y corrección de los

91 grabados contenidos en los cuatro números de la revista, con la inconmensurable ayuda de mi compañero de faena cotidiana Eduardo A. González Hernández, especialista en técnicas digitales, y ambos nos obsesionamos con la idea de lograrlo, aún cuando en algunos casos resultaba poco menos que imposible. Digitalizamos los grabados de la edición príncipe y a nivel de pantalla, mediante el recurso de ampliación, descubrimos la gran calidad de los mismos, y errores de corrección atribuibles al retocador que en la época debió encargarse de procesar los grabados. Una anécdota simpática es la del árabe al cual le habían adicionado otro par de ojos. Hubo que enfrentarse a dificultades de toda índole: manchas de hongos, deterioro de la imagen por manipulación, empastelamientos, retoques deficientes, etc. que requirieron del empleo de no pocas herramientas. Luego de esa fatigosa pero apasionante etapa del trabajo, donde por primera vez se nos revelaban detalles antes imposible de apreciar, imprimimos las imágenes ampliadas sobre cartulina y procedí a otra sección de retoque manual, que, además, comprendía reencuadre tanto por eliminación de algunos elementos superfluos como la adición de otros que fue necesario dibujar o modificar en pos de mejor función didáctica. Por último, mediante iluminación, debimos convertir las ilustraciones en blanco y negro a ilustraciones a todo



color. Eduardo las digitalizó, esta vez, como nuevas ilustraciones y volvimos a los retoques finales. De modo que las imágenes originales en esta nueva edición son de mayor tamaño y calidad. Creo que con este trabajo hemos logrado, si no toda la calidad de los trabajos originales, perdidos en el tiempo, sí la legibilidad que nunca tuvieron al reproducirse, para que cumplan la función que Martí estaba en ellos buscando.

Joan, ¿en qué te ocupas ahora?

Mi labor en el Centro de Estudios Martianos, lógicamente, me hace recurrir con frecuencia a la imagen de Martí, y ello me

ha obligado a retocar una parte de su iconografía, muchas veces empobrecida a partir de copias de copias. Ahora accederé al Fondo "José Martí" con la intención de continuar esta tarea hasta alcanzar la totalidad de las fotos de Martí conservadas. También continúo desarrollando un tema paralelo que consiste en asociar la imagen de personalidades históricas con la de Martí simulando una supuesta foto ya existente; un ejemplo de ello pueden apreciarlo en este mismo número de *Honda* ilustrando el artículo "Martí y Mella: la continuidad histórica" ■

Nuestra revista se reúne con Ignacio Estrada Díaz, joven pintor granmense, graduado de la Academia Nacional de Bellas Artes San Alejandro en el 2001. Él cursa, actualmente, la Licenciatura en Artes Plásticas y es profesor de dibujo artístico del Instituto Politécnico para el Diseño Industrial. A raíz de su exposición personal *Con mirada crítica*, inaugurada recientemente en la Maqueta de la Ciudad de La Habana, muchos conocimos de su preocupación por la defensa del medio ambiente. Como este número de nuestra publicación cuenta con colaboraciones tuyas, lo tuvimos por acá y pudimos abundar en sus motivaciones para asumir desde el arte esa denuncia vital para la sobrevivencia humana.

Ignacio, ¿por qué chimeneas y no girasoles?

Desde mi infancia sentí una gran pasión por el tema de la naturaleza, principalmente, por el paisaje y su conservación. En la medida en que fui tomando conciencia del negativo papel que desempeñan ciertas industrias en la contaminación ambiental, así como de otros problemas relacionados con los vertimientos de petróleo y el avance de la desertificación, de-



cidí abordar en mis trabajos las causas y los efectos que provocan esos procesos. Me propuse hacer una aproximación conceptual al tema ecológico, destacando los aspectos socio-ambientales y contribuir, por la vía de la denuncia, a una comprensión de esa problemática global, que amenaza seriamente la vida en nuestro planeta. De ahí las chimeneas. Es un trabajo que, tomando la industria como elemento central y a través de un proceso de simplificación y de síntesis, nos condujo a la representación gráfica de las chimeneas.

Nos interesaría desentrañar el misterio de cómo un pintor joven se adentra

en aspectos poco agradables de la realidad. Pienso que hay mucha valentía en eso de huir de caminos trillados y asumir lo que podríamos llamar "el otro paisaje".

Yo pienso que en el tratamiento del tema ecológico hay que tomar en consideración que muchas personas desconocen las causas que provocan todos estos fenómenos ecológicos y su negativo impacto en la vida y me pareció necesario representar, desde el punto de vista contemplativo y reflexivo, los factores negativos que afectan al planeta mediante el poder comunicativo de la imagen. Las personas conviven en su entorno y no conocen realmente el mundo que las rodea. Mis trabajos aspiran a provocar una denuncia y, al mismo tiempo, expresar mi preocupación por la conservación de los recursos naturales y por la protección del medio ambiente.

Háblanos de los aspectos formales de tu obra incluyendo el uso de materiales que pueden ser considerados no convencionales.

Creo que mi obra representa en cierto modo una continuidad de trabajos anteriores de otros pintores en lo relativo a este tema pero con una nueva línea, un nuevo enfoque para ver esa realidad. Empleo en mis lienzos —que constituyeron mi tra-

Joan en Honda



bajo de diploma en la Academia Nacional de Bellas Artes "San Alejandro"—, además del óleo, el negro de humo y el asfalto líquido porque pienso que el color de esos materiales, en una gama apropiada, es un complemento psicológico muy importante para el mensaje que quiero transmitir. Las tonalidades oscuras están dadas por el empleo del asfalto, utilizado, en buena medida, como un modo de hacer presente la contaminación dentro de la obra misma. Me he valido, también, del claroscuro, la perspectiva, de líneas y elementos geométricos, representaciones en escorzo,

así como de rasgados y fragmentaciones para sugerir la necesidad de la búsqueda de nuevos procesos tecnológicos.

Los lienzos de gran y mediano formato que integran esta exposición estuvieron precedidos por numerosos bocetos en los que abordan otras temáticas relacionadas, igualmente, con la agresión al medio ambiente o los vertimientos de petróleo en el mar y los efectos que eso puede causar sobre la fauna marina, lo que constituye un contrapunto dramático entre el avance de la desertificación y el retroceso de la vegetación. ¿Qué pudieras decir de esa fase en que tú investigaste y trabajaste previamente?

Esa etapa del comienzo de la obra —la parte de los bocetos— resulta un momento de exploración ineludible, durante el cual fui descubriendo la estrecha relación que existe entre diversos fenómenos, es decir, la contaminación de las aguas —el petróleo en el mar— representa una fatal cadena. Eso me permitió llegar al resultado final que puede apreciarse en mi obra. Por esa razón, esos bocetos se integran armónicamente con los lienzos y, en cierta medida, muestran el camino que seguí

para llegar a la síntesis conceptual que sirve de basamento a mi obra.

En estos días has realizado algunas exposiciones personales en lugares importantes. ¿Cuáles son tus planes futuros?

Gracias al apoyo recibido de la Sociedad Cultural "José Martí", de la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre, y de la Asociación Cubana de las Naciones Unidas he podido realizar varias exposiciones personales en ocasión del Día Mundial del Agua y del 80 aniversario del natalicio de Antonio Núñez Jiménez, que constituyen, al propio tiempo, una defensa del derecho al disfrute de la vida en paz y felicidad para todos los seres humanos, sin excepción.

Ahora estoy incursionando en otra temática también vinculada a la naturaleza, pero de manera más simbólica, donde relaciono la figura humana, es decir, al hombre, con elementos básicos como cielo, vegetación y tierra desde un punto de vista bien conceptual. A partir de esto, construyo composiciones donde se establece la dualidad hombre-medio natural. Espero continuar explorando ese asunto, búsquedas y tanteos que me permitan imprimir un sello distintivo a mi obra ■

Pedimos al compañero Carlos Manuel Marchante, director de la Fragua Martiana, que nos hablara acerca de su institución, ese lugar sagrado para todos los cubanos relacionado con la vida de nuestro Héroe Nacional. Queríamos conocer, en primer lugar, detalles en torno a la Fragua como lugar histórico y, en segundo lugar, que nos hablara del trabajo tan importante que en ella se desarrolla actualmente.

La Fragua Martiana es un museo histórico vinculado a la vida de Martí, que tiene como su joya principal, su tesoro más valioso, los residuos de las antiguas Canteras de San Lázaro, y está emplazada en sus propios terrenos. Por lo tanto, estamos hablando de un sitio donde José Martí cumplió la

pena de trabajo forzado cuando fue condenado en 1870 a seis años de presidio y de trabajo forzado. Por lo tanto, estamos en un lugar muy especial; conociendo *El Presidio Político en Cuba*, sabemos que para él significó el inicio de la maduración de sus ideas políticas, a un nivel ya que tiene que ver con la independencia nacional.

El museo fue fundado el 28 de enero de 1952, es decir, antes del golpe militar de Fulgencio Batista —finales del gobierno de Prío—, en momentos en que se está produciendo un auge tremendo de las ideas patrióticas y progresistas que encabeza el Partido Ortodoxo y que nos acercaba a lo que sería el Centenario de Martí, que se conmemoraría en 1953.

Como parte de las obras que se había previsto realizar en homenaje al centena-

rio, se encontraba, precisamente, la Fragua. Ella empieza a representar enseguida un lugar muy especial, porque ahora para los cubanos hablar de Martí y estar en lugares martianos es una cosa muy correlativa, es lo más normal que se hagan actividades en un lugar martiano. Sin embargo, en 1952 —recordemos que estamos en presencia de un 30 % de analfabetismo en Cuba, un país sub-cultural, yo diría, un país que por ese mismo nivel de escolaridad y estar caracterizado por una neo-colonia norteamericana, su cultura era muy baja— el constituir un museo para exponer la obra martiana ya fue, indiscutiblemente, un salto muy importante.

Sin embargo, la dimensión del museo hoy es extremadamente pequeña para el proyecto cultural de la Revolución. La Fra-

gua tiene una edificación modesta, que se realizó partiendo del dinero que el propio pueblo daba en aquella campaña que se llamó "Pro Fragua Martiana", y que, posteriormente, el Club Rotario de La Habana también ayudó a cristalizar con sus aportes. Hay que mencionar a Carlos Prío: él había asegurado, cuando era primer ministro en el gobierno de Grau, que si llegaba a presidente habría Fragua Martiana: entonces, al tomar el poder, no le quedó otra alternativa —ante la insistencia de los martianos— que hacer realidad la Fragua.

Los hombres que hicieron la Fragua eran profundamente martianos aunque muchos no llegaron a ser revolucionarios, lo cual no quiere decir que fueran apátridas ni se manifestaran contra la Revolución. Eran hombres que su conciencia de clase no les dejó llegar al punto de saber que era necesario transformar la realidad, cuestión que sí comprendió la Generación del Centenario. Pero lo que sí se puede asegurar es que ellos contribuyeron decisivamente a fomentar la conciencia patriótica nacional y martiana, que fue la que llevó a los hombres al Moncada. Y si algo llevó a los hombres al Moncada —por lo menos en mi apreciación muy particular— fue igualmente la profunda convicción martiana que se enseñaba en las escuelas de este país.

Gonzalo de Quesada y Miranda —el hijo del discípulo predilecto de Martí, Gonzalo de Quesada y Aróstegui— fundó en 1941 el Seminario Martiano de la Universidad de La Habana. Posteriormente, en el año 1944 —después de haber sido descubiertas las Canteras de San Lázaro por Federico Castañeda—, se hizo el Rincón Martiano con la finalidad de detener el deterioro de los restos.

Más tarde se va a crear la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario Martiano y ésta va a ser una fuerza que va a existir para fomentar el desarrollo de lo que es la edificación actual.

La historia de la Fragua tiene momentos muy particulares. Allí surgió la iniciativa de colocar el busto de Martí en la cima del Turquino. Creo que ése es un aporte importante, independientemente del cui-



dato de las canteras y de la exhibición de los objetos museables. La han visitado un grupo de personalidades de mucho nivel, dentro de ellas María Mantilla en 1953. En 1952 ya había venido Marcos del Rosario Mendoza, uno de los seis expedicionarios que desembarcaron con Martí.

Quería significar un momento para mí muy especial. El sello revolucionario de la Fragua se lo va a imponer la Federación Estudiantil Universitaria. Cuando Batista da el golpe militar del 10 de marzo, la Fragua tiene apenas unos días de creada. Se va a proponer, ante la abolición de la Constitución de 1940 y la imposición de los Estatutos Constitucionales, la necesidad de realizar una ceremonia que se conoce por "el entierro de la Constitución", una protesta de un alto nivel patriótico, que era una reacción contra la dictadura. Fue, yo podría asegurar, la primera manifestación organizada contra la dictadura —independientemente de la reacción inmediata al golpe— el propio día 10 de marzo. Y aquí, los estudiantes se propu-

sieron rechazar los Estatutos Constitucionales e hicieron una manifestación, que vino desde la Universidad, con un ataúd, hasta la Fragua, para enterrar la Constitución. Luego se realizó la jura de la Constitución, que todos conocemos, en la Universidad y al nivel nacional, en otras provincias. Pero lo primero fue ir al Rincón Martiano de la Fragua Martiana.

Todos conocemos que en el año del Centenario se va a producir la Marcha de las Antorchas, el 27 de enero a las 11:30 de la noche. Desde entonces la Fragua adquiere para los revolucionarios la connotación de un lugar de enfrentamiento, de confrontación a la dictadura, y termina siendo muy escogida para encontrarse, para hacer actividades, también, revolucionarias.

Como museo, tiene un amplio muestrario de objetos vinculados o pertenecientes a Martí. Dentro de esos objetos se encuentran unos grilletes que pertenecieron a Teodoro de la Serra y Diepa, uno de los estudiantes de medicina que fuera condenado a presidio junto con Fermín. También se exhibe un traje de presidiario. Atesoramos una mesa y una butaca que utilizó Martí en Nueva York, en la casa del doctor Ramón Luis Miranda, su médico, suegro de Gonzalo de Quesada. Se encuentra el revólver que perteneció a Martí, aunque no es con el que cayó en Dos Ríos. Se encuentra la almohadilla famosa de La Niña de Guatemala, la famosa "almohadilla de olor" del poema de Martí, y, además, las horquillas del bote donde ellos desembarcaron en 1895... en fin, sería interminable mencionar toda la relación de objetos.

En la parte superior del Museo guardamos el busto realizado por Gilma Madera, que sirvió de inspiración para hacer el del Turquino: una de las imágenes plásticas, según María Mantilla, más parecidas al Martí que ella conoció, y que preside actualmente el salón de actos de nuestro museo.

Últimamente, como muchas personas de nuestro pueblo conocen, el 28 de enero quedó inaugurada la estatua de "El preso 113", hecha por José Villa Soberón, presidente de Artes Plásticas de la UNEAC y au-

honda

tor, también, de las estatuas de John Lennon y del Caballero de París ubicadas en las calles de La Habana. Eso completó el sueño de aquellos que crearon la Fragua Martiana en 1952.

Y qué podrías informarnos en torno al trabajo que se realiza desde aquí. Me refiero a la proyección comunitaria que tú, personalmente, le has venido imprimiendo a ese trabajo.

La Fragua tiene una tradición de trabajo muy dedicado a la comunidad y, especialmente, a los niños. Los niños la han convertido en un centro de referencia que hay que visitar. Y no solamente quiero hablar del período posterior al triunfo de la Revolución. Nosotros tenemos infinidad de fotografías y de documentos que atestiguan esto que estoy diciendo. Hay que recordar que aunque la Fragua se funda en el 1952, la actividad de Gonzalo de Quesada había sido muy grande en torno a los estudios martianos desde 1919. Él nació con el siglo, continuó la obra de su padre realizando la epopeya de hacer las *Obras Completas* de Martí, y siempre fue una persona muy reconocida. Por otra parte, en 1929, un maestro —se llamaba Juan Pérez Abreu, de Remedios, antigua provincia de Las Villas— hizo los primeros grupos infantiles martianos. Fue, hasta donde yo he podido averiguar, la primera persona que organizó a los niños para estudiar el ideario de José Martí. Este proyecto él se lo comunica a Gonzalo de Quesada y éste se convierte en una especie de padrino de aquellos clubes infantiles: los apoyó con mucha bibliografía, con muchas actividades, y, desde luego, al fundarse la Fragua, uno de los objetivos fundamentales suyos fue

promover la creación de esos grupos infantiles martianos, e incluso algunos juveniles, extendidos a todo el país.

Mucho más adelante, el surgimiento del Seminario Juvenil Martiano tiene su cuna, también, aquí. La Fragua se convirtió en el centro inicial de aquel trabajo que venía haciendo la Juventud Comunista, y lo ha seguido siendo. Estamos, naturalmente, vinculados a la formación de los Clubes Patrióticos Amigos de Martí, encargados de entregar a los pioneros las sortijas "Cuba". No te quiero contar la cantidad de visitas dirigidas que van a la Fragua; suman miles al final de cada año.

Pero, además, existen otras líneas de trabajo que son muy importantes. La Fragua está enclavada, recordemos, en la calle Príncipe entre Hospital y Espada, número 108, en la misma esquina de Príncipe y Hospital, en el municipio de Centro Habana —que es, todos conocemos, uno de los municipios más pobres de la capital, que tiene una situación bastante difícil. La Fragua ha servido a esta comunidad para hacer actividades de cualquier tipo, actividades culturales, recitales actividades de aficionados, con las personas de la tercera edad, las amas de casa, los jubilados, es decir, todo este mundo que necesita del trabajo territorial. Nos hemos convertido, además, en un lugar que salvaguarda a la población. Porque, incluso, en medio de huracanes y en medio de situaciones críticas, pasamos a ser, inmediatamente, albergue.

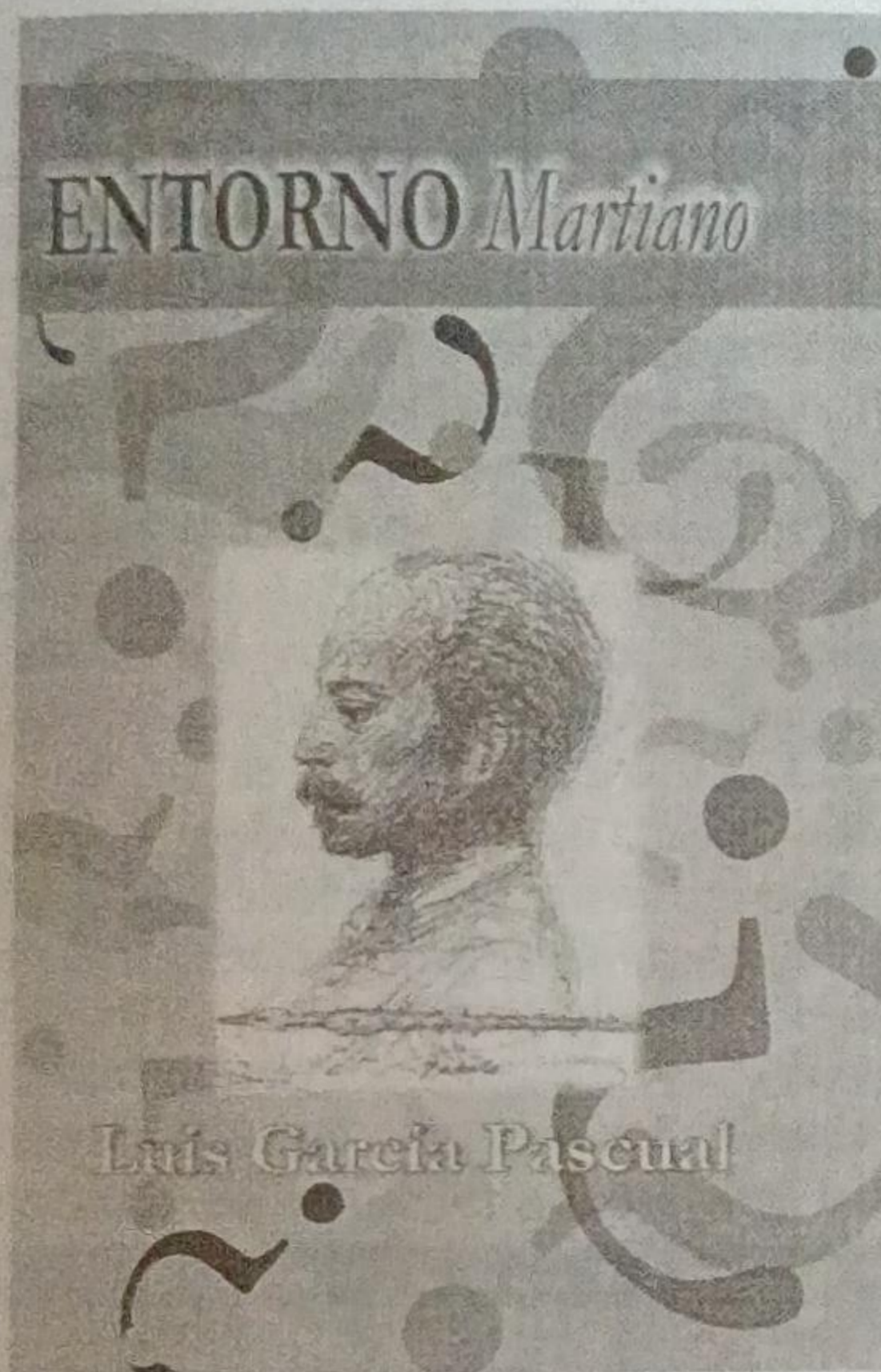
No podemos dejar de decir que la Fragua es la sede de la Cátedra Martiana de la Universidad de La Habana, y, como es su sede, acá realizan sus eventos —como la presentación de la revista *Patria*— a muchos de los cuales está invitado todo el pueblo. Se hacen cursos, seminarios, diplomados. Por ejem-

plo, realizamos un curso para los lectores de tabaquería de la capital, que se va a multiplicar con los tabaqueros de todo el país. Para que veas cómo se trabaja en diferentes direcciones: la académica, la actividad con los niños vinculada a la educación, la comunitaria.

Debido a esa dimensión que ha adquirido el trabajo de la Fragua, estamos trabajando en un proyecto de ampliación del museo. Nuestra sede se nos hace extremadamente pequeña, y tenemos previsto construir una edificación colateral —con una terraza abierta para hacer actividades, una buena biblioteca y hemeroteca, biblioteca, fototeca martiana (que no existe en el país)— y, por una decisión del historiador de la Ciudad, que nosotros apoyamos muchísimo, serán demolidas unas edificaciones que están en muy mal estado y se va a hacer el Parque de Las Canteras, que va a colindar, por la calle Hospital, con la Fragua. Tendríamos allí, también, un laboratorio de computación para realizar trabajos sobre Martí y dar cursos a la comunidad.

Así, como vemos, desde el punto de vista cultural la actividad de la Fragua Martiana se va a multiplicar. Es una manera de adentrarnos con pie firme, yo diría, en el proceso que lleva adelante el Comandante en Jefe de desarrollar una cultura general integral en la población y llevar la educación a los más altos niveles. Es decir, será una filial de la Universidad de Centro Habana y su futuro será muy promisorio. Pienso que se está creando los cimientos para que en los próximos años nos proyectemos como una institución de un gran aporte a esta batalla de las ideas en que estamos todos involucrados ■

PÁGINAS NUEVAS



Con sus lirios y sus cascocs, sus águilas y sus serpientes, el Entorno martiano

“Esta es una obra de amor”, expresa Luis García Pascual en la brevísima introducción con que nos abre su libro *Entorno martiano*. Y eso es, en efecto: un canto a la amistad como la forma más pura del amor.

A través de sus páginas nos adentramos en este universo de una manera nueva, pues no lo hacemos desde la óptica del Apóstol, sino desde la perspectiva de su tiempo histórico, del medio social y natural donde desarrolló su apasionada y apasionante ejecutoria; es a través de sus contemporáneos —que lo amaron o lo desamaron, lo comprendieron o lo incomprendieron— que nos acercamos a su contexto para observar al grande hombre en plena labor forjadora de un pueblo.

Entorno martiano es una luz vital en el escenario del drama y la batalla épica del héroe de Dos Ríos. Una luz que —luego de muchos años contemplando de cuerpo entero la figura del actor principal rodeada de nombres sin más contornos que vagas siluetas— nos descubre con mayor nitidez las

imágenes y tamaños de esos otros actores, quienes desempeñaron, también, su papel en la medida en que les fue posible.

No puede comprenderse enteramente la vida apostólica de José Martí sin conocer, al menos de manera sucinta, la de aquellos que hicieron de discípulos, pilatos o iscaríotes. La tremenda espiritualidad martiana se revela, sobre todo, en la relación con sus familiares, amigos íntimos y compañeros de lucha. El epistolario, que igualmente agradecemos a la consagración martiana de García Pascual, es la muestra mayor del magnetismo de la personalidad del Maestro y la profundidad de sus afectos. Numerosas anécdotas ilustran la constante preocupación que mostraba por sus más allegados: desde la conversación sabrosa e instructiva —que hizo expresar al cubano Diego Vicente Tejera que quien no conoció a Martí en la intimidad no es capaz de entender todo el poder de fascinación contenido en la palabra humana— hasta el verso delicado de una dedicatoria, dan la imagen del amigo que supo ser.

Quien es capaz de ser tan buen amigo, no puede menos que agenciarse amigos a su propia altura. El valor que Martí otorgaba a la amistad puede condensarse en ideas como esta: “para todos los males, la amistad es remedio seguro”; o, tal vez, en la que escribe a Biondi al ser absuelto bajo fianza durante su segunda deportación, gracias a los buenos oficios de un español decente: “grandes cosas estoy obligado a hacer, puesto que grandes bondades tengo que pagar”. En cartas, artículos, versos, esquelas, discursos y piezas teatrales, dejó para los tiempos futuros una lección permanente de lo que es la amistad.

Entorno martiano, puesto a nuestra disposición por la Casa Editora Abril, gracias al cuidado de María Cristina Eduardo Vázquez y que se hace aún más preciado por la ilustración de cubierta de Eduardo Fabelo, reúne en sus 290 páginas, 410 breves biografías, 236 certificados de nacimiento y 171 de fallecimiento, de personas que, de alguna manera, tuvieron que ver con Martí.

Luis García Pascual tiene 81 años. Este es el tercer libro que nos regala. Los dos anteriores, *José Martí. Epistolario* (Editorial de Ciencias Sociales-Centro de Estudios Martianos, 1993) y *Destinatario José Martí* (Casa Editora Abril-Centro de Estudios Martianos, 1999), vienen a completarse en el que hoy presentamos. Esta obra no solo contribuye a la bibliografía martiana, sino, también, a la historia de Cuba por los nu-

merosos datos que rectifica gracias a la perseverancia y acuciosidad de su autor; de esta suerte, muchas lagunas, dudas, tergiversaciones —respecto a grados de parentescos, ocupaciones, vínculos, etc.— vienen a ser, oportunamente, aclaradas.

Hay en el decursar de la literatura libros útiles y libros necesarios: *Entorno martiano* es un libro necesario. Desde él comenzaremos a comprender mejor la realidad de un hombre que no vivió suspendido en la historia, sino que anduvo a paso firme los caminos de este mundo nuestro, con sus lirios y sus cascocs, sus águilas y sus serpientes.

CARLOS RODRÍGUEZ ALMAGUER

José Martí y el alto Oriente cubano

José Martí es un héroe nacional que residió la mayor parte de su vida fuera de la patria. La entrega a la causa independentista le llevó a la deportación y al exilio. Sin embargo, durante toda su existencia mantuvo estrechos vínculos con Cuba y sus mejores hijos, lo cual fue reflejado constantemente en sus escritos. Y esta relación tenaz establecida con regiones y localidades del país es un tema que merece priorizada atención. Los libros *El Camagüey en Martí*, de Gustavo Sed y Luis Álvarez, y *Los hermanos santiagueros de José Martí*, de Eliades Acosta, pueden ser puntos de partida para este tipo de estudios.

El Maestro consolidó, también, lazos especiales con la región guantanamera. Esto ha motivado diversas investigaciones en torno a personalidades que llegaron a relacionarse con él a lo largo de su vida, trabajos que abordan los nexos de la región con el proyecto emancipador o se refieren al trayecto del Apóstol por el territorio entre el 11 y 30 de abril de 1895. Tales son las pesquisas llevadas adelante por Zoila Rodríguez Gobeia y Manuel Fernández Carcassés sobre Amador Esteva; por Wilfredo Campos Cremé acerca de la conspiración de Guantánamo de 1893, por José Sánchez Guerra sobre la labor del Delegado, para entender a cabalidad la acción del Partido Revolucionario Cubano en la región guantanamera-baracoesa; y por Danilo Arrate en torno al trayecto martiano desde su arribo a costas cubanas por la Playita de Cajobabo.

No obstante, se hacía necesario un acercamiento más integral a los nexos de Martí

Y mi honda

con Guantánamo. En tal sentido, debe el lector agradecer la publicación de *Paz de alma. Presencia de Guantánamo en la obra de José Martí*, de la investigadora Magdalena Cantillo Frómata.

En este libro —editado por el sello El Mar y la Montaña— Maday, como le llamamos, reconocida estudiosa de la vida y obra martianas, nos entrega el resultado de sus indagaciones. En cinco partes y ocho anexos, sistematiza y define la conexión de Martí con la región guantanamera y con personas radicadas o asociadas a este territorio. A Silverio del Prado, a quien el Maestro siempre asoció con Guantánamo, y Amador Esteva, divulgador de *La Edad de Oro* en el Oriente cubano, les dedica sendos estudios.

En los epígrafes “Antes de 1895: Guantánamo, grupo impaciente y fuerte” y “Vamos haciendo almas”, analiza la situación de la región en los años del “reposo turbulento” y los nexos establecidos con el Partido Revolucionario, enfatizando en la conspiración de 1893 y los continuos contactos con los grupos de Guantánamo y Baracoa en el período previo al estallido independentista.

Mediante las páginas de “Días bellos y recios”, exalta las jornadas de Martí en los campos orientales, la relación establecida con sus pobladores y la huella por él dejada y alimentada por generaciones de cubanos en aquellos lares.

En los valiosos anexos —muestras de una paciente labor— sintetiza la cronología de referencias martianas sobre Guantánamo realizando precisiones en torno a zonas y personalidades, incluye la relación de personas conocidas por Martí durante su periplo guantanamera, amén de dedicar espacio a la presencia de la flora, costumbres y hábitos alimentarios reflejados por el Maestro en su diario de campaña.

Es plausible el empeño acometido por Magdalena Cantillo. Este tipo de publicaciones exige brevedad, pero, en este caso, el espacio fue muy bien empleado: las 70 páginas de *Paz de Alma...* constituyen una certera aproximación al tema y deben ser, en lo adelante, referencia obligada para quienes decidan continuarlo.

Urge estudiar la reflexión martiana en el alto Oriente cubano. De los colegas guantanameros y, en especial, de Maday esperamos próximas entregas.

Entre tanto, “paz de alma” sentimos al saber que obras como esta expresan la perdurabilidad del legado del Apóstol en la memoria

de los compatriotas de aquella tierra en la cual sintió la “dicha grande” de ser cubano.

ISRAEL ESCALONA CHÁVEZ



Versos sencillos: misión y misterio

“A un libro se le conoce conociendo a quienes lo leen”. Esta frase de Ezra Pound bastaría para dar la connotación y el lugar exacto de este cuaderno en su infinito. Nunca han dejado de seducirme sus dotes de enmascaramiento, sus numerosas derivaciones entre el decir y el querer decir, sus fusiones entre parecer y ser. Lograr ese tono, que —aunque nunca lo confiesa y se escabulle siempre como una entraña con ojos— es aglutinador.

El poeta al querer apresar la esencia de la vida, y de la suya particular, incurre en raptos de la memoria, exactos medallones de una misma joya, de silenciosa urdimbre obstinada. El adentro y el afuera se confunden, lo elevado y lo bajo abandonan sus atributos, y quedan solo las amplias elecciones. Paradójicamente, el pensamiento poético ha alcanzado sus mayores dotes de elevación quedándose desnudo. De ahí el singular enmascaramiento. Al lograr la sintaxis una claridad, pero de varios fondos, un mensaje, una música también para los seres simples, desposeídos y poseídos de la melodía.

El poeta se coloca en la sapiencia omnímoda y, curiosamente, desata su decencia, su idea del bien, su artística democracia. La oralidad es su sapiencia omnímoda. Prosiguen los enmascaramientos, no solo toman fondo sino proyección en el tiempo. El misterio de las grandes obras literarias es haber hallado un lugar exacto —acaso indefinido— en el espacio y en el tiempo.

Cuando leas este libro que te suma, pregúntate una vez cómo lo hizo. Entonces verás emerger lo filósofo de tus límites, de tus fronteras, tus válvulas inconmensurables. Esa tela al viento que se sostiene lo puede todo por tu mano; así este libro, secreto talismán que te acompaña sin saberlo tú y sabiéndolo mucho, al tiempo de poseerlo ignorándolo, va marcando el paso de tu vida, de la de tus iguales, de la de tus mayores, de la de tu nación. Llegar a decir sin pretenderlo. Obtener sólo como un movimiento firme de la mano, y luego dejar de ser para esperar. Esas son la misión y el misterio del escritor.

CARIDAD ATENCIO



Cesto de llamas en China: gratitud de autor

Honda me ha solicitado —con entusiasmo que resulta difícil declinar— unas líneas testimoniales sobre la reciente publicación en chino de *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*. Ya antes, el libro

yo me honra a la de Martí

había tenido cuatro salidas en español y acababa de aparecer, también, en inglés, con excelente traducción de la profesora beliceño-canadiense Pamela Barnett Idahosa, estudiosa de Martí ella misma.

Por supuesto, desde el primer momento entendí que *Honda* no me llamaba al penoso ejercicio de la autocomplacencia, sino, por el contrario, a eso que Martí llamó “los oficios de la alabanza”, que él prodigó con ejemplar sentido ético para premiar el mérito ajeno. No me queda, sin embargo, más remedio que empezar aceptando que esa obra, aunque la haya escrito yo mismo, ha venido siendo útil para el conocimiento de Martí. Si ocultara ese criterio, no sería humilde, sino insincero; y, si no pudiera partir de él, sería un irresponsable: en tal caso, no debí haber dado el libro a las prensas y, menos aún, reiteradamente. En relación con esa utilidad, cuyo grado no me toca ponderar, acudo a los aludidos oficios para expresar gratitud, pues no debo ni deseo renunciar a reconocer el esfuerzo y los logros de otras personas.

A propósito de las sucesivas ediciones del libro, incluso en los volúmenes correspondientes, he dado constancia de agradecimiento a quienes las hicieron realidad. Al frente de la primera edición reconocí amplia y gustosamente mis deudas, y en las ediciones sucesivas he procurado actualizar la nómina. Huelga decir que, en la generalidad de los casos, tuve en cuenta —como ahora, aunque el espacio no dé el margen necesario para todas las menciones individuales que sería justo hacer— a las propias casas editoras, que para el español han sido, en La Habana, Ciencias Sociales (1996: la que les valió a la editorial y al autor el Premio Nacional de la Crítica) y Pueblo y Educación (1998); en Sevilla, Alfar (1998). Ciencias Sociales, que me ha expresado la voluntad de satisfacer a quienes reclaman que la biografía vuelva a ser adquirible en español —y en moneda nacional—, repitió en 2000; mientras que la aparición en inglés —*Basket of Flames*— se debió, asimismo en La Habana, a la Editorial José Martí, y tiene *copyright* de 2002, aunque no circuló hasta inicios de 2003. El esfuerzo de esta última se hizo bajo la guía de dos directoras: Cecilia Infante y Lourdes González, e incluyó buscar traductor o traductora, res-

pecto a lo cual el éxito se alcanzó gracias a la intervención del hispanista jamaicano-canadiense Keith Ellis, sabio bueno.

A Cecilia y a Lourdes —como a quienes en el lapso al cual conciernen estas líneas han dirigido o dirigen hoy Ciencias Sociales (Armando Cristóbal en la edición de 1996; Ernesto Escobar en la de 2000 y ahora), Pueblo y Educación (Catalina Lajoud) y Alfar (Manuel Díaz)— me place seguir agradeciéndoles su aporte, al igual que agradezco el de otros trabajadores de dichas instituciones. A Cecilia, además, debo reconocerle públicamente, como no había hecho hasta hoy, su intervención para que, en la Editorial José Martí, la diestra Liuba Paramónova hiciera la primera copia del texto en soporte digital. Esa copia se llevó a cabo a partir del segundo de los dos pases que, de mis feroces borradores mecanuscritos y con febriles correcciones a mano, hizo Rosa Balseiro, a dactilográfica limpia, y siempre apurada y nunca excesivamente remunerada por mí, en su casa de Santos Suárez.

Aquella decisión, tan útil para toda la vida posterior de la biografía, la tomó Cecilia con el fin de que la Editorial José Martí pudiera disponer del texto para la publicación en inglés, que ella incluyó en sus planes tan pronto como conoció que yo había escrito el libro. Y no debo pasar por alto que este nació del encargo que, desde la Agencia Literaria Latinoamericana, me hizo su director, Jorge Timossi, bien avanzado ya diciembre de 1994, para que yo entregara el original a inicios de 1995. Supongo que acepté por el sobresalto que suele causarme el teléfono, medio de que se valió Timossi para convencerme.

En realidad, creo que yo nunca me había propuesto escribir una biografía de Martí, pero parece que en más de veinte años de lectura y acarreo ensayístico la obra había venido fraguándose en mi pensamiento sin que yo mismo me hubiera percatado. Sin descontar que en los difíciles 1994 y 1995 no era un estímulo insignificante, ni lo es en las dificultades de ahora, la esperanza de recibir —moralmente ganado y en moneda salvadora: para la vida propia y la familiar— algún pago, por muy exiguo que fuera, o que sea. Aquella promesa de edición bonaerense me hizo recordar que, además del incalculable servicio que dio con ellas a nuestra

América y al mundo, sus crónicas para *La Nación* le sirvieron a Martí para ayudar materialmente, con frutos de su trabajo, a la madre.

Luego resultó que el supuesto reclamo de un editor argentino para publicar en su tierra una nueva biografía de Martí había sido una informalidad o un malentendido, y el libro no se publicó en el mismo 1995. Lo agradecí de veras, porque pude dar riendas sueltas a la tenaz obsesión mencionada, de la que tampoco escapó ninguna de las otras ediciones hechas hasta ahora, ni el texto que —hallándose en marcha las ediciones en inglés y en chino— preparé para su esperada nueva impresión en español, y para las que puedan venir: como la traducción al bengalí, que ya se gesta. Pero en ningún caso he querido privar al libro de su carácter de texto escrito literalmente en un raptó y, como me gustaría que se apreciara al leerlo, con el calor expresado en su título.

En el camino apuntado ha de ubicarse la edición en chino, a la que dio un aporte decisivo nuestra embajada en Beijing. Allí, a partir de la propuesta de la compañera que dirige la filial de la Sociedad Cultural “José Martí”, Hiraída Rodríguez Mondeja, a quien entonces yo no conocía, se generó una acción a la cual se sumarían resueltamente el propio embajador, compañero Alberto Rodríguez Arufe, y otros integrantes de dicha misión, a quienes también conocí cuando la salida china del libro estaba en marcha, o ya casi terminada.

La acción dio sus frutos y, rápidamente, los promotores hallaron editorial y traductor, y, entre fuerzas chinas solventes —que las hay, privadas incluso—, el financiamiento necesario. La editorial resultó ser Conocimiento del Mundo, adscrita al MINREX chino; el traductor, Huang Zhiliang, escritor. Estudió español en Cuba y ha sido embajador de su país en Colombia, además de haber desempeñado otras importantes tareas diplomáticas. No por casualidad fue escogido para que actuara como intérprete de los reyes de España. Conserva fotos donde se le ve con ellos.

La Editorial Mundo Contemporáneo es dirigida por Wang Chenjia, quien, durante años, fue embajador en Cuba, país por el cual muestra profundo cariño, así como admiración por Martí, cuyos versos le han

yo mi honda

servido de estímulo en su obra de reconocido calígrafo. Varias de sus recreaciones caligráficas sobre ese tema integrarían una exposición inaugurada pocos días después de mi visita a Beijing para intervenir en la presentación de *Cesto de llamas*, título que, cita del poema de Martí "Pollice verso", le dio motivo para la caligrafía que me regaló en el almuerzo que nuestra embajada ofreció a varios amigos y amigas el día de mi partida.

Debido a lo que evidencia de esfuerzo hecho por otros, debo aún recordar que fue en mayo de 2002 cuando recibí, por teléfono y en la voz de Chela, desde el despacho del compañero Armando Hart Dávalos, la información que allí había llegado en carta del embajador Rodríguez Arufe: la iniciativa de publicar el libro en chino y la petición de la editorial de que renunciara al pago de derechos de autor, que habría encarecido mucho la edición. Todavía no se había empezado, desde luego, a trabajar en la traducción, pues ello dependería de mi respuesta —que fue pronta y positiva, atendiendo a lo que significa favorecer el conocimiento de Martí en un país como China— y el 14 de febrero de 2003, en la espléndida Biblioteca Nacional, se presentó el libro, estupendamente editado. Su lanzamiento fue, se me dijo, el centro de la conmemoración en China del sesquicentenario de Martí. Algo así era como para alegrarme y asustarme a la vez.

Entre ambas fechas medió un trabajo intenso y serio. Por correo electrónico varias veces recibí, y respondí, con detalles y puntualmente, las dudas que a Hiraída y a Zenén Buergo, consejero político de la embajada, les iban quedando en sus largas sesiones de análisis con Huang Zhiliang. Nunca entendí por qué, a pesar de mis intentos iniciales, no se propiciaba una comunicación directa entre él y yo, y llegué a pensar que se debía a cierto sentido asiático de discreción o de jerarquía. Luego supe que se debía al pudor de Huang Zhiliang, que no quería comunicarse con el autor del libro —a quien en Beijing trataría de modo fraterno— hasta estar seguro de haber logrado una buena traducción.

Lamentablemente, mi desconocimiento del chino me impidió hacer con la de

Huang Zhiliang lo que sí me fue posible con la de Pamela al inglés: ir leyéndola según ella la hacía, para disfrutarla y ofrecer las naturales observaciones naturales de esos casos, y, sobre todo, con la tranquilidad que pronto tuve de que se trataba de una traducción excelente. Pero, por las opiniones que me llegaron en Beijing, tiene razón Huang Ziliang para sentirse satisfecho con un trabajo en el que, además del apoyo que en cuanto a matices del español y a datos relacionados con Martí recibió directamente de Hiraída y Zenén —y de mi parte mediante los mensajes electrónicos dirigidos a esos dos compatriotas míos—, contó con la ayuda de dos miembros de su familia que hablan español: su esposa y uno de los hijos de ambos —también diplomático y especializado en temas latinoamericanos. Similar alegre tranquilidad —seguridad— asiática en relación con el resultado del trabajo me la transmitió Wang Chenjia, quien para la edición contó con la floral Susana Su: ella atiende en Conocimiento del Mundo, entre otros, los textos de lengua española.

Se acercaba el final de aquella labor y todavía no había sido posible, por razones técnicas y por las características de la fuente, copiar las ilustraciones de la edición por la cual se hizo la traducción al chino y la edición del libro en esa lengua: la hecha en el 2000 por Ciencias Sociales, que reprodujo las ilustraciones mantenidas en las anteriores. Entonces dio su aporte Enrique Mayol Amador. Como diseñador, había preparado la edición en inglés, que en China no había sido vista cuando se presentó la hecha en ese país, y, probablemente, no se ha visto aún cuando escribo estas líneas: los primeros ejemplares llegaron a La Habana desde Bogotá —donde se imprimió el libro en inglés— cuando ya casi partía yo para mi viaje asiático, que incluiría Beijing. El primer destino fue Calcuta, en cuya magnífica feria del libro representé a Cuba, y allí quedaron los pocos ejemplares de *Basket of Flames* que llevé conmigo, salvo dos que desde Calcuta envié a Delhi, teniendo en cuenta que el inglés es una de las lenguas de la India.

En La Habana me había ayudado Mayol a sumar a la edición en inglés dos o tres

ilustraciones que no figuran en las ediciones en español y, en presencia mía —por supuesto que le ofrecí cuanta orientación me fue posible—, mostró su pericia "limpiando" adecuadamente en la computadora las fotocopias de algunos manuscritos de Martí que lo requerían. En general, mejoró las ilustraciones y, generosamente, contribuyó a que se reprodujeran en disco compacto, el cual, sin haber salido todavía la edición en inglés, logré enviar a Beijing cuando ya parecía que la edición china saldría sin ilustraciones. En Mundo Contemporáneo consiguieron hacer con ellas —replanteadas y enriquecidas con otros criterios— el eficaz pliego inicial que, en la edición china, sustituye a las ilustraciones que el libro había venido teniendo intercaladas y sin el tratamiento cromático logrado en China sobre un papel de mayor calidad.

El resultado del múltiple empeño llevado a término en China —está claro que no aludo a lo que me concierne como autor, sino al fruto editorial allí cosechado— fue —es— un libro que confirma la tendencia asiática a aunar lo útil y lo bello: conjunción que el llamado Occidente ha querido presentar como patrimonio suyo y de raíz greco-latina. Eso contribuirá, también, a que, por lo que respecta a *Cesto de llamas*, Martí siga abriéndose camino en Asia, donde todavía no es un tema tan familiar como merece.

Al crecimiento de la presencia de Martí en China, y en otras partes de Asia, puede contribuir el hecho de que, y eso cabe decirlo más allá de lo estrictamente metafórico, él, en gran medida, es un *no occidental*. Fue consciente de que su patria, como otros pueblos en distintas partes del mundo, había sido insertada a la fuerza en la trama de imposiciones de ese complejo bloque sociopolítico y cultural, más que región geográfica que, sobre todo a partir del pasado siglo, se llamaría Occidente. Y de este formaban parte tanto la metrópoli en decadencia que oprimía a Cuba como la que emergía y ya intentaba apoderarse de ella, en su afán de someter a toda nuestra América a un nuevo sistema de colonización.

Sin ignorar las particularidades distintivas de etnias y nacionalidades, Martí se li-

Hiraída

bró de las trampas del racismo —llegó a negar la existencia de razas y proclamó que no había más que modificaciones dentro de una sola raza: la humana— y, de igual manera, comprendió que los seres humanos se dividen, como es sabido que escribió, en dos bandos, no geográficos ni culturales, sino el de los que aman y fundan, y el de los que odian y destruyen. En “Los pobres de la tierra” —artículo cuyo título viene de su declaración en *Versos sencillos*: “Con los pobres de la tierra/ Quiero yo mi suerte echar”— situó las batallas por la independencia de Cuba en la “lucha perpetua” y planetaria, como cabe añadir siguiendo sus propios razonamientos, “entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia”.

Con esa claridad vio las diferentes regiones del mundo —y el mundo en su conjunto— así en su pasado histórico como en la contemporaneidad. Estaba, pues, especialmente preparado para rechazar las maniobras de quienes, herederos del espíritu de las cruzadas y beneficiarios del capitalismo y del imperialismo fomentados por el triunfo del llamado Occidente, aún hoy son capaces de invocar, ya sea de manera explícita o tácita, presuntas guerras entre civilizaciones. Hechos tales, unidos a la espiritualidad y a la consistencia ética y estética de Martí, que tienen mucho que hacer en el mundo todavía, continuarán abriéndole caminos en todo el mundo a su legado, de valor universal.

Personalmente, debo agradecer, por tanto, que se haya puesto a *Cesto de llamas* en vías de ampliar su servicio a una aspiración tan noble como necesaria. En esa medida, agradezco a *Honda* el que —con sentido que no se reduce a una estrecha pretensión de especialidad, aunque no estaría mal que esta fuera siempre cumplida por quienes tengan la responsabilidad de hacerlo—, haya tenido la disposición de propiciar que se conozcan las venturas con que ese libro, al que tantas alegrías debo, me ha sorprendido y regocijado.

LUIS TOLEDO SANDE



José Martí, sus padres y las siete hermanas

Se ha hablado y escrito, en varias ocasiones, en torno a la familia de Martí, pero poco se ha dicho, específicamente, sobre aspectos cruciales que marcaron las relaciones entre nuestro Héroe Nacional y sus padres y hermanas.

El propósito de *José Martí, sus padres y las siete hermanas* es divulgar aquellas facetas de la vida íntima del Apóstol y sus familiares capaces de servir para evaluar, desapasionadamente, y reivindicar circunstancias especiales, que, a menudo, han sido adulteradas, así como, en particular, revelar lo poco que se conoce acerca de sus hermanas.

Es de destacar el capítulo que aborda las preocupaciones, inquietudes y tribulaciones de Martí, muestras de lo mucho que padeció, que contribuyen a conocerlo de manera más cercana.

Considero que uno de los aportes sustanciales de esta obra a los estudios martianos es la inclusión de una reveladora carta de José Francisco Martí y Zayas Bazán, que se adiciona a manera de apéndice y resulta una notable evidencia de lo mucho que aún ignoramos de la vida y personalidad del “Ismaelillo”.

La fuente para concebir esta obra ha sido, principalmente, la propia información del Apóstol recogida en sus *Obras completas*, lo cual garantiza al lector la fidelidad de lo expresado.

RAMIRO VALDÉS GALARRAGA



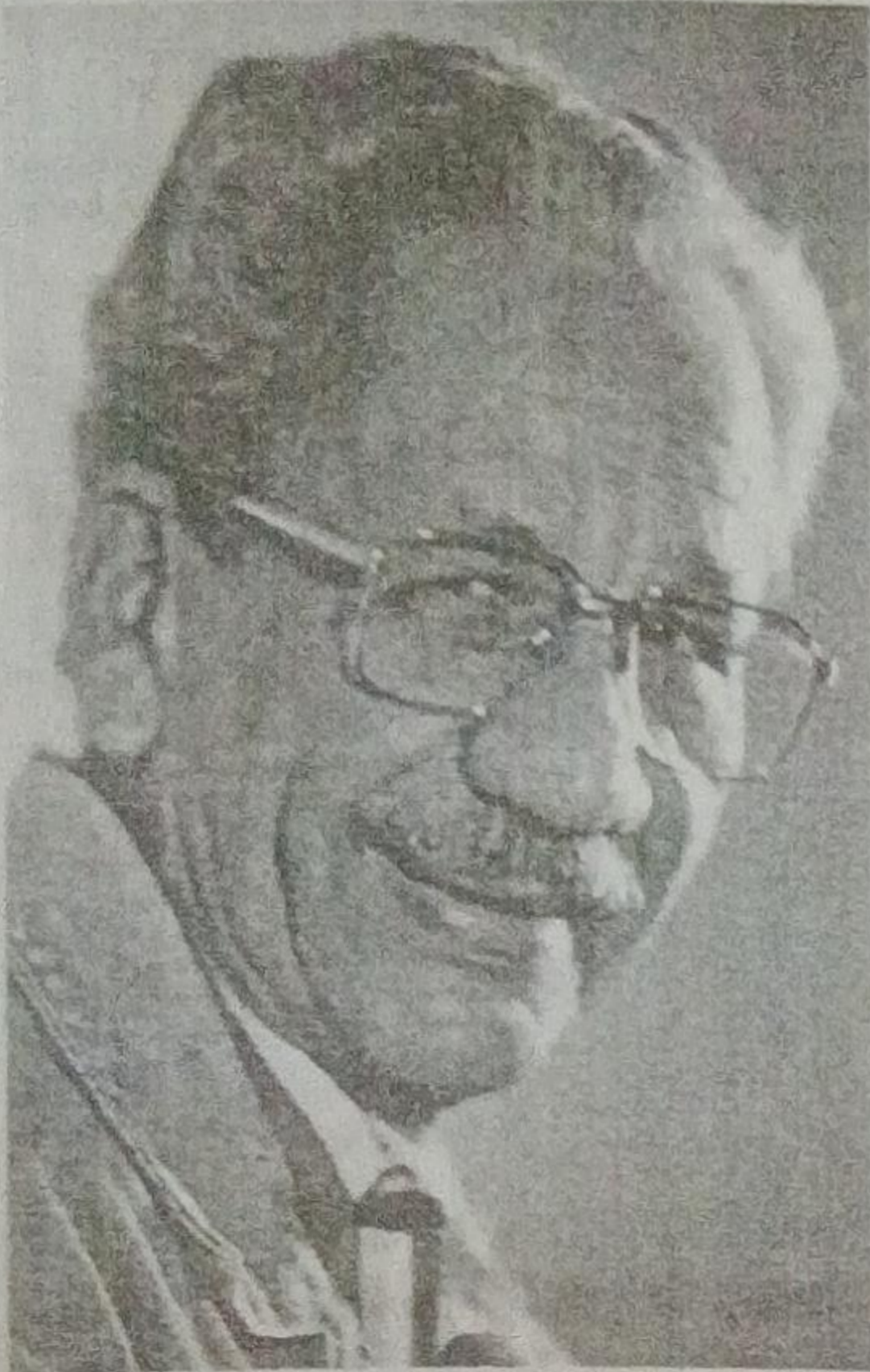
Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo

El disco compacto dedicado a la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, realizado por Génesis Multimedia de Prensa Latina con el auspicio de la Sociedad Cultural “José Martí”, constituye una herramienta utilísima no solo para el conocimiento detallado del desarrollo del propio evento sino, también, para profundizar en el estudio de la vida y la obra martianas a través de los trabajos de prestigiosos investigadores, tanto nacionales como extranjeros.

Con una excelente realización —que conjuga una bella presentación con un fácil sistema de localización de las distintas actividades del programa general, de las intervenciones en los tres paneles del evento, del texto e imágenes de las conferencias especiales, la relación de países y de participantes—, este disco compacto será obsequiado por la Sociedad Cultural “José Martí” a todas las bibliotecas provinciales, a las universidades e institutos de nivel superior de todo el país y, desde luego, a las filiales provinciales de nuestra sociedad cultural, con el propósito de enriquecer los fondos de esas instituciones y favorecer los estudios en las Cátedras Martianas.

RAFAEL POLANCO

Honda



Adigio Benítez: Un hombre dos veces joven¹

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

Amigas y amigos:

Siempre recordaré con nostalgia —pero, sobre todo, por las lecciones que día a día recibí de muchísimas personas, algunos de los cuales, desgraciadamente, ya no están entre nosotros— aquellos años inolvidables y tormentosos de la década del sesenta. Lecciones de ética, de entrega al trabajo, de lealtad política, de conducta, de humildad...

Me viene a la memoria, en un momento como éste, aquellos días: en el periódico *Hoy* primero y, posteriormente, en el diario *Granma*, cuando repleto de entusiasmo y deseo de conquistar el mundo, irrumpía en sus redacciones. De aquellos días recuerdo, por ejemplo, al viejo Horacio —un gran artista que entregó todo su talento al Partido—, siempre jaranero y sencillo, discipli-

nadamente ocupando su tiempo en ilustraciones para el periódico; a Santiago Armado (Chago), el combatiente de la Sierra y un talento artístico natural, trabajando hasta altas horas de la madrugada, diseñando el diario.

También rememoro con mucho afecto a aquel artista, de enormes facultades, que si lo hubiera deseado estaría, desde entonces, dedicado sólo a exponer en galerías y comercializar su arte; pero que prefirió compartir su tiempo con las necesidades perentorias de la lucha política en defensa de la causa de los humildes. Y allí estaba, en la redacción, callado y dispuesto, siempre haciendo algo en su mesa de trabajo de pintor, plumilla en ristre, cada día entregando una obra plástica para ilustrar lo más importante. Obras que llevaban el mensaje patriótico, que llevaban el mensaje de las ideas. Muchas de ellas resistieron el empuje del tiempo, de lo efímero del acontecimiento, para quedar para siempre en la Historia.

Estoy hablando del artista Adigio Benítez. Un hombre dos veces joven, parafraseando a Guillén, y con más de cuarenta años de vida artística y, también, con una vida dedicada a su partido. Hay que decir que desde los años treinta, primero en la Juventud Comunista y luego en el partido de la clase obrera cubana, vale destacarlo, está presente la militancia de Adigio, quien es fundador de nuestro Partido Comunista de Cuba.

Pintor, caricaturista, ilustrador, poeta, autor de varios libros y con numerosas exposiciones personales y otras colectivas en Cuba y en otros países, muy justamente ha recibido el Premio Nacional de Artes Plásticas en el 2002, y un crecido número de condecoraciones y distinciones.

Yo sé que en el mundo muchos artistas prefieren que se les considere solo su arte y sé que muchos, incluso, tratan de evitar comprometerse. Como si eso fuera alguna enfermedad. Pero Adigio no padece de esa enfermedad. Por el contrario.

Estamos ante un gran artista de quien Mario Gallardo dijo que “su arte es vida, amor y poesía”; y de quien Pedro de Orúa ha señalado que su obra “es la alegría secreta de la existencia rediviva”; y de quien Pablo Armando Fernández, hablando de las formas y de los colores reales de Adigio, afirma que “atiza el fuego que da lumbre a los sueños

de Gauguín y Picasso; Victor Manuel y Sotero [...]”.

Afloran, a vuelo de memoria, obras que entrecruzan sus características y estilos diversos desde *Jesús Menéndez* y el *Obrero lesionado* y su serie de *Soldadores*, hasta los desnudos del *Baile campesino*, las *Tres sirenas*; o los *Gallitos*, el *Milagro de amor* o el *Diálogo simétrico*; o sus pinturas, ya clásicas, relacionadas con Martí, merecidamente subrayadas en el instante en que nos acercamos al 150 aniversario de su natalicio, y que expresan su talento, su óptica multifacética, su genio artístico.

Ha sido, además, formador de nuevas generaciones de pintores.

Sinceramente, pienso que Adigio, como artista, es más grande todavía porque fue capaz de impedir que su talento y su obra lo embriagara y lo condujeran a divorciarse de la lucha por mundo mejor, de la defensa de la patria, la Revolución y el socialismo.

Por todo ello, la Sociedad Cultural “José Martí”, conjuntamente con la Inmobiliaria Monte Barreto, ha querido encabezar el homenaje nacional que este ilustre artista revolucionario recibirá con motivo de su larga y prestigiosa trayectoria, coronada con el Premio Nacional de Artes Plásticas. Y al hacerlo dejamos constancia de que nuestra organización se honra con ello.

En nombre de todos los que a lo largo y ancho del país trabajan por la promoción del ideario martiano y por afirmar nuestras raíces, nuestra identidad, nuestra cultura, te deseamos Adigio muchas felicidades y que nos sigas acompañando —con tus lienzos y tus acuarelas, con tu palabra y tu pincel, con tus mágicos colores— “Hasta la victoria siempre”.

¹ Palabras pronunciadas en homenaje al pintor Adigio Benítez —Premio Nacional de Artes Plásticas— en ocasión de la inauguración de su exposición “Pinturas y dibujos”, el pasado 23 de enero del 2003 en el Centro de Negocios Miramar.



1853
2003

Expresión artístico-cultural de raíz martiana

JOSÉ LUIS DE LA TEJERA

Con el 150 aniversario del natalicio del Apóstol se efectuaron 150 acciones culturales en la provincia Santiago de Cuba durante el mes de enero. Este aparente cintillo encabezador de una noticia periodística lleva en sí brazos, mentes y corazones que se unieron para realizar digno homenaje a José Martí desde lo artístico-cultural, hacia y con el pueblo.

Auspiciada la segunda Brigada Cultural Martiana en Campaña por la Casa del Caribe, la filial local de la Sociedad Cultural "José Martí", la Dirección Provincial de Cultura, reunió talento artístico presidido por el ideario martiano. Así, dúos, tríos, solistas líricos, conjuntos de pequeño formato, pareja de baile, mago, payaso, narrador oral y especialistas, todos juntos, hicieron de este empeño una fiesta en los municipios Songo-La Maya, El Frente, San Luis, Mella, Contramaestre, Palma Soriano, Jimaguayú (Granma) para el disfrute de más de quince mil espectadores.

Imaginen a estos artistas actuando en un pequeño poblado donde las comunicaciones son bastante difíciles y que, de momento, del propio público, llega a emerger la participación espontánea. Figúrense cómo, ante la multiplicidad de géneros, el entusiasmo iba creciendo cada vez más entre los niños y jóvenes, hasta que algunos se unían a la declamación de un verso o una cita martiana o una tonada musical.

De tal forma, del 10 al 20 de enero se produjo esta campaña cultural de raíz martiana, que culminó con el "voto por la patria" el día 19, en Dos Ríos, por parte de los brigadistas.

Así se hace patria y se hace cultura bajo la cosmovisión martiana en los propios escenarios de construcción de nuestra sociedad.

Breve historia del Fondo "José Martí"

MÍRIAM LÓPEZ HORTA

Muchos son los estudiosos de nuestro Héroe Nacional, José Martí, tanto cubanos como de diferentes partes del orbe, que, desde hace más de un siglo, abordan su vida y su obra. Una obra que se inicia con la carta a su madre, el 23 de octubre de 1862, y termina con la nota a Máximo Gómez, en el campo de batalla, el mismo día de su muerte, 19 de mayo de 1895.

Es por ello que resulta de gran interés y valor histórico conservar sus manuscritos, no solo por las enseñanzas que en ellos se encierran, sino, también, porque aún son materiales de consulta de los actuales investigadores, quienes, al revisarlos una y otra vez, encuentran nuevos detalles de importancia.

Su papelería constituye una selva de ideas, de elegante estilo literario y gran sabiduría, donde muchas veces surge la palabra inesperada o la letra enmarañada, que denuncia su estado anímico.

En carta a Enrique Estrázulas, supuestamente de 1887, Martí reconoce:

[...] cuando tengo el espíritu hosco y encogido, la letra me sale tan menuda y regañona como si la escribiese con pluma litográfica, y cuando estoy en ánimo de ganar combates salen las letras que parecen desbocada artillería y tropel de lanzas [...]

Hoy este fondo es muy consultado con vistas a la realización de la Edición Crítica de las *Obras completas*, que lleva adelante el Centro de Estudios Martianos, así como, también, con vistas a nuevas publicaciones de temas específicos de su obra.

En este sentido, el hecho de atesorar y conservar su papelería, constituye un importante compromiso histórico y un deber patriótico insoslayable.

Antecedentes históricos

A principio del año 1895, José Martí redacta un grupo de cartas que, actualmente, son consideradas como sus testamentos, dadas las previsiones de futuro que de ellas emanan.

Revelan su pensamiento y su deseo expresado relacionado con muchas de las ideas que ya no podría realizar, debido a la certeza de la real posibilidad de morir que le acechaba.

Entre esas misivas puede mencionarse la fechada en Montecristi, Iro, de abril de 1895, dirigida a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, la cual, como se sabe, es considerada su testamento literario. Allí detalla a quien fuera su muy querido amigo, una guía respecto a cómo debía quedar su papelería, sus libros, etc., con la advertencia de que éstos fueran entregados para su custodia a Carmen Miyares de Mantilla, quien guardaba otros muchos de sus trabajos.

No cabe dudas de que Carmen Miyares, la entrañable mujer que Martí conoce en 1880 y pudo valorar durante el largo tiempo vivido en Nueva York, era la persona idónea para cuidar su documentación, puesto que Quesada estaba, también, enfrascado en las actividades revolucionarias y no tenía una residencia estable.

Terminada la guerra, Quesada comienza su labor encaminada a reunir la documentación del Maestro, en buena medida dispersa por diferentes países. En la ya mencionada carta, Martí le había comentado a Quesada:

Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77: —en la *Revista Venezolana*, donde están los artículos sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña: —en diarios de Honduras, Uruguay y Chile: —en no sé cuantos prólogos: —a saber.

Cabe destacar que el cumplimiento del papel de albacea literario que le había encargado Martí, no resultó nada fácil para Quesada. Si leemos la carta del hijo del Apóstol, de tan solo 16 años, José Francisco Martí Zayas Bazán, dirigida a Gonzalo el 4 de junio de 1895 y donde le reclama para sí la papelería que había dejado su padre, es de suponer que su nueva empresa le traería disgustos no precisamente pequeños, en especial con la viuda y el hijo del Maestro:

Soy su hijo y todo lo suyo me es sagrado, tú eras su amigo verdadero por eso a ti me dirijo con preferencia: dime que disposiciones dejó por si acaso no volvía de una expedición que jamás debió haber hecho.

Miriam López Horta

Quiero ir cuanto antes en busca de cuanto le pertenecía: sus papeles que eran su pensamiento y que necesito guardar como un tesoro para los días venideros. Tú me dirás a quién dejó encargado lo tuyo, pues desearía no encontrar en mi camino nada que causara perturbación a un dolor que no tiene compañero.

Resulta evidente la influencia de Carmen Zayas Bazán al respecto, cuando releemos la carta que ella le enviara a Quesada, el 5 de agosto del mismo año:

Gonzalo: anoche hablé con Pepe después que nos retiramos y no está conforme con lo que decidimos acerca de los libros de su padre; los quiere absolutamente para él, así como todo lo que se encuentre de correspondencia particular, sea íntima o tratando negocios o literatura; a mi juicio es muy justo su deseo, mucho más cuando esto será en realidad lo que herede de su padre.

Sin embargo, si observamos con detenimiento la carta de Carmen Miyares de Mantilla de un 29 de septiembre, de año no precisado hasta hoy, podremos constatar que es ella quien conserva la papelería y, gustosa, siempre colabora:

Querido Gonzalo: he buscado en todo lo que tengo y solo esas hojas sueltas he encontrado pero creo eso es lo mismo que está en los cuadernos que le mandé; no pongo en orden esos papeles porque ni yo misma lo entiendo, todo lo mando certificado, cuídamelo todo.

Y agrega la siguiente nota:

Gonzalo le repito que vea bien esos papeles y ponga mucho cuidado con lo que se publica, ya Ud. sabe lo que quiero decir. Ya no hay más nada esos son los mismos papeles que Ud. empezó a copiar en casa.

Pasado el tiempo, Carmen Miyares entregó los manuscritos que guardaba y muchos emigrados y veteranos de la guerra de independencia imitaron su ejemplo. Finalmente, también lo hicieron Carmen Zayas Bazán y su hijo respetando la decisión del Apóstol y reconociendo a Gonzalo como la persona indicada para llevar a cabo tan magna tarea.

La preocupación de éste por reunir y editar la obra martiana se hace patente en una misiva a Eligio Carbonell, de 28 de diciembre del 1898, donde le comunica su deseo de no continuar en la política y le dice textualmente: "[...] y cumplir mi promesa al Maestro de duplicar sus obras. A ese fin te ruego me ayudes. Será mi ocupación en el próximo año".

Es imposible escribir sobre el tema y no dejar constancia de su perseverancia por recuperar el caudaloso epistolario que Martí sostuvo con su "hermano" Mercado y con otras de las personalidades de la sociedad mexicana de la época.

En carta a Manuel Mercado el 10 de abril 1901, le expresa:

Empeñado en recoger todas sus obras le agradecería me enviase copia de lo que Ud. tuviera y, si no es molestia para Ud., me le transmitiera el mismo ruego a sus queridos compañeros de esa.

Aprovechamos para anotar que fue en La Habana, el 25 de mayo del 1945, en un acto en homenaje a Manuel Mercado, que su hijo Alfonso Mercado, entregara a los cubanos los originales de 129 cartas manuscritas de Martí dirigidas a su padre.

No debemos pasar por alto que Gonzalo de Quesada y Aróstegui, no sólo realiza este trabajo sino que tuvo una activa labor durante los primeros años de la República, como diplomático en Washington y Alemania, hasta su muerte el 9 de enero 1915. Asimismo participa en diferentes conferencias internacionales y publica varios de sus libros.

Si queremos completar estas pequeñas pero necesarias notas sobre los antecedentes del Fondo "José Martí", es congruente apuntar el esfuerzo inicial realizado por Gonzalo de Quesada y Aróstegui para compilar y publicar la primera edición de las obras de Martí, que ve la luz pública el 19 de mayo del 1900. Es un deber recordar, una vez más, la gratitud que le debemos quienes, de una manera u otra, disfrutamos de ese legado. De igual modo a su hijo Gonzalo de Quesada y Miranda, quien continuara la labor de su padre de una forma capaz y digna, a cuya dedicación se debe que contáramos con la primera edición de las *Obras completas* — Edición Trópico— de 1936. Varios años más tarde, Quesada y Miranda sería nombrado

director técnico de las *Obras completas*, publicadas por el gobierno revolucionario entre 1963 y 1965.

El 12 de septiembre de 1976, al morir Gonzalo de Quesada y Miranda, su hijo, Gonzalo de Quesada y Michelsen, cumple la petición de su padre y hace entrega de la documentación martiana, en calidad de patrimonio de la nación, al Comandante en Jefe Fidel Castro.

La tarea de conservación es asumida por Celia Sánchez, con la eficacia que la caracterizaba. Los documentos fueron trasladados a la Oficina de Asuntos Históricos, el 14 de septiembre de 1976.

Después de la muerte de Quesada y Miranda se designó, en 1977, a Nidia Sarabia como responsable de dicho fondo. En 1991 asume esta tarea Maysú Tztokazú hasta 1995, cuando se hace cargo quien escribe, Míriam López Horta.

A esta documentación se fueron incorporando, paulatinamente, los documentos que existían en diferentes instituciones del país, como el Archivo Nacional, la Biblioteca Nacional, el Patrimonio Cultural, el Museo Bacardí, Fragua Martiana, la casa Natal y la Oficina del Historiador de la Ciudad, entre otras, así como, también, los aportes de algunos particulares que poseían originales martianos. Actualmente, continúa enriqueciéndose con donaciones eventuales.

Estructura

La documentación del Fondo "José Martí" se divide en bibliografía activa y bibliografía pasiva. La activa la integran aquellos documentos de su creación, escritos personales, ediciones príncipes de sus obras, libros de su biblioteca personal y algunas publicaciones periódicas en las que publicó algunos de sus trabajos. Abarca más de 1 800 documentos.

La pasiva agrupa los documentos originales de otras personalidades que, directamente, se relacionaron con él o que, en algún grado, mantuvieron vínculos con su persona o su obra. Pueden consultarse 380 documentos.

Bibliografía activa

CRONOLOGÍA: Aquellos textos martianos escritos entre 1862 y 1895, que puedan or-

Manuel Mercado

ganizarse cronológicamente, como son su epistolario —ordenado según el *Epistolario*, publicado en 1993—, notas, circulares, recibos, dedicatorias, artículos, obras de teatro, discursos, diarios, etc.

POESÍA: Sus poemas ordenados según la *Edición crítica* de 1985.

FRAGMENTOS: Más de cuatrocientos fragmentos, ordenados según el tomo 22 de las *Obras completas*.

CUADERNOS DE APUNTES: Ordenados los mismos según el tomo 21 de las *Obras completas*.

DOCUMENTOS PERSONALES Y OFICIALES: Un conjunto de documentos relacionados con su vida personal o política —incluidos algunos relacionados con su muerte—, ordenados cronológicamente.

DOCUMENTOS POR UBICAR: Documentos sin fecha o no identificados en las *Obras completas*, incluidos los inéditos.

EDICIONES PRÍNCIPE: Varios ejemplares de 18 títulos de obras escritas, traducidas o prologadas.

ICONOGRAFÍA: Las fotos de Martí, ordenadas según el libro *Iconografía martiana*, de 1985. Además, algunas fotos de sus familiares y otras personalidades cercanas a él.

BIBLIOTECA DE MARTÍ EN NUEVA YORK: Unos treinta libros que pertenecieron a esta biblioteca.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS: Varios ejemplares de publicaciones en la que colaboró, fue su director o su editor.

Bibliografía pasiva

CORRESPONDENCIA CON SUS FAMILIARES: Cartas de su padre, madre, hermanos, cuñados, esposa e hijo.

CORRESPONDENCIA DE SUS CONTEMPORÁNEOS: Ordenada alfabéticamente.

CORRESPONDENCIA ENTRE PERSONALIDADES RELACIONADAS CON LA VIDA Y OBRA DE JOSÉ MARTÍ: Ordenada alfabéticamente.

VARIOS: Otros documentos relacionados con José Martí. Ej.: documentos sobre la Casa Natal, etc.

Objetivos y funciones del fondo

Entre los objetivos fundamentales se encuentran: organizar, procesar, conservar y

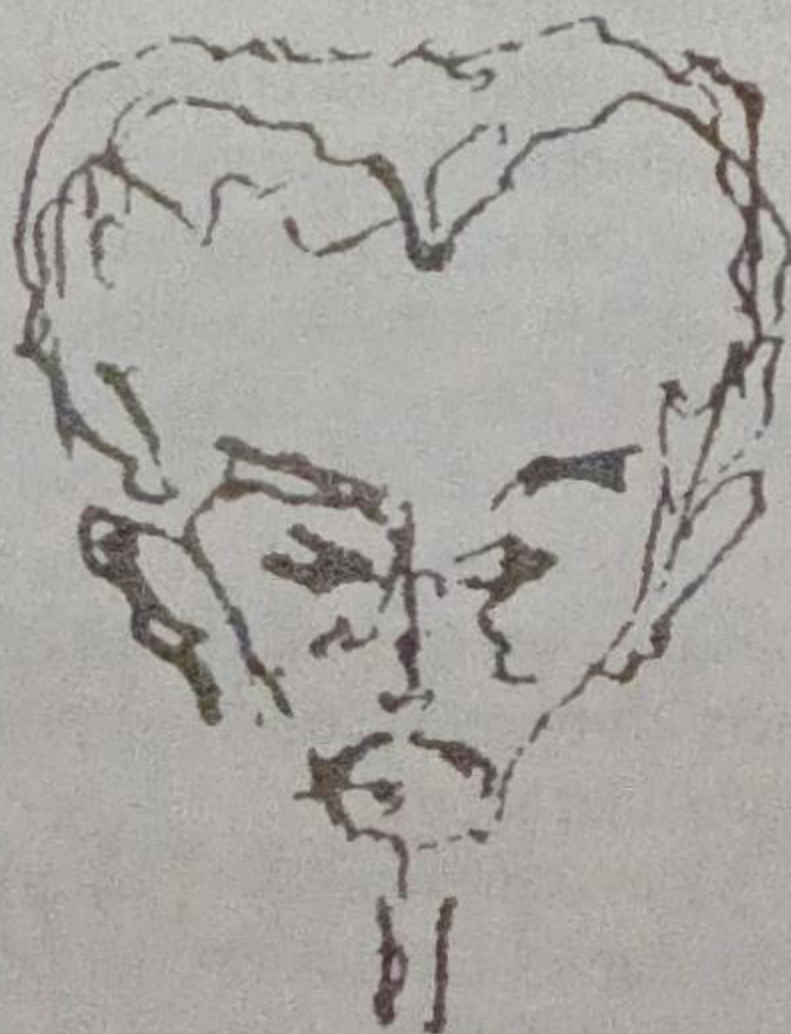
restaurar los documentos que lo integran, así como, también, satisfacer las necesidades informativas de los investigadores de las diferentes instituciones, dedicados al estudio de la vida y obra de José Martí, muy particularmente de los especialistas del Centro de Estudios Martianos a cargo de las *Obras completas*. *Edición crítica*.

Entre las funciones más importantes cabe destacar:

- Ser el depositario de toda la obra martiana, que el más preciado patrimonio de nuestro acervo histórico y cultural. Asimismo, estos documentos originales constituyen un caudal político para la nación, por lo cual fueron declarados Monumento Nacional el 12 de enero del 1978.
- Mantener las relaciones de coordinación y cooperación entre las instituciones del país que trabajen la vida y obra martianas.

Igualmente, se realizan algunas actividades y exposiciones con el fin de dar a conocer parte de nuestros fondos y desarrollar intercambios de conocimientos acerca de la historia de finales del siglo XIX, en la que la figura de José Martí, junto a la de otros contemporáneos, es de gran importancia como parte sustancial de toda la historia de Cuba.

Esta labor, realizada por varias generaciones de especialistas, ha posibilitado que los documentos que actualmente conforman el Fondo "José Martí" se hayan conservado hasta nuestros días. Este notable esfuerzo viabiliza un objetivo fundamental: que los futuros hombres y mujeres de Cuba y el resto del mundo puedan conocer, de primera mano, la extensa y valiosa obra de José Martí.



Voces de la República

JUAN EDUARDO BERNAL
ECHEMENDÍA

La necesidad de estimular el estudio objetivo de los asuntos de la etapa republicana, generó entre los miembros de la junta provincial de la filial espirituana de la Sociedad Cultural "José Martí", la iniciativa de promover un encuentro que, con la presencia de investigadores, historiadores y especialistas de diversas disciplinas, facilitara el intercambio en torno a ese período.

Convocado a finales del año 1998, el primero de estos encuentros se realizó entre los días 10 y 12 de mayo de 1999, bajo la denominación de "Voces de la República" y contó con una notable participación de ponentes locales y una discreta asistencia de investigadores de las provincias de Ciudad de La Habana, Villa Clara y Ciego de Ávila.

El estudio de figuras como José Miguel Gómez, del pensamiento filosófico, de las luchas revolucionarias, de la cultura del vestir, de la trova y de temas relacionados con proyectos económicos contemporáneos, plantearon el rumbo del coloquio y probaron la necesidad de sistematizarlo anualmente.

Ese primer encuentro sirvió para homenajear al importante investigador cubano Luis García Pascual, autor de imprescindibles libros de recuperación de la memoria martiana, entre los que se destaca el *Epistolario de José Martí* y *Destinatario José Martí*. El evento contó, además, con una variada programación cultural, que, paralelamente al programa científico, ilustró la presencia de las artes durante el período republicano.

Al finalizar esta primera cita, el doctor Armando Hart Dávalos, director de la Oficina del Programa Martiano, dictó una conferencia magistral acerca de las ideas en Cuba y, específicamente, durante la República.

Tras ser lanzada la convocatoria para el siguiente año, concluyó el evento con un concierto de la Banda Municipal de la Ciudad de Sancti-Spiritus. La cita del año 2000 fue concebida para los días 15 y 16 de mayo.

Con una participación de un grupo tan numeroso como el que fundó el evento, pero abordando una mayor diversidad temática, el II Coloquio "Voces de la República" incluyó exposiciones en torno a la tendencia feminista y las luchas de la mujer, la cultura de la resistencia, las fiestas populares, literatura cubana, pensamiento filosófico, los procesos religiosos y el comercio. El ponente Ramón Ruiz, quien trató este último asunto, presentó ante el plenario un curioso coctel, que con el nombre de "La República", sirve desde entonces para saludar a los asistentes al evento en su primera noche.

Muestras como el ciclo "La República en el cine", presentaciones de libros, el concierto del trío Arte y Estilo y un espectáculo denominado "Los bailes de la República" se incorporaron al programa de actividades, como una propuesta de ampliación del conclave.

Del 6 al 8 de mayo de mayo del 2001, los temas del III Coloquio "Voces de la República" se movieron en las modalidades de conferencias, mesas redondas y paneles, para abordar, centralmente, el asunto referido a la Constitución de 1901, la implantación de la Enmienda Platt, la recepción martiana y el pensamiento de Varona, entre otras temáticas generales, se unieron a estudios regionales de Sancti-Spíritus, Trinidad, Villa Clara y Ciego de Ávila, lo cual propició una gran diversidad de tratamientos y contenidos.

Como en años anteriores, los conciertos, las presentaciones de libros y revistas y el espectáculo "Los ritmos de la República", se incorporaron al programa general del evento. En la clausura recibieron reconocimientos la Biblioteca Provincial y la Banda Municipal de Conciertos de Sancti-Spíritus, que siempre ha acompañado las actividades de la filial espiritana de la Sociedad Cultural "José Martí".

Con el tema central "Centenario de la República", del 7 al 10 de mayo del 2002, el IV Coloquio resultó el de más numerosa y diversa participación de ponentes, de mayor representación de investigadores —de siete provincias del país— y de un registro temático superior. Pedagogía, religión, música, agrupaciones sociales, recepción martiana y economía republicanas, fueron, entre otros, los argumentos sostenidos y

debatidos durante tres días de estimulantes debates.

Exposiciones de pintura del período republicano, conciertos, presentaciones de libros y conferencias colaterales, propiciaron una extensión de los propósitos del evento. En la clausura, se destacó el trabajo de Rafael González, director del Bosque Martiano de San Antonio de los Baños, por su entrega desinteresada a la promoción del ideario de José Martí.

Después de cuatro eventos, es posible establecer valoraciones acerca del cumplimiento de los objetivos que fundaron la iniciativa. Un total de 84 ponencias y conferencias han servido para movilizar la opinión en torno al suceder republicano, con la asistencia de un público cada vez más numeroso. Sin embargo, y a partir de un rediseño de la propuesta científica, este evento deberá extenderse abarcando nuevos espacios y habrá de contar con una participación mayor de estudiantes, profesionales y otras personas motivadas en conocer y debatir en torno a los diferentes procesos —políticos, científicos, económicos, sociales y culturales— correspondientes a esa etapa de continuidad y gestación de nuestra historia.

Es evidente que los temas de carácter político y de interés cultural, han resultado los de mayor presencia en todos los eventos, lo que se deduce de una orientación con énfasis en esos asuntos, como derivación de la orientación de la política investigativa general del país. No obstante, el encuentro puede servir para estimular otras líneas de estudio, relacionadas con temas económicos, pedagógicos de recepción martiana y religiosos, que hasta ahora han referido apenas una tímida aparición.

Desde sus inicios hasta la fecha, el evento ha contado con la colaboración de varias instituciones culturales y científicas, lo cual ha posibilitado la asistencia de importantes personalidades cubanas. La cobertura de prensa, cada vez más efectiva, permite una difusión de los objetivos del coloquio a escala local, nacional e internacional, lo cual se aprecia en comunicaciones valorativas desde diferentes lugares.

Por "Voces de la República" han transitado importantes promotores del pensamiento como Rafael Pla, Ordenel Heredia,

Evangelina Ortega, Israel López, Vilma Figueroa, María Teresa Linares, Rafael Polanco, Maximiliano Trujillo, Renio Díaz Triana, José Cantón Navarro, Gaspar Marrero, Félix Julio Alfonso y Carlos Manuel Marchante, destacados entre muchos y valiosos compañeros quienes han aportado, con sus intervenciones, juicios de profunda hondura a favor de precisar con objetividad científica valoraciones sobre el suceder republicano, sus hombres y conflictos, la turbidez de la época y los destellos generadores que sirvieron para definir en la caoticidad de los contrastes, el rumbo seguro de las esperanzas.

Por la importancia de las conferencias, mesas redondas, ponencias y otras intervenciones académicas en el evento, se decidió por parte de los asistentes al IV Coloquio la publicación de un compendio de aquellos de los trabajos presentados que alcanzaran una relevancia notable. Así, se prepara la edición del primer volumen de *Voces de la República*, cuya aparición se espera durante una de las sesiones del próximo evento, a celebrarse entre los días 13 y 16 de mayo próximos.

Un número importante de escritores, historiadores, artistas e investigadores de varias disciplinas, han confirmado la asistencia a esta convocatoria, que, dedicada a la recepción martiana durante la República, el centenario de Julio Antonio Mella y el aniversario 50 de los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, así como al pronunciamiento programático que resultó *La historia me absolverá*, incluye un amplio programa de actividades científicas en instituciones académicas del territorio, presentaciones de libros y revistas, la inauguración de una exposición de asunto republicano, conciertos, intercambios con estudiantes y trabajadores de diversos sectores, muestras de cine, recorrido por lugares de interés cultural, homenajes y conferencias en espacios abiertos.

Este próximo V Coloquio "Voces de la República", permitirá sistematizar —como propósito fundacional del evento— los estudios de la época y su difusión no solo en la provincia, sino en instituciones docentes y científicas del país, y deberá contribuir a precisar las razones por las cuales la expresión del complejo entramado de ese período se mantiene aún vivo en la memoria histórica del pueblo cubano.

Yum Honda

Reunión del Comité Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí"

RAFAEL POLANCO

Los días 29 y 30 de marzo del 2003 se efectuó la reunión ordinaria correspondiente al año 2002 del Comité Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí", donde estuvieron presentes los miembros de la Junta Nacional y los presidentes de las 14 filiales provinciales y de la filial del municipio especial Isla de la Juventud. Asistieron, además, invitados de numerosas organizaciones e instituciones con las cuales se mantienen vínculos de trabajo. Durante los dos días se pasó revista a la labor desarrollada a partir de la II Asamblea Nacional, realizada en marzo del pasado año.

De acuerdo con el orden del día de la reunión, se analizaron los siguientes aspectos:

1. Presentación del informe.
2. Reflexiones a partir del informe y de las experiencias acumuladas por las filiales.
3. Información sobre la revista *Honda*.
4. Intervenciones especiales.
 - Elaboración y presentación de proyectos de procuración de fondos.
 - Diseño de eventos provinciales y nacionales e inserción en los eventos culturales y académicos.
 - Participación en organizaciones internacionales a las que pertenece la Sociedad: Consejo Económico y Social (ECOSOC) de Naciones Unidas y Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL).
 - Convenio de trabajo con la Federación de Radioaficionados de Cuba.
 - Otros proyectos de trabajo.

5. Discusión y aprobación de las precisiones a los objetivos de trabajos para el 2003.

El informe al comité nacional presentado por el vice-presidente primero, Héctor Hernández Pardo, señaló tanto los significativos avances registrados en los últimos meses como las deficiencias que aún persisten y que deben ser superadas. Subrayó que éste es el momento de fortalecer y consolidar el papel y la acción de la sociedad y de trabajar, con pasión y realismo al mismo tiempo, para ocupar el lugar que le corresponde.

En sus palabras de clausura de la reunión el compañero Armando Hart, presidente de la sociedad, señaló que la misma está transitando desde la adolescencia hacia la madurez y apuntó que hoy está más claro para todos que su objetivo fundamental es ocupar un espacio necesario en la nación cubana con relación a la promoción pensamiento de José Martí y a profundizar en aquellos temas relacionados con el nacimiento y desarrollo de la cultura cubana y de nuestra identidad. Destacó que esa sería la contribución más eficaz a la batalla de ideas que bajo la dirección de Fidel se libra en todos los ámbitos del país. Señaló la importancia de la Conferencia Internacional por el equilibrio del mundo, celebrada en enero pasado, a la que asistieron más de quinientos extranjeros, aparte de los cubanos, donde se puso de manifiesto la necesidad del pensamiento de José Martí y de la cultura que él representa. Sobre los temas que se discutieron en los dos días de reunión, destacó su enorme valor práctico ya que pueden servir para fortalecer el trabajo de la sociedad y para vigorizar los vínculos con las nuevas generaciones así como activar la proyección de carácter internacional. Apuntó la importancia de generar movimientos sociales y de ideas con

los conceptos y la cultura de José Martí. Asimismo, abordó el tema de las relaciones con otras instituciones que calificó de estratégico para la Sociedad Cultural "José Martí". Mencionó la importancia del trabajo que viene desarrollando el Movimiento Juvenil Martiano, bajo la orientación de la U.J.C., y de su seminario nacional, que este año tendrá lugar en Ciudad de La Habana. Llamó a desarrollar aún más las relaciones con la Asociación de Combatientes de la Revolución, con los ministerios de Cultura, Educación y Educación Superior, con la UPEC y con la C.T.C., y todas las organizaciones de masas.

Al resumir algunos de los puntos tratados, reiteró la importancia del sistema de relaciones con los otros organismos; de estimular un movimiento encaminado a promover la idea de "Cuba, universidad del continente" con la Enseñanza Superior; el impulso a un movimiento con el lema "La Habana de José Martí", que después podría hacerse con "Santiago de Antonio Maceo", como una contribución efectiva al cuidado de los monumentos.

En torno al tema de nuestra revista, Hart valoró que se ha logrado estabilizar su salida y que se avanza en el mejoramiento su contenido y especialmente el reflejo del trabajo de la sociedad. Llamó a convertir la presentación de cada nuevo número de *Honda* en un acontecimiento cultural, tanto al nivel nacional como en las provincias, e insistió en trabajar para ampliar el número de suscriptores.

Por último, agradeció a todos la colaboración recibida y subrayó el compromiso, no solo con nuestro pueblo de hoy sino con nuestro pueblo de mañana, de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para estar a la altura de la vida y del pensamiento de José Martí y de lo que demandan la actual coyuntura de Cuba y del mundo.

Cupón de suscripción

Sociedad Cultural José Martí
Calzada 807, esq. a 4,
El Vedado, Ciudad de La Habana,
Cuba, C.P. 10400
Tel.: 55 2298 / 830 4493
Fax: 33 4672
E-mail: jmarti@cubarte.cult.cu

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

NUESTROS AUTORES

Jorge Luis Arcos. Ensayista, poeta y profesor. Licenciado en Filología. Director de la revista UNIÓN.

Caridad Atencio. Poeta, investigadora y ensayista. Ganadora del premio Dador en 2000 y 2002, en ensayo y poesía.

Juan Eduardo Bernal Echemendía. Licenciado en Educación. Labora en el Departamento de Comunicación de la Dirección de Cultura de Sancti Spiritus.

Atilio A. Borón. Doctor en Filosofía. Ensayista y profesor titular de Teoría Política y Social en la Universidad de Buenos Aires. Secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

José Cantón Navarro. Investigador, profesor y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí".

Adys Cupull. Periodista e historiadora. Profesora titular adjunta de los institutos superiores pedagógicos "Enrique José Varona" y "Rubén Martínez Villena".

José Luis de la Tejera Galí. Ensayista y profesor titular del Instituto Superior Pedagógico "Frank País". Es presidente de la Filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Santiago de Cuba.

Israel Escalona Chádez. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad de Oriente y vicepresidente de la filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Santiago de Cuba.

Roberto Fernández Retamar. Ensayista, profesor y poeta. Doctor en Filosofía y Letras y Premio Nacional de Literatura en 1989. Presidente de la Casa de las Américas.

Froilán González. Abogado e historiador. Profesor titular adjunto de los institutos superiores pedagógicos "Enrique José Varona" y "Rubén Martínez Villena".

Armando Hart Dávalos. Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y miembro del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Héctor Hernández Pardo. Subdirector de la Oficina del Programa Martiano y vicepresidente primero de la Sociedad Cultural "José Martí".

Miriam López Horta. Bibliotecaria. Especialista en Documentación. Desde 1995 se encuentra a cargo del Fondo "José Martí" en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de Cuba.

Rafael Polanco Brahojos. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Político. Miembro de la Junta

Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí" y director de la revista *Honda*.

Carlos Rodríguez Almaguer. Coordinador Nacional del Movimiento Juvenil Martiano.

Roberto F. Rodríguez. Profesor secundario superior de Matemáticas.

Arturo Andrés Roig. Doctor Honoris Causa y Profesor Emérito en varias universidades. Filósofo e historiador, es especialista en pensamiento latinoamericano. Investigador científico de CONICET.

Rodolfo Sarracino. Historiador y ensayista. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos y profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

Iván Schulman. Ensayista y profesor. Profesor emérito de la Universidad de Illinois. Coordinador del Cuban Programs. Uno de los más notables estudiosos de la obra martiana.

Luis Toledo Sande. Ensayista, narrador y poeta. Profesor titular en el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona y jefe de redacción de la revista *Casa de las Américas*.

Ramiro Valdés Galarraga. Investigador y profesor. Trabajó por dos décadas en el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

Entrego o remito por vía personal o por la transferencia bancaria _____ (dentro de Cuba) o por el giro postal adjunto, la cantidad de 13.00 pesos (o el equivalente en divisas **para el exterior**) para suscribirme a la revista por el período de 1 año a partir del número _____.

Nombre: _____

Dirección: _____

Fecha: _____ Firma del solicitante: _____

Si no se especifica a partir de qué número desea suscribirse, se le suscribirá desde el que se está distribuyendo al recibirse esta solicitud

CUARTO COLOQUIO JOSÉ MARTÍ Y LA CULTURA DE LA NATURALEZA

20 y 21 de noviembre del 2003, La Habana, Cuba.

Auspiciado por la Sociedad Cultural José Martí y la Fundación Antonio Nuñez Jimenez de la Naturaleza y el Hombre.

Ignacio Estrada. S/t. Técnica mixta sobre lienzo.



Las ponencias serán presentadas por escrito y en disquete, en original y una copia, antes del 1 de octubre del 2003 en la Sociedad Cultural José Martí. Los resúmenes en una cuartilla y en sistema Word.

TEMÁTICAS:

- I- Ecología y desarrollo sostenible: Retos hacia el siglo XXI
- II- Educación, Cultura y Naturaleza
- III- Ética y estética de la naturaleza: Vigencia del pensamiento de José Martí
- IV- Historia y Medio Ambiente.



ADIGIO BENÍTEZ JIMENO

Donde el verso es un ciervo herido, 1996.

Ácrilico / tela; 118,2 × 79,2 cm.

Donado por el autor al museo Casa Natal de José Martí.

Pintor, escultor, ilustrador, caricaturista y poeta santiaguero.

A su destacadísima labor artística y literaria suma su decidida militancia política. Fundador del Partido Comunista de Cuba y de la Escuela Nacional de Arte. Posee la Distinción

“Por la Cultura Cubana” y la medalla “Combatiente de la Lucha Clandestina”. Recibió el Premio Nacional de Artes Plásticas en el 2002.